DAN SIMMONS

La canción de Kali



El canto de la diosa Kali produce el sonido de la muerte. Un periodista sostiene que su culto no ha desaparecido aún en nuestro moderno mundo tecnológico y está dispuesto a comprobar sus afirmaciones.

Nada le resultará sencillo, y lo que empezó como un trabajo rutinario se convertirá en una pesadilla en la que el protagonista sólo escucha mentiras y choca contra el muro de la indiferencia oficial cuando acude a las autoridades en busca de ayuda.



Dan Simmons

La canción de Kali

ePUB v1.1

chungalitos 08.02.12

Última revisión de Breo

Título original: *Song of Kali*
Traducción: Rosalía Vázquez
1ª edición: mayo 1993, Ediciones B

ISBN: 84-406-3581-8

Para Harlan Ellison
que ha oído el canto,
y para Karen y Jane,
que son mis otras voces.

... hay una oscuridad. Es
para todos... Sólo algunos
griegos
y admiradores de lo suyo, en su
líquido apogeo, donde la
amistad
de la belleza por las cosas hu
manas era perfecta,
creyeron estar claramente
apartados
de esta oscuridad. Y esos
griegos también estaban en
ella. Pero aun así
son la admiración del
resto de la humanidad, toda
aflicción y cartílago,

salpicada de lodo, acuchillada
por el hambre,
pateando las calles, maltratada
por la guerra,
difícil, afanosa, golpeada en el
vientre, la multitud,
unos bajo un Vesubio de humo
caótico que mama carbón,
otros sumidos en una
palpitante noche de Calcuta,
quienes
saben muy bien dónde están.

SAUL BELLOW

Bueno, esto es el Infierno, y

yo
no estoy fuera de él.

CHRISTOPHER MARLOWE

Algunos lugares son demasiado perversos para que se tolere su existencia. Algunas ciudades son demasiado ponzoñosas para poderlas soportar. Calcuta es una de ellas. Antes de Calcuta me hubiera reído ante semejante idea. Antes de Calcuta no creía en la maldad... ciertamente no como una fuerza independiente de las acciones del hombre. Antes de Calcuta yo era un insensato.

Una vez que los romanos hubieron conquistado la ciudad de Cartago, mataron a los hombres, vendieron como esclavos a niños y mujeres, derribaron los grandes edificios, rompieron las

piedras, prendieron fuego a los escombros y cubrieron la tierra de sal para que nada pudiera crecer de nuevo. Eso no basta en el caso de Calcuta. Calcuta debería ser aniquilada.

Antes de Calcuta participé en manifestaciones contra las armas nucleares. Ahora sueño con nubes de hongos nucleares alzándose sobre una ciudad. Veo edificios deshaciéndose en lagos de cristal. Veo calles pavimentadas fluyendo como ríos de lava y ríos auténticos hirviendo y despidiendo inmensas gotas de vapor. Veo figuras humanas danzando como insectos abrasados, semejantes a

obscenas mantis religiosas, chisporroteando y reventando sobre un fondo intensamente rojo de destrucción absoluta.

La ciudad es Calcuta. Los sueños no son desagradables.

Algunos lugares son demasiado perversos para que se tolere su existencia.



1

Hoy día en Calcuta ocurre
de todo...
¿A quién habría de culpar?

SANKHA GHOSH

—No vayas, Bobby. No merece la pena —dijo mi amigo.

Era junio de 1977 y había acudido a Nueva York desde New Hampshire para puntualizar todos los detalles de mi viaje a Calcuta con mi editor en *Harper's*. Después decidí dejarme caer para ver a mi amigo Abe Bronstein. El modesto y céntrico edificio de oficinas que albergaba a nuestra pequeña revista literaria, *Other Voices*, resultaba aún menos impresionante después de haber pasado varias horas mirando hacia la avenida de Madison desde las enrarecidas alturas de los despachos de *Harper's*.

Abe se encontraba solo en su desordenada oficina, trabajando en el

número de otoño de *Voices*. Las ventanas estaban abiertas, pero en la habitación la atmósfera estaba tan enrarecida y húmeda como el cigarro apagado que Abe masticaba.

—No vayas a Calcuta, Bobby. Deja que lo haga otro —repitió Abe.

—Ya está todo preparado, Abe. Nos iremos la semana próxima. —Vacilé un instante. Luego añadí—: Pagan muy bien y corren con todos los gastos.

—Humm.

Se pasó el cigarro a la otra comisura de la boca y frunció el ceño ante un montón de manuscritos que tenía delante. Nadie diría mirando a aquel

hombrecillo desgreñado y sudoroso, más semejante a un abrumado corredor de apuestas que a otra cosa, que era el editor de una de las más respetadas «pequeñas revistas» del país. En 1977 *Other Voices* no había eclipsado a la veterana *Kenyon Review* y tampoco causado excesiva preocupación a *The Hudson Review*, pero servíamos nuestros números trimestrales a nuestros suscriptores. Habían elegido cinco historias publicadas por vez primera en *Voices* para las antologías del Premio O'Henry. Y con ocasión de nuestro décimo aniversario, Joyce Carol Oates había donado una historia para el

número conmemorativo. En varias ocasiones yo había sido director adjunto, crítico de poesía y corrector de pruebas sin estipendio. Ahora, al cabo de un año de pensar y vivir en las colinas de New Hampshire y con un libro de poesías propio recién editado, ya sólo soy un mero y apreciado contribuyente. Pero aún sigo considerando a *Voices* «nuestra» revista. Y a Abe un amigo íntimo.

—¿Por qué diablos te envían a ti, Bobby? —preguntó Abe—. ¿Por qué *Harper's* no envía a uno de sus peces gordos si se trata de algo tan importante que están dispuestos a correr con los

gastos?

A Abe no le faltaba razón. No eran muchos los que en 1977 habían oído hablar de Robert C. Luczak, pese al hecho de que el *Times* hubiera dedicado media columna de crítica a *Winter Spirits*. Aun así yo esperaba que lo que la gente hubiera oído fuera prometedor, especialmente el escaso centenar de personas que importaba.

—*Harper's* pensó en mí debido a aquel artículo que escribí en *Voices* el año pasado —contesté—. Ya sabes, aquel sobre poesía bengalí. Dijiste que había dedicado demasiado tiempo a Rabindranath Tagore.

—Sí, lo recuerdo —dijo Abe—. Me asombra que esos payasos de *Harper's* sepan quién es Tagore.

—Ayer me llamó Chet Morrow —proseguí—. Me aseguró que el artículo le había impresionado. —No le comenté a Abe que Morrow había olvidado el nombre de Tagore.

—¿Chet Morrow? —gruñó Abe—. ¿No se dedica a novelar series de televisión?

—Está cubriendo el puesto de director adjunto temporal de *Harper's*. Quiere el artículo sobre Calcuta para el número de octubre.

Abe sacudió la cabeza.

—¿Y qué hay de Amrita y de la pequeña Elizabeth Regina...?

—Victoria —corregí.

La primera vez que le dije el nombre que habíamos elegido para nuestra hija, Abe sugirió que era un título condenadamente burgués para el retoño de una princesa india y un bohemio de Chicago. El hombre era el no va más de la sensibilidad. Aunque pasaba de la cincuentena, seguía viviendo con su madre en Bronxville. Estaba totalmente absorto en la publicación de *Voices* y parecía mostrar la más absoluta indiferencia hacia todo lo que no estuviera directamente relacionado con

su objetivo. Hubo un invierno en que la oficina se quedó sin calefacción, y se pasó la mayor parte de enero trabajando enfundado en su abrigo de lana, antes de ir a buscar a alguien que se la arreglara. En aquellos días la mayor parte de las relaciones de Abe con la gente solía mantenerlas por teléfono o a través de cartas, sin que por ello el tono de sus comentarios fuera menos acerbo. Empezaba a comprender por qué nadie había ocupado mi lugar como ayudante de dirección o crítico de poesía.

—Se llama Victoria —repetí.

—Lo que sea. ¿Cómo ha tomado Amrita eso de que te vayas y las

abandones, a ella y a la chiquilla? Después de todo, ¿qué edad tiene el bebé? ¿Un par de meses?

—Siete meses —le dije.

—Un mal momento para largarte a la India y dejarlas —aseveró Abe.

—Amrita también va —le aclaré—. Y Victoria. Convencí a Morrow de que Amrita podría traducirme el bengalí. —Eso no era del todo cierto. Había sido Morrow quien sugiriera que Amrita fuera conmigo. De hecho era probable que fuera el nombre de Amrita el origen de que me hubieran asignado aquel trabajo. Antes de llamarme a mí *Harper's* se había puesto en contacto

con tres autoridades en literatura bengalí, dos de ellos escritores indios que vivían en Estados Unidos. Los tres habían rechazado el trabajo, pero el último de ellos había mencionado a Amrita, pese a que su campo era el de las matemáticas y no la literatura, y Morrow le había seguido la pista.

«¿Ella habla bengalí, no?», había preguntado Morrow por teléfono. «Claro», le respondí. En realidad Amrita hablaba hindi, marathi, tamil y algo de punjabi. Y también alemán, ruso e inglés, pero no bengalí. «Más o menos», me dije.

—¿Amrita quiere ir? —preguntó

Abe.

—Está realmente ansiosa. No ha vuelto a India desde que su padre embarcó a toda la familia para Inglaterra cuando ella tenía siete años. Y también desea que pasemos algún tiempo en Londres de camino a India, para que sus padres puedan conocer a Victoria.

Esto último era cierto, aunque en un principio Amrita se negaba a ir a Calcuta con la pequeña, hasta que la convencí de que se trataba de algo importante para mi carrera. La escala en Londres fue el factor decisivo.

—Muy bien —gruñó Abe—. Id a Calcuta. —El tono de su voz me reveló

lo que pensaba exactamente de aquella idea.

—Dime por qué no quieres que vaya.

—Luego —repuso Abe—. Ahora cuéntame la historia de ese Das del que habla Morrow. Y me gustaría saber por qué quieres que reserve la mitad del próximo número de primavera de *Voices* para más material sobre Das. Aborrezco los refritos y no hay diez versos de su poesía que no hayan sido impresos y reimpresos ad nauseum.

—Sí, se trata de Das. Pero no serán refritos, sino novedades.

—Cuéntame.

Y le conté.

—Voy a Calcuta a buscar al poeta M. Das. A encontrarlo, hablar con él y traerme para su publicación algunas muestras de su nuevo trabajo.

Abe se me quedó mirando y chascó la lengua.

—No podrás. Das está muerto. Murió hace seis o siete años. Creo que fue en 1970.

—Julio de 1969 —puntualicé. No pude disimular cierta complacencia en mi voz—. Desapareció en julio de 1969 al regresar del funeral de su padre, en realidad cremación, en una aldea del

Pakistán Oriental, ahora Bangladesh, y todo el mundo pensó que lo habían asesinado.

—Sí, lo recuerdo —dijo Abe—. Me quedé contigo y Amrita un par de días en vuestro apartamento de Boston, cuando la Alianza de Poetas de Nueva Inglaterra celebró una lectura conmemorativa de su obra. Tú leíste algo de Tagore y fragmentos de los poemas épicos de Das sobre... ¿cómo se llama? La monja... la madre Teresa.

—Y dos de mis trabajos en *Chicago Cycle* estaban dedicados a él —añadí —. Pero supongo que todos nos mostramos algo prematuros. Por lo que

parece Das ha resurgido en Calcuta, o al menos parte de su nueva poesía y correspondencia. *Harper's* obtuvo algunas pruebas a través de una agencia de allí con la cual trabajan, y gentes que conocían a Das afirman que fue él el que escribió esas cosas nuevas con toda seguridad. Pero nadie parece haberle visto. *Harper's* quiere que intente obtener algo de su nuevo trabajo, pero la orientación del artículo será «En busca de M. Das», ese tipo de majaderías. Y ahora las buenas noticias. *Harper's* tendrá la primera opción respecto a toda la poesía de la que yo obtenga los derechos, pero el resto podremos

publicarlo en *Other Voices*.

—Chapuceros segundones—rezongó Abe masticando su cigarro. Durante mis años con Bronstein ya me había acostumbrado a ese tipo de gratitud entusiasta. No dije palabra y finalmente Abe habló de nuevo—: Pero ¿dónde diablos ha estado Das durante estos ocho años, Bobby?

Me encogí de hombros y le alargué una hoja fotocopiada que Morrow me había entregado. Abe la examinó extendiendo el brazo, la volvió del otro lado y me la lanzó de nuevo.

—¿Que mierda es esto?

—Es un fragmento de un nuevo

poema que se supone fue escrito por Das durante los últimos dos años.

—¿Está escrito en hindi?

—No. En sánscrito y bengalí en su mayor parte. Aquí está la traducción al inglés. —Le alargué la otra fotocopia.

Abe iba frunciendo el ceño a medida que leía.

—Santo Cielo, Bobby, ¿para esto estoy reservando el número de primavera? Aquí se habla de cierta dama jodiendo al estilo perruno mientras bebe la sangre de un hombre sin cabeza. ¿O me he perdido algo?

—Qué va. Es más o menos eso. Naturalmente, en ese fragmento sólo hay

algunas estrofas —dije—. Y se trata de una primera traducción.

—Pensaba que el trabajo de Das era lírico y sentimental. Más o menos como tú describías a Tagore en tu artículo.

—Lo era. Lo es. Sentimental no, optimista. —Era la misma frase que yo había utilizado tantas veces para defender a Tagore. Era la misma que había utilizado para defender mi propio trabajo, qué diablos.

—Humm —gruñó Abe—. Optimista... Me gusta esta parte optimista: «*Kama Rati kamé/viparita karé rati*»... que, según la copia de la traducción, quiere decir: «Enloquecidos

de lujuria, Kama y Rati jodieron como perros.» Encantador. Tiene una alegría peculiar, Bobby. Algo así como un Robert Frost de los primeros tiempos.

—Es parte de una canción bengalí tradicional —le dije—. Fíjate cómo Das ha encajado su ritmo en el pasaje general. Cambia de la forma védica clásica al bengalí popular y de nuevo a la védica. Es un tratamiento estilístico complicado, incluso considerando la traducción. —Me callé. No hacía más que repetir lo que Morrow me dijera, repitiendo él a su vez lo que le había comentado uno de sus «expertos». Hacía mucho calor en aquella pequeña

habitación. A través de las ventanas abiertas llegaba el sonido adormecedor de la circulación y el ulular en cierto modo tranquilizador de una sirena—. Tienes razón. No parece en modo alguno de Das. Resulta casi imposible creer que lo haya escrito el mismo hombre que hiciera la epopeya de la Madre Teresa. A mi juicio Das no está vivo y esto es una especie de patraña. No lo sé, Abe.

Abe se echó hacia atrás en su sillón giratorio y por un instante pensé que iba a quitarse la colilla del puro de la boca. En su lugar frunció el ceño, hizo girar el cigarro a la izquierda y luego a la derecha, se recostó de nuevo en el sillón

y entrelazó los gruesos dedos sobre la nuca.

—¿Te he hablado alguna vez del tiempo que pasé en Calcuta, Bobby?

—No. —Parpadeé sorprendido. Antes de que escribiera su primera novela, Abe había viajado mucho como reportero del servicio telegráfico. Después de que hubiera aceptado mi trabajo sobre Tagore mencionó con aire indiferente que había pasado nueve meses en Birmania con Lord Mountbatten. Las historias de su época en el servicio telegráfico eran raras, aunque siempre divertidas—. ¿Fue durante la guerra? —pregunté.

—No. Poco después. Durante los disturbios entre hindúes y musulmanes, en el cuarenta y siete. Gran Bretaña se estaba retirando y dejando que los dos grupos religiosos se mataran entre sí. Todo eso ocurrió antes de tu época, ¿no es así, Robert?

—He leído sobre ello, Abe. Así que fuiste a Calcuta a cubrir los disturbios.

—No. Por entonces la gente no quería leer nada más sobre luchas. Fui a Calcuta por Gandhi. Mohandas, no Indira. Gandhi iba allí y nosotros lo seguíamos para cubrir su estancia. El hombre de la paz, el santo del taparrabos, todo ese rollo. En definitiva,

estuve en Calcuta unos tres meses. —Abe se pasó la mano por el pelo, que empezaba a escasearle. Parecía no encontrar las palabras. Jamás había visto a Abe vacilar un segundo en la utilización del lenguaje, escrito, hablado o vociferado—. ¿Sabes lo que significa la palabra «miasma», Bobby? —preguntó finalmente.

—Atmósfera envenenada —contesté. Me irritaba que me examinaran—. Como la de un pantano. O cualquier influencia nociva. Probablemente procede del griego *miainein*, que significa «manchar».

—Sí. —Abe hizo girar de nuevo su

cigarro. No prestó la menor atención a mi breve exposición. Abe Bronstein esperaba que su antiguo crítico de poesía conociera bien el griego—. Bien, la única palabra que podía describirme a Calcuta por aquel entonces... o ahora... era «miasma». Ni siquiera puedo oír esa palabra sin pensar en la otra.

—Fue construida sobre una ciénaga —dije, todavía irritado. No estaba acostumbrado a ese tipo de estupideces por parte de Abe. Era como si el viejo fontanero de confianza soltara de repente un discurso sobre astrología—. Además, iremos allí durante la temporada de los monzones, que no creo

que sea la estación más agradable del año. Pero no me parece...

—No hablaba del tiempo, aunque sea el maldito agujero más caluroso, húmedo y miserable que jamás haya conocido. Peor que Birmania en el cuarenta y tres. Peor que Singapur en la época de los tifones. Santo Cielo, peor incluso que Washington en agosto. No, Bobby, estoy hablando del lugar, maldición. Había algo... algo ponzoñoso en la ciudad. Jamás he visto un sitio tan mezquino y asqueroso, y he estado en las más grandes ciudades-vertederos del mundo. Calcuta me espantaba, Bobby.

Asentí. Con el calor empezaba a

despuntarme un dolor de cabeza, detrás de los ojos.

—Lo único que pasa, Abe, es que has estado en las ciudades equivocadas —le dije en tono ligero—. Prueba a pasar un verano en el norte de Filadelfia o en la parte sur de Chicago, donde yo he crecido. Entonces Calcuta te parecería la «Ciudad del Jolgorio».

—Sí —continuó Abe. Ya no me miraba—. Bien, no era sólo la ciudad. Yo quería salir de Calcuta, así que mi jefe, un pobre *schmuck* que murió de cirrosis dos años después..., aquel estúpido me asignó para cubrir la inauguración de un puente, allá por

alguna parte de las aldeas de Bengala. Quiero decir que todavía no era siquiera una línea férrea, tan sólo un condenado puente uniendo un trecho de jungla con otro a través de un río de unos doscientos metros de ancho y tres dedos de profundidad. Pero el tal puente había sido construido con parte de la primera ayuda económica de posguerra enviada por Estados Unidos, así que tuve que ir a cubrir la inauguración. —Abe hizo una pausa y se quedó mirando hacia la ventana. Desde alguna parte de la calle se oyeron furiosos gritos en español. Abe pareció no enterarse—. Bueno, en definitiva, era muy aburrido. Los

ingenieros y los equipos de construcción ya se habían ido, y la inauguración consistía en la mezcla usual de política y religión que uno siempre encuentra en la India. Aquella noche era ya demasiado tarde para regresar en jeep, y como yo tampoco tenía gran prisa por volver a Calcuta, me quedé en una pequeña casa de huéspedes en el lindero de la aldea. Probablemente era un resto de cuando las giras de inspección británica durante el Raj. Pero aquella noche hacía un calor espantoso, una de esas ocasiones en que el sudor ni siquiera te corre, sino que se convierte en gotitas adheridas a tu piel y cuelga en el aire. Además, los

mosquitos me estaban volviendo loco. Así que poco después de la medianoche me levanté y bajé hasta el puente. Me fumé un cigarrillo y emprendí el regreso. De no haber sido por la luna no lo hubiera visto.

Abe se quitó el cigarro de la boca. Hizo una mueca como si su sabor fuera tan repugnante como parecía.

—El chiquillo no tendría más de diez años, tal vez más pequeño —dijo—. Estaba empalado en unos vástagos de hierro de refuerzo que sobresalían del pilar de cemento en el lado oeste del puente. Era evidente que no había tenido una muerte instantánea, sino que había

forcejeado durante algún tiempo luego de quedar atravesado por los vástagos...

—¿Había estado trepando por el puente nuevo? —le pregunté.

—Sí, eso fue lo que pensé. Y también lo que dijeron las autoridades locales durante las indagaciones. Pero no puedo imaginar siquiera por un momento cómo se las arregló para que le atravesaran todos aquellos vástagos. Tendría que haber saltado desde las vigas elevadas. Luego, un par de semanas después, justamente cuando Gandhi rompió su ayuno y los disturbios acabaron en Calcuta, me pasé por el consulado británico para hacerme con un

ejemplar de la historia de Kipling *Los constructores de puentes*. La habrás leído, ¿verdad?

—No —repuse. No podía soportar la prosa de Kipling y tampoco su poesía.

—Pues deberías hacerlo —aseguró Abe—. Los relatos cortos de Kipling son muy buenos.

—¿Y de qué trata ése en particular? —pregunté.

—Bueno, la historia gira alrededor del hecho de que, cada vez que se terminaba de construir un puente, los bengalíes solían celebrar una complicada ceremonia religiosa.

—Eso es algo normal, ¿no?—

repliqué, adivinando prácticamente en qué acabaría todo aquello.

—Ni que decir tiene —afirmó Abe—. En la India todo acontecimiento va acompañado de alguna especie de ceremonia religiosa. Salvo que fue la forma en que los bengalíes la practicaban lo que indujo a Kipling a escribir la historia. —Abe se llevó de nuevo el cigarro a la boca y habló con los dientes apretados—: Al final de la construcción de cada puente inmolaban a un ser humano.

—Muy bien —dije—. Formidable. —Recogí las fotocopias, las metí en la cartera y me puse en pie para irme—. Si

recuerdas más narraciones de Kipling no te olvides de darnos un telefonazo, Abe. A Amrita le encantarán.

Abe, levantándose del asiento se apoyó en el escritorio.

Sus poderosos dedos se hundían en los montones de manuscritos.

—Maldición, Bobby, preferiría que no te metieras en ese...

—Miasma —contesté.

Abe asintió.

—Me mantendré alejado de los puentes nuevos —lo tranquilicé mientras me encaminaba hacia la puerta.

—Al menos reflexiona sobre lo de llevarte a Amrita y a la pequeña.

—Vamos a ir —le aseguré—. Ya tenemos las reservas y nos hemos vacunado. Ahora la única duda es si te interesa el material de Das, si es que es de Das y puedo conseguir los derechos de publicación. ¿Qué dices, Abe?

Abe asintió de nuevo. Tiró el puro en el cenicero rebosante.

—Te enviaré una postal desde la piscina del Gran Hotel Oberoi de Calcuta —dije al tiempo que abría la puerta.

Mi última visión de Abe fue allí, de pie con el brazo y la mano extendidos, en un saludo a medias o bien una especie de ademán mudo de fatigada

resignación.



2

A medianoche, esta ciudad
es Disneylandia.

SUBRATA CHAKRAVARTY

La noche anterior a nuestra partida me encontraba sentado en el porche delantero con Amrita, mientras ésta

amamantaba a Victoria. Las luciérnagas guiñaban sus crípticos mensajes sobre la oscura fila de árboles. Grillos, ranas arbóreas y algunos pájaros noctámbulos tejían un tapiz de sonidos de fondo. Nuestra casa estaba tan sólo a unas millas de Exeter, en New Hampshire, pero en ocasiones reinaba una calma tal que parecía que estuviéramos en otro mundo. Durante el invierno que pasé escribiendo había apreciado sobremanera aquella solitud, pero ahora caía en la cuenta de que me sentía inquieto, que esos meses de aislamiento eran, precisamente, los que me hacían sentir ansias de viajar, de ver lugares

desconocidos, rostros nuevos.

—¿Estás segura de que quieres venir? —le pregunté.

Mi voz sonó con demasiada fuerza en la noche.

Amrita levantó la mirada al tiempo que la niña acababa de mamar. La luz difusa que salía por la ventana iluminaba los pómulos vigorosos de Amrita y su suave tez canela. Sus ojos oscuros parecían luminosos. A veces era tan bella que yo sentía un auténtico dolor físico ante la idea de que no hubiéramos llegado a encontrarnos, de que no nos hubiéramos casado y tenido una hija juntos. Alzó ligeramente a Victoria y

pude ver de soslayo la curva suave del seno y el pezón erguido antes de que se abrochara la blusa.

—No tengo inconveniente —me aseguró Amrita—. Me gustará mucho ver de nuevo a mis padres.

—Pero la India —le dije—. Calcuta... ¿Quieres ir allí?

—No me importa si puedo ser de ayuda —dijo.

Me puso sobre el hombro el pañal doblado y limpio y me dio a Victoria. Froté la espalda de la niña sintiendo su calor, oliendo su aroma a leche y bebé.

—¿Estás segura de que no te creará problemas con tu trabajo? —le pregunté.

Victoria se retorció entre mis manos alargando la suya regordeta hacia mi nariz. Le soplé en la palma y la niña rió, eructando luego.

—En modo alguno —afirmó Amrita, aunque yo sabía que los tendría. Tenía que empezar a dar clases en un nuevo curso de matemáticas a los nuevos graduados de la Universidad de Boston antes de finales de agosto, y yo sabía la ardua preparación que tenía ante ella.

—¿Tienes ganas de volver a ver la India? —inquirí.

Victoria había acercado su cabeza a mi mejilla y babeaba feliz sobre mi cuello.

—Tengo curiosidad por compararla con la India que yo recuerdo —dijo Amrita.

Su voz era suave, modulada por los tres años en Cambridge, pero en modo alguno sincopada, según el más puro estilo británico. Escuchar a Amrita era como si te acariciara una mano firme aunque bien engrasada.

Amrita tenía siete años cuando su padre trasladó su empresa de ingeniería de Nueva Delhi a Londres. Los recuerdos de la India que compartía conmigo se basaban en el estereotipo de una cultura desbordante de ruido, confusión y discriminación de castas.

Nada podía ser más ajeno al propio carácter de Amrita. Era la esencia física de la dignidad tranquila, aborrecía el ruido y el estruendo de cualquier tipo, la aterraba la injusticia, y su mente había estado sometida a la disciplina del ritmo perfectamente ordenado de la lingüística y las matemáticas.

En cierta ocasión Amrita me había descrito su hogar en Delhi y el apartamento de Bombay donde ella y sus hermanos pasaban los veranos con su tío. Paredes desnudas cubiertas de mugre y de viejas huellas digitales, ventanas abiertas, sábanas ásperas, lagartos deslizándose de noche por las

paredes, en fin, la sórdida mezcolanza de todo aquello. Nuestra casa cerca de Exeter estaba limpia y abierta como el sueño de un diseñador escandinavo, todo el mobiliario en madera natural pulimentada, confortables asientos modulares, paredes de un blanco inmaculado y obras de arte iluminadas por luces indirectas.

El dinero de Amrita fue lo que hizo posible la construcción de nuestra casa y nuestra pequeña colección de arte. Ella solía llamarlo en broma su «dote». En un principio yo protesté. En 1969, primer año de nuestro matrimonio, declaré unos ingresos anuales de cinco

mil setecientos treinta y dos dólares. Había dejado mi trabajo como profesor en el Wellesley College y consagraba toda mi jornada a escribir y preparar la edición. Vivíamos en un apartamento de Boston en el que hasta las ratas tenían que caminar encogidas. No me importaba. Estaba dispuesto a sufrir lo indecible por mi arte. Pero a Amrita sí que le importaba. Jamás discutió. Se mostró de acuerdo con el principio de fondo de mi argumento, sobre la no utilización de su fondo en fideicomiso. Pero en 1972 hizo el pago inicial de nuestra casa más algo menos de dos hectáreas, y compró la primera de

nuestras nueve pinturas, un pequeño boceto al óleo de Jamie Wyeth.

—Está dormida —señalo Amrita—. Puedes dejar de mecerla.

Bajé la mirada y vi que tenía razón. Victoria estaba profundamente dormida, con la boca abierta y los puños medio cerrados. Sobre mi cuello sentía su respiración suave y rápida. Continué meciéndola.

—¿Y si la entramos? —preguntó Amrita—. Está refrescando mucho.

—Dentro de un minuto —dije. La palma de mi mano era más grande que la espalda del bebé.

Cuando nació Victoria yo tenía

treinta y cinco años y Amrita treinta y uno. Durante años yo había estado repitiendo a todos cuantos querían oírme, y también a algunos que no lo querían, lo que opinaba sobre la locura de traer hijos al mundo. Hablaba de la superpoblación, de la injusticia de someter a los jóvenes a los horrores del siglo XX y de la estupidez de las gentes al tener hijos no deseados. Amrita tampoco discutió nunca conmigo sobre esa cuestión, aun cuando dado su entrenamiento en lógica pura sospecho que en dos minutos hubiera echado por tierra todos mis argumentos, pero en algún momento, a principios de mil

novecientos setenta y seis, allá por la época de las primarias de nuestro estado, Amrita decidió unilateralmente prescindir de la píldora. Nuestra hija Victoria nació el veintidós de enero de mil novecientos setenta y siete, dos días después de que Jimmy Carter entrara en la Casa Blanca tras su toma de posesión.

Yo nunca habría elegido el nombre de Victoria, pero en mi fuero interno me sentía encantado con él. Amrita fue la primera en sugerirlo durante un caluroso día de julio y bromeamos sobre ello. Al parecer uno de sus primeros recuerdos era la llegada en tren a la Estación Victoria de Bombay. Aquel edificio

inmenso, uno de los vestigios del Raj británico que aún hoy en día sigue caracterizando a la India, había prácticamente deslumbrado a Amrita. Desde aquel momento el nombre Victoria traía consigo ecos de belleza, elegancia y misterio. Así que en un principio bromeamos sobre lo de llamar al bebé Victoria, pero para la Navidad de 1976 teníamos la certeza de que ningún otro nombre se adaptaría tan perfectamente, en el caso de que fuera niña.

Antes de que Victoria naciera yo solía burlarme de parejas conocidas que parecían haber sufrido una lobotomía

con el nacimiento de sus hijos. Personas de gran inteligencia con quienes habíamos disfrutado en infinitas ocasiones discutiendo sobre política, prosa, la muerte del teatro o el declive de la poesía, nos abrumaban con detalles sobre el primer diente de su hijito o se pasaban horas contándonos al dedillo el primer día de la pequeña Heather en el parvulario. Por mi parte juraba que nunca caería en semejante aberración.

Pero con nuestra hija era «diferente». El desarrollo de Victoria era digno de un estudio serio por parte de cualquiera. Yo mismo me sentía

absolutamente fascinado por sus primeros ruidos y sus movimientos en extremo desmañados. Incluso la desagradable operación de cambiarla de pañales podía resultar realmente deliciosa cuando mi hija, «mi» hija, agitaba sus gordezuelos brazos y me miraba con lo que a mí me parecía un cariñoso aprecio del hecho de que su padre, «conocido poeta», se dedicara por ella a menesteres tan a ras de tierra. Cuando a las siete semanas nos bendijo una mañana con su primera sonrisa verdadera, telefoneé de inmediato a Abe Bronstein para hacerlo partícipe de la buena nueva. Abe, que era bien

conocido tanto por no levantarse jamás antes de las diez y media de la mañana como por su sentido de la buena prosa, me felicitó al tiempo que me hacía observar amablemente que lo estaba llamando a las cinco cuarenta y cinco de la madrugada.

Y ahora que Victoria tenía ya siete meses, resultaba más palpable que se trataba de una niña muy dotada. Casi un mes antes había aprendido a jugar a, «¡Tan grande, tan grande!», y con semanas de antelación a ello había dominado el juego del escondite. Iba camino de los seis meses y medio, indicio seguro de gran inteligencia pese

a los comentarios en contra de Amrita, y no me preocupaba en modo alguno el hecho de que los intentos locomotores de Victoria la condujeran invariablemente hacia atrás. Cada día aumentaba de manera constante su habilidad para el lenguaje y aun cuando yo no había sido capaz de extraer un «papá» o un «mamá» de aquel entresijo de sílabas, incluso pasando mis grabaciones a velocidad reducida, Amrita me aseguraba con una leve sonrisa que le había oído decir varias palabras completas en ruso o alemán y, en cierta ocasión, una frase completa en hindi. Entretanto yo leía todas las noches

a Victoria, alternando «Madre Gansa» con Wordsworth, Keats y fragmentos cuidadosamente elegidos de los *Cantos* de Pound. La niña mostraba preferencias por estos últimos.

—¿No crees que deberíamos irnos a la cama? —preguntó Amrita—. Mañana tenemos que levantarnos temprano.

En la voz de Amrita algo captó mi atención. Había ocasiones en que preguntaba «¿No crees que deberíamos irnos a la cama?» y otras en que la pregunta era «*¿No crees que deberíamos irnos a la cama*?». Esta vez fue la segunda.

Acosté a Victoria en su cuna,

arropándola bien. Me quedé un minuto mirándola, tumbada boca abajo, cubierta con la ligera colcha, rodeada de sus animales de peluche, su cabeza contra la almohadilla amortiguadora. La luz de la luna se derramaba sobre ella como una bendición.

Al cabo de un rato bajé, cerré la casa, apagué las luces y me dirigí de nuevo arriba, donde Amrita me esperaba en el lecho.

Mucho más tarde, durante los últimos segundos en que hicimos el amor, me volví para mirarle el rostro como buscando la respuesta a preguntas no formuladas, pero una nube había

ocultado la luna y todo quedó perdido en la repentina oscuridad.



3

¿Te gustaría conocer
Cálenla?
Entonces prepárate a
olvidarla.

SUBRATA CHAKRAVARTY

Llegamos a Calcuta a medianoche,

procedentes del norte, atravesando la bahía de Bengala.

—Dios mío —susurré. Amrita se inclinó por delante de mí para escudriñar por la ventanilla.

Siguiendo el consejo de sus padres, habíamos volado con la BOAC hasta Bombay para pasar allí la aduana. Hasta entonces todo se había desarrollado a las mil maravillas, pero el vuelo de enlace con Air India hasta Calcuta se había retrasado tres horas a causa de problemas técnicos. Finalmente se nos permitió subir a bordo, pero hubimos de permanecer allí sentados, en la terminal, durante otra hora, sin luces ni aire

acondicionado, pues habían sido retirados los generadores exteriores. Un hombre de negocios que se encontraba en la fila delante de nosotros comentó que durante tres semanas el vuelo Bombay-Calcuta había salido cada día con retraso a causa de un desacuerdo entre el piloto y el ingeniero de vuelo.

Una vez en el aire el avión se desvió bastante más hacia el sur debido a fuertes tormentas con aparato eléctrico. Victoria se mostró muy agitada durante parte de la noche, pero al final se quedó dormida en brazos de su madre.

—¡Dios mío! —repetí.

Abajo se extendía Calcuta, unos

seiscientos kilómetros cuadrados de ciudad. Una galaxia de luces después de la absoluta negritud de las nubes altas y la bahía de Bengala. Calcuta, a medianoche, centelleaba con incontables linternas, fogatas y un extraño y suave destello, una fosforescencia casi fungosa, que manaba de millares de fuentes invisibles. En lugar de la esperada sucesión urbana de líneas rectas, calles, carreteras, aparcamientos, la miríada de fuegos de Calcuta parecía dispersa y caótica, una revuelta constelación rota tan sólo por la oscura curva del río. Me imaginé que ése sería el aspecto que debieron de presentar

Londres o Berlín ardiendo ante las aterradas tripulaciones de los bombarderos durante la guerra.

Después las ruedas entraron en contacto con la tierra, la terrible humedad invadió la fresca cabina y de inmediato nos encontramos fuera, formando parte del desordenado tropel que se abría camino en dirección a la entrega de equipajes. La terminal era pequeña y sucia. A pesar de lo avanzado de la hora, un gentío sudoroso empujaba y voceaba por doquier en derredor nuestro.

—¿No iba a venir alguien a recibirnos? —preguntó Amrita.

—Sí. —Rescaté nuestras cuatro maletas de la deteriorada cinta continua que transportaba los equipajes. Se palpaba la histeria en aquella humanidad de camisa blanca y sari que ocupaba el pequeño edificio—. Esta mañana hablé con el Sindicato de Escritores Bengalíes. Al parecer un tipo llamado Michael Leonard Chatterjee iba a llevarnos al hotel, pero llegamos con horas de retraso. Probablemente se habrá ido a casa. Intentaré encontrar un taxi.

Una mirada hacia la puerta, bloqueada por hombres vociferantes que hacían llamativos gestos, me indujo a

quedarme junto a las maletas.

—¿Señor y señora Luczak? ¿Robert Luczak?

—Loo-zack —dije, corrigiendo de manera automática la pronunciación—. Sí, soy Robert Luczak. —Miré al hombre que se había abierto camino hasta nosotros. Era alto y flaco, llevaba unos sucios pantalones marrones y una camisa blanca que se veía gris y mugrienta bajo la verde luz fluorescente. Su rostro parecía bastante joven, posiblemente en la veintena, e iba perfectamente afeitado, pero el negro pelo se alzaba en grandes mechones eléctricos y sus ojos, oscuros y

penetrantes, daban una impresión de tal intensidad que era casi una sensación de violencia contenida. Sus cejas eran unos trazos oscuros y poblados que casi se unían sobre un depredador pico de halcón. Avancé a medias y dejé caer una maleta para poder darle la mano derecha —. ¿Señor Chatterjee?

—No, no he visto al señor Chatterjee —replicó con voz estridente —. Soy M. T. Krishna—. En un principio, debido al ruido y al pesado sonsonete del dialecto, me pareció que decía «vacío Krishna» [1].

Alargué la mano, pero Krishna se había vuelto para abrirnos camino hacia

el exterior. Utilizaba el brazo derecho para apartar a la gente...

—Por aquí, por favor. Deprisa, deprisa.

Hice una seña a Amrita y cogí tres de las maletas. Por increíble que pudiera parecer Victoria seguía durmiendo pese al calor y al alboroto.

—¿Es usted del Sindicato de Escritores? —pregunté.

—No, no, no. —Krishna habló sin volver la cabeza—. Soy profesor a media jornada, ¿comprende? Tengo contactos con la Fundación Educación de Estados Unidos en la India. El señor Abraham Bronstein, de Nueva York, que

es un viejo y muy buen amigo del señor Shah, mi superintendente, se puso en contacto con él y el señor Shah me pidió que les hiciera este favor. Deprisa.

Una vez fuera la atmósfera parecía aún más pesada y húmeda que en la sofocante terminal. Unos proyectores iluminaban un cartel plateado sobre las puertas de la terminal.

—Aeropuerto Dum-Dum —leí en voz alta.

—Sí, sí. Aquí era donde hacían las balas hasta que fueron prohibidas después de la Primera Guerra Mundial —dijo Krishna—. Por aquí, por favor.

De repente nos vimos rodeados por

una docena de mozos de equipajes clamando por transportar nuestras escasas maletas. Los hombres estaban flacos como cañas, llevaban las piernas desnudas y vestían harapos marrones. A uno de ellos le faltaba un brazo. Otro tenía el aspecto de haber estado en un terrible incendio, tenía la barbilla soldada al pecho por grandes capas de jirones de tela. Era evidente que no podía hablar, pero gorgoteaba apremiantes sonidos a través de su garganta destrozada.

—Déles el equipaje —dijo Krishna con tono tajante. Hizo un ademán imperioso al precipitarse los mozos uno

contra otro para coger las maletas.

Hubimos de caminar tan sólo unos quince metros a lo largo de un camino en curva. El aire estaba cargado de humedad, tan sombrío y pesado como una manta del ejército empapada. Por un descabellado instante pensé que estaba nevando, ya que por el aire parecían volar copos blancos. Pero en seguida comprendí que eran millones de insectos danzando ante los focos de los proyectores de la terminal. Krishna hizo un gesto a los mozos, señalando hacia un vehículo. Me detuve sorprendido.

—¿Un autocar? —pregunté, aun cuando aquel furgón azul y blanco se

asemejara más a un ómnibus de pacotilla que a un autocar con todas las de la ley. En uno de sus costados aparecía impresa la leyenda «USEFI».

—Sí, sí, sí. Es el único medio de transporte disponible. Y ahora dense prisa.

Uno de los mozos trepó con la agilidad de un mono hasta el techo por la parte posterior del vehículo. Le izaron nuestras cuatro maletas, que dejó aseguradas en la baca de equipajes. Mientras cubrían las maletas con un plástico negro yo me preguntaba por qué no podíamos llevarlas en el propio autobús. Encogiéndome de hombros

hurgué en los bolsillos, sacando dos billetes de cinco rupias para pagar a los mozos. Krishna me los cogió de las manos, devolviéndome luego uno.

—No. Es demasiado —dijo.

Volví a encogerme de hombros mientras ayudaba a Amrita a subir. Victoria había acabado por despertarse con los gritos de los agitados mozos e incorporaba su llanto estridente a la confusión general. Saludamos con la cabeza al somnoliento conductor y ocupamos el segundo asiento a la derecha. En la portezuela Krishna discutía con los tres mozos que habían llevado nuestras maletas. Amrita no

podía comprender todo aquel torrente de bengalí, aunque sí lo suficiente para explicarme que los mozos estaban enfadados porque no podían dividir cinco rupias en tres partes. Pedían otra rupia. Krishna gritó algo y se dispuso a cerrar la puerta del autobús. El mozo de más edad, cuyo rostro era un laberinto de profundos surcos cubiertos de una rastrojera blanca, dio un paso adelante y bloqueó con su cuerpo la puerta plegable. Otros mozos acudieron desde sus puestos junto a los accesos a la terminal. Los gritos se convirtieron en alaridos.

—¡Por Dios Santo! —exclamé—.

Tome, déles algunas rupias más y vayámonos de aquí.

—¡No! —Krishna dirigió la vista hacia mí, su violencia ya no estaba contenida. Tenía la mirada jubilosa que uno ve en los ojos de hombres que practican deportes sangrientos—. Es demasiado —dijo con firmeza.

Ante la portezuela había ya una turbamulta de mozos. De repente unas manos empezaron a golpear sobre el costado del autocar. El conductor se irguió en su asiento y se ajustó nervioso la gorra. El viejo que bloqueaba la puerta se había encaramado al primer peldaño como dispuesto a entrar, pero

Krishna le puso tres dedos sobre el pecho desnudo y lo empujó con firmeza. El viejo cayó de espaldas entre el mar de siluetas vestidas de marrón.

De repente unos dedos nudosos se engarfiaron en la ventanilla, parcialmente abierta, junto al asiento de Amrita, y el mozo de la cara abrasada se irguió como en una barra de gimnasio. Su boca se agitaba frenética a unas pulgadas de nosotros y pudimos darnos cuenta de que no tenía lengua. La saliva salpicaba el cristal polvoriento de la ventana.

—¡Maldición, Krishna!

Me puse en pie para entregar a los

mozos el dinero. En aquel momento surgieron tres policías de entre las sombras. Llevaban cascos blancos, cinturones Sam Browne y calzones caqui. Dos de ellos enarbolaban porras *lathi*, la versión india de la de un agente de patrulla nocturna, casi un metro de madera maciza con un núcleo de hierro en el extremo.

La turbamulta de mozos seguía gritando, pero retrocedieron como un solo hombre ante el avance de los policías. La cara achicharrada desapareció de la ventanilla de Amrita. El primer policía golpeó con la porra en la delantera del autocar, y el viejo mozo

de equipajes se volvió para vocear sus quejas. El policía enarboló su peligrosa porra y gritó a su vez. Krishna aprovechó la oportunidad para accionar la manija que cerraba la puerta del autobús. Dijo dos palabras al conductor en tono imperioso y empezamos a movernos, acelerando rápidamente por el camino en sombras. Se escuchó un fuerte golpe metálico como si hubieran arrojado una piedra contra la parte trasera del vehículo.

Y de repente estábamos fuera del aeropuerto y deslizándonos por una carretera desierta de cuatro carriles.

—Carretera VIP —dijo Krishna

desde la portezuela donde todavía seguía—. Sólo viajan por ellas personas muy importantes.

Hacia la derecha apareció iluminado un descolorido cartel. En él podía leerse en hindi, bengalí e inglés: «BIENVENIDOS a CALCUTA.»

Viajábamos sin luces, pero las del interior del autocar seguían encendidas. Los preciosos ojos de Amrita estaban ojerosos por la fatiga. Victoria, demasiado extenuada para dormir y harta de llorar, emitía una serie de leves mayidos en brazos de su madre. Delante de nosotros Krishna se encontraba sentado de lado, ofreciéndonos el perfil

de su nariz de rapaz, el irritado semblante iluminado por las bombillas del interior y alguna farola ocasional.

—Durante casi tres años fui a la universidad en Estados Unidos —dijo.

—¿De veras? —repuse—. Muy interesante —añadí, aunque me hubiera gustado abofetear a aquel estúpido hijo de puta por haber dado lugar a aquel alboroto.

—Sí, sí. Trabajé con negros, chicanos y pieles rojas. Los pueblos oprimidos de su país.

Las pantanosas extensiones de oscuridad que habían venido bordeando la carretera dieron paso, de repente, a un

montón de covachuelas que surgieron a la derecha del arcén de la carretera. Brillaban linternas a través de las paredes de arpillera. A lo lejos una fogata recortaba siluetas que se movían nerviosas ante llamas amarillas. Al parecer sin transición, dejamos atrás el campo y rodamos por calles angostas, enfangadas por las lluvias, que bordeaban bloques de altos y descuidados edificios, kilómetros de casuchas con tejados de hojalata y un panorama infinito de deteriorados almacenes a oscuras.

—Mis profesores eran estúpidos. Unos conservadores estúpidos. Creían

que la literatura consistía en palabras muertas en libros.

—Sí —contesté. No tenía idea de a qué se refería Krishna. Las calles estaban inundadas. En algunos puntos el agua alcanzaba casi el metro de profundidad. Bajo lonas andrajosas podían verse figuras con túnicas, sentadas y durmiendo y en cuclillas y mirándonos con unos ojos de los que sólo se veía el blanco entre órbitas en sombras.

Cada calleja ofrecía una breve visión de habitaciones abiertas, patios iluminados con bombillas desnudas, sombras moviéndose dentro de sombras.

Un frágil individuo que arrastraba una pesada carreta hubo de apartarse de un salto al pasar con estruendo nuestro vehículo, arrojando sobre él y su carga una cortina de agua. Agitó el puño y su boca emitió obscenidades inaudibles.

Los edificios parecían viejos, más allá de todo tiempo, restos ruinosos de algún milenio olvidado, de alguna era prehumana, ya que las sombras, los ángulos, las aberturas y los huecos no se ajustaban a la arquitectura del hombre. Y sin embargo en cada segundo o tercer piso podía captarse, a través de las ventanas abiertas, indicios de una humanidad habitante de aquellas ruinas

druídicas. Oscilantes bombillas desnudas, cabezas que se agitaban, paredes desconchadas mostrando el blanco costillar del edificio, chillonas ilustraciones de deidades de múltiples brazos recortadas de revistas y toscamente pegadas en las paredes o ventanas, los gritos de los niños jugando, corriendo, desapareciendo por las callejuelas en sombras, lloriqueos de bebés apenas audibles y por doquier el movimiento fortuito captado por el rabillo del ojo, el deslizamiento sibilante de los neumáticos del autobús sobre el cemento y el asfalto mojados y el espectáculo de las figuras envueltas

en sábanas, semejantes a cadáveres, en las aceras en sombras. Me embargó una terrible sensación de *deja vu*.

—Abandoné asqueado cuando un estúpido profesor se negó a aceptar mi ensayo sobre la deuda que Walt Whitman tenía con el budismo zen.

—Sí —repetí—. ¿Cree que podríamos apagar estas luces?

Nos acercábamos al centro de la ciudad. Los decadentes barrios residenciales daban paso a edificios más grandes y aún más decadentes. Había algunos faroles. En los profundos charcos de agua oscura que se habían formado en los cruces se reflejaban

vagos destellos de descargas eléctricas. Todos los almacenes en sombras parecían contener formas silenciosas, envueltas en sábanas, yaciendo como fardos de ropa abandonados o erguidos para vigilar nuestro paso. En el interior del autocar las luces amarillas nos daban el aspecto de figuras de cera. Entonces supe lo que debían de sentir los prisioneros de guerra cuando les hacían desfilar por las calles de la capital enemiga.

Delante de nosotros se encontraba un muchacho encaramado en un canasto, en medio de un círculo de agua negra, haciendo girar por la cola lo que me

pareció un gato muerto. Lo arrojó al paso del autobús y sólo cuando el peludo cuerpo rebotó con sordo ruido contra el parabrisas, me di cuenta de que era una rata. El conductor, soltando una maldición, se lanzó hacia el muchacho. El chico saltó con un revolotear de piernas y el canasto en el que había estado encaramado fue aplastado por nuestra rueda derecha.

—Usted lo comprende, claro, porque es poeta —dijo Krishna mostrando sus dientes pequeños y agudos.

—¿Qué pasa con las luces? —pregunté.

Sentí que empezaba a enfurecerme. Amrita dejó caer suavemente su mano izquierda sobre mi brazo.

Krishna dijo algo en bengalí con voz cortante. El conductor, encogiéndose de hombros, gruñó una respuesta.

—El conmutador está roto —dijo Krishna.

Entramos en una plaza. Lo que podía ser un parque trazaba una sólida línea de oscuridad a través del laberinto de deteriorados edificios. Había dos tranvías abandonados en el centro de una destartalada plaza, por lo demás abarrotada por doce familias acurrucadas bajo lonas medio caídas.

Empezó de nuevo a llover. El repentino aguacero golpeaba sobre el metal del autocar como puños desde el oscuro cielo. En el parabrisas sólo había escobilla en la parte del conductor, y ésta se movía tan perezosamente bajo aquella cortina de agua que pronto hubo un velo entre la ciudad y nosotros.

—Tenemos que hablar sobre M. Das —dijo Krishna.

Parpadeé.

—Quiero que apague las luces —insistí hablando despacio y con precisión.

Desde el aeropuerto había estado sintiendo crecer en mí una furia

irracional. Sabía que dentro de un instante estaría estrangulando a aquel cretino farisaico e insensible, ahogándole hasta hacer que sus ojos de batracio se le salieran de las órbitas. Sentí que la ira me embargaba como la oleada de calor de una bebida fuerte. Amrita debió de darse cuenta de mi pasajera locura porque su mano se cerró sobre mi brazo como un tornillo.

—Es muy importante que le hable del señor M. Das —repitió Krishna.

En el autobús el calor era casi insoportable. Sentíamos el sudor en la cara como ardientes ampollas. Nuestro aliento semejaba suspendido en el aire

cual vapor, mientras que el mundo parecía borrado bajo el aplastante aguacero del exterior.

—Apagaré yo las jodidas luces —dije, e inicié un movimiento para levantarme. Amrita me hubiera sujetado con ambas manos de no ser por Victoria.

Krishna enarcó sorprendido las espesas cejas al alzarme por encima suyo.

—Ya no importa, Bobby. Hemos llegado. Mira, ahí está el hotel —dijo Amrita en el preciso momento en que yo extendía mi brazo.

Me detuve y seguidamente me incliné para mirar por la ventanilla. El

aguacero había parado con la misma rapidez con que empezara y ya sólo caía una ligera llovizna. Mi ira se desvaneció con el sonido suave de la lluvia sobre el techo.

—Tal vez hablaremos más tarde, señor Luczak —insistió Krishna—. Es de la mayor importancia. Tal vez mañana.

—Sí. —Cogí a Victoria en brazos y encabecé la marcha para bajar del autocar.

La fachada del Gran Hotel Oberoi estaba tan oscura como un acantilado de granito, pero por el portalón salía algo de luz. Una maltrecha marquesina cubría

la acera. A cada uno de los lados, en pie y silenciosas bajo paraguas relucientes por la lluvia, podía verse una docena aproximada de borrosas figuras. Algunos enarbolaban pancartas empapadas. En una de ellas pude ver la hoz y el martillo junto con la palabra INJUSTICIA escrita en inglés.

—Huelguistas —señaló Krishna al tiempo que chascaba los dedos ante un somnoliento conserje con librea roja. Me encogí de hombros.

No me sorprendió encontrar unos manifestantes delante del sombrío hotel a la una y media de la madrugada en una Calcuta inundada por las lluvias

monzónicas. En algún momento, durante la última media hora, se había esfumado mi sentido de la realidad.

Los oídos me zumbaban como el bordoneo de incontables patas de insectos. «El jet lag», pensé.

—Gracias por haber venido a recogernos —dijo Amrita a Krishna, al subir éste de nuevo al autobús.

El joven esbozó su mueca de cría de tiburón.

—Sí, sí. Mañana hablaré con ustedes. Buenas noches, buenas noches.

Al parecer la entrada al hotel incluía varios oscuros recibidores que separaban el vestíbulo de la calle a

modo de laberinto protector. El propio vestíbulo estaba bastante iluminado. El empleado de la recepción estaba bien despierto, correctamente vestido y encantado de recibirnos. Sí, allí estaban las reservas para los señores Luczak. Sí, habían recibido nuestro télex sobre el retraso. El mozo de equipajes era un hombre viejo, pero hizo arrumacos a Victoria mientras nos acompañaba en el ascensor hasta el sexto piso, y al retirarse le di diez rupias.

Nuestra habitación era cavernosa y oscura como todo en la ciudad, pero parecía relativamente limpia y la puerta estaba provista de un pesado cerrojo.

—¡Oh, no! —Era la voz de Amrita en el cuarto de baño.

En dos zancadas me planté en él mientras el corazón me latía con fuerza.

—No hay toallas —dijo Amrita—. Sólo manoplas.

Y entonces los dos rompimos a reír. Si uno de nosotros callaba el otro empezaba de nuevo.

Pasamos diez minutos arreglando un nido para Victoria en la cama vacía, despojándonos de la ropa empapada de sudor, lavándonos lo mejor que pudimos para acabar deslizándonos juntos bajo el delgado cobertor. El aparato de aire acondicionado emitía un ruido sordo.

Cerca, en alguna parte, sonó la cisterna de un inodoro. El zumbido en mis oídos era el eco de los motores del reactor.

—Feliz noche, Victoria —dijo Amrita. El bebé ronroneó suavemente en sueños.

En menos de dos minutos nos quedamos dormidos.



4

Y después de rotas las
barreras locales, en el gran
patio,
la comunicación completa entre
los hombres, los vagabundeos
afables, comienzan.

PURNENDU PATRI

—Siempre parece todo mejor a la luz del día —dijo Amrita.

Estábamos desayunando en el café del jardín del hotel. Victoria gorgoteaba feliz instalada en la silla alta que nos habían traído los serviciales camareros. El café daba a los jardines que adornaban el patio. Trabajadores encaramados en andamios charlaban alegremente entre sí.

Bebí mi té, mordisqueé el *muffin* tostado y leí el periódico de Calcuta en inglés. En el editorial se pedía un sistema de circulación más moderno. En los anuncios se vendían saris y motocicletas.

Una sonriente familia india mostraba botellas de Coca-Cola. Al lado aparecía una foto con el primer plano de un cadáver en estado de descomposición, con la cara reventada como un neumático que hubiera explotado, los ojos vidriosos desorbitados. Se había descubierto el cuerpo en un baúl de acero abandonado en la estación de ferrocarril de Howrah, el día anterior, jueves 14 de julio, y quienquiera que pudiese facilitar algún indicio sobre su identidad debía ponerse en contacto con el inspector de policía, Howrah, Govt Rly, y referirse al caso núm. 23 dt. 14.7.77 u/s 302/301 I.P.C. (S/R. 39/77).

Doblé el periódico y lo dejé sobre la mesa.

—¿Señor Luczak? Buenos días. —Me levanté para estrechar la mano de un caballero indio de mediana edad que se había acercado a nosotros. Era bajo de estatura, de tez clara, casi calvo y llevaba unas gruesas lentes con montura de concha—. Señor Luczak —repitió—, soy Michael Leonard Chatterjee. Es un gran placer conocerla, señora Luczak. —Se inclinó levemente al tiempo que tomaba la mano de Amrita—. Les presento mis más sinceras excusas por no haber ido a recibirlos ayer noche al aeropuerto. Mi conductor me informó

erróneamente que el vuelo de Bombay había sido retrasado hasta esta mañana.

—No tiene importancia —dije.

—Pero resulta desafortunado y poco acogedor el llegar a una ciudad sin que nadie les dé la bienvenida. Me excuso una vez más. Estamos en extremo complacidos de que se encuentren aquí.

—¿Quiénes «están»? —pregunté.

—¿Quiere acompañarnos? —ofreció Amrita.

—Gracias. ¡Qué niña más preciosa! Tiene sus ojos, señora Luczak. Me refiero al Sindicato de Escritores Bengalíes, señor Luczak. Hemos mantenido incesante contacto con el

señor Morrow y su excelente publicación y estamos ansiosos de compartir con usted el trabajo más reciente del más excelso poeta de Bengala... no, de la India.

—¿De manera que M. Das vive todavía?

Chatterjee sonrió amablemente.

—¡Con toda seguridad, señor Luczak! Durante los últimos seis meses hemos recibido abundante correspondencia suya.

—Pero ¿lo han visto? —insistí—. ¿Pueden estar seguros de que se trata de M. Das? ¿Por qué ha desaparecido durante ocho años? ¿Puedo

entrevistarme con él?

—Todo a su tiempo, señor Luczak —dijo Michael Leonard Chatterjee—. Todo a su tiempo. He preparado para usted una reunión inicial con el consejo ejecutivo de nuestro sindicato de escritores. ¿Le vendría bien hoy a las dos de la tarde? ¿O usted y la señora Luczak preferirán disponer de un día para descansar y recorrer la ciudad?

Miré a Amrita. Habíamos decidido ya que si no necesitaba traductor, ella y Victoria se quedarían en el hotel descansando.

—Hoy me vendrá bien —contesté.

—Maravilloso, maravilloso.

Enviaré un coche a la una y media.

Observamos alejarse del café a Michael Leonard Chatterjee. Detrás de nosotros unos obreros sobre andamios de bambú voceaban alegres a los empleados del hotel que deambulaban por los jardines. Victoria golpeaba con fuerza sobre la bandeja de su trona, entrando a formar parte de la diversión. La valla publicitaria de la sucia plaza que se encontraba al otro lado de la calle del hotel era del United Bank of India. No había imágenes, tan sólo letras negras sobre un fondo blanco: «Calcuta —¿Capital cultural de la Nación?— ¿Una Definición de obscenidad?»

Parecía un extraño modo de anunciar un banco.

El coche era un Premiere pequeño y negro, provisto de chofer con gorra y calzones caqui. Bajamos por la calle de Chowringhee y mientras avanzábamos a paso de tortuga a través de una densa circulación, tuve ocasión de contemplar Calcuta a plena luz del día.

La escena resultaba casi cómica en su demencial intensidad. Peatones, flotillas de bicicletas, *rickshaws* de aspecto oriental, automóviles, camiones de plataforma adornados con esvásticas, motocicletas y chirriantes carretas de bueyes, todos disputándose nuestro

angosto carril lleno de baches. El ganado deambulaba con toda libertad bloqueando la circulación, asomando las cabezas por las tiendas y vadeando sobre montones de basura apilados en las aceras o en el mismo centro de la calle. En algunos puntos los desperdicios alcanzaban la altura de la rodilla a lo largo de más de tres manzanas, bordeando la calle como un dique. Entre ellos también pululaban seres humanos, disputándose con el ganado y los cuervos los restos comestibles.

Más adelante, colegialas con primorosas blusas blancas y faldas

azules cruzaban la calle en fila india mientras un policía con correaje marrón detenía el tráfico para ellas. El siguiente cruce aparecía dominado por un pequeño templo rojo plantado en el mismo centro de la calle. Por la ventanilla abierta del coche penetraba el aroma dulzón del incienso y de las cloacas. Rojas banderas colgaban de alambres tendidos entre destartaladas fachadas. Y por doquier se percibía el incesante movimiento de una humanidad morena... casi como una marea sin fin de población vestida de blanco y marrón, que avanzaba a empellones y parecía hacer más denso el aire con su húmeda

respiración. A la luz del día Calcuta resultaba impresionante, acaso una pizca intimidante, aunque sin provocar en modo alguno el extraño temor e irritación de la noche anterior. Cerré los ojos e intenté analizar la furia que me había embargado en el autobús, pero el calor y el ruido me impidieron concentrarme. Parecía como si todos los timbres de bicicleta del universo se combinaran con las bocinas de los coches, los gritos y el creciente susurro de la propia ciudad, para levantar un muro de ruido.

El Sindicato de Escritores tenía su sede en un edificio gris y pesado junto a

la salida de la plaza de Dalhousie. El señor Chatterjee me recibió al pie de la escalera y me condujo hasta el tercer piso. Era una habitación grande y sin ventanas. Desde el mugriento techo nos contemplaban los vestigios de un fresco, y siete personas sentadas alrededor de una mesa recubierta de bayeta verde hacían lo mismo.

Se hicieron las presentaciones. Yo era fatal para recordar nombres y sentí una especie de vértigo mientras intentaba grabar en mi mente las ristras de sílabas bengalíes que correspondían a cada uno de aquellos rostros tostados y cultos. La única mujer que se

encontraba allí, con el rostro fatigado, el pelo gris y un pesado sari verde que continuamente estaba ajustándose al hombro se llamaba, al parecer, Léela Meena Basu Belliappa.

Pasaron vanos minutos de charla intranscendente, dificultada por nuestros diferentes dialectos. Descubrí que si me relajaba y dejaba fluir sobre mí el sonsonete precipitado del angloindio el significado se hacía fácilmente evidente. El canturreo sincopado de su charla resultaba balsámico, casi hipnotizador. Súbitamente, de entre las sombras apareció un empleado vestido de blanco que distribuyó tazas desconchadas con

abundante azúcar, leche de búfalo con cuajarones y un poco de té. Yo me encontraba sentado entre la mujer y un tal señor Gupta, el director del consejo ejecutivo. Era un hombre alto, de mediana edad, de rostro delgado y una mordacidad feroz. De repente deseé que me hubiera acompañado Amrita. Su presencia imperturbable habría sido un amortiguador entre aquellos inquisitivos extraños y mi persona.

—Creo que el señor Luczak debería conocer nuestra oferta —dijo de repente Gupta. Los demás asintieron. Como siguiendo una consigna se apagaron todas las luces.

Nos encontrábamos completamente a oscuras en una habitación sin ventanas. Llegaban gritos desde diversos puntos del edificio y nos trajeron velas. El señor Chatterjee, inclinándose sobre la mesa, me aseguró que aquello solía ocurrir con frecuencia. Al parecer durante el día se producían apagones al trasladar la insuficiente potencia eléctrica de una parte de la ciudad a otra.

En cierto modo, la oscuridad y las velas parecieron aumentar el calor. Me sentí algo mareado y me agarré del borde de la mesa.

—Se dará cuenta, señor Luczak, de

que es un privilegio único recibir la obra maestra de un gran poeta bengalí como M. Das. —La voz de Gupta sonaba potente como un oboe. Las densas notas quedaron flotando en el aire—. Ni siquiera nosotros hemos visto la versión completa de este trabajo. Espero que los lectores de su revista aprecien el honor.

—Sí —dije. De la punta de la nariz del señor Gupta pendía una gota de sudor. Nuestras sombras se proyectaban a cuatro metros de altura gracias a la temblorosa luz de la vela—. ¿Han recibido algo más del manuscrito del señor Das?

—Todavía no —respondió el señor Gupta. Tenía unos ojos húmedos, de párpados pesados. La cera de las velas goteaba sobre la bayeta—. Este comité ha de tomar la decisión final en cuanto a las condiciones para la versión inglesa de este lenguaje épico.

—Me gustaría ver al señor Das. —Las personas sentadas a la mesa intercambiaron miradas.

—Eso no será posible. —Había hablado la mujer. Su voz era alta y estridente como una sierra deslizándose sobre metal. Los tonos irritados y nasales se compaginaban mal con su digna apariencia.

—¿Por qué motivo?

—El señor Das no ha estado accesible durante muchos años —intervino Gupta, con voz suave—. Durante algún tiempo todos nosotros pensábamos que había muerto. Guardamos luto por la pérdida de un tesoro nacional.

—¿Y cómo saben que ahora está vivo? ¿Lo ha visto alguien?

Se hizo un nuevo silencio. Las velas estaban medio consumidas y chisporroteaban y se agitaban, aun cuando no soplaba brisa alguna. Yo tenía un calor terrible y me sentía algo mal. Por un demencial segundo pareció que

las velas se consumirían y que nosotros seguiríamos hablando en la húmeda oscuridad, espíritus incorpóreos poblando un edificio ruinoso en el vientre de una ciudad muerta.

—Tenemos correspondencia —dijo Michael Leonard Chatterjee. Sacó de su cartera media docena de sobres crujientes—. Deja establecido sin duda alguna que nuestro amigo sigue vivo y que habita entre nosotros. —Chatterjee se humedeció los dedos y hojeó las páginas pulcramente dobladas de fino papel de carta. Bajo aquella luz difusa las líneas del manuscrito indio parecían runas mágicas, conjuros ominosos.

Chatterjee leyó en voz alta varios pasajes para dar fe de lo que decía. Se inquiría por familiares, se mencionaba a antiguos amigos. Había una pregunta para Gupta respecto a un poema corto de Das que hacía años fuera pagado pero que nunca llegó a ver la luz.

—Muy bien —dije—. Pero para mi artículo es importante que yo vea al señor Das en persona para que pueda...

—Por favor —dijo Chatterjee al tiempo que alzaba la mano. Los cristales de sus gafas reflejaron unas llamas gemelas allí donde hubieran debido estar los ojos—. Esto tal vez le aclare por qué tal cosa resulta imposible.

Desdobló una hoja y una vez que se hubo aclarado la garganta empezó a leer.

> ... así que, como puedes ver, amigo mío, las cosas cambian pero la gente no. Recuerdo aquel día de julio de 1969. Fue durante el Festival de Siva. En el *Times* se nos decía que el hombre había dejado sus huellas en la luna. Yo volvía de la aldea de mi padre, un lugar donde los hombres dejaban huellas en el suelo detrás de sus

bueyes de labor tal como habían venido haciendo durante cinco mil años. En las aldeas por las que nuestro tren pasaba los campesinos se esforzaban por arrastrar sus pesados carros a través del barro.

Durante aquel viaje lleno de ruidos y de gente, de regreso a nuestra amada ciudad, me dejó sobrecogido lo vacía e inútil que había sido mi vida. La vida de mi padre había sido larga y útil.

Todos los hombres de su aldea, brahamanes o harijanes, quisieron asistir a su cremación. Recorrí los campos que mi padre había inundado, labrado y recuperado de los caprichos de la naturaleza mucho antes de que yo naciera. Después de su funeral dejé a mis hermanos y me fui de visita a la sombra de un gran baniano que mi padre plantara de joven. Por doquier, en derredor mío, había

pruebas de los afanes de mi padre. La propia tierra parecía guardar luto por su fallecimiento.

«Y yo, ¿qué he hecho?», me pregunté. En pocas semanas iba a cumplir cincuenta y cuatro años, y ¿a qué había dedicado mi vida? Había escrito algo de poesía, divertido a mis colegas e irritado a algunos críticos. Había tejido una trama ilusoria sobre que yo era la continuación de la tradición de nuestro gran

Tagore. Y entonces quedé prendido en mi propio artificio.

Para cuando llegamos a la estación de Howrah había comprendido lo superficial de mi vida y de mi arte. Durante más de treinta años había vivido y trabajado en nuestra amada ciudad, corazón y hematíes de Bengala, y jamás, ni una sola vez, recreé, no, ni siquiera insinué en mi pobre arte la esencia de esta ciudad. He estado

intentando definir el alma de Bengala describiendo su exterior superficial, sus intrusos extranjeros y su rostro menos honesto. Fue como si hubiera intentado describir el alma de una mujer hermosa y complicada haciendo una relación de los detalles de sus adornos prestados. Gandhiji dijo en una ocasión: «Un hombre no puede tener una vida completa de no haber muerto al menos una vez.»

Para cuando descendí de mi vagón de primera clase en la estación de Howrah, había reconocido el imperativo de esa gran verdad. Para vivir en mi alma, en mi arte, tendría que abandonar las dependencias de mi antigua vida.

Entregué mis dos maletas al primer mendigo que se me acercó. Su mirada de sorpresa aún sigue siendo para mí fuente de cierto placer. No tengo

ni idea de lo que él hiciera después con mis hermosas camisas de hilo, mis corbatas parisienses y los libros que metiera en mi equipaje.

Atravesando el puente de Howrah penetré en la ciudad, consciente de una sola cosa: de que había muerto para mi antigua vida, muerto para mi antiguo hogar y costumbres y, necesariamente, muerto para la gente a la que quería. Sólo entrando de

nuevo en Calcuta como lo hiciera unos treinta y tres años antes, como el estudiante esperanzado y balbuceante que llegaba de una pequeña aldea... sólo entonces podría ver con la mirada clara, imprescindible para mi obra final.

Y he consagrado mi vida a este trabajo... mi primer intento auténtico de contar la historia de la ciudad que nos nutre... Desde aquel día, hace ya

muchos años, mi nueva vida me ha llevado hasta lugares de mi amada ciudad... ciudad que con gran fatuidad pensé conocer íntimamente.

Me llevó a buscar mi camino entre los perdidos, a poseer tan sólo lo que desecharan los desposeídos, a trabajar con las clases programadas de Curzon, a buscar sabiduría entre los locos del parque de Curzon y virtud entre las prostitutas de la calle de

Sudder. Al hacerlo hube de aceptar la presencia de esos dioses oscuros que ocupaban su lugar en sus palmeras antes siquiera de que los propios dioses nacieran. Y al encontrarlos me he encontrado a mí mismo.

Por favor, no me busquéis. Si lo hicierais no me encontraríais. Y si me encontraseis no me conoceríais.

Amigos míos, a vosotros os dejo el

cumplimiento de mis instrucciones en relación con este nuevo trabajo. El poema está incompleto. Hay mucho más trabajo por hacer. Pero el tiempo se está acortando. Deseo que se distribuyan los fragmentos existentes lo más ampliamente posible. La reacción de los críticos no significa nada. Las alabanzas y los *copyrights* carecen de importancia. «Tiene» que ser publicado.

Respondedme a través

de los canales habituales.

DAS

Chatterjee dejó de leer y en el silencio se hizo débilmente audible el lejano carnaval de sonidos callejeros. El señor Gupta se aclaró la garganta y formuló una pregunta respecto a los *copyrights* americanos. Se lo expliqué lo mejor que pude; tanto lo relativo a la oferta de *Harper's* como a la proposición más modesta de *Other Voices*.

Finalmente Gupta se volvió hacia los otros y soltó un torrente de palabras

en bengalí. Deseé de nuevo que Amrita me hubiera acompañado. Michael Leonard Chatterjee se dirigió a mí:

—Le agradeceríamos que esperara, sólo un momento, fuera, en el vestíbulo, señor Luczak. El consejo va a votar sobre lo que haya de hacerse con el manuscrito de M. Das.

Me levanté con las piernas entumecidas y seguí a un sirviente portador de una vela hasta el vestíbulo. Había una silla en el rellano y una pequeña mesa redonda sobre la que depositó la vela. A través del hueco de la escalera subía algo de la luz pálida que entraba de las ventanas empañadas

que daban a la plaza de Dalhousie, pero el difuso resplandor sólo contribuía a hacer más absoluta la oscuridad en los rincones del rellano y en los pasillos que desembocaban en él.

Llevaría unos diez minutos allí sentado, y estaba ya a punto de quedarme adormilado, cuando advertí un movimiento entre las sombras. Algo se agitaba con cautela exactamente fuera del círculo de luz. Levanté la vela y vi una rata del tamaño de un pequeño *terrier* que al punto se quedó inmóvil en el borde del rellano, mientras su larga cola golpeaba húmeda las tablas del suelo. Unos ojillos me miraban

brillantes desde los límites de la luz. Avanzó medio paso y me sentí embargado por una sensación de repugnancia. El movimiento de aquella cosa me recordaba el de un gato acechando a su presa. Me levanté a medias y agarré la endeble silla, dispuesto a arrojársela.

De repente un ruido más fuerte a mis espaldas me hizo dar un respingo. La sombra de la rata se confundió con las sombras del vestíbulo y oí el arañar de numerosas zarpas sobre la madera del suelo. El señor Chatterjee y el señor Gupta salieron de la oscura sala del consejo. Las llamas se reflejaron en las

gafas de Chatterjee.

Gupta dio un paso dentro de mi trémulo círculo de luz. Sonreía ávido, mostrando unos dientes largos y amarillos.

—Ya está acordado —dijo—. Mañana recibirá usted el manuscrito. Nos pondremos en comunicación con usted respecto a las condiciones.



5

No hay paz en Calcuta;
La sangre llama a medianoche...

SUKANTA BHATTACHARJEE

Era demasiado fácil. Ese era el pensamiento que ocupaba mi mente mientras me conducían de nuevo al

hotel. Me había imaginado como un arrojado periodista con trinchera —santo cielo, con semejante calor—, rastreando cuidadosamente los indicios a fin de recomponer la misteriosa desaparición y reaparición del fantasmagórico poeta bengalí. Y resultaba que ya en la primera tarde que había pasado en la ciudad habían terminado el rompecabezas por mí. Al día siguiente, sábado, tendría el manuscrito y podría coger a Amrita y la niña y volar de nuevo a casa. ¿Qué clase de artículo podía salir de eso? Era demasiado fácil.

Mi cuerpo insistía en que era media

mañana, pero el reloj aseguraba que eran las cinco de la tarde. Los trabajadores emergían de los vetustos edificios de oficinas cercanos al hotel como hormigas blancas saliendo de esqueletos de piedra gris. En las aceras rotas las familias calentaban agua para el té, mientras que hombres con carteras pasaban sorteando chiquillos durmiendo. Un hombre andrajoso se puso en cuclillas para orinar en el arroyo mientras que otro se bañaba en un charco a no más de metro y medio de distancia. Me deslicé entre los piquetes comunistas y entré en el climatizado santuario del hotel.

Krishna esperaba en el vestíbulo. El ayudante del gerente del hotel lo vigilaba como si fuera un conocido terrorista. Y no era de extrañar. Krishna tenía un aspecto todavía más salvaje que el día anterior. Su negro pelo lucía erizado como mil signos de exclamación eléctricos y tenía más desorbitados y blancos que nunca los ojos de sapo bajo sus oscuras cejas... Sonrió ampliamente al verme y avanzó hacia mí con la mano extendida. Se la estaba estrechando cuando advertí que aquel cordial saludo era la forma de Krishna de hacer valer su persona ante los ojos del ayudante del gerente.

—¡Ah, señor Luczak! He venido para ayudarle en su búsqueda del poeta M. Das —exclamó mientras seguía sacudiéndome la mano.

Llevaba la misma camisa sucia de la noche anterior y olía a colonia almizclada y sudor. Sentí cómo el sudor se secaba en mi cuerpo mientras la potencia del aire acondicionado me ponía carne de gallina en los brazos.

—Gracias, señor Krishna, pero ya no es necesario. —Logré soltarme la mano—. He tomado todas las disposiciones necesarias. Mañana dejaré en regla el asunto que me trajo aquí.

Krishna se puso rígido. Se desvaneció la sonrisa y las cejas se unieron todavía más sobre la gran curva de la nariz.

—¡Ahhh, ya veo! Ha estado en el Sindicato de Escritores. ¿Cierto?

—Sí.

—Ah, sí, sí. Habrán tenido una historia muy satisfactoria que contarle sobre nuestro ilustre M. Das. ¿Quedó satisfecho con ella, señor Luczak? —Krishna dijo la última frase casi en un susurro, y su actitud era tan claramente confabuladora que el ayudante del gerente lo observó con el ceño fruncido desde el otro extremo del vestíbulo.

Sólo Dios sabe lo que pensaba que me estaba ofreciendo.

Vacilé. No sabía qué diablos tenía que ver Krishna con todo aquel asunto, y en realidad no quería dedicar tiempo a averiguarlo. Maldije mentalmente a Abe Bronstein por haberse inmiscuido en mis asuntos poniéndome en contacto con aquel pelmazo sin avisarme. Al mismo tiempo era plenamente consciente de que Amrita y Victoria me estaban esperando, así como de mi profunda irritación ante el cariz que estaba tomando aquella misión.

Interpretando mi vacilación como incertidumbre, Krishna se inclinó hacia

delante y me agarró por el antebrazo.

—Tengo a alguien que debe usted conocer, señor Luczak. Alguien que puede decirle la verdad sobre M. Das.

—¿Qué quiere decir con eso de la verdad? ¿Quién es esa persona?

—Él preferiría que no se lo dijera —musitó Krishna. Tenía las manos húmedas y el blanco de los ojos surcado de venillas amarillas—. Lo comprenderá cuando oiga su historia.

—¿Cuándo? —le interrumpí tajante. Tan sólo la sensación de algo sin concluir que se había apoderado de mí en el coche me impidió decirle a Krishna que se fuera al diablo.

—¡Inmediatamente! —exclamó Krishna con una mueca triunfante—. ¡Podemos reunimos con él ahora mismo!

—¡Imposible! —Me solté con brusquedad de la garra de Krishna—. Voy arriba a tomar una ducha. Prometí a mi mujer que iríamos a cenar.

—Ah, sí, sí. —Krishna asintió con la cabeza y aspiró a través de los dientes inferiores—: Naturalmente. Entonces haré los preparativos para las nueve y media. ¿Le parece bien?

Vacilé.

—¿Quiere su amigo recibir un pago por la información?

—¡Ah, no, no! —Krishna alzó ambas

palmas—. Él no permitiría nada semejante. Me ha resultado muy difícil convencerle para que hable con alguien sobre todo esto.

—¿A las nueve y media? —pregunté. La idea de adentrarme en la noche de Calcuta me producía un vago malestar.

—Sí. El café cierra a las once. Nos encontraremos allí con él.

El café. Aquellas palabras tenían una familiaridad inocua. Si hubiera algún enfoque que pudiera utilizar en mi artículo...

—Muy bien —dije.

—Le estaré esperando aquí, señor Luczak.

La mujer que tenía en brazos a mi hija no era Amrita. Me detuve con la mano todavía en el pomo de la puerta. Podría haber seguido allí o retrocedido confuso hasta el recibidor de no haber aparecido en aquel mismo momento Amrita por la puerta del cuarto de baño.

—Ah, Bobby, te presento a Kamakhya Bharati. Kamakhya, éste es mi marido, Robert Luczak.

—Es un placer conocerle, señor Luczak. —Su voz era como la brisa a través de las flores primaverales.

—Encantado de conocerla, señorita... ah... Bharati.

Parpadeé estúpidamente y miré a

Amrita. Siempre había pensado que los rasgos de Amrita rayaban en la auténtica belleza, con sus cándidos ojos y los perfectos planos de su rostro, pero frente a aquella joven sólo podía percibir en la cara de Amrita las líneas que revelaban su mediana edad, la ligera barbilla doble y la comba en el puente de la nariz. La imagen de aquella joven quedó grabada en mi retina como el eco óptico de un fogonazo de magnesio.

Su pelo era negro azabache y le caía sobre los hombros. Su rostro era un óvalo perfecto, sobre el que destacaban unos labios suaves, ligeramente trémulos, que parecían diseñados para

la risa y la mayor sensualidad. Sus ojos eran asombrosos... inmensos más allá de lo posible, acentuados por la sombra en los párpados y las pesadas pestañas, con unas pupilas tan oscuras y penetrantes que su mirada iluminaba como oscuros faros. En aquellos ojos había algo sutilmente oriental, aunque al mismo tiempo proyectaran una sensación occidental, casi subliminal, de inocencia y mundanalidad al mismo tiempo.

Kamakhya Bharati era joven, en la veintena todo lo más, y llevaba un sari de seda que parecía flotar por encima de su piel, aligerado por una fragante palpitación de femineidad que parecía

emanar de ella como una brisa aromática.

Yo siempre había asociado la palabra voluptuoso con las atrayentes carnes que pintara Rubens, pero el cuerpo delgado de aquella joven, apenas insinuado entre ondulantes capas de seda, me dio la impresión de una voluptuosidad tan intensa que me secaba la saliva en la boca y me dejaba vacía la mente.

—Kamakhya es la sobrina de M. Das, Bobby. Ha venido para interesarse por tu artículo y hemos pasado la última hora hablando.

—Ah. —Miré a Amrita y luego

volví de nuevo los ojos hacia la joven. No se me ocurrió nada más que decir.

—Sí, señor Luczak. He oído rumores de que mi tío se ha puesto en comunicación con algunos de sus viejos colegas. Deseaba saber si ha visto usted a mi tío... si está bien... —Bajó los ojos y su voz fue extinguiéndose.

Me senté en el borde de una butaca.

—No —contesté—. Quiero decir que no le he visto, pero que está bien. De todas maneras me gustaría. Quiero decir verle. Estoy preparando un artículo...

—Bien. —Kamakhya Bharati sonrió y colocó a Victoria de nuevo en el

centro de la cama donde estaban su manta y su osito de peluche. Unos elegantes dedos morenos rozaron la mejilla del bebé con ademán afectuoso —. No les molestaré más. Sólo deseaba preguntar por la salud de mi tío.

—¡Naturalmente! —dije—. Bueno, a nosotros nos encantaría charlar con usted, señorita Bharati. Me refiero a que, si usted conoce bien a su tío... eso sería de gran ayuda para mi artículo. Si pudiera quedarse unos minutos...

—He de irme. Mi padre espera que esté en casa cuando él llegue. —Se volvió y sonrió a Amrita—. Tal vez podamos hablar mañana cuando nos

veamos como hemos acordado, ¿no?

—¡Estupendo! —dijo Amrita. Era la primera vez que la veía relajada desde Londres. Se volvió hacia mí—. Kamakhya conoce un buen confeccionador de saris no lejos de aquí, cerca del cine Élite. Me gustaría comprar algunas telas mientras estamos aquí. Eso si mañana no me necesitas, Bobby.

—¡Huumm! No estoy seguro —repuse—. Bien, preparad vuestra salida de compras. Yo no sé a qué hora me citarán.

—Entonces te llamaré mañana —dijo la joven. Sonrió a Amrita y de

repente sentí celos, porque hubiera deseado ser el destinatario de aquella bendición. Levantándose, estrechó la mano de Amrita al tiempo que se ajustaba el sari con aquel movimiento elegante de la mano, tan habitual en las mujeres indias.

—Muy bien —contestó Amrita.

Kamakhya Bharati me hizo una ligera inclinación al tiempo que se dirigía a la puerta. Le devolví el saludo y ella desapareció, dejando tras de sí un aroma ligero y enervante.

—¡Por Dios bendito! —exclamé.

—Tranquilízate, Robert —me aconsejó Amrita. En su correcto tono

inglés se advertía un matiz divertido—. Sólo tiene veintidós años, pero hace once que está prometida. Se casará el próximo octubre.

—Una verdadera pérdida —dije, dejándome caer en la cama junto a la niña. Victoria volvió la cabeza y agitó los brazos, dispuesta a jugar. La levanté en el aire. La chiquilla emitió ruidos de gusto y agitó los pies—. ¿Es realmente sobrina de Das?

—Solía ayudarle con sus manuscritos. Le afilaba los lápices. Iba a la biblioteca por él. O al menos eso es lo que dice.

—¿Sí? Tendría diez años.

Victoria chilló cuando la alcé en vilo y la lancé luego al aire.

—Tenía trece cuando él desapareció. Es evidente que su padre tuvo una discusión con Das antes de que su padre muriera.

—¿Su padre? Ah, el de Das...

—Sí. De cualquier manera hace años que su nombre no se pronuncia en la casa. Tengo la impresión de que es demasiado tímida para dirigirse a Chatterjee o al Sindicato de Escritores.

—Se puso en contacto con nosotros.

—Eso es diferente —dijo Amrita—. Somos extranjeros. No importamos. ¿Vamos a salir a cenar?

Bajé a Victoria hasta mi estómago. Tenía la cara encendida de placer y estaba considerando si llorar o no. Hundió sus rodillas entre mis muslos y empezó a gatear hacia mi pecho. Con una mano regordeta se aferró con fuerza al cuello de mi camisa.

—¿Adonde iremos a cenar? —pregunté. Le conté lo de la cita a las nueve y media con el «misterioso extranjero» de Krishna—. Es un poco tarde para salir. ¿Pedimos que nos suban la cena o bajamos al Salón del Príncipe? He oído decir que actúa Fátima la Exótica.

—Victoria armará una de las suyas

—repuso Amrita—. Pero me imagino que preferirá a Fátima al servicio de habitaciones.

—Muy bien, entonces.

—Estaré lista en un segundo.

Fátima la Danzarina Exótica era una mujer india, de mediana edad y con exceso de kilos, que podría muy bien haber bailado ante una audiencia del Club de Exploradores de Exeter sin temor al escándalo. Sin embargo, las numerosas parejas, predominantemente masculinas, de mediana edad y un tanto obesas, que presenciaban el espectáculo se mostraban bastante estimuladas por

su actuación. No así Victoria. Empezó a llorar y los tres tuvimos que retirarnos durante la segunda ronda de giros de Fátima.

En lugar de volver a la habitación, Amrita y yo nos dirigimos al patio en sombras del hotel. Había estado lloviendo casi toda la tarde, pero ya podían verse algunas estrellas entre las nubes bajas y sulfúreas. La mayoría de las ventanas que daban al patio tenían corridas unas pesadas cortinas y sólo eran visibles algunas bandas de luz. Nos turnamos para cargar con la niña, que seguía llorando, hasta que el gimoteo aminoró y paró de repente. Nos

detuvimos junto a la piscina y tomamos asiento en un banco bajo, cerca del café a oscuras. Los focos bajo el agua despedían rizos de luz que danzaban atravesando el denso follaje y las cortinas de bambú bajadas. Advertí que en la parte menos profunda de la piscina flotaba algo oscuro y descubrí que se trataba de una rata ahogada.

—Victoria está dormida —comentó Amrita. La miré y vi que la niña tenía los puñitos apretados y los ojos cerrados, en aquella especie de sueño intenso, en cierto modo satisfecho, en el que a menudo caía después de un intenso llanto.

Estiré las piernas y eché hacia atrás la cabeza. Me di cuenta de que estaba muy cansado. Tal vez se debiera al jet lag. Me incorporé y miré a Amrita. Acunaba suavemente al bebé, con aquella mirada perdida y meditativa que adquiría con frecuencia cuando trabajaba en un largo problema matemático.

—¿Cómo te sientes al estar de vuelta? —le pregunté.

Amrita se quedó mirándome y parpadeó.

—¿A qué te refieres, Bobby?

—En India —le aclaré—. ¿Cómo te sientes al estar de vuelta?

Alisó el pelo, suave como el plumón, de la niña y me la alargó. Instalé a Victoria en el hueco de mi hombro y observé a Amrita acercarse al borde de la piscina y alisarse la falda tostada. La luz de la piscina iluminaba desde abajo sus prominentes pómulos. «Mi mujer es bella», me dije por enésima vez desde nuestra boda.

—Tengo una cierta sensación de *deja vu* —dijo Amrita en voz muy queda —. No, no es exactamente eso. En realidad es como si volviera a sumergirme en un sueño reiterativo. El calor, el ruido, las lenguas, el olor... todo me es familiar y ajeno a un tiempo.

—Lo lamento si eso te aflige —dije.

Amrita negó con la cabeza.

—No me aflige, Bobby. Me atemoriza pero no me aflige. Lo encuentro muy seductor.

—¿Seductor? —Me quedé mirándola—. ¿Qué hemos podido encontrar aquí que sea seductor? —No era propio de Amrita utilizar las palabras a la buena de Dios. Su precisión con el lenguaje excedía en ocasiones a la mía.

Sonrió.

—¿Quieres decir aparte de Kamakhya Bharati? —Se quitó la sandalia y agitó con el pie el agua azul.

Eso me impidió seguir viendo la rata ahogada en el otro extremo de la piscina —. En serio, Bobby, lo encuentro todo muy seductor, de una manera extraña. Es como si durante todos estos años hubiera estado utilizando tan sólo parte de mi mente y ahora le tocase el turno a otra parte.

—¿Te gustaría quedarte más tiempo? —le pregunté—. Es decir, una vez que haya terminado el trabajo. —Yo estaba confundido.

—No —contestó Amrita, y su tono fue tajante.

Sacudí la cabeza.

—Siento haberte dejado toda la

tarde sola y haber aceptado esa cita para esta noche —dije—. Creo que fue una equivocación el que viniéramos los tres. No me di cuenta de lo difícil que podría resultar para ti y Victoria.

Desde las alturas, en alguna parte, se oyó una severa retahíla de órdenes en lo que parecía árabe, seguidas de un torrente en gangoso bengalí. Se cerró una puerta de golpe.

Amrita se acercó para sentarse de nuevo junto a mí. Cogiendo a Victoria la recostó sobre la falda.

—Todo va bien, Bobby —dijo—. Sabía cómo iba a ser. Supuse que lo más probable sería que no me necesitaras

como traductora hasta que hubieras obtenido el manuscrito.

—Lo siento —repetí.

Amrita volvió la mirada de nuevo a la piscina.

—Cuando tenía siete años, durante el verano anterior a nuestro traslado a Londres, vi un fantasma.

Me quedé mirándola. No me hubiera sentido más sorprendido o incrédulo si Amrita me hubiera dicho que se había enamorado del viejo botones y que me abandonaba por él. Amrita era, o había sido hasta aquel instante, la persona más intransigentemente racional que yo jamás conociera. Su creencia e interés

por lo sobrenatural habían parecido hasta entonces inexistentes. Jamás había logrado que se interesara por las novelas baladíes de Stephen King que solía llevar a la playa en verano.

—¿Un fantasma? —pregunté finalmente.

—Viajábamos en tren desde nuestra casa en Nueva Delhi hacia la de nuestro tío en Bombay —continuó—. Siempre resultaba excitante el ir con mis hermanas y mi madre a Bombay cada junio. Pero aquel año mi hermana Santha cayó enferma. Bajamos del tren al oeste de Bhopal y nos alojamos en una casa de huéspedes de la compañía de

ferrocarriles durante dos días, mientras la atendía un médico local.

—¿Se puso bien? —inquirí.

—Sí, sólo era sarampión —dijo Amrita—. Pero como yo era la única de las niñas que aún no lo había tenido, me hicieron dormir fuera de nuestra habitación del hotel, en una pequeña terraza que daba al bosque. La única forma de acceder a la terraza era a través de la habitación donde dormían mi madre y mis hermanas. Aquel verano aún no habían llegado las lluvias y el ambiente era muy bochornoso.

—¿Y viste un fantasma?

Amrita sonrió levemente.

—Me desperté a medianoche al escuchar el sonido de un llanto. Al principio pensé que era mi hermana o mi madre y luego me di cuenta de que había una anciana sentada en el borde de mi cama, sollozando. Recuerdo que no sentí miedo alguno, sólo extrañeza de que mi madre hubiera permitido que aquella persona atravesara su habitación para venir junto a mí en la terraza.

»Su llanto era muy quedo, pero en cierto modo terrible. Alargué la mano para consolarla, pero antes de que la tocara dejó de sollozar y me miró. Entonces me di cuenta de que en realidad no era anciana, sino que un

terrible dolor la había hecho envejecer.

—Y luego ¿qué? —la incité a seguir —. ¿Cómo supiste que era un fantasma? ¿Se esfumó, desapareció en el aire, se fundió, quedando tan sólo un montón de harapos y grasa? ¿Qué pasó?

Amrita hizo un ademán negativo con la cabeza.

—Durante unos segundos la luna se ocultó tras las nubes y cuando volvió a asomarse la anciana había desaparecido. Grité y cuando acudieron a la terraza mi madre y mis hermanas me aseguraron que por su habitación no había pasado nadie.

—Hum —dije—. A mí me parece

algo absurdo. Tenías siete años y probablemente soñaste. O incluso habiendo estado despierta, ¿cómo sabes que no se trataba de alguna camarera que hubiera llegado por alguna salida de incendios o algo semejante?

Amrita levantó a Victoria apoyándola sobre su hombro.

—Estoy de acuerdo en que no se trata de una aterradora historia de fantasmas. Pero a mí me ha tenido atemorizada durante años. Verás, durante aquel segundo antes de que la luna quedase oscurecida, miré cara a cara a la mujer y supe muy bien quién era. —Amrita dio unas suaves palmadas a la

niña en la espalda—. Era yo.

—¿Tú? —dije.

—Y entonces decidí que quería vivir en un país donde no pudiera ver fantasmas.

—Me fastidia desengañarte, pequeña —bromeé—, pero tanto Gran Bretaña como Nueva Inglaterra son famosas por su cuota de fantasmas.

—Tal vez —dijo Amrita, al tiempo que se levantaba sujetando firmemente a Victoria entre sus brazos—. Pero yo no puedo verlos.

A las nueve y media de la noche me encontraba sentado en el vestíbulo, sufriendo un dolor de cabeza creciente a

causa del calor y la fatiga, sintiendo náuseas por culpa del mal vino de la cena e imaginando diversas excusas que ofrecer a Krishna cuando apareciera. A las nueve cincuenta había decidido decirle que Amrita o la niña no se encontraba bien. A las diez comprendí que no tenía por qué justificarme y ya me había levantado para subir a la habitación cuando de súbito apareció Krishna desgreñado y aturdido. Tenía los ojos enrojecidos e inflamados, y parecía que hubiera estado llorando. Acercándose a mí me estrechó con toda solemnidad la mano como si nos encontráramos en el vestíbulo de una

funeraria y yo fuera un familiar cercano del difunto.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es muy, muy triste —y su voz estridente se quebró—. Noticias muy terribles.

—¿Su amigo? —pregunté.

Tuve una sensación de alivio ante la súbita idea de que su misteriosa fuente pudiera haberse roto la pierna, la hubiera atropellado un tranvía o tal vez sufrido un ataque al corazón.

—No, no, no. Tiene que haberse enterado. El señor Nabokov ha fallecido. Una gran tragedia.

—¿Quién? —A causa del dialecto

sólo había oído otro incomprensible nombre bengalí.

—¡Nabokov! ¡Nabokov! *Pálido fuego, Ada o el ardor*. El mejor estilista de prosa en lengua inglesa. Una pérdida realmente muy grande para todos nosotros. Para todos los hombres de letras.

—¡Ah! —exclamé. Nunca logré terminar de leer *Lolita*. Para cuando recordé mi decisión de no acompañar a Krishna, nos encontrábamos ya fuera, en la húmeda oscuridad, y él me conducía hacia un *rickshaw* donde un pequeño *coolie* flaco y arrugado dormitaba en un asiento rojo. Retrocedí. Algo en mí se

rebeló ante la idea de ser transportado por calles asquerosas por aquel espantapájaros humano.

—Tomemos un taxi —dije.

—No, no. Está reservado para nosotros. Es un trayecto corto. Nuestro amigo está esperando.

El asiento estaba húmedo a causa de las lluvias nocturnas, pero no resultaba incómodo. El hombrecillo bajó de un salto con un palmetazo de sus pies descalzos, agarró las varas gemelas, saltó en el aire con experimentada agilidad descendió luego con los brazos extendidos, equilibrando a la perfección nuestro peso. El *rickshaw* no llevaba

luces, tan sólo una linterna de petróleo que colgaba de un gancho de metal. No me tranquilizaba lo más mínimo el hecho de que los camiones y coches que giraban alrededor nuestro haciendo sonar sus bocinas viajaran también sin luces. Los tranvías todavía funcionaban y la macilenta luz amarilla de sus bombillas interiores mostraba rostros sudorosos agolpados tras las ventanillas de malla metálica.

A pesar de lo avanzado de la hora todos los vehículos públicos iban sobrecargados, los autobuses se inclinaban por el peso de la gente colgada de las barras de las ventanillas

y de los asideros exteriores, los trenes pasaban mostrando incontables cabezas y torsos asomando de los negros vagones.

En la calle las farolas eran escasas, pero las bocacalles y los patios apenas avistados brillaban con esa fosforescencia pálida y decadente que ya viera desde el aire. La oscuridad no había aliviado en modo alguno el calor. Quizás incluso hacía más que durante el día. Podían verse densas nubes asomando por encima de los edificios, y su peso húmedo parecía proyectar de vuelta hacia nosotros el bochorno de las calles de la ciudad.

Nuevamente me asaltó la ansiedad. Incluso ahora me resulta difícil describir la naturaleza de aquella tensión. No tenía nada que ver con una sensación de peligro físico, aun cuando me sintiera absurdamente expuesto mientras traqueteábamos sobre los adoquines sueltos del pavimento, los montones de basura y los raíles de los tranvías. Me di cuenta de que todavía llevaba en la cartera doscientos dólares en cheques de viaje. Pero no era ésa la fuente real de aquel nerviosismo que me subía a la garganta como bilis.

Algo de la noche de Calcuta influía directamente sobre las regiones más

oscuras de mi mente. Breves zarpazos de un miedo casi infantil asaltaban mi conciencia mientras la mente adulta los obligaba a retroceder. Los ruidos de la calle no presentaban amenaza alguna: gritos lejanos, pasos sibilantes, retazos ocasionales de conversaciones ahogadas cuando pasábamos junto a las figuras ensabanadas, pero producían el mismo efecto de nudo en el estómago, de sensación de alerta que el oír a alguien respirar debajo de la cama.

—Kaliksetra —dijo Krishna. El tono de su voz era suave, apenas audible por encima del jadeo del *coolie* y el palmoteo de sus pies descalzos sobre el

pavimento.

—¿Perdón?

—Kaliksetra. Quiere decir «el lugar de Kali». Naturalmente, no ignorará usted que ése es el origen del nombre de nuestra ciudad.

—Aah, no. Bueno, es posible que lo supiera. Debo de haberlo olvidado.

Krishna se volvió hacia mí. En la oscuridad no podía ver bien su cara, pero pude sentir todo el peso de su mirada.

—Debe saber usted esto —dijo con una voz sin inflexiones—. Kaliksetra se convirtió en la aldea de Kalikata. Kalikata era el emplazamiento del gran

Kalighat, el templo más importante dedicado a Kali. Aún sigue en pie. A menos de tres kilómetros de su hotel. Tiene usted que verlo.

—Humm —repuse. Un tranvía había doblado la esquina a gran velocidad. Nuestro *coolie* se apartó bruscamente de los raíles, evitando el tranvía por menos de un metro. Voces furiosas nos siguieron hasta una calle más espaciosa y vacía—. Kali era una diosa, ¿no? —dije—. Una de las consortes de Siva.

Pese al interés que me inspiraba Tagore, hacía muchos años que no leía nada de los vedas.

Krishna emitió un ruido inverosímil.

En un principio pensé que se trataba de una risotada burlona, pero me volví para mirarlo. Se hurgaba con un dedo una de las ventanillas de la nariz y expulsaba ruidosamente mocos sobre la palma de la mano izquierda.

—Sí, sí —contestó—. Kali es la *sakti* sagrada de Siva. —Examinó el contenido de su palma, hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza como si se sintiera satisfecho, y sacudió los dedos por encima del costado del *rickshaw*—. Usted conoce su aspecto, naturalmente. —Desde uno de los ruidosos edificios en sombras por los que pasábamos nos llegaron los

gritos con que se increpaban varias mujeres.

—¿Su aspecto? No, no lo creo. Ella... las estatuas... tienen cuatro brazos, ¿no?

Miré en derredor y pensé si habríamos llegado ya a nuestro destino. Allí había pocos comercios. Me resultaba difícil imaginar que entre aquellas ruinas hubiera un café.

—¡Pues claro! ¡Pues claro! Es una diosa; evidentemente tiene cuatro brazos. Tiene que ver el gran ídolo en el Kalighat. Es la *jagrata*, la «muy despierta» Kali. Muy terrible. Hermosamente terrible, señor Luczak.

En sus manos sostiene los *mudras abhaya* y *vara*, los *mudras* que ahuyentan el miedo y reparten bendiciones. Pero muy terrible. Muy alta. Muy flaca. Tiene la boca abierta. Su lengua es larga. Tiene dos... ¿cómo se dice...? ¿Dientes de vampiro?

—¿Incisivos?

Me aferré a la funda húmeda del asiento, preguntándome adónde querría ir a parar Krishna. Giramos y bajamos por una calle más angosta y oscura.

—Ah, sí, sí. Es la única entre los dioses que ha conquistado el tiempo. Naturalmente, devora a todos los seres. *Purusam*, *asvam*, *gam*, *avim*, *ajam*. Sus

hermosos pies patean un cuerpo. En los manos sostiene un *pasa*... un lazo corredizo *khatvanga* ... ¿cómo es esa palabra...? Un palo. No, una vara con una calavera, *khadga*... una espada y una cabeza cortada.

—¿Una cabeza cortada?

—Ciertamente. Usted debe saber eso.

—Maldición, escúcheme, Krishna, ¿a qué viene todo este...?

—Ah, ya hemos llegado, señor Luczak. Baje. Por favor, deprisa. Llegamos con retraso. El café cierra a las once.

La calle era poco más que un

callejón inundado por aguas procedentes de los albañales y de las lluvias. No se veían rótulos de almacenes o tiendas y mucho menos de un café. Los muros estaban a oscuras, salvo por el difuso reflejo de unas linternas que iluminaban desde una de las ventanas altas. El *coolie* había soltado las varas y estaba encendiendo una pequeña pipa. Yo seguí sentado.

—Deprisa, por favor —dijo Krishna, y chascó los dedos en mi dirección tal como le había visto hacerlo con los porteros.

Pasó por encima de un hombre que dormía en la acera y abrió una puerta

que hasta entonces yo no había advertido. Una única bombilla iluminaba una escalera angosta y empinada. Hasta nosotros llegaron murmullos de conversiones.

Salté del *rickshaw* y lo seguí en dirección a la luz. En el rellano del segundo piso se abrió una puerta que daba a un amplio vestíbulo.

—¿Ha visto abajo, en la calle, la Universidad? —me preguntó Krishna por encima del hombro. Asentí, aunque los edificios que había visto no me parecieron más que almacenes—. Este es, naturalmente, el café de la universidad. No, no exactamente. La

casa-café. Igual que en Greenwich Village, ¿verdad?

Krishna torció hacia la izquierda y me condujo hasta una habitación que era una auténtica caverna. El techo altísimo, las pesadas columnas y las paredes sin ventanas me recordaban un garaje que conocía cerca de Chicago Loop. A la luz difusa podían verse al menos cincuenta o sesenta mesas, aunque tan sólo estaban ocupadas unas cuantas. Aquí y allá jóvenes de aspecto serio, vestidos con amplias camisas blancas, estaban sentados a mesas rústicas pintadas de verde oscuro. Del techo, a una altura de unos seis metros, colgaban lentos

ventiladores, y si bien no era perceptible movimiento alguno del aire húmedo, la luz de las bombillas, muy espaciadas entre sí, temblaba ligeramente dando a la escena un aspecto sombrío, estroboscópico, como de película muda.

—Una casa-café —repetí tontamente.

—Venga por aquí.

Krishna se abrió camino entre mesas atestadas hasta el rincón más lejano. En un banco construido en el mismo muro se encontraba sentado solo un joven de unos veinte años. Se levantó al acercarnos nosotros.

—Señor Luczak, le presento a Jayaprakesh Muktanandaji —dijo Krishna, dirigiéndose luego en bengalí al joven. La intensa penumbra me impedía ver claramente sus rasgos. Pero junto con un apretón de manos húmedo y vacilante pude apreciar un rostro delgado, unas gafas gruesas y un caso tan grave de acné que casi brillaban las pústulas.

Permanecimos en pie durante un silencioso minuto. El joven se frotó las palmas y miró subrepticiamente a los demás estudiantes sentados a las otras mesas. Algunos se habían vuelto al entrar nosotros, pero ninguno seguía

mirándonos.

Nos sentamos al tiempo que un viejo poseedor de una enmarañada barba blanca nos traía café a la mesa. Las tazas estaban tremendamente desconchadas, con líneas de fractura que dibujaban ramas pálidas sobre la porcelana. El café era fuerte y sorprendentemente bueno, salvo por el hecho de que alguien le había añadido grandes cantidades de azúcar y leche agria. Tanto Krishna como Muktanandaji me miraron mientras el viejo permanecía inmóvil junto a nuestra mesa, de manera que rebusqué en mi cartera y saqué un billete de cinco

rupias. El hombre, dando medio vuelta, se alejó sin dar cambio alguno.

—Al parecer, señor Muktanandaji —empecé a decir, orgulloso de haber recordado el nombre—, tiene usted cierta información sobre el poeta de Calcuta M. Das.

El muchacho inclinó la cabeza y le hizo un comentario a Krishna. Éste le contestó con brusquedad y se volvió hacia mí con su sonrisa de tiburón.

—El señor Muktanandaji no habla, siento decirlo, muy bien el inglés. En realidad no habla inglés, señor Luczak. Me ha pedido que yo traduzca para él. Si está preparado, señor Luczak, ahora

él le contará su historia.

—Creí que iba a ser una entrevista.

Krishna alzó la palma de su mano derecha.

—Sí, sí. Tiene que entenderlo, señor Luczak. El señor Jayaprakesh Muktanandaji habla para usted sólo como un favor personal hacia mí, que en su día fui su maestro. Se siente muy reacio. Si quiere ser tan amable de dejarle contar su historia, yo traduciré lo mejor que pueda. Y luego si usted tiene preguntas yo se las haré al señor Muktanandaji.

«Maldición», me dije. Era la segunda vez en un día que había

cometido el error de que Amrita no me acompañara. Consideré la posibilidad de cancelar o programar de nuevo la reunión, pero la descarté. Lo mejor sería terminar con aquello. Al día siguiente recibiría el manuscrito de Das y, con suerte, por la tarde volaríamos de nuevo a casa.

—Muy bien —acepté.

El joven se aclaró la garganta y se ajustó las gruesas gafas. Su voz tenía un tono todavía más agudo que el de Krishna. Al cabo de unas cuantas frases se detenía y se frotaba tontamente la cara o el cuello mientras Krishna traducía. Al principio aquellas pausas

me parecieron irritantes, pero el flujo musical del bengalí, seguido del sonsonete apresurado del dialecto de Krishna ejercían sobre mí un efecto magnético, como de *manirá*. Era semejante al intenso estado de concentración y dedicación que uno consagra a una película extranjera debido, sencillamente, al esfuerzo de tener que leer los subtítulos.

En algunas ocasiones los interrumpí para hacer una pregunta, pero ello pareció trastornar a Muktanandaji, así que tras algunos minutos me limité a escuchar saboreando mi café, que se estaba enfriando. Krishna se volvía para

decir algo en bengalí, y el muchacho contestaba. Y yo me maldecía por ser un cretino monolingüe. Me preguntaba si siquiera Amrita habría podido captar la esencia del bengalí hablado con tanta rapidez.

Al comenzar la historia me di cuenta de que estaba reorganizando mentalmente la sintaxis de Krishna, en ocasiones terrible, o sustituyendo sus expresiones, a veces cómicas, por la palabra adecuada. De vez en cuando tomaba notas en mi agenda, pero al cabo de un rato incluso eso me impedía seguir el relato, de manera que me guardé la pluma. Sobre nuestras cabezas los

ventiladores giraban lentamente, la luz parpadeaba recordando a lejanos relámpagos de calor en una noche de verano, y dediqué toda mi atención a Jayaprakesh Muktanandaji, mientras su historia se iba desarrollando con la voz de Krishna.



6

UN RUEGO

Cuando muera
No arrojéis lejos la carne y los huesos
Mas bien amontonadlos
Y dejadlos que digan
Por su hedor
Qué valor tiene la vida

Sobre esta tierra
Qué valor tiene el amo
Al final.

KAMELA DAS

«Soy una persona pobre de la casta Sudra. Soy uno de los once hijos de Jagdisvaran Bibhuti Muktanandaji, que estuvo con Gandhiji en su Camino hacia el Mar.

»Mi casa está en la aldea de Anguda, que está cerca de Durgalapur, que se encuentra a lo largo de la línea férrea que conecta Calcuta con Jamshedpur.

»Es una aldea pobre y nadie fuera de ésta se ha tomado el menor interés por ella, salvo aquella vez en que un tigre se comió a dos de los hijos de Subhoranjan Venkateswarani y llegó un hombre de un periódico de Bhubaneshwar para preguntar a Subhoranjan Venkateswarani cómo se sentía al respecto.

»No lo recuerdo bien porque ocurrió durante la guerra...que fue unos quince años antes de que yo naciera.

«Nuestra familia no había sido siempre pobre. Mi abuelo, S. Mokeshi Muktanandaji, hubo un tiempo en que dejó dinero al prestamista de la aldea. Para cuando yo nací, el octavo de once

hijos, hacía tiempo que nos había sido devuelto el dinero de mi abuelo y habíamos pedido más. Para pagar algo del interés de sus deudas, mi padre se vio obligado a vender las tres mejores hectáreas de sus tierras, las más cercanas a la aldea. De esa manera le quedaron seis hectáreas desperdigadas a lo largo de muchos kilómetros, para repartir entre los once que éramos. No se puede cultivar caña para dos novillos en una parcela tan pequeña.

»El problema pareció mejorar ligeramente cuando mi hermano mayor, Marmadeshwar, se fue a cumplir con sus deberes patrióticos en 1971, y al poco le

mataron los pakistaníes. Aun así las perspectivas para el resto de nosotros no eran buenas. Entonces mi padre tuvo una idea. Durante ocho años yo había estudiado a media jornada en la Academia Cristiana de Agricultura, en Durgalapur. La escuela estaba patrocinada por el acaudalado señor Debee, del Centro Bengalí de Inseminación del Ganado. Era una escuela pequeña. Teníamos pocos libros y sólo dos profesores. Uno de ellos estaba enloqueciendo lentamente a causa de la sífilis.

»Pese a todo yo era el único miembro de la familia de mi padre que

había asistido a la escuela, y éste decidió que iría a la universidad. Planeaba que fuera un doctor o, mejor aún, un mercader, y así traería mucho dinero a la familia. De esa manera también se resolvía el problema de mi cuota de menos de una hectárea de tierra. Para mi padre era evidente que a un doctor o a un rico mercader no le haría falta alguna una pequeña parcela de una pobre tierra de cultivo.

»Yo mismo tenía sentimientos encontrados sobre esa idea. Jamás había ido más allá de doce kilómetros de Anguda. Nunca había viajado en tren o en automóvil. Podía leer libros muy

sencillos y escribir frases esenciales en bengalí, pero no tenía conocimiento alguno de inglés o hindi, y tan sólo el sánscrito suficiente para recitar algunos versos del *Ramayana* o del *Mahabharata*.

»En pocas palabras, no estaba seguro de encontrarme preparado para convertirme en doctor.

»Mi padre solicitó más dinero, esta vez en mi nombre, al prestamista de la aldea. Mi maestro, en su locura, escribió una recomendación para que fuera admitido en la Universidad de Calcuta, y se la dirigió a su antiguo instructor allí. Incluso el señor Debee, quien en sus

días previos al cristianismo había jurado a Gandhiji que trabajaría humildemente por nuestras aldeas y que haría que sus cenizas fueran esparcidas en el sendero principal de Anguda, escribió una nota a la Universidad solicitando que tuvieran la amabilidad de admitir a un hijo de un campesino de casta inferior, pobre e ignorante, en sus honrosas aulas del conocimiento.

»El año pasado hubo una oportunidad. Pagué la mayor parte de mi dinero tomado a préstamo como *baksheesh* a mi maestro y al secretario del señor Debee y luego abandoné mi hogar por la gran ciudad. ¡Estaba

aterrado!

»No describiré mis reacciones ante todas las maravillas de Calcuta. Baste decir que cada hora traía revelaciones maravillosas. Sin embargo pronto me sentí abatido. Mis magros fondos apenas bastaban para cubrir el primer semestre de mi instrucción, y no dejaba dinero suficiente para los costosos dormitorios o las pensiones estudiantiles próximas a la Universidad. Pasé mi primera semana en la ciudad durmiendo entre los arbustos del Maidan, pero las lluvias monzónicas y dos tundas de la policía me convencieron para buscar una habitación.

»Mis cuatro asignaturas resultaron, en cierto modo, una decepción. En mi clase de Introducción a la Historia Nacional había más de cuatrocientos alumnos. No podía permitirme comprar el libro de texto y rara vez me encontraba lo bastante cerca para oír al conferenciante, el cual farfullaba y, de todos modos, hablaba tan sólo inglés, lengua que yo no comprendía. Así que pasaba mis días a la caza de alojamiento y deseando encontrarme en casa, en Anguda. Aun haciendo tan sólo una comida al día de arroz y *chapatis*, sabía que en pocas semanas me quedaría sin blanca. Si era lo bastante afortunado

para encontrar una habitación, tanto más pronto me moriría de hambre.

»Fue entonces cuando contesté a un anuncio en el *Student Forum* pidiendo un compañero de habitación, y todo cambió. La habitación se encontraba a diez kilómetros de la Universidad, en el séptimo piso de un edificio que alojaba, en su mayoría, a refugiados de Bangladesh y Birmania. El estudiante que quería alquilar la mitad de su habitación era un júnior, un hombre inteligente, varios años mayor que yo, que estudiaba farmacia, pero que quería llegar a ser un día un gran autor, aunque, de no lograrlo, se contentaría con ser

físico nuclear. Se llamaba Sanjay y desde la primera vez que lo vi, allí de pie entre sus montones de papeles y ropa sucia, supe que, de alguna manera, mi vida no volvería a ser la misma.

«Quería doscientas rupias al mes por mi parte de la habitación. En mi cara debió reflejarse la decepción. En aquel momento tenía menos de cien rupias a mi nombre. Me di cuenta de que me había dado una caminata de dos horas para nada. Pregunté si podía sentarme. Las plantas de los pies me dolían terriblemente por la paliza con porras *lathi* que recibiera algunas noches antes. Más tarde supe que los policías me

habían roto los puentes de los pies.

»Al oír aquello Sanjay se apiadó inmediatamente de mí. Se puso furioso cuando le conté lo de las tundas y los sobornos tan altos que exigían los celadores de los dormitorios de la Universidad. Pronto me daría cuenta de que las reacciones de Sanjay eran como las tormentas monzónicas. Tan pronto se mostraba tranquilo, contemplativo, inmóvil como una estatua como, de pronto, se apoderaba de él la cólera por alguna injusticia social, y golpeaba con el puño la madera podrida de las paredes o hacía bajar de un puntapié las escaleras traseras a algún chiquillo

birmano.

»Sanjay era miembro tanto de la Coalición de Estudiantes Maoístas como del Partido Comunista Indio. El hecho de que ambas facciones se despreciaran mutuamente y de que a menudo llegaran a los puños no parecía importarle. Describía a sus padres como "decadentes parásitos capitalistas", propietarios de una pequeña compañía farmacéutica de Bombay y que le enviaban dinero todos los meses. Al principio sus padres lo enviaron a estudiar fuera del país, pero al regresar para "renovar contactos con la lucha revolucionaria en mi propio país", los

ofendió aún más al elegir para seguir sus estudios la Universidad de Calcuta, plebeya y pendenciera, en lugar de una institución más prestigiosa de Bombay o Delhi. Luego de contarme todo aquello sobre él mismo y escuchar mi propia historia, Sanjay redujo rápidamente el alquiler a cinco rupias mensuales y se ofreció a prestarme algún dinero para pasar los dos primeros meses. He de confesar que lloré de alegría.

»Durante las semanas que siguieron Sanjay me enseñó a sobrevivir en Calcuta. Por la mañana, antes del amanecer, viajábamos hasta el centro de la ciudad con los conductores de clase

programada del camión que transportaba animales muertos para su inspección. Sanjay fue quien me enseñó que en una gran ciudad como Calcuta las distinciones de castas no significaban nada, y que pronto desaparecerían una vez llegase la inminente revolución. Yo estaba de acuerdo con los puntos de vista de Sanjay pero, por mi educación, todavía me resultaba imposible compartir un asiento de autobús con un extraño o aceptar un trozo de pasta frita de un vendedor sin preguntarme, de manera instintiva, a qué casta pertenecía aquel hombre. Sanjay me enseñó cómo viajar gratis en los trenes, dónde me

podía afeitar un barbero callejero que debía favores a mi amigo y cómo introducirme gratis en una sala de cine durante el entreacto de la sesión nocturna de tres horas.

«Durante todo ese tiempo dejé de asistir a las clases de la Universidad y mis calificaciones subieron desde cuatro "F", a tres "B" y, finalmente, a "A". Sanjay me había enseñado cómo comprar viejos cuestionarios y pruebas a los estudiantes de los cursos superiores. Para hacerlo hube de pedir prestadas otras trescientas rupias a mi compañero de habitación, pero eso le tenía sin cuidado.

»Al principio Sanjay me llevaba a los mítines tanto del CEM como del PCI, pero las interminables arengas políticas y los múltiples altercados internos sólo conseguían adormecerme, y al cabo de un tiempo dejó de insistir en que le acompañara. Mucho más de mi gusto eran las raras veces que íbamos al club nocturno del hotel Lakshmi para ver a las mujeres bailar en ropa interior. Semejante cosa era algo casi impensable para un hindú devoto como yo, pero he de confesar que lo encontré terriblemente excitante. Sanjay lo llamaba "decadencia burguesa" y explicaba que era nuestro deber ser

testigos de la corrupción enfermiza que sería borrada por la revolución. En definitiva, fuimos cinco veces a presenciar la decadencia, y en cada ocasión Sanjay me prestó la principesca cantidad de cincuenta rupias.

«Llevábamos tres meses compartiendo la habitación cuando Sanjay me habló de su asociación con los *goondas* y Kapalikas. Yo ya sospechaba que Sanjay estaba implicado de algún modo con los *goondas*, pero no sabía nada de los Kapalikas.

Incluso yo sabía que durante años cuadrillas de facinerosos asiáticos y los propios *goondas* de Calcuta dominaban

sectores enteros de la ciudad. Cobraban impuestos a los diversos refugiados por los derechos de entrada y estancia, controlaban el flujo de drogas hasta la ciudad y su circulación dentro de ella. Y asesinaban a quienquiera que interfiriese en su tradicional actividad de protección, contrabando y crimen en la ciudad. Sanjay me dijo que incluso los patéticos moradores de los barrios bajos que salían cada noche remando desde los *chawls* para robar las luces azules y rojas de navegación del río con algún propósito sólo por ellos conocido, pagaban una comisión a los *goondas*. Una comisión que se triplicó a raíz de

que un carguero fletado por los *goondas*, destino Singapur, con un cargamento de opio y oro de los contrabandistas, encallara en el Hooghly debido a que las luces del canal habían desaparecido. Sanjay dijo que habían gastado la mayor parte de los beneficios del cargamento sobornando a la policía y a las autoridades portuarias para que pusieran a flote el carguero y pudiera navegar de nuevo.

»Claro que por esa época, el año pasado, el país atravesaba las últimas etapas de la "emergencia". Se censuraban los periódicos, las cárceles rebosaban de presos políticos que

habían irritado a la señora Gandhi y se rumoreaba que en el Sur se había esterilizado a algunos jóvenes que viajaban en los trenes sin el correspondiente billete. Sin embargo Calcuta se encontraba en el centro de su propia emergencia. Durante la última década los refugiados habían hecho aumentar la población de la ciudad más allá de todo límite. Algunos calculaban que su número alcanzaba los diez millones, otros decían que quince. Para cuando me trasladé a la habitación de Sanjay la ciudad había tenido seis gobiernos en cuatro meses. Como cabía esperar, el PCI asumió finalmente el

control por falta de oponente, pero incluso ellos aportaron escasas soluciones. A los verdaderos dueños de la ciudad no se los veía.

«Incluso hoy día la policía de Calcuta se abstiene de entrar en los principales sectores de la ciudad. El año pasado intentaron formar patrullas diurnas de dos y tres agentes, pero después de que los *goondas* devolvieran a algunas de esas patrullas convertidas en grupos de siete y ocho porciones, el jefe de policía se negó a que sus hombres entraran en aquellas áreas sin la protección de los soldados. Nuestro ejército indio anunció que tenía mejores

cosas que hacer.

»Sanjay admitió que se había hecho socio de los *goondas* de Calcuta gracias a sus contactos farmacéuticos. Pero afirmaba que para finales de su primer año en la Universidad había ampliado su papel hasta incluir la recaudación del impuesto de protección de muchos de sus condiscípulos y un trabajo como enlace entre los *goondas* y el Sindicato de Maestros Mendigos, en la parte norte de la ciudad. Ninguno de esos trabajos le resultaban remuneradores, pero le proporcionaban una posición importante. Fue Sanjay quien transmitió la orden al sindicato de reducir

temporalmente el número de secuestros de niños cuando el *Times of India* inició una serie de sus periódicas y efímeras editoriales denunciando dicha práctica. Más adelante, cuando el *Times* enfocó su mirada moralizante en los asesinatos por dote, fue Sanjay quien transmitió el permiso a los del sindicato para que aumentaran sus menguadas existencias incrementando los secuestros y las mutilaciones.

»A Sanjay se le ofreció la oportunidad de unirse a los Kapalikas a través de los Maestros Mendigos. La Sociedad Kapalika era más antigua que la Hermandad Goonda, incluso más que

la ciudad.

»Naturalmente adoraban a Kali. Durante muchos años la habían adorado abiertamente en el templo de Kalighat, pero su costumbre de sacrificar a un niño todos los viernes del mes hizo que los ingleses vetaran la Sociedad en 1831. Pasaron a la clandestinidad y crecieron. La lucha nacionalista a lo largo del siglo pasado contribuyó a que muchos decidieran unirse a ellos. Pero su precio de iniciación era elevado... como Sanjay y yo habíamos de averiguar en breve.

»Sanjay había estado intentando durante meses ponerse en contacto con

ellos. Y durante meses lo habían rechazado. Luego, en otoño del pasado año, le ofrecieron su oportunidad. Para entonces Sanjay y yo éramos íntimos amigos. Habíamos hecho juntos el juramento de la Hermandad y yo había cumplido mi pequeña parte llevando algunos mensajes a diversas gentes y en una ocasión en que Sanjay estaba enfermo hice un recorrido efectuando cobros.

»Quedé sorprendido cuando Sanjay me ofreció que me uniera con él a los Kapalikas. Me sorprendió y me atemorizó. En mi aldea había un templo consagrado a Durga, la Madre Diosa, de

manera que siendo su aspecto y encarnación tan cruel como el de Kali, me resultaba familiar. Sin embargo, yo vacilaba. Durga era maternal y Kali tenía fama de lasciva. Durga se presentaba púdica en su indumentaria, mientras que Kali estaba desnuda... no sólo desnuda sino desvergonzadamente despojada, llevando sólo la negritud como capa. La negritud y una gargantilla de cráneos humanos. Adorar a Kali más allá de su día festivo era seguir el *Vamachara*, el perverso *Tantra* zurdo. Recuerdo cierta ocasión, de niño, en que un primo de más edad iba mostrando a quien quería verla en una postal en la

que aparecía una mujer, una diosa, en obsceno coito con dos hombres. Mi tío descubrió lo que estábamos mirando, cogió la tarjeta y dio una bofetada a mi primo. Al día siguiente nos llevaron a un viejo brahmán para que nos aleccionara sobre el peligro de tales estupideces tántricas. Lo llamó "el error de las cinco emes": *madya, mamsa, matsya, mudra* y *maithun*. Eran, naturalmente, las *Pancha Makaras* que los Kapalikas podían muy bien exigir: alcohol, carne, pescado, gestos manuales y coito. A decir verdad por aquellos días el coito ocupaba gran parte de mi mente, pero experimentarlo por primera vez como parte de un

servicio religioso era, en verdad, una idea aterradora.

»Pero le debía mucho a Sanjay. En realidad empecé a darme cuenta de que nunca podría llegar a pagarle lo que le debía. Así que lo acompañé a su primera reunión con los Kapalikas.

»Nos encontramos con ellos por la tarde, en la desierta plaza del mercado cercano a Kalighat. No sé lo que esperaba, ya que mi imagen de los Kapalikas pertenecía a las historias que se contaban para asustar a los niños rebeldes, pero los dos hombres que nos aguardaban no encajaban con los que mi imaginación y aprensión habían forjado.

Iban vestidos como hombres de negocios, incluso uno de ellos llevaba una cartera. Ambos tenían la voz educada, eran refinados en sus modales e indumentaria, y se mostraron corteses con nosotros dos a pesar de las diferencias de clase y casta.

»Las ceremonias que se estaban desarrollando tenían un tono en extremo digno. Era el día de la luna nueva en homenaje a Durga y delante del ídolo de Kali se alzaba un espetón de hierro con la cabeza de un buey. La sangre aún seguía cayendo en el cuenco de mármol que había debajo.

»Habiendo adorado a Durga desde

la infancia con verdadera fe no encontré dificultad en unirme a la letanía Kali/Durga. Resultaba fácil aprender los pocos cambios introducidos, aunque varias veces invoqué equivocadamente Parvati/Durga en lugar de Kali/Durga. Aquellos dos caballeros sonrieron. Únicamente había un pasaje tan absolutamente diferente que tuve que aprendérmelo de memoria.

El mundo es dolor,
Oh terrible mujer de Siva
Estás masticando la carne;
Oh terrible mujer de Siva

Tu lengua está bebiendo la sangre.
¡Oh Madre oscura! Oh Madre desnuda
Oh amada de Siva
El mundo es dolor.

»Luego llevaron en procesión a través del Kalighat grandes efigies de escayola. Cada una de ellas había sido salpicada con la sangre del sacrificio. Alguna de ellas eran estatuas de Kali bajo su aspecto de Chandi, la Terrible. O como Chinnamasta, "la que fue decapitada" de entre las diez Mahavidyas, cuando Kali se cortó la

cabeza para beberse su propia sangre. Salimos afuera siguiendo a la procesión, bajando por las orillas del río Hooghly, al que, naturalmente, fluyen las aguas del Sagrado Ganges. Allí se hundió a los ídolos en el agua, absolutamente convencidos de que resurgirían. Cantamos con la muchedumbre:

Kali, Kali balo bhai
Kali bai aré gaté nai
Oh hermanos, tomad el nombre de Kali
No hay refugio salvo en ella.

»Yo estaba tan conmovido que rompí a llorar. La ceremonia era mucho más imponente y bella que las ofrendas de una sencilla aldea en Anguda. Los dos caballeros mostraron su aprobación. Y también, a todas luces, el *jagrata* de Kalighat, porque fuimos invitados a una auténtica reunión de los Kapalikas el primer día de luna llena del mes siguiente.»

Krishna hizo una pausa en su traducción. Empezaba a tener la voz ligeramente ronca por el esfuerzo.

—¿Tiene ya alguna pregunta que hacer, señor Luczak?

—No —dije—. Prosigan.

«Durante todo aquel mes Sanjay se mostró muy agitado. Comprendí que no había tenido la educación religiosa que yo afortunadamente había recibido. Al igual que todos los miembros del Partido Comunista Indio, Sanjay tenía que habérselas con creencias políticas totalmente antagónicas con su herencia más profunda como hindú. Es necesario comprender que para nosotros la religión no es una creencia abstracta que requiera un acto de fe, como no lo es el proceso de la respiración. En realidad nos resultaría más fácil ansiar que

nuestro corazón dejara de latir que desear perder nuestra propia perspectiva como hindúes. Ser hindú, especialmente en Bengala, es aceptar todas las cosas como aspectos de divinidad y jamás separar de manera artificial lo sagrado de lo profano. Sanjay compartía ese conocimiento, pero la delgada capa de pensamiento occidental que había sido injertada sobre su alma india le impedía aceptarlo.

»Durante aquel mes le pregunté una vez por qué se había molestado en convertirse en miembro de los Kapalikas si no podía adorar

sinceramente a su diosa. Entonces se puso furioso conmigo y me llamó de muchas maneras. Incluso llegó a amenazarme con subirme el alquiler o exigir el pago de sus préstamos. Luego, recordando acaso nuestro Juramento de Hermandad y viendo mi expresión contrita se excusó.

»—Poder —dijo—. El poder es el motivo que me impulsó, Jayaprakesh. Desde hace algún tiempo sé que los Kapalikas detentan un poder muy superior en proporción al número de adeptos. Los *goondas* no temen a nada... a nada, salvo a los Kapalikas. Los *thugees*, pese a lo estúpidos y violentos

que son, no se enfrentarán jamás con alguien que se sepa que es un Kapalika. La gente de la calle aborrece a los Kapalikas o pretende que la sociedad ya no existe, pero es un odio provocado por la envidia. Tienen miedo incluso al mero nombre de Kapalika.

»— Tal vez respeto sea una palabra más apropiada —le respondí.

»— No —repuso Sanjay—. La palabra es miedo.

»En la primera noche de luna nueva que siguiera a la festividad de Durga, en la primera noche de la celebración de Kali, un hombre vestido de negro se reunió con nosotros en el mercado

abandonado para conducirnos a la reunión de la Sociedad Kapalika. De camino pasamos por la calle de los ídolos de Escayola, y Kali, bajo infinidad de aspectos, huesos de paja perforando sus carnes de escayola sin terminar, vigiló nuestro paso. El templo se encontraba en un almacén inmenso. El río fluía por debajo de parte de él como lo hiciera en el Kalighat. Pudimos escuchar su susurro constante durante toda la ceremonia que tuvo lugar a continuación. Fuera el crepúsculo era apacible, pero todo quedó muy oscuro cuando entramos en el almacén. El templo era un edificio dentro de un

edificio. Las velas mostraban el camino. Algunas serpientes se movían libremente sobre el suelo frío, pero estaba demasiado oscuro para que pudiera distinguir si se trataba de cobras o víboras, o de serpientes menos peligrosas. Me dije que era un detalle melodramático.

»El ídolo que representaba a Kali era más pequeño que el de Kalighat, aunque también más delgado y oscuro, de mirada más penetrante y, en conjunto, más terrible. Bajo la luz difusa y temblorosa parecía que la boca ora se estuviera abriendo más, ora se cerrara ligeramente esbozando una sonrisa

cruel. La estatua había sido pintada recientemente. Sus senos estaban coronados por pezones rojos, las ingles eran oscuras y la lengua de un carmesí brillante. Los largos dientes aparecían muy, muy blancos en la oscuridad, y los oblicuos ojos vigilaban mientras nos acercábamos.

«Había otras dos diferencias visibles. La primera era que el cadáver sobre el que el ídolo danzaba era real. Pudimos olerlo tan pronto como entramos en el templo propiamente dicho. El hedor se mezclaba con el aroma pesado del incienso. El cadáver era el de un hombre, blanco, con los

huesos visibles bajo la piel apergaminada, moldeada su forma en actitud de muerte con la habilidad de un escultor. Uno de los ojos estaba ligeramente abierto.

»No me sorprendió del todo la presencia de un cuerpo. De acuerdo con la tradición, los Kapalikas llevaban gargantillas de cráneos y violaban y sacrificaban a alguien virgen antes de cada ceremonia. Sólo unos días antes Sanjay había bromeado con la posibilidad de que yo fuera el ser virgen elegido. Pero en aquellos momentos, en la oscuridad del templo en el almacén, con el hedor putrefacto en nuestro olfato,

me sentí satisfecho de que no hubiera señal alguna de que pensaran llevar a cabo semejante tradición.

»La segunda diferencia en la estatua era menos perceptible y, si cabía, más aterradora. Kali seguía alzando furibunda sus cuatro brazos, colgándole de una mano la soga, de la otra la calavera. De una de las que tenía en alto la espada. Pero la cuarta mano estaba vacía. Donde debiera haberse encontrado una cabeza cortada sólo había aire. Los dedos del ídolo no agarraban nada. Sentí que el corazón empezaba a latirme descompasadamente y al mirar de reojo a Sanjay me di

cuenta de que él también intentaba dominar su terror. El olor de nuestro sudor se mezcló con el aroma sagrado del incienso y el hedor de la carne corrompida.

»Entraron los Kapalikas. No vestían túnicas ni indumentarias especiales. Muchos llevaban el sencillo *dhoti* blanco tan común en las zonas rurales. Todos eran hombres. Aquello estaba demasiado oscuro para distinguir señal alguna de la casta de los brahmanes pero di por descontado que allí debía de haber varios sacerdotes. En total eran cincuenta. El hombre vestido de negro que nos acompañara hasta el almacén se

había fundido entre las sombras que dominaban la mayor parte del recinto, y yo no albergaba la menor duda de que por allí debía de haber mucha más gente invisible.

»Además de Sanjay y yo había otros seis iniciados. No reconocí a ninguno de ellos. Formamos un tembloroso semicírculo frente al ídolo. Los Kapalikas se colocaron detrás de nosotros y empezaron a cantar. Mi inútil lengua apenas podía formular las respuestas y éstas siempre llegaban con un segundo de retraso. Sanjay renunció a su intento de participar en la letanía y mantuvo una leve sonrisa durante todo el

servicio religioso. Tan sólo sus labios blancos revelaban su tensión. Los dos seguíamos sin poder apartar la vista de la mano vacía de Kali.

»La canción era de las de mi infancia. Yo asociaba su letra a la luz del sol iluminando un templo de piedra, la promesa de días festivos y el aroma de pétalos dispersos. En aquellos momentos, mientras cantaba en plena noche con el hedor de carne putrefacta invadiendo la húmeda atmósfera, las palabras adquirían un significado diferente.

¡Oh Madre mía,

Hija de la Montaña!

El mundo sufre,
Su carga pertenece al pasado;
Jamás languidezco, jamás siento sed,
Por su reino vano.
Los pies de ella son sonrosados,
Un refugio libre de temor;
La Muerte puede musitar: "Estoy cerca ";
Ella y yo nos encontraremos sonrientes.

»El servicio terminó de repente. No hubo procesión. Uno de los Kapalikas se situó en el estrado bajo, a los pies del ídolo. Mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Me pareció reconocer a aquel hombre. Era una personalidad importante de Calcuta. Tenía que ser importante si yo podía reconocer su rostro habiendo vivido en la ciudad tan sólo unos meses.

»El sacerdote habló con tono quedo, su voz casi se perdía con el ruido del río. Habló de la sagrada sociedad de los Kapalikas. "Muchos son los llamados —salmodió— pero pocos los elegidos." Nuestra iniciación comprendería un

período de tres años. Emití una exclamación ahogada al escuchar aquello, pero Sanjay se limitó a asentir. Entonces me di cuenta de que Sanjay sabía más sobre lo que suponía la iniciación de lo que me había dicho.

»—Se os pedirá que hagáis muchas cosas para demostrar vuestra valía y vuestra fe en Kali —continuó el sacerdote en tono amable—. Ahora todavía podéis retiraros, pero una vez que hayáis emprendido el Sendero no podréis retroceder.

»Entonces se hizo un silencio. Miré a los otros iniciados. Ninguno se movió. Podría haberme ido entonces... "podría"

haberme ido... si Sanjay no hubiera permanecido donde estaba, inmóvil, con los labios apretados en una sonrisa exangüe. Además, yo mismo sentía las piernas demasiado pesadas para poder moverlas. Me dolían las costillas por el golpeteo de mi corazón. Apenas podía respirar. Pero no pude irme.

»—Muy bien —continuó el sacerdote de Kali—. Ahora se os pedirá que cumpláis con dos deberes antes de que mañana, a medianoche, volvamos a reunimos. El primero de ellos podéis hacerlo ahora.

»Dicho lo cual el sacerdote sacó una pequeña daga de entre los pliegues de su

dhoti. Oí la rápida aspiración de Sanjay al tiempo que la mía propia. Los ocho permanecimos allí más erguidos, alerta y alarmados. Pero el Kapalika se limitó a sonreír y aplicó la hoja sobre la suave piel de su palma. Brotó lentamente un fino reguero de sangre que parecía negra a la luz de la vela. El sacerdote se guardó de nuevo la daga y luego tomó lo que parecían varias briznas de hierba del puño cerrado del cadáver que se encontraba bajo el pie del ídolo. Alzó a la luz una de aquellas briznas de hierba. Luego colocó sobre ella la palma de su mano herida. Resultaba claramente audible el ruido de la sangre goteando

lentamente sobre el suelo de piedra. Un extremo de aquella brizna, de unas siete centímetros, quedó salpicada por algunas de aquellas lágrimas carmesí. De inmediato surgió de la oscuridad otro de los Kapalikas, recogió todas las briznas de hierba y, dándonos la espalda, se acercó al ídolo.

»Cuando se alejó, las briznas resultaban apenas visibles, asomando del puño apretado de la diosa Kali. No había forma de saber cuál de ellas había resultado marcada con la sangre del sacerdote.

»—Podéis acercaros —dijo el sacerdote. Señaló a Sanjay—.

Aproxímate a la diosa. Recibe tu regalo de la *jagrata*.

»Hay que reconocer que Sanjay vaciló tan sólo la más mínima fracción de un segundo. Se adelantó. La diosa pareció ganar en estatura al detenerse Sanjay bajo el brazo extendido.

»Sanjay levantó el brazo, cogió una brizna y de inmediato la encerró entre sus palmas. Sólo cuando se incorporó de nuevo a nuestro círculo abrió las manos y la miró. No estaba marcada.

»El siguiente en ser convocado fue un hombre gordo que se encontraba en el extremo más alejado de la fila. Las piernas le temblaban de manera visible

al acercarse a la diosa. Al igual que hiciera Sanjay ocultó de manera instintiva la brizna que rápidamente cogiera. Del mismo modo que iríamos haciendo todos. Luego la mostró, virgen de toda mácula. Podía leerse el alivio en cada pliegue de su cara.

»La escena se repitió con el tercer hombre, que no fue capaz de ahogar una leve exclamación al mirarse las manos y ver en ellas la brizna limpia. Y también con el cuarto hombre que emitió un sollozo involuntario al coger la cuarta. Los ojos de la diosa miraban hacia abajo; desde nuestra llegada parecía como si su lengua roja se hubiera

alargado algunos centímetros. La cuarta brizna apareció impoluta.

»Yo era el quinto de los elegidos. Mientras me acercaba a la diosa me pareció verme a mí mismo desde una gran distancia. Resultaba imposible no mirarla a la cara antes de alargar la mano. El lazo colgaba. Las cuencas vacías de los ojos miraban desde el *khatvanga*. La espada era de acero y parecía estar afilada como una navaja. Mientras me encontraba allí plantado pareció salir un gorgoteo del cadáver contorsionado. Debió de tratarse tan sólo del río que fluía por debajo de nosotros.

»Los fríos dedos de piedra de la diosa parecían reacios a soltar la brizna de hierba que yo elegí. Me dio la impresión de que apretaba la mano mientras yo tiraba. Finalmente salió y sin pensarlo la encerré entre mis manos. Ni siquiera yo había podido verla con aquella tenue luz. Recuerdo el gran júbilo que me embargó al reincorporarme al círculo. Sentí una decepción extraña cuando, al levantar la mano, hice girar entre los dedos aquella fina brizna sin encontrar marca alguna. Eché hacia atrás la cabeza y miré directamente a los ojos de la diosa. Ahora su sonrisa parecía más amplia,

más blancos sus largos dientes. El sexto hombre era más joven que yo, poco más que un muchacho. Sin embargo caminó resuelto hasta la *jagrata*, y eligió su brizna de hierba sin la menor vacilación. Cuando regresó al círculo la levantó en alto y de inmediato todos nosotros pudimos ver la mancha roja. De hecho cayó al oscuro suelo una última gota.

»Contuvimos el aliento esperando... ¿qué? No ocurrió nada. El sacerdote señaló al séptimo hombre y éste reclamó su brizna limpia. El último hombre cogió la última brizna del puño de la diosa. Permanecimos en el círculo silenciosos, expectantes, esperando

durante lo que pareció mucho tiempo, preguntándonos qué estaría pensando el muchacho, haciendo cábalas sobre lo que iba a ocurrir a continuación. ¿Por qué no echaba a correr? Luego se me ocurrió que, si bien estaba seguro de que, en cierta manera, el muchacho se había convertido en el ungido de Kali, ¿no sería posible que lo que en realidad significara fuese que era el único "dispensado" de cierta suerte en vez de el elegido para ella? "Muchos son los llamados, pocos los elegidos", había dicho el sacerdote, en lo que a mí me había parecido una parodia deliberada de la aburrida cháchara de los

misioneros cristianos que vagaban por las plazas cercanas al Maidan. Pero ¿y si significaba que el muchacho era el único al que hubiera sonreído aquella *jagrata* y aprobado para su admisión entre los Kapalikas? Sentí decepción al tiempo que alivio en mi confusa vorágine de ideas y aprensiones.

»El sacerdote volvió al estrado.

»—Ha quedado cumplido vuestro primer deber —dijo con calma—. El segundo deberá quedar terminado para cuando volváis mañana a medianoche. Id ahora a escuchar la orden de Kali, novia de Siva.

»Se adelantaron dos hombres de

negro y nos hicieron ademán de que les siguiéramos. Así lo hicimos, hasta llegar al extremo más alejado del templo almacén, ante una pared en la que se abrían pequeñas alcobas cubiertas con cortinas negras. Los Kapalikas fueron distribuyéndonos como los encargados del orden en una boda, destinándonos un cubículo a cada uno de nosotros, y luego avanzando unos pasos para indicar al siguiente su lugar. Sanjay penetró en su alcoba oscura y yo, de manera inconsciente, me detuve un segundo mientras el hombre de negro que estaba delante de mí me indicaba que entrase.

»El cubículo era muy pequeño y,

hasta donde yo podía ver, se hallaba desprovisto de muebles o adornos en las tres paredes de piedra. El hombre vestido de negro musitó: "Arrodíllate." Le obedecí. Luego, él cerró la pesada cortina.

»Reinaba una quietud mortal, en aquel ardoroso silencio ni siquiera penetraba el ruido del río. Decidí concentrarme en los latidos de mi corazón, y había contado veintisiete cuando una voz me susurró al oído.

»Era una voz de mujer. O una voz suave, asexuada. Pegué un salto y alargué los brazos, pero allí no había nadie.

»—Tienes que traerme una ofrenda —musitó la voz.

»Volví a arrodillarme temblando, esperando otro sonido o que algo me tocara. Un segundo después apartaron la cortina y yo me levanté y abandoné la alcoba.

»Habíamos vuelto a formar ya el semicírculo de iniciados delante del ídolo, cuando advertí que allí sólo estábamos siete. "Bien —me dije— habrá salido corriendo." Y entonces Sanjay me tocó el brazo e hizo una señal en dirección a la diosa. El cuerpo desnudo sobre el que danzaba era más joven y fresco. Y no tenía cabeza.

»Ya no estaba vacía la cuarta mano de la diosa. El bulto que sujetaba por el pelo oscilaba ligeramente. Aquel rostro joven tenía una expresión de mansa sorpresa. El goteo producía sobre el suelo un apacible sonido de lluvia.

»Yo no había oído grito alguno.

»*Kali, Kali, balo bhai* —entonamos—. *Kali bai aré gaté nai*.

»Los Kapalikas desfilaron. Un hombre de negro nos condujo hasta una puerta en la oscuridad. En la antesala nos calzamos las sandalias y abandonamos el edificio. Sanjay y yo pudimos encontrar nuestro camino hasta la calle de Strand a través de un

laberinto de callejas. Allí alquilamos un *rickshaw* y regresamos a nuestra habitación. Era muy tarde.

»—¿Qué quiso decir ella? —pregunté cuando nuestras dos linternas estuvieron encendidas y nos encontramos en nuestros *charpoys*, debajo de las mantas—. ¿Qué clase de ofrenda?

»—¡Idiota! —Estaba temblando tan inconteniblemente como yo. Su hamaca se sacudía—. Para mañana a la medianoche tenemos que llevarle un cuerpo. Un cuerpo humano. Un cuerpo muerto.»



7

Calcuta, Calcuta, eres un campo de
obsesión nocturna, crueldad infinita,
Variada comente serpentina en la que floto hasta quién sabe dónde.

SUNILKUMAR NANDI

Krishna dejó de traducir. Su voz había ido enronqueciéndose cada vez más hasta llegar a croar, lo que ligaba a la perfección con sus ojos de sapo. Hube de hacer un esfuerzo para apartar la vista de Muktanandaji. Me di cuenta de que había estado tan absorto que me había olvidado de la presencia de Krishna. Y en aquel momento sentí exactamente la misma irritación contra él por haber callado que la que hubiera podido experimentar ante una grabación que se hubiera parado de repente o un televisor que empezara a fallar en el momento menos oportuno.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Krishna ladeó la cabeza y yo me volví para mirar. El barbudo propietario se dirigía hacia nosotros. Increíblemente, el inmenso salón se había quedado vacío sin que me diera cuenta. Las sillas estaban colocadas sobre todas las demás mesas. Los ventiladores habían cesado en sus lentas revoluciones. Consulté mi reloj. Eran las once treinta y cinco de la noche.

El propietario, si es que lo era, rezongó algo a Krishna y a Muktanandaji.

Krishna agitó la mano con gesto cansado y el hombre repitió algo en voz más alta y petulante.

—¿Qué pasa? —insistí.

—Tiene que cerrar —graznó Krishna—. Es por el gasto de electricidad.

Eché una ojeada a las escasas bombillas de luz difusa que todavía seguían encendidas y estuve a punto de echarme a reír.

—Podemos acabar con esto mañana —dijo Krishna. Muktanandaji se había quitado las gafas y se frotaba fatigado los ojos.

—Al diablo con eso —contesté.

Conté los pocos billetes de moneda india que llevara conmigo y alargué al viejo un billete de veinte rupias. Siguió

allí plantado, farfullando algo para sí. Le di diez rupias más. Se rascó las pobladas mejillas y arrastrando los pies se dirigió de nuevo a su mostrador. Me había desprendido de menos de tres dólares.

—Adelante —dije.

«Sanjay confiaba en que encontraríamos dos cadáveres antes de la medianoche. Al fin y al cabo esto era Calcuta. Mientras nos dirigíamos hacia el centro de la ciudad preguntamos a los transportistas hariján de animales muertos, si alguna vez llevaban en sus camiones cadáveres humanos. Nos contestaron que no, que la corporación

municipal de la ciudad contrataba a otros hombres, hombres pobres pero de casta para que por las mañanas fueran a retirar los cuerpos que indefectiblemente se amontonaban en las aceras. Y ello tan sólo en los sectores de la ciudad céntricos y comerciales. Más allá, donde empezaban los *chawls*, no existía contrato alguno. Se abandonaban los cuerpos a las familias o a los perros.

»—¿Adonde llevan los cuerpos después de recogerlos? —preguntó Sanjay.

»—Al depósito de cadáveres de Sassoon —contestaron.

»Aquella mañana, a las diez y

media, después de desayunar pasta frita en el Maidan, Sanjay y yo fuimos al depósito de cadáveres de Sassoon.

»El depósito ocupaba todo el primer piso y dos sótanos a distinto nivel de un edificio situado en la vieja zona inglesa de la ciudad. Todavía permanecían allí unos leones de piedra vigilando los peldaños delanteros, pero la puerta estaba cerrada a cal y canto y asegurada con tablones, y era evidente que hacía muchos años que no se utilizaba. Todo el movimiento tenía lugar por la entrada trasera, por la que los camiones llegaban y se iban.

»El depósito estaba atiborrado.

Cuerpos ensabanados yacían sobre carretillas por los corredores, e incluso a las puertas de las oficinas. Había un olor muy fuerte. Aquello me sorprendió. Un hombre con una pizarra en la mano y vistiendo un uniforme blanco manchado de amarillo salió de una de las oficinas y nos sonrió.

»—¿Puedo ayudarles?

»Yo no supe qué decir, pero Sanjay empezó a hablar de inmediato, convincente.

»—Somos de Varanasi. Hemos venido a Calcuta porque dos de nuestros parientes, a los que desafortunadamente han desposeído de sus tierras en

Bengala Occidental, han venido recientemente a la ciudad en busca de otro trabajo. Lo triste es que al parecer se pusieron enfermos y murieron en las calles antes de haber encontrado un empleo respetable. La mujer de nuestro pobre primo segundo nos informó de ello por carta antes de volver con su familia Tamil Nadu. La zorra no se tomó el menor interés por recoger el cuerpo de su marido o de nuestro otro pariente, pero ahora hemos venido nosotros, a pesar del gran gasto, para llevarlos de nuevo a Varanasi para su adecuada cremación.

»—¡Ahh! —El empleado hizo una

mueca—. ¡Esas condenadas mujeres del Sur! No tienen ni idea de cómo comportarse decentemente. Son como animales.

»Asentí con la cabeza. ¡Era tan fácil!

»—¿Hombre o mujer? ¿Viejo, joven o niño? —preguntó el hombre del depósito con tono aburrido.

»—¿Cómo dice?

»—El otro pariente. Supongo que la mujer que se fue estaba casada con un hombre, pero ¿de qué sexo era el otro miembro de la familia? ¿Y la edad de cada uno? Y también, ¿qué día vendrán a recogerlo? En primer lugar, ¿sexo?

»—Hombre —dijo Sanjay.

»—Mujer —afirmé yo al mismo tiempo.

»El empleado se detuvo en el momento en que nos conducía a otra sala. Sanjay me echó una mirada que levantaba ampollas.

»—Mil perdones —dijo Sanjay con voz tranquila—. Kamila, la pobre prima de Jayaprakesh, es ciertamente mujer. Yo sólo puedo pensar en mi propio primo, Samar. Jayaprakesh y yo sólo estamos emparentados por matrimonio, naturalmente.

»—¡Ah! —dijo el empleado, pero sus ojos se achicaron al tiempo que su mirada se clavaba en cada uno de

nosotros—. ¿No serán por casualidad, estudiantes de la universidad?

»—No. —Sanjay sonrió—. Yo trabajo en la tienda de alfombras de mi padre, en Varanasi. Jayaprakesh ayuda a su tío a trabajar la tierra. Yo tengo cierta educación. Jayaprakesh no ha recibido ninguna. ¿Por qué lo pregunta?

»—Por nada, por nada —repuso el empleado. Me miró y yo sentí miedo de que pudiera oír los latidos de mi pulso —. Es sólo que, a veces, los estudiantes de medicina de nuestra universidad... huumm... pierden seres queridos en la calle. Síganme, por favor.

»Las salas del sótano eran grandes,

húmedas, enfriadas mediante ronroneantes climatizadores. Regueros de agua habían dejado sus huellas por las paredes y los suelos. Los cuerpos yacían desnudos sobre camillas y mesas. Su distribución no seguía orden alguno, salvo por una rudimentaria separación según edad y sexo. Pasamos por la sala de los niños, que estaba abarrotada.

»Sanjay dio como fecha del fallecimiento de nuestros primos la semana anterior. Por lo visto nuestro primo Samar estaba en la cuarentena.

»En la primera sala en la que entramos había unos veinte hombres. Todos ellos en diversos estados de

descomposición. En aquella sala no hacía demasiado frío. El agua caía abiertamente sobre los cadáveres en un vano esfuerzo por enfriarlos. Tanto Sanjay como yo nos tapamos la boca y la nariz con los faldones de la camisa. Nos lloraban los ojos.

»—Malditos cortes de luz —rezongó el empleado—. Durante estos últimos días es continuo. ¿Y bien? —Acercándose, levantó las sábanas de algunos cuerpos cubiertos. Extendió las manos como si ofreciera la venta de un novillo.

»—No. —Sanjay examinó con gesto tétrico la primera cara. Se acercó a otro

—. No. No. Un momento... no. Resulta difícil de decir.

»—Huumm.

»Sanjay pasó de mesa en mesa, de camilla en camilla. Las terribles caras lo miraban a su vez, los ojos velados, las mandíbulas desencajadas, algunos mostrando lenguas hinchadas.

»—No —repetía Sanjay—. No.

»—Éstos son todos los que llegaron durante esa semana. ¿Está seguro de que no ha equivocado la fecha?

»El empleado del depósito no intentó disimular su hastío y escepticismo.

»Sanjay asintió y yo me pregunté a

qué estaba jugando. "¡Identifica a alguno y salgamos de aquí!"

»—Espere —exclamó—. ¿Qué me dice de aquel del rincón?

»El cadáver yacía solo, sobre una mesa de acero, como si alguien lo hubiera dejado caer allí en un descuido. Tenía las rodillas y los antebrazos medio levantados y los puños apretados. Era casi calvo y tenía la cara vuelta hacia la húmeda pared, como avergonzado de su fláccida desnudez.

»—Demasiado viejo —farfulló el empleado, pero mi amigo había avanzado rápidamente hasta el rincón. Se inclinó para mirarle la cara. El

blanco puño levantado del cadáver rozó la camisa subida y el estómago desnudo de Sanjay.

»—¡Primo Samar! —exclamó Sanjay con un sollozo apenas contenido. Cogió aquella mano rígida.

»—No, no, no —dijo el hombre del depósito. Se sonó con el faldón de su manchada túnica—. Éste no llegó hasta ayer. Demasiado reciente.

»—Sin embargo, es el pobre primo Samar —repuso Sanjay con voz entrecortada. Me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

»El empleado del depósito se encogió de hombros y consultó sus

anotaciones. Hubo de buscar entre un montón de impresos.

»—Sin identificación. Lo trajeron el martes por la mañana. Le encontraron desnudo en la calle Sudder... Apropiado, ¿verdad? Posible causa de la muerte: cuello roto a causa de una caída o por estrangulamiento. Posiblemente le robaron la ropa. Edad calculada: sesenta y cinco.

»—El primo Samar tenía cuarenta y nueve —afirmó Sanjay. Se limpió los ojos y se llevó de nuevo la camisa a la nariz. El empleado volvió a encogerse de hombros.

»—¿Por qué no buscas a la prima

Kamila, Jayaprakesh? —sugirió Sanjay —. Haré los preparativos para el traslado del primo Samar.

»—No, no —dijo el hombre del depósito.

»—¿No? —preguntamos al unísono Sanjay y yo.

»—No. —El hombre frunció el ceño mirando sus anotaciones—. No podrán transportar este cuerpo hasta que sea identificado.

»—¡Pero si acabo de identificarlo! Es el primo Samar —protestó Sanjay, sin soltar el huesudo puño del cadáver.

»— No, no. Me refiero a identificado "oficialmente". Y ha de

hacerse en la oficina de correos.

»—¿En la oficina de correos? —pregunté.

»—Sí, sí, sí. El ayuntamiento de la ciudad tiene allí su Oficina de Personas Desaparecidas y Cuerpos sin Reclamar. Tercer piso. Una vez pasada la prueba de identificación hay que pagar doscientas rupias. Doscientas rupias por cada persona querida identificada, naturalmente.

»—¡Ay de mí! —se lamentó Sanjay—. ¿Doscientas rupias a santo de qué?

»—Por la identificación y el certificado oficial, naturalmente. Entonces tendrá que ir a las oficinas del

ayuntamiento en la calle de Waterloo. Pero sólo abren al público los sábados.

»—¡Eso es dentro de tres días! —exclamé.

»—¿Por qué hemos de ir allí? —preguntó Sanjay.

»—Para pagar quinientas rupias, el importe de la recogida, naturalmente. Por el servicio de transporte. —El empleado suspiró—. De manera que antes de entregar el cuerpo he de tener en mis manos el certificado de identificación, el recibo del pago de la recogida y, naturalmente, una copia de su Licencia para el transporte de Personas Fallecidas.

»—Aaah. —Sanjay soltó la mano del primo Samar—. ¿Y dónde nos pueden dar tal licencia?

»—En la Oficina de Licencias que se encuentra en las Oficinas Administrativas del Estado, cerca de Raj Bhavan.

»—Claro —dijo Sanjay—. Y eso cuesta...

»—Ochocientas rupias por cada persona fallecida que desee trasladar. Hay una tarifa de grupo para más de cinco.

»—¿Eso es cuanto necesitamos? —preguntó Sanjay, y el tono cortante de su voz era el que con frecuencia le oía

antes de golpear la pared o echar a patadas a los niños birmanos que pululaban por el patio y las escaleras.

»—Sí, sí —asintió el empleado—. Salvo por el certificado de defunción. Eso puedo hacerlo yo.

»—¡Aghhh! —jadeó Sanjay—. ¿Y el precio?

»—Tan sólo cincuenta rupias —dijo sonriente el empleado—. Y luego está la cuestión del alquiler.

»—¿Del alquiler? —repetí hablando a través de la camisa.

»—Sí. Como pueden ver estamos desbordados. Hay que pagar quince rupias diarias por el espacio que

ocupan. —Consultó su listado—. El alquiler de su primo Samar sube a ciento cinco rupias.

»—¡Pero si sólo ha estado un día! —exclamé.

»—Verdad, verdad. Pero me temo que tendremos que cargarles toda la semana, dado que hubo que prestarle atenciones especiales por... por su... ah... su avanzado estado. ¿Buscamos ahora a su prima Kamila?

»—¡Esto nos costará casi dos mil rupias! —explotó finalmente Sanjay—. ¡Por cada cuerpo!

»—Ah, sí, sí —asintió el empleado con una sonrisa—. Confío en que el

negocio de alfombras en Varanasi sea próspero.

»—Vamos, Jayaprakesh —ordenó Sanjay dando media vuelta y disponiéndose a salir.

»—Pero ¿qué hay de la prima Kamila? —exclamé.

»—¡En marcha! —dijo Sanjay, sacándome de la sala.

»Delante del depósito había un camión blanco. Sanjay se acercó al conductor.

»—¿Adonde van los cuerpos? —le preguntó.

»—¿Cómo?

»—¿Adonde van los cuerpos que no

han sido reclamados cuando se los llevan de aquí?

»El conductor se incorporó en su asiento y frunció el entrecejo.

»—Al Hospital de Enfermedades Infecciosas de Naidu. La mayoría. Allí se libran de ellos.

»—¿Dónde está eso?

»—Más allá de la calle.

»Nos costó una hora llegar allí en tranvía, a causa de la densa circulación. El viejo hospital estaba abarrotado de gente que guardaba la esperanza de recuperarse o esperaba la muerte. Los largos corredores, atestados de camas, me recordaban al depósito.

»Los pájaros entraban por entre los barrotes de las ventanas y saltaban sobre las arrugadas sábanas esperando encontrar migajas perdidas. Por las agrietadas paredes se deslizaban lagartos, y vi a un roedor escurrirse debajo de una cama a nuestro paso.

»De repente un interno bigotudo se interpuso en nuestro camino.

»—¿Quiénes son ustedes?

»Sanjay, cogido por sorpresa, dio nuestros nombres. Era evidente que su mente trabajaba furiosamente para urdir una historia creíble.

»—Están aquí por los cuerpos, ¿no es así? —preguntó el interno.

»Ambos nos quedamos atónitos.

»—Son reporteros, ¿verdad?

»—Sí —contestó Sanjay.

»—Maldición. Sabíamos que esto trascendería —gruñó el interno—. Bien, no es culpa nuestra.

»—¿Por qué no? —preguntó Sanjay. Del bolsillo de la camisa se sacó la vieja y baqueteada agenda en la que anotaba los pagos a los Maestros Mendigos, nuestras facturas de la lavandería y las listas del mercado—. ¿Querría hacer alguna declaración? —Humedeció la punta de un lápiz roto.

»—Vengan por aquí —dijo tajante el interno.

»Nos condujo a través de una sala de pacientes con fiebres tifoideas hasta una cocina contigua y luego afuera, entre montones de basura. Detrás del hospital había un campo desierto, cubierto de cizaña, de una extensión superior a una hectárea. En la distancia podían verse las arpilleras y los tejados de hojalata de un *chawl* en construcción. Aparcada sobre la maleza se encontraba una herrumbrosa excavadora, y recostado contra ésta un viejo con unos calzones llenos de bolsillos y un vetusto fusil de cerrojo.

»—¡Heeyah! —gritó el interno. El viejo pegó un salto y se echó el rifle al

hombro—. ¡Allí! ¡Allí! —volvió a gritar el interno señalando hacia la cizaña. El viejo disparó y el alto edificio que teníamos detrás nos devolvió el eco del disparo.

»—¡Mierda, mierda, mierda! —vociferó el interno al tiempo que se inclinaba, enderezándose a continuación con una gran piedra en la mano. Por entre la maleza un perro gris de prominentes costillas había alzado la cabeza al oír el disparo, y en ese momento nos estaba mirando. Aquel flaco animal dio media vuelta y se alejó con el rabo entre las piernas y algo rosado en el hocico. El interno arrojó la

piedra, que cayó a medio camino entre él y el perro. El viejo de la excavadora luchaba con el cerrojo de su fusil.

»—¡Maldición! —exclamó el interno, y nos condujo a través del campo.

»Había surcos y montones de tierra por todas partes, como si la excavadora hubiera estado arañando aquella tierra durante años como un inmenso gato doméstico. Nos detuvimos junto al borde del pozo poco profundo donde por primera vez viéramos al perro.

»—¡Ayy! —exclamé al tiempo que retrocedía. La mano humana putrefacta que sobresalía del suelo húmedo me

había rozado la sandalia y la piel. Más cosas eran visibles. Luego observé a distancia los otros pozos y también a los otros perros.

»—Hace diez años todo iba muy bien —dijo el interno—, pero ahora, con ese *basti* industrial acercándose tanto...

»Se interrumpió para arrojar otra piedra a una nueva manada de perros. Los animales trotaron con calma hacia los arbustos. Detrás de nosotros el viejo había logrado sacar la vaina del cartucho disparado y estaba metiendo otra bala.

»—¿Eran musulmanes o cristianos?

—preguntó Sanjay, lápiz en ristre.

»—Lo más probable es que fueran hindúes. ¿Quién sabe? —El interno carraspeó y escupió—. El crematorio no desea tener clientes que no paguen. Pero hace ya meses que esos condenados perros los están desenterrando. Estábamos dispuestos a pagar hasta... Esperen. ¿Se han enterado de lo ocurrido hoy? Eso es por lo que están aquí, ¿no?

»— Desde luego —dijo tranquilamente Sanjay—. Pero tal vez ustedes quieran darnos su punto de vista.

»Yo apenas escuchaba. Estaba demasiado ocupado mirando en

derredor, observando cuanto sobresalía del suelo escarbado como peces muertos sobrenadando en un estanque. Por lo que podía ver no parecía que hubiera grandes posibilidades de que Sanjay y yo pudiéramos encontrar allí una ofrenda intacta. Sobre nuestras cabezas volaban en círculo los cuervos. El viejo se había sentado en el tractor y dormitaba.

»—Ha habido muchas quejas sobre lo ocurrido hoy —proseguía el interno —. Pero hemos de hacer algo. Usted tiene que informar que el hospital está dispuesto a pagar las cremaciones.

»—Sí —le aseguró Sanjay, y

escribió algo en su agenda.

»Volvimos sobre nuestros pasos en dirección al edificio del hospital. Las familias de los pacientes se encontraban acampadas en tiendas y chozas de confección casera junto a montañas de basura.

»—Tenemos que hacer algo —dijo el interno—. Ya saben, los cortes de corriente. Y con los perros no podemos seguir como lo hemos hecho durante años. Así que pagamos al Ayuntamiento para que se ocupase de su traslado, y esta mañana hemos cargado otros treinta y siete que estaban en cámaras para que se los llevaran a los campos crematorios

de Ashutosh. ¿Cómo íbamos a saber que utilizarían un camión descubierto y que se verían retenidos durante horas a causa del tráfico?

»—Claro, ¿cómo hubieran podido saberlo? —Y Sanjay garrapateó algo.

»—Y para empeorar las cosas, después de haber entregado el cargamento en el lugar de la cremación, nos encontramos con aquella muchedumbre del festival.

»—Sí —dije yo—. Hoy empieza el *Kali Puja*.

»—¿Y cómo podíamos saber que la ceremonia movilizaría a diez mil personas en ese parque crematorio? —

preguntó indignado el interno.

»No le recordé que Kali era la diosa de todos los lugares de cremación y de muerte incluyendo los campos de batalla y los lugares de enterramiento que no pertenecían a la religión hindú.

»—¿Saben cuánto tiempo se necesita para una cremación completa y como es debido, incluso con las nuevas piras eléctricas de la ciudad? —preguntó el interno—. Dos horas —se contestó sin esperar la respuesta—. Dos horas por cremación.

»—¿Qué les pasó a esos cuerpos? —preguntó Sanjay, ya que aquel tema presentaba escaso interés para él. Ya

estábamos a primeras horas de la tarde. Diez horas hasta la medianoche.

»—¡Ah, las quejas! —se lamentó el interno—. Varios de los adoradores se desmayaron. Esta mañana hacía mucho calor. Pero tuvimos que dejar a la mayoría detrás. Los conductores se negaron a volver aquí o al depósito de cadáveres de Sassoon con un cargamento completo.

»—Gracias —dijo Sanjay, y estrechó la mano del hombre—. A nuestros lectores les satisfará conocer el punto de vista del hospital. Y, a propósito, ¿se queda su guardia vigilando una vez que ha oscurecido? —

Sanjay indicó con la cabeza al viejo dormido.

»—Sí, sí —aseguró tajante el sudoroso interno—. Aunque maldito si servirá de algo. ¡Heeyah! —gritó con todas sus fuerzas, al tiempo que se inclinaba a coger otra piedra y se la arrojaba al baboso perro que arrastraba algo grande entre los matorrales.

»A las diez de aquella noche fuimos hasta los campos crematorios de Ashutosh. Sanjay se las había arreglado para tomar prestado uno de los pequeños furgones Premiere que los Maestros Mendigos utilizaban para llevarse y recoger sus lisiados

cargamentos. El angosto compartimiento de la parte trasera carecía de ventanas y olía muy mal.

»Yo ignoraba que Sanjay supiera conducir. Y seguía sin estar seguro después de nuestra demencial carrera por entre el tráfico nocturno, haciendo sonar la bocina, encendiendo y apagando las luces y cambiando sin cesar de carril.

»Las puertas del parque de cremación estaban cerradas, pero entramos por la lavandería contigua. El agua había dejado de salir por las cañerías abiertas. Los cubículos y las losas de cemento estaban vacíos, y los

trabajadores de la casta lavandera se habían ido al caer la noche. Había un muro de piedra separando el crematorio de la lavandería pero, a diferencia de tantos muros de la ciudad, no tenía por encima trozos de vidrio u hojas de afeitar y resultaba fácil de saltar.

»Una vez que lo hubimos hecho permanecimos vacilantes por un momento. Lucían las estrellas, pero todavía no había aparecido la luna nueva. Estaba muy oscuro. Los pabellones de cremación, cubiertos por tejados metálicos, destacaban como siluetas grises contra el cielo nocturno. Había otra sombra muy cerca de las

puertas delanteras: una inmensa plataforma de madera, alta y con una cúpula, que descansaba sobre unas gigantescas ruedas de madera.

»—El carro sagrado para la *Kali Puja* —susurró Sanjay. Yo asentí. Habían ajustado persianas metálicas sobre el marco exterior, pero nosotros dos sabíamos que dentro aguardaba la presencia gigantesca y furibunda de cuatro brazos. Rara vez se consideraba una *jagrata* a semejante ídolo de festival, pero ¿quién podía saber el poder que obtenía durante la noche, sola, en un lugar de muerte?

»—Por aquí —musitó Sanjay,

abriendo la marcha hacia el pabellón mayor, el que quedaba más cerca del camino circular. Pasamos junto a pilas de troncos, combustible para las familias que tenían dinero, y excrementos secos de vaca para cremaciones más corrientes. El pabellón descubierto para la banda del funeral era una losa gris y vacía bajo las estrellas. Me pareció una gran losa de morgue, esperando indiferente el cuerpo de algún dios inmenso. Miré nervioso hacia la bien cerrada carreta sagrada.

»—Aquí —dijo Sanjay. Yacían en hileras desiguales. Si hubiera habido luna la sombra de la carreta sagrada se

habría proyectado sobre ellos. Avancé un paso en su dirección y en seguida di media vuelta.

»—¡Ay de mí! —exclamé—. Mañana tendré que quemar mis ropas. —Podía imaginarme el efecto que podrían causar en medio de la multitud, con el bochorno del día.

»—Reza para que haya un mañana —siseó Sanjay, y empezó a pasar, sorteando aquellas formas tumbadas. Algunos estaban tapados con lonas o mantas. La mayoría permanecían descubiertos mirando al cielo. Mi vista se había acostumbrado a la débil luz de las estrellas y podía ver el brillo pálido

y el blanco centelleo de huesos que se habían abierto camino entre la carne putrefacta. Aquí y allá surgía una extremidad retorcida de montones indistinguibles. Recordé la mano que pareció agarrarme el pie fuera del hospital y me estremecí.

»—¡Rápido! —Sanjay eligió un cuerpo de la segunda fila y empezó a arrastrarlo hacia la pared de atrás.

»—¡Espérame! —susurré angustiado, pero ya se había hundido entre las sombras y yo estaba solo con todas aquellas cosas oscuras a mis pies. Pasé al centro de la tercera fila y al punto lo lamenté. Resultaba difícil poner

el pie en el suelo sin tropezar con algo que se hundía al tacto de forma repugnante. Sopló una brisa ligera y a un par de metros de distancia se agitó una andrajosa tela.

»Hubo un movimiento y un ruido repentinos en la hilera más próxima a la fantasmal carreta sagrada. Me quedé rígido, con las manos apretadas en débiles puños. Era una especie de ave inmensa demasiado pesada para volar a pesar de que agitaba unos negros alones. Fue saltando por encima de los cuerpos y desapareció en la oscuridad, bajo el refugio de la diosa. Se escuchó el eco de unos golpes desde detrás de las

persianas metálicas. Podía imaginarme al gran ídolo desperezándose, alcanzando con sus cuatro manos el marco de madera, los ojos ciegos abriéndose blancos para examinar sus dominios. Algo me rodeó con fuerza el tobillo.

»Di un grito, salté de costado, tropecé y caí de bruces sobre una maraña de extremidades heladas. Mi antebrazo acabó descansando sobre la pierna de un cuerpo cuyo rostro estaba sepultado en la hierba. La presión sobre mi tobillo no se aflojó. Incluso parecía estar tirando de mí.

»Logré ponerme de rodillas y sacudí

con fuerza mi pierna derecha. Había gritado tan fuerte que esperaba ver aparecer guardias corriendo desde la puerta de entrada. Deseaba que alguien acudiese corriendo. Pero allí no había guardias. Grité llamando a Sanjay, pero no hubo respuesta. Me ardía el tobillo allí donde algo lo estaba agarrando.

»Me obligué a dejar de forcejear, a ponerme en pie. La presión pareció aflojarse. Caí sobre una rodilla y escudriñé lo que me había estado sujetando.

»El cuerpo estaba cubierto por un lienzo sedoso, sujeto con muchos cordones de nailon. Había metido el pie

por entre uno de aquellos cabos sueltos, el cual, al dar el paso siguiente, se había enredado. Necesité tan sólo unos segundos para desembarazarme de él.

»Sonreí. Del sedoso sudario sólo surgía una mano pálida, de un blanco macilento a la luz de las estrellas. Con la punta de la sandalia, introduje de nuevo la mano bajo la sábana. Perfecto. Que Sanjay luchase con la carne del muerto como un suministrador de clase catalogada. Sin tocar siquiera el bulto bajo el lienzo, lo enrollé aún más en los sedosos pliegues, utilicé los cordones para atarlo, me cargué al hombro la blanda masa y me puse en marcha,

alejándome rápidamente de los oscuros pabellones. A medida que me alejaba cesaba el ruido en la carreta sagrada.

»Sanjay estaba esperando a la sombra del muro.

»—¡Deprisa! —siseó. Eran pasadas las once y nos encontrábamos a millas de distancia del templo Kapalika. Juntos izamos los dos cuerpos por encima del muro.

»El viaje desde los crematorios hasta el templo Kapalika fue una auténtica ristra de pesadillas... de absurdas pesadillas. Nuestros bultos rodaban de un lado a otro en la parte trasera del vehículo al ir sorteando

Sanjay la circulación, obligando a las yuntas de bueyes a salirse de la carretera, haciendo saltar a los peatones sobre montones de basura para evitar ser atropellados y encendiendo y apagando frenéticamente las luces para advertir a los camiones que llegaban de frente que no estaba dispuesto a renunciar a su derecho de paso. Por dos veces hubimos de saltar sobre las aceras al pasar por la izquierda. En la noche de Calcuta dejamos una estela de obscenas imprecaciones.

«Finalmente ocurrió lo inevitable. Cerca del Maidan, Sanjay intentó atravesar en un cruce a tres filas de

coches que llegaban de frente. Un policía metropolitano saltó del gigantesco neumático de tractor desde el que dirigía la circulación y alzó la mano para indicar que nos detuviésemos. Por un horrible segundo tuve el convencimiento de que Sanjay iba a atropellarlo. Luego éste apretó con ambos pies el freno y tiró del volante hacia atrás con fuerza, como si estuviera tratando de sujetar a un potro desbocado. Nuestro vehículo derrapó de uno a otro lado, estuvo a punto de volcar y se detuvo exactamente a dos palmos de la mano alzada. El motor se paró. Uno de los cuerpos colocados en la parte

trasera se corrió hacia delante hasta que uno de los pies descalzos asomó entre el asiento del conductor y el mío. Hubo suerte, ya que el sudario seguía envolviendo ambos cuerpos. Tiré presuroso del lienzo para cubrir el pie en el preciso momento en que el furioso policía de tráfico aparecía junto a Sanjay. Se asomó por la ventanilla derecha y su cara era todo un espectáculo de ira.

»—¿Qué coño cree que está haciendo? —El gran casco del agente se agitaba a cada grito. Di gracias a todos los dioses de que no fuera un sij. Nos chillaba en un dialecto de Bengala

Occidental. Subrayaba sus gritos golpeando con su pesada porra lathi la portezuela de Sanjay. Un sij, y la mayor parte de la policía metropolitana suele ser sij, hubiera utilizado la porra sobre nuestras cabezas.

»Antes de que Sanjay hubiera podido decir palabra o poner de nuevo en marcha el motor, el policía había retrocedido un paso y se llevaba la mano a la cara.

»—¡Puaf! —vociferó— ¿Qué mierda lleváis ahí?

»Me hundí en el asiento. Todo estaba perdido. La policía nos detendría. Nos encarcelarían de por vida en la terrible

prisión de Hooghly, pero sólo sería por unos días porque en seguida los Kapalikas nos matarían.

»Sin embargo, Sanjay se asomó por la ventanilla con una amplia sonrisa.

»—Ah, muy honorable señor, ¿seguro que ha reconocido este vehículo, señor? —Golpeó con la palma de la mano la abollada portezuela.

»El policía frunció el ceño iracundo, pero retrocedió otro paso.

»—¡Puaf! —dijo a través de la mano.

»—Sí, sí, sí —exclamó Sanjay sonriendo estúpidamente—. ¡Es propiedad de Gopalakrishna

Nirendrenath G. S. Mahapatra, jefe de los Maestros Mendigos del Sindicato de Chitpur y Chittaranjan Superior! Y en la parte trasera viajan seis de sus leprosos más lucrativos y lastimosos. ¡Unos mendigos realmente lucrativos, honorable señor! —Sanjay puso en marcha el motor con la mano izquierda al tiempo que con la derecha trazaba un arco en dirección a la trasera del vehículo—. Voy, con una hora de retraso, a devolver la propiedad del patrón Mahapatra al local donde comen y duermen, mi respetado señor. Pedirá mi cabeza. Pero si usted nos arresta, honorable policía, tendré al menos una

excusa para mi indigna tardanza. Por favor, si desea detenernos abriré para usted la parte de atrás. Los leprosos, señor, aunque lucrativos, ya no pueden andar, así que tendrá que ayudarnos a sacarlos. —Sanjay movió la manecilla de la portezuela como dispuesto a salir.

»—¡No! —gritó el agente. Sacudió la porra *lathi* sobre la inquieta mano de Sanjay—. ¡Largaos! ¡De inmediato! —Y al punto dio media vuelta, dirigiéndose rápidamente al centro del cruce.

»Una vez allí empezó a agitar los brazos y a tocar su silbato a la aullante y caótica masa de vehículos que había bloqueado tres calles en el corto

período de tiempo que había estado ausente de su neumático.

»Sanjay puso el camión en marcha, condujo bordeando la alborotada jauría de vehículos, atravesó el césped del Plaza Park y, avanzando en dirección contraria a la circulación que llegaba de frente, enfiló por Strand Road South.

»Aparcamos lo más cerca posible del almacén. La calle estaba muy oscura, pero en la trasera del camión había una linterna. Sanjay hubo de encenderla para que pudiésemos desenredar nuestras ofrendas de los cordones del sudario de mi cadáver. Según mi reloj, regalo de Sanjay, faltaban diez minutos para la

medianoche.

»Bajo el súbito fogonazo de luz de la linterna pude ver que lo que Sanjay había traído fue una vez un viejo empleado del crematorio. El cadáver no tenía dientes, tan sólo una leve mecha de pelo y cataratas en los dos ojos. Estaba enredado en la maraña de cordones de mi cadáver.

»—¡Maldición! —farfulló Sanjay—. Parece un apestoso paracaídas. Mira, hay una maldita red trabada con el lienzo.

»Finalmente hubo de recurrir a los dientes para romper el cordón.

»—¡Deprisa! —me dijo—. Quítale

la tela al tuyo. No los quieren cubiertos.

»—Pero no creo...

»—¡Hazlo, maldita sea! —exclamó Sanjay, presa de una terrible furia. Parecía como si los ojos fueran a saltársele de la congestionada cara. La linterna chisporroteó y vaciló—¡Mierda, mierda, mierda! —explotó finalmente—. ¡Debería haberte utilizado como lo planeé al principio! ¡Maldito si no hubiera sido más sencillo! ¡Mierda!

»Sanjay, cogiendo el cuerpo por debajo de los brazos lo levantó rabioso y empezó a apartar de él los cordones rotos.

»Permanecí allí en pie, atónito,

paralizado. Ni siquiera cuando empecé a desatar lentamente los nudos finales y apartado a un lado los cordones, me di cuenta de lo que hacían mis manos. "Te diré algo, Jayaprakesh. Eres una víctima de la injusticia social. Tu empeño me conmueve. Te rebajaré el alquiler de doscientas rupias al mes a cinco. Si necesitas un préstamo para los dos o tres primeros meses, estaré encantado de facilitártelo!"

»Sentía las lágrimas correrme por las mejillas y caer sobre el lienzo. Allá en la lejanía oí a Sanjay gritar que me apresurara, pero mis manos se movían lenta y metódicamente para desatar los

últimos cordones enmarañados. Recordé mis lágrimas de gratitud cuando Sanjay me aceptó como compañero de habitación, mi sorpresa y gratitud cuando me incluyó en su iniciación Kapalika.

»"Debería haberte utilizado como lo planeé al principio."

»Me limpié bruscamente los ojos y aparté el sudario arrojándolo a un rincón del fondo del camión.

»—¡Aaaay! —Pareció que me arrancaran aquel grito. Retrocedí de un salto y topé con la pared del camión, y casi estuve a punto de caer sobre aquella "cosa" descubierta ante mí.

»—¿Qué pasa?

»Sanjay hubo de volver corriendo junto al camión. Se detuvo de golpe y agarró la portezuela.

»-¡Aggh!

»La cosa que yo había traído del crematorio como si de una novia se tratara tal vez algún día había sido humana. Pero ya no. No quedaba ni rastro. El cuerpo estaba hinchado hasta haber adquirido dos veces el tamaño de un hombre... más parecía una estrella de mar gigantesca y putrefacta que un hombre. El rostro carecía de forma, era tan sólo una masa blanca con agujeros arrugados y hendiduras hinchadas donde

una vez hubiera ojos, boca y nariz. Aquella cosa era un repulsivo simulacro de forma humana, toscamente moldeado con excrecencias supurativas y carne muerta y distorsionada.

»Era blanco... todo él blanco... un blanco como el de los vientres de las carpas muertas que flotan en el Hooghly. La piel tenía la textura del caucho podrido y aclarado, como algo arrancado y formado con la parte inferior de un sapo venenoso. El cuerpo presentaba una hinchazón tensa, inflado por la espantosa presión interna de gases en expansión y órganos tumefactos a punto de estallar. En aquella masa

esponjosa aparecían visibles aquí y allá costillas astilladas y huesos fracturados como palos clavados en una masa que estuviera fermentando.

»—¡Ajjj! —jadeó Sanjay—. Un ahogado.

»Como confirmando las palabras de Sanjay nos llegó un tufo a apestoso cieno del río, y algo reptante apareció por el oscuro hueco de uno de los ojos. Unas antenas relucientes probaron el aire de la noche y luego se retiraron de la luz. Sentí el movimiento de otras muchas cosas en aquella masa hinchada.

»Me apreté contra el costado del camión deslizándome hacia la puerta

trasera. Quería pasar junto a Sanjay y correr a hundirme en la acogedora noche, pero él me interceptó y me empujó de nuevo hacia el angosto hueco con aquella cosa.

»—¡Cógelo! —dijo Sanjay.

»Me quedé mirándolo. La linterna derribada proyectaba entre nosotros sombras extrañas. Yo sólo podía mirarlo.

»—Cógelo, Jayaprakesh. Disponemos de menos de dos minutos antes de que comience la ceremonia. Cógelo.

»Entonces debí de haberme arrojado sobre Sanjay. Le hubiera apretado el

cuello con gusto, hasta que por su garganta mentirosa salieran los últimos hálitos de vida. Pero vi la pistola. Apareció en su puño al igual que una flor de loto surge de súbito de la palma de un inteligente mago ambulante. Era una pistola pequeña. Apenas parecía lo bastante grande para ser real. Pero lo era. No lo dudé ni un instante. Y el círculo negro de su cañón me apuntaba directamente entre los ojos.

»—Cógelo.

»Nada en toda la tierra hubiera podido obligarme a coger aquella cosa que había en el suelo detrás de mí. Nada, salvo la absoluta certeza de que si

no obedecía estaría muerto en cuestión de segundos. Muerto. Como aquella cosa de la furgoneta. Yaciendo junto a ella. Sobre ella. Con ella.

»Me arrodillé, enderecé la linterna antes de que se apagara o prendiera fuego al sudario y rodeé aquella forma con los brazos. Pareció agradecer mi abrazo. Una mano se deslizó por mi costado semejante a la caricia furtiva de una amante tímida. Mis dedos se hundieron más profundamente en lo blanco. La carne resultaba fría y elástica al tacto, como caucho, y estaba seguro de que de un momento a otro mis dedos la romperían. Unas cosas suaves se

movían y agitaban en su interior mientras yo salía de espaldas de la furgoneta y daba un paso. La cosa se desplomó sobre mí y por un segundo tuve la horrible certeza de que el cuerpo iba a licuarse e inundarme como la arcilla húmeda del río.

»Levanté el rostro hacia el cielo nocturno y avancé tambaleante. Detrás de mí Sanjay se echó al hombro su propia carga helada y me siguió al interior del templo de los Kapalikas.»



8

Sa etan panca pasún
apasyat purusam, asvam, gam,
avim, ajam...
Purusam prathaman alabhate,
puruso hi prathamah
pasunamm...

«Cantamos las palabras sagradas del *Satapatha Brahmana*.

»"Y el orden del sacrificio será el siguiente... Primero hombre, luego caballo, toro, morueco y cabra... El hombre va antes que los animales y es el que más place a los dioses..."

»Nos arrodillamos delante de la *jagrata* Kali. Nos habían vestido con sencillos *dhotis* blancos. Estábamos descalzos. Nuestras frentes estaban marcadas. Nosotros, los siete iniciados, nos arrodillamos en semicírculo más cerca de la diosa. Detrás teníamos un arco de velas y el círculo exterior de Kapalikas. Ante nosotros yacían los

cuerpos que trajéramos como ofrendas. Sobre el vientre de cada cadáver un sacerdote Kapalika había colocado un cráneo blanco. Los cráneos eran humanos, demasiado pequeños para haber pertenecido a adultos. Sus cuencas nos contemplaban con la misma intensidad que los ojos hambrientos de la diosa.

El mundo es dolor
Oh, mujer terrible de Siva
Estás masticando la carne.

»La cabeza de nuestro octavo

iniciado seguía colgando de la mano de Kali, pero ya el rostro juvenil aparecía blanco como la tiza y tenía los labios contraídos en un rictus. Sin embargo el cuerpo había desaparecido de su lugar en la base del ídolo y el pie de la diosa con su ajorca se mantenía alzado en el aire.

Oh, terrible mujer de Siva
Tu lengua está bebiendo la sangre,
¡Oh Madre oscura! ¡Oh Madre desnuda!

»Apenas sentía nada mientras me

encontraba allí arrodillado. En mi mente resonaba todavía el eco de las palabras de Sanjay. "Debería haberte utilizado." Yo era un loco provinciano. Peor aún que eso, era un loco provinciano que jamás volvería a su casa en el campo.

»Cualesquiera que fueran los acontecimientos de esa noche sabía que había dejado atrás la sencilla realidad de la vida en Anguda.

Oh, amada de Siva
El mundo es dolor.

»El templo quedó en silencio. Cerramos los ojos en *dhyana*, la

contemplación más profunda, posible tan sólo en presencia de una *jagrata*. Llegaron ruidos intrusos. El río susurraba sílabas perceptibles a medias.

»Algo se deslizó por el suelo cerca de mi pie descalzo. No sentía nada. No pensaba en nada. Al abrir los ojos vi que la lengua carmesí del ídolo sobresalía más de la boca abierta. Nada me sorprendía.

»Otros Kapalikas se adelantaron hasta que cada uno de nosotros tuvo a un sacerdote arrodillado delante, frente a frente, por sobre los obscenos altares que habíamos aportado. Mi brahmán era un hombre de aspecto amable. Tal vez un

banquero. Alguien acostumbrado a sonreír a la gente para ganarse la vida.

Oh Kali, oh Tú la terrible,
Oh Chinnamasta, la que está decapitada,
Oh Chandi, del más fiero aspecto,
Oh Kamaski, devoradora de almas
Escucha nuestra plegaria, oh terrible mujer de Siva.

»Mi sacerdote me levantó la mano derecha con la palma hacia arriba como si tuviera intención de leerme el

porvenir. Su otra mano desapareció entre los pliegues de su *dhoti*. Al sacarla de nuevo vi el rápido centelleo del acero afilado.

»El más alto sacerdote descansó la frente sobre el pie alzado de la diosa. Su voz era muy suave.

»—La diosa se sentirá muy complacida de recibir vuestra carne mezclada con sangre.

»Los demás sacerdotes se movieron todos al unísono. Las hojas se deslizaron sobre nuestras palmas como si los Kapalikas estuvieran cortando bambú. Un grueso trozo de la parte carnosa de mi palma quedó limpiamente cortado

deslizándose por la hoja. Todos lanzamos una exclamación entrecortada, pero sólo el hombre gordo gritó de dolor.

»—Tú, oh gran diosa, que gustas de la carne del sacrificio. Acepta la sangre de este hombre junto con su carne.

»Aquellas palabras no eran nuevas para mí. Las había oído todos los meses de octubre durante nuestro modesto *Kali Puja* en nuestra aldea. Todos los niños bengalíes conocen la letanía. Pero jamás había visto otra cosa que no fuesen sacrificios simbólicos. Nunca había visto a un brahmán mantener en alto un rosado círculo de mi carne y luego

inclinarse para meterlo en la boca abierta de un cadáver.

»Luego el hombrecillo sonriente, apologético, que tenía enfrente, me cogió la mano herida y volvió la palma hacia abajo. Detrás de nosotros los Kapalikas empezaron a recitar al unísono el más sagrado de los *Gayatri mantri* mientras que las oscuras gotas caían lentas y densas sobre la blanca superficie de aquella cosa ahogada que tenía delante de mis rodillas.

»Terminó el *mantra* y mi sacerdote-banquero sacó hábilmente un lienzo de su túnica y me vendó la mano. Rogué a la diosa que aquello acabara pronto. De

repente me sentía como vacío y enfermo. Los brazos me empezaron a temblar y por un momento temí que pudiera desfallecer. El hombre gordo situado a tres puestos de mí perdió el conocimiento, cayendo hacia delante sobre el pecho helado del cadáver de la vieja desdentada que él llevara. Su sacerdote le ignoró y volvió a sumirse en la oscuridad con los otros.

»"Por favor, diosa, permite que esto termine", suplicaba yo.

»Pero no terminó. No todavía.

»El primero de los brahmanes levantó la frente, que tenía apoyada sobre el pie de la *jagrata*, y se volvió

hacia nosotros. Caminó lentamente a lo largo de nuestro semicírculo como inspeccionando los cuerpos que habíamos llevado como ofrendas. Se detuvo durante un interminable momento delante de mí. Yo me sentí incapaz de levantar los ojos para encontrarme con los suyos. Estaba convencido de que el cadáver del ahogado no sería considerado de valor alguno. Seguía exhalando un hedor a cieno del río y corrupción, como si fuera el inmundo aliento de su buche abierto. Pero un instante después el sacerdote siguió caminando en silencio. Inspeccionó la ofrenda de Sanjay y luego siguió

adelante.

»Me arriesgué a mirar de reojo en el preciso momento en que el pie descalzo del sacerdote apartaba bruscamente al hombre gordo de su fría almohada. Otro Kapalika se abalanzó presuroso y rápidamente volvió a colocar el cráneo infantil en su sitio, sobre el vientre hundido del cadáver. El iniciado gordo yacía inconsciente junto a su fría vieja, dos improbables amantes interrumpidos en su abrazo. Pocos de nosotros dudábamos de cuál sería el siguiente semblante que la oscura diosa alzaría por el pelo.

»Apenas había logrado dominar mis

temblores cuando me encontré de nuevo delante al sacerdote. Esta vez chascó los dedos y otros tres Kapalikas acudieron a reunirse con él. Percibí el deseo casi desesperado de Sanjay de apartarse de mí. Me había invadido una gran frialdad, entumeciendo mi mano palpitante, extinguiendo mi miedo y vaciando mi mente. Estuve a punto de echarme a reír en voz alta cuando los Kapalikas se inclinaron hacia mí. Decidí no hacerlo.

»Tiernamente, casi con cariño, levantaron la hinchada excrecencia que era aquel cuerpo y lo llevaron hasta la losa que había al pie del ídolo. Luego me hicieron seña de que me adelantara y

me reuniera con ellos.

»Los minutos siguientes se confunden en mi memoria como ensoñaciones a medio capturar. Recuerdo que me arrodillé con los Kapalikas delante de aquella cosa muerta e informe. Creo que recitamos el *Purusha Sukta*, del décimo *Mándala* del *Rig-Veda*. Otros llegaron de entre las sombras con herradas de agua para bañar la carne putrefacta de mi ofrenda. Recuerdo que encontré muy cómica la idea de bañar a alguien que había pasado tanto tiempo en el río sagrado. No reí.

»El primer sacerdote mostró la

brizna de hierba en la que todavía podía verse la sangre seca que decidiera la suerte del joven iniciado la noche anterior. El sacerdote sumergió la brizna en un cáliz con engrudo negro y pintó unos semicírculos sobre las cuencas del cuerpo donde una vez unos ojos miraron el mundo. Yo había visto efigies sagradas pintadas así, y una vez más hube de dominar mi ansia de reír al darme cuenta de que aquello tan señalado debían de ser los párpados. En las ceremonias de nuestra aldea, semejante ritual concedía el don de la vista a la forma modelada en arcilla.

»Otros hombres se acercaron para

colocar hierba y flores sobre la frente del cadáver. El alto y terrible ídolo de Kali miraba hacia abajo mientras recitábamos ciento ocho veces el básico *mula-mantri*. De nuevo el sacerdote se inclinó hacia delante, esa vez para tocar cada una de las extremidades y aplicar su pulgar a la tumefacta carne blanca donde un día latiera un corazón. Luego, todos juntos proferimos una variante del *manirá* védico que terminaba: "Om, haz que Vishnu te dote de genitales, Tvasta modele la forma, Prajapati proporcione el semen y Kali reciba tu semilla."

»Una vez más el coro de voces inundó la oscuridad y se alzó con el

cántico del veda más sagrado, el *Gayatri manirá*. Fue precisamente entonces cuando hubo un gran estruendo y se alzó un poderoso viento que invadió el templo. Por un instante demencial estuve convencido de que el río estaba subiendo para reclamarnos el cuerpo.

»De hecho el viento se sentía frío mientras rugía a través del templo, revolviéndonos el pelo, haciendo ondear el tejido blanco de nuestros *dhotis* y apagando la mayoría de las velas que formaban hilera detrás de nosotros. Hasta donde yo puedo claramente recordar, el templo nunca se quedó totalmente a oscuras. Algunas de las

velas siguieron ardiendo mientras sus llamas danzaban bajo la misteriosa brisa. Pero si aún había luz, fuera la que fuese, lo que no puedo explicar es lo ocurrido a continuación.

»No me moví. Seguía arrodillado a menos de un metro del ídolo y de su ungida ofrenda. Tampoco percibí cualquier otro movimiento salvo el de unos Kapalikas detrás de nosotros encendiendo de nuevo algunas velas. Se necesitaron sólo unos segundos para ello. Luego el viento se extinguió, el ruido quedó ahogado y la *jagrata* Kali quedó una vez más iluminada desde abajo.

»El cuerpo había cambiado.

»La carne seguía siendo de un blanco macilento, pero ahora el pie de Kali reposaba sobre un cuerpo que era visiblemente el de un hombre. Estaba desnudo como lo estuviera antes, en la frente seguía teniendo flores, el engrudo negro seguía sobre sus ojos, pero un pálido órgano sexual le pendía fláccido donde segundos antes sólo había una pústula putrefacta. La cara no estaba completa, ya que aquella cosa seguía sin tener labios, párpados o nariz, pero el arrumado semblante podía reconocerse como humano. Los ojos ocupaban ya las cuencas de la cara. Podían verse heridas

abiertas en la carne blanca, pero los huesos astillados habían desaparecido.

»Cerré los ojos y recité en silencio una plegaria... no recuerdo a cuál de las deidades. Una exclamación entrecortada de Sanjay me hizo volver a mirar.

»El cuerpo respiraba. El aire silbaba a través de la boca abierta y el pecho cadavérico se alzó una vez, dos, hasta que finalmente se fijó un ritmo laborioso y pesado. De repente, con un movimiento flexible el cuerpo se incorporó, quedando sentado. Lentamente, con la mayor de las reverencias, besó la planta del pie de Kali con su boca sin labios. Luego,

sacando las piernas de la base del ídolo se puso vacilante en pie. El rostro se volvió directamente hacia mí y pude ver aberturas de carne húmeda donde un día estuviera la nariz. Dio un paso hacia delante.

»Yo no podía apartar los ojos mientras aquella forma elevada recorría muy tiesa la escasa distancia que nos separaba. Me dominaba desde su altura, ocultando a la diosa, salvo la cara enjuta, que miraba por encima de su hombro. Respiraba con dificultad, como si sus pulmones estuvieran todavía llenos de agua. En realidad, cada vez que la mandíbula de aquella cosa caía

ligeramente al andar, el agua brotaba de la boca abierta cayéndole sobre el pecho palpitante.

»Sólo cuando estuvo delante de mí, a un solo paso de distancia, fui capaz de bajar los ojos. El hedor del río flotaba sobre mí como una niebla. Aquella cosa resucitada levantó lentamente su palma blanca hasta tocarme la frente. La carne era fría, suave, ligeramente húmeda. Todavía después de apartar su mano y dirigirse lentamente hacia el iniciado inmediato seguía sintiendo la huella de su palma sobre mis ojos, abrasando mi piel enfebrecida como una llama fría.

»Los Kapalikas comenzaron su

cántico final. Aun sin quererlo mis labios se movieron, uniéndose a la plegaria.

Kali, Kali, balo bhai
Kali bai aré gaté nai.
Oh hermanos, tomad el nombre de Kali
No hay refugio salvo en ella.

»Acabó el himno. Los dos sacerdotes se reunieron con el primer brahmán para ayudar al recién despertado a llegar hasta las sombras del fondo del templo. Los demás

Kapalikas desfilaron en otra dirección. Miré en derredor de nuestro círculo interior y me di cuenta de que el hombre gordo ya no se encontraba entre nosotros. A los seis nos dejaron allí bajo la luz difusa y mirándonos unos a otros. Tal vez transcurriera un minuto antes de que regresara el sacerdote principal. Iba vestido igual, tenía el mismo aspecto, pero era "diferente". Sus andares tenían un sello de tranquilidad, su actitud era natural. Me recordaba a un actor después de haber interpretado una obra de éxito, moviéndose entre la audiencia, desprendiéndose de un personaje para asumir otro.

»Sonrió, se acercó con aspecto feliz a nosotros y nos estrechó la mano uno por uno al tiempo que nos iba diciendo:

»—*Namaste*. Ahora ya eres Kapalika. Espera la próxima llamada de tu bienamada diosa.

»Cuando me lo dijo a mí el tacto de su mano sobre la mía fue menos real que la huella que todavía me quemaba la frente.

»Un hombre vestido de negro nos condujo hasta la antesala, donde nos vestimos en silencio. Los otros cuatro se despidieron y se fueron juntos, charlando como escolares a los que hubieran dado asueto. Sanjay y yo nos

quedamos allí, solos, junto a la puerta.

»—Somos Kapalikas —musitó Sanjay. De repente hizo una sonriente mueca y me alargó la mano. Lo miré, miré su mano abierta y escupí al suelo. Luego, volviéndole la espalda, abandoné el templo sin decir palabra.

»Desde entonces no he vuelto a verlo. Durante meses he ido de un lado a otro de la ciudad, durmiendo en lugares ocultos, sin confiar en nadie. Siempre he estado esperando y temiendo la "llamada de mi bienamada diosa". No la hubo. Al principio me sentí aliviado. Luego, más asustado que al comienzo. Ahora ya no me importa. Recientemente

he vuelto con toda tranquilidad a la ciudad, a las calles familiares y a los lugares que una vez frecuentara. Lugares como éste.

»La gente parece saber que he cambiado. Si unos conocidos me ven se alejan. La gente me mira por la calle y me deja paso. Tal vez ahora sea un intocable. Acaso sea un Kapalika a pesar de mi precipitada huida. No lo sé. Jamás he vuelto al templo o al Kalighat. Tal vez esté marcado, no como Kapalika sino como presa de los Kapalikas. Espero encontrar la respuesta.

»Me gustaría abandonar para siempre Calcuta pero no tengo dinero.

Soy tan sólo una pobre persona de la casta sudra, de la aldea de Anguda, aunque también alguien que acaso nunca sea capaz de volver a ser lo que era.

»Tan sólo el señor Krishna ha seguido siendo mi amigo. Fue él quien vino a buscarme para que le contara mi historia. Ahora ya he acabado con ella.»

La voz de Krishna apenas se quebró al traducir la última frase. Parpadeé y miré en derredor. Los pies del propietario sobresalían del lugar en el que dormía, en el suelo, detrás del mostrador. La habitación estaba tranquila. No llegaban ruidos desde el

exterior del edificio. Mi reloj marcaba las dos y veinte. Me puse bruscamente en pie derribando sin querer la silla. Me dolía la espalda y tenía decaído el espíritu a causa de la descompensación del *jet lag* y la fatiga. Me estiré y me di un masaje en los músculos del espinazo.

Muktanandaji parecía exhausto. Se había quitado las gruesas gafas y se frotaba los ojos y el puente de la nariz con gesto cansino. Krishna echó mano del resto de café frío de Muktanandaji, se lo bebió de un trago e intentó repetidas veces aclararse la garganta.

—¿Desea hacer alguna pregunta, señor Luczak?

¿Me quedé mirando a ambos. No estaba seguro de que la voz me respondiera. Krishna se limpió la nariz hurgándose ruidosamente con los dedos, escupió al suelo y habló de nuevo.

—¿Tiene alguna pregunta, señor?

Los miré unos segundos más sin contestar, con el rostro impasible.

—Sólo una pregunta.

Krishna enarcó las cejas con gesto cortés.

—¿Qué diablos... —empecé diciendo—, qué coño tiene que ver esa... esa historia... con el poeta M. Das?

Mi puño pareció descargarse sobre

la mesa por impulso propio. Las tazas de café saltaron.

Fue Krishna quien a su vez se quedó mirándome. Una mirada que pareció recordarme la de mi maestra del parvulario cuando tenía cinco años, un día en que me ensucié en los pantalones durante la siesta. Krishna se volvió hacia Muktanandaji y dijo cinco palabras. El joven se puso de nuevo con gesto fatigado las gafas y contestó con una brevedad aún mayor.

Krishna me miró.

—Seguramente tiene que saber que estábamos hablando de M. Das.

—¿Qué? —pregunté estúpidamente

—: ¿Quién? ¿Qué mierda intenta colocarme? ¿Quiere decir que el sacerdote era el gran poeta M. Das? ¿Habla en serio?

—No —dijo Krishna con voz neutra —. No se trata del sacerdote.

—¿Entonces quién...?

—El sacrificio —pronunció Krishna lentamente como si se estuviera dirigiendo a un chiquillo obtuso—. La ofrenda. M. Das era el ser al que el señor Muktanandaji había llevado como sacrificio.



9

Tú, Calcuta, vendes en el mercado cordones para estrangular.

TUSHAR ROY

Aquella noche soñé con corredores y cuevas. Luego el sueño cambió de

localización hasta un almacén de venta al por mayor de muebles, cerca de Southside de Chicago, donde estuve trabajando durante mi segundo año de preuniversitario. El almacén estaba cerrado, pero yo seguía deambulando a través de la interminable serie de salas de exposición abarrotadas de muebles. Se olía a tejido Herculon y a pulimento de madera barato. Eché a correr regateando entre el apretado género. De repente había recordado que Amrita y Victoria estaban todavía en el almacén, en alguna parte, y que si no las encontraba pronto todos quedaríamos encerrados durante la noche. No quería

que se quedaran solas allí, atrapadas en la oscuridad, esperándome. Corrí de una sala a otra gritando sus nombres.

Sonó el teléfono. Eché mano a nuestro despertador de viaje que estaba sobre la mesilla de noche, pero siguió sonando. Eran las ocho y cinco de la mañana. Y el que sonaba era el teléfono, como en un principio había pensado. Amrita acudió desde el cuarto de baño y contestó. Dormité durante su conversación.

El ruido del agua de la ducha me despertó de nuevo.

—¿Quién era?

—El señor Chatterjee. —Amrita

cerró el grifo—. No podrás recoger el manuscrito de Das hasta mañana. Se excusa por el retraso. Aparte de eso, todo está en orden.

—Humm. Otro día, maldición.

—Estamos invitados a tomar el té a las cuatro.

—Humm, ¿dónde?

—En casa de Michael Leonard Chatterjee. Enviará su coche. ¿Quieres bajar a desayunar con tu hija y conmigo?

—Mmm. —Me cubrí la cara con la otra almohada y volví a dormirme.

Parecía que hubiesen pasado tan sólo cinco minutos cuando Amrita entró por la puerta llevando en brazos a

Victoria. La seguía un camarero vestido de blanco con una bandeja. El reloj de la mesilla marcaba las diez y veintiocho.

—Gracias —dijo Amrita. Dejó a la niña sobre la alfombra y dio varias rupias de propina al camarero. Victoria batió palmas y echó la cabeza hacia atrás para ver cómo se iba el camarero. Amrita cogió la bandeja, se la puso en equilibrio inestable sobre una mano, y aplicándose un dedo debajo de la barbilla ejecutó una galana reverencia en mi honor.

—*Namastey* y buenos días, sahib. La dirección le desea un día apacible y maravilloso aunque, ¡ay!, ya haya

pasado la mayor parte. Sí, sí, sí.

Me incorporé en la cama y Amrita, después de sacudir la sábana con una servilleta, me colocó la bandeja sobre las piernas. Luego, haciendo una nueva reverencia, alargó la mano con la palma hacia arriba. Dejé caer sobre ella una ramita de perejil.

—Puedes quedarte el cambio —le dije.

—¡Ah, gracias, muchas gracias, muy generoso sahib —canturreó mientras iba retrocediendo de espaldas sin dejar de hacer obsequiosas reverencias. Victoria se metió tres dedos en la boca y se quedó mirándonos asombrada.

—Creí que hoy irías a la caza de saris —comenté. Amrita corrió las pesadas cortinas y el crudo reflejo gris me hizo parpadear—. ¡Santo Cielo! —exclamé— ¿Es realmente la luz del sol? ¿En Calcuta?

—Kamakhya y yo ya hemos ido de compras. Una tienda muy agradable. Y unos precios absolutamente razonables.

—¿No encontraste nada?

—Sí, claro. Más tarde traerán los paquetes. Las dos compramos metros y más metros. Probablemente me gasté todo tu anticipo.

—Maldición. —Bajé la vista e hice una mueca.

—¿Qué pasa, Bobby? ¿Está frío el café?

—No, está bueno. En realidad muy bueno. Acabo de darme cuenta de que he perdido otra vez la ocasión de ver a Kamakhya. ¡Maldición!

—Sobrevivirás —dijo Amrita, colocando a Victoria sobre la cama para cambiarla.

El café era bueno y había más en un pequeño recipiente de metal. Levanté la tapadera de la bandeja y me encontré con dos huevos, tostadas con mantequilla y... maravilla de maravillas..., tres lonchas de bacon auténtico.

—¡Fantástico! —exclamé—. Gracias, pequeña.

—Bueno, no tiene importancia —dijo Amrita—. Naturalmente hacía horas que la cocina estaba cerrada, pero les dije que era para el famoso poeta que ocupa la habitación 612. El poeta que se pasa fuera la mayor parte de la noche intercambiando historias de guerra con los muchachos y finalmente vuelve a casa riéndose lo bastante alto para despertar a su mujer y su hijita.

—Lo siento.

—¿En qué consistió la reunión de anoche? Farfullabas en sueños hasta que te di un codazo.

—Lo siento, lo siento, lo siento.

Ajustó el nuevo pañal de Victoria, tiró el viejo y volvió para sentarse en el borde de la cama.

—En serio, Bobby, ¿qué revelaciones hizo el «misterioso extranjero» de Krishna? ¿Era de verdad?

Le ofrecí un bocado de una tostada. Sacudió negativamente la cabeza, pero luego, cogiéndola, le dio un mordisco.

—¿Quieres de veras oír la historia? —le pregunté.

Amrita asintió. Tomé un sorbo de café y decidí no darle una sinopsis sucinta, sino que empecé hablando en

tono ligeramente sarcástico. Haciendo pausas ocasionales para dar mi opinión sobre determinadas partes de la historia, sacudiendo la cabeza o haciendo breves observaciones, logré condensar el monólogo de tres horas de Muktanandaji en menos de veinte minutos.

—¡Dios mío! —exclamó Amrita cuando hube terminado. Parecía inquieta, incluso trastornada.

—Bueno, sea como fuere, resultó una endemoniada manera de terminar mi primer día en el hermoso centro de Calcuta —dije.

—¿No te sentiste atemorizado, Bobby?

—¡Santo Cielo, no! ¿Por qué habría de estarlo, pequeña? Lo único que me preocupaba era regresar al hotel conservando todavía la cartera sobre mi persona.

—Sí, pero... —Amrita calló, se acercó a Victoria, le puso de nuevo en la mano un sonajero que se le había caído y volvió junto a la cama—. Me refiero a que, aunque sólo sea porque pasaste la noche con un loco, Robert, hubiera querido... hubiera querido estar allí para traducir.

—Y yo también —convine con toda sinceridad—. Por lo que a mí respecta, Muktanandaji hubiera podido pasarse

toda la noche repitiendo una y otra vez en bengalí la «Arenga de Gettysburg» mientras que Krishna urdía esa historia de fantasmas.

—Entonces, ¿no crees que el muchacho estuviera diciendo la verdad?

—¿La verdad? —repetí. La miré con el entrecejo fruncido—. ¿Qué quieres decir? ¿Cadáveres a los que devuelven la vida? ¿Poetas muertos resucitando del cieno del río? M. Das desapareció hace ocho años, cariño. Sería un muerto viviente muy baqueteado, ¿no crees?

—No, no quise decir eso —repuso Amrita. Sonrió, pero era una sonrisa fatigada. Comprendí que nunca debí

haberla llevado conmigo hasta allí. Me había sentido tan preocupado por tener a alguien que me tradujera, alguien que me ayudara con aquella cultura... «Mierda, mierda»—. Sólo pensé que acaso el muchacho tal vez creyera que estaba diciendo la verdad —siguió diciendo Amrita—. Pudo haber intentado unirse a los Kapalikas o como quiera que los llamen. Pudo haber visto «algo» que no comprendiese.

—Sí, es posible —asentí—. No lo sé. El chico estaba hecho un desastre... los ojos enrojecidos, una tez lamentable y un montón de tics nerviosos. Por lo que yo sé incluso es posible que

consuma drogas. Tuve sospechas de que Krishna añadía o cambiaba muchísimas cosas. Era como una de esas comedias vulgares en las que el extranjero lanza un gruñido y el intérprete parlotea durante diez minutos. ¿Entiendes lo qué quiero decir? Incluso es posible que hubiera intentado entrar a formar parte de esa sociedad secreta y ellos hubieran practicado triquiñuelas fantasmales para impresionarlo. Pero yo me atrevería a apostar a que se trató de una maniobra de Krishna para sacarme dinero.

Amrita cogió la bandeja y la dejó sobre el tocador. Estuvo arreglando de diversas formas la taza y los cubiertos

de plata. No me miraba.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso te lo pidieron?

Aparté la sábana y me acerqué a la ventana. Por el centro de la calle circulaba un tranvía, soltando y recogiendo pasajeros sin detenerse siquiera. En el cielo todavía quedaban nubes bajas, pero había suficiente luz de sol para proyectar sombras sobre el agrietado pavimento.

—No —repuse—. No de forma descarada. Pero Krishna acabó la velada con un breve e ingenioso epílogo, explicando muy *sotto voce* que su amigo tenía que encontrar una manera

de salir de la ciudad para irse a Delhi o a cualquiera otra parte, posiblemente a Sudáfrica. Dejó muy claro que unos cuantos centenares de dólares americanos serían bien recibidos.

—¿Pidió dinero? —El acento británico de Amrita en las vocales era más acentuado que de costumbre.

—No. No de forma explícita...

—¿Cuánto les diste?

No parecía enfadada, solamente curiosa.

Acercándome a mi maleta empecé a sacar ropa interior y calcetines limpios. Una vez más comprendí que el principal argumento contra el matrimonio, el

argumento absolutamente irrefutable contra el hecho de vivir con una persona durante años, era la destrucción de la ilusión de libre albedrío, debido al constante reconocimiento de la esposa de lo absolutamente predecible que es uno.

—Veinte dólares —dije—. Era el cheque de viaje más pequeño que tenía. Te dejé a ti casi toda la moneda india.

—Veinte dólares —musitó Amrita—. Al cambio actual serán unas ciento ochenta rupias. ¿Lo extendiste a nombre de Muktanandaji?

—No, lo dejé en blanco.

—Le va a resultar muy difícil llegar

hasta Sudáfrica con ciento ochenta rupias— comentó Amrita con suavidad.

—Maldición. Me importa un bledo si esos dos se van a comprar «nieve». O lo utilizan para iniciar una cuenta de caridad, el Fondo-salvad-a-Muktanandaji-de-la-ira-de-los-Kapalikas. Deducible de los impuestos. ¿Qué te parece?

Amrita no dijo palabra.

—Míralo de este modo —proseguí—: Hoy en día no se puede tomar a una canguro, ir a Exeter a ver una mala película y luego a McDonald's por veinte pavos. Su historia es mucho más entretenida que algunas de las películas

que hemos ido a ver en Boston. ¿Cómo se llamaba aquel estúpido film infantil que nos costó cinco dólares ver con Dan y Barb antes de que emprendiéramos viaje?

—*La guerra de las galaxias* —dijo Amrita—. ¿Crees que podrás introducir aunque sea parte de esa historia en el artículo de *Harper's?*

Me até el cinturón del albornoz.

—Desde luego, la cita y la casa-café. Intentaré demostrar lo irreales y absurdos que eran algunos de los personajes en mi... ¿cómo lo llamó Morrow...? mi búsqueda de M. Das. Pero seré incapaz de utilizar los

desvaríos de Muktanandaji. Al menos no muchos. Los mencionaré, pero toda esa historia de los Kapalikas es demasiado horripilante. Ese galimatías de la diosa asesina se terminó con la última de las películas de serie B. Comprobaré esa historia de la banda, pues tal vez los Kapalikas sean una especie de mafia de Calcuta, pero maldito si el resto no es demasiado estúpido para que un estupendo poeta lo introduzca en un artículo serio. No es que sea morboso, es...

—¿Perverso?

—No, a la revista no le importaría que mostrara algo de perversión

saludable. La palabra es «trillado».

—¡Dios nos libre de los lugares comunes! ¿No es eso?

—Lo captaste, pequeña.

—Muy bien, Bobby. Y ahora ¿qué haremos?

—Huumm, buena pregunta —dije.

Estaba jugando al escondite con Victoria. Ambos utilizábamos una porción de sábana para escondernos. Y los dos reíamos al levantar yo una especie de cortina entre ambos. Luego Victoria se tapaba los ojos con los dedos y yo miraba en derredor, asombrado, intentando descubrirla.

Aquello encantaba a la niña.

—Creo que me daré una ducha —dije—. Luego iremos a que tú y esta pequeñaja cojáis el vuelo de la tarde para Londres. No hay necesidad de que traduzcas nada, salvo los farfullos del mozo de equipajes. Estoy harto de soltar pasta para alimentar a todo ese exceso de bocas que nos rodea. No existe motivo alguno para que te quedes un solo día más, aun cuando yo tenga que esperar a que Chatterjee ultime su representación. Hoy es sábado. Puedes quedarte un tiempo en Londres, pasar una noche con tus padres, y podemos llegar a Nueva York más o menos al

mismo tiempo... digamos el martes por la noche.

—Lo siento, Bobby. Pero eso resulta imposible por varias razones.

—Tonterías —afirmé—. No existe la palabra imposible. —Victoria y yo nos habíamos descubierto mutuamente y reíamos—. Expónme tus objeciones y yo las iré rebatiendo una a una.

—En primer lugar estamos invitados al té por todo lo alto de los Chatterjee...

—Les presentaré tus excusas. ¿La siguiente?

—Segundo. Todavía no ha llegado el material de la tienda de saris.

—Lo llevaré conmigo. ¿Qué más?

—Victoria y yo te echaremos de menos. ¿Verdad que sí, preciosa?

Victoria apañó su atención del juego lo justo para mirar cortésmente a su madre con la boca abierta. A continuación cambió las reglas, cubriéndose la cabeza con la sábana.

—Lo siento, tercer intento —repuse—. Quedas fuera. Os echaré de menos, niñas, pero tal vez cuando os hayáis ido podré arreglármelas con Kamakhya. Creo que hay un vuelo a Londres a las dos de esta tarde. De no ser así me quedaré en el aeropuerto con vosotras esperando el siguiente.

Amrita recogió algunos juguetes de

la niña y los guardó en un cajón.

—Existe un cuarto problema.

—Vamos, suéltalo.

—BOAC y Pan Am han cancelado todos los vuelos desde Calcuta salvo el de las seis cuarenta y cinco de la madrugada de BOAC en escala procedente de Thailandia. El hombre dijo que se debía a problemas de equipaje. Telefoneé anoche porque estaba aburrida.

—Mierda. No estarás bromeando, ¿verdad? Maldición. —Victoria se dio cuenta del cambio de tono y dejó caer la sábana. Su carita se contrajo con los pucheros—. Tiene que haber alguna

manera de salir de este apestoso agujero de mierda que es... perdóname, pequeñaja, que es esta ciudad.

—Sí, claro. Todos los vuelos interiores de Air India salen con normalidad. En Delhi podemos cambiar a Pan Am, o a cualquier otra compañía internacional allí o en Bombay. Pero hemos perdido el vuelo matinal de hoy a Nueva Delhi y las escalas de todos los demás son horrendas. Preferiría esperarte, Bobby. No quiero viajar sin ti por este país. Ya tuve suficiente de pequeña.

—De acuerdo, cariño. —La rodeé con el brazo—. Muy bien, entonces

podremos intentarlo con el vuelo matinal de la BOAC el lunes. El de las seis y media de la mañana. ¿Te parece bien que siga con mi plan de ducharme?

—Sí —dijo Amrita cogiendo a la niña—. He consultado con la gente de BOAC y no tienen inconveniente alguno en que te duches.

Aquella tarde puede decirse que salimos a visitar la ciudad. Instalé a Victoria en la mochilita que utilizábamos para llevarla y nos lanzamos al calor, el ruido y la confusión. La humedad estaba próxima al cien por ciento, y el calor a los

cuarenta grados. Disfrutamos de un pequeño almuerzo más que excelente en un lugar llamado Shah-en-Shah y luego tomamos un taxi para subir hasta Chowringhee, al Museo Indio.

Afuera campeaba un pequeño letrero proclamando: ¡TERMINANTEMENTE PROHIBIDO HACER EJERCICIOS DE YOGA EN LOS JARDINES! En el interior hacía mucho calor, las vitrinas estaban polvorientas y el edificio se encontraba sorprendentemente vacío, salvo por un grupo ruidoso y detestable de turistas alemanes. Me interesaron ligeramente las exhibiciones antropológicas del primer piso, pero lo

que finalmente atrajo mi atención fue la muestra arqueológica.

—¿Qué es eso? —preguntó Amrita al verme inclinado sobre una vitrina.

En la etiqueta de la minúscula figurilla negra podía leerse: «Representación de la diosa Durga bajo su aspecto de Kali; alrededor de 80 a. de C.» Distaba mucho de resultar aterradora. No vi el menor rastro de lazo, cráneo o cabeza cortada. En una mano sostenía lo que parecía ser una rama, en otra una huevera invertida, en una tercera lo que podría haber sido un tridente pero que parecía más bien un cuchillo abierto de los del ejército

suizo, y la última mano estaba extendida con la palma hacia arriba, ofreciendo un diminuto buñuelo amarillo. Y al igual que todas las otras estatuas de diosas que había visto en el museo, tenía la cintura alta, los senos firmes y las orejas alargadas. El rostro estaba ceñudo, sus muchos dientes eran agudos, si bien no pude distinguir caninos de vampiro o lengua colgante. Mucho más fiera me pareció una estatua en cuya etiqueta se leía «Durga» y que se erguía en una vitrina cercana. Aquella encarnación de Parvati, supuestamente más benigna, tenía diez brazos y en cada mano exhibía un arma más letal, si cabía, que la

anterior.

—Tu amiga Kali no parece tan terrible —observó Amrita. Victoria se inclinaba en su mochila para ver mejor la vitrina.

—Esa cosa tiene dos mil años de antigüedad —contesté—. Tal vez desde entonces se haya ido volviendo más repugnante y sedienta de sangre.

—Es que algunas mujeres no saben envejecer —convino Amrita acercándose a la siguiente vitrina. A Victoria pareció encantarle un gran ídolo en bronce de Ganesha, el juguetón dios de la prosperidad de cabeza de elefante, y durante el resto del tiempo

que pasamos en el museo nos dedicamos a practicar el juego de buscar tantas representaciones de Ganesha como fuera posible.

A Amrita le hubiera gustado visitar el Victoria Memorial Hall para ver artefactos del Raj, pero se estaba haciendo tarde y hubimos de contentarnos con pasar por delante en taxi y mostrar a la niña el imponente edificio blanco que tenía el mismo nombre que ella.

Entramos en el hotel bajo un aguacero torrencial. Nos cambiamos de ropa. Y cuando bajamos encontramos esperando ya el coche de Chatterjee. La

lluvia había cesado.

Por primera vez en varios días me había puesto corbata, y mientras el coche se unía al resto de la circulación yo permanecía allí sentado, incómodo, aflojando el nudo y deseando que el cuello de la camisa fuese menos ceñido o el mío propio más delgado.

Tenía empapada por la espalda la camisa blanca de manga corta y, de repente, me di cuenta del aspecto tan desgastado y sucio que tenían mis fieles Wallabees. En conjunto me sentía arrugado, despeinado y empapado en sudor. Miré de soslayo a Amrita. Su aspecto era, como siempre, fresco y

tranquilo. Vestía el traje de algodón blanco que se comprara en Londres y la gargantilla de lapislázuli que le había regalado antes de casarnos. Dadas las circunstancias su pelo debía de haber estado colgando en guedejas lacias; sin embargo le caía suelto y lustroso sobre los hombros.

Viajamos durante casi una hora, lo que me recordó que el área de Calcuta era mayor que la de la ciudad de Nueva York. La circulación era tan demencial y azarosa como siempre, pero el silencioso conductor de Chatterjee encontró el camino más rápido a través de la confusión. Mi preocupación por el

tráfico no disminuyó con los grandes carteles blancos en bengalí, hindi e inglés que se alzaban en el centro de los diversos nudos de caótico tráfico que íbamos sorteando: ¡CONDUCID CON MÁS CUIDADO! ¡ESTE AÑO HA HABIDO EN ESTAS VÍAS PÚBLICAS ___ MUERTES!

En los recuadros aparecían unos números, clavados en los paneles como solían verse en los viejos campos de béisbol. La cifra más alta que vimos durante aquel recorrido fue de veintiocho. Me pregunté ocioso si aquello incluía todo aquel sector de la carretera o tan sólo aquellos escasos

palmos cuadrados de asfalto.

En ocasiones descendíamos raudos por una carretera bordeada a ambos lados por grandes *chawls*, esos increíbles barrios bajos de tejados de hojalata, paredes de sacos de arpillera y calles enlodadas que se extendían a lo largo de kilómetros al final de los cuales se alzaban grises monolitos de fábricas eructando llamas y humos sin filtrar hacia las nubes monzónicas. Comprendí que amplias convicciones filosóficas tales como la ecología y el control de la contaminación eran lujos reservados para nuestras avanzadas naciones industriales. El aire de Calcuta, ya

edulcorado por las aguas de los albañales, por la incineración de excrementos de vaca, los millones de toneladas de basuras y las innumerables fogatas que ardían eternamente, resultaba casi irrespirable al añadírsele humo de los coches y porquería industrial.

Las propias factorías eran inmensos armatostes de ladrillo gastado, hierro herrumbroso, maleza rampante y ventanas rotas... imágenes de algún torvo futuro, cuando la era industrial hubiera seguido el mismo camino del dinosaurio tras haber dejado diseminadas por el paisaje sus inútiles

carcasas. Sin embargo, entre las ruinas más deterioradas se alzaba humo, y entre las negras fauces de los edificios más oscuros se veía el ir y venir de harapientas figuras humanas. Me resultaba casi imposible imaginarme viviendo en alguna de aquellas chozas sin pavimento o trabajando en una de aquellas horrendas fábricas.

Amrita debía de estar pensando algo semejante porque íbamos en silencio, cada uno de nosotros contemplando aquel panorama de desesperanza humana a través de las ventanillas del coche.

Y luego, en cuestión de minutos, atravesamos un puente sobre una ancha

extensión cubierta de raíles de ferrocarril, cruzamos un barrio intermedio con pequeñas tiendas y, de repente, nos encontramos en una zona antigua, de aspecto acomodado, con calles bordeadas de árboles y grandes mansiones rodeadas de muros y puertas cerradas. La débil luz del sol brillaba sobre la multitud de añicos de vidrio que cubrían el borde superior de los muros. En uno de aquellos lugares había un hueco de un metro de ancho en la parte superior de un alto muro, pero la obra de albañilería, del color del barro, presentaba grandes manchas oscuras. En la verja de hierro forjado podían verse

pequeños carteles con la advertencia «Cuidado con el perro» en al menos tres idiomas.

No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que aquello había sido un barrio residencial británico, tan apartado del estruendo infernal de la ciudad y de sus nativos como le había sido posible a la clase gobernante inglesa. Incluso allí era patente el deterioro, las numerosas paredes sucias, tejas rotas y ventanas cerradas toscamente con tablas, pero era un deterioro controlado, una acción protectora frente a la creciente entropía que parecía imperar por doquier en

Calcuta. Y aquella sensación de disolución parecía mitigada en cierto modo por las alegres flores y otros evidentes intentos de jardinería que podían percibirse a través de las altas verjas de la entrada.

Nos detuvimos delante de una de aquellas verjas. El chofer bajó del coche y abrió un candado con una llave que llevaba colgando de una cadena sujeta a su cinturón. El camino circular estaba bordeado de arbustos floridos y árboles de ramas desmayadas.

Nos recibió Michael Leonard Chatterjee.

—¡Ah, señores Luczak!

¡Bienvenidos!

Su mujer se encontraba asimismo de pie en la puerta junto a un niño que apenas andaba y que en un principio pensé que era su hijo, aunque pronto comprendí que debía tratarse de su nieto. La señora Chatterjee era ya sesentona y calculé que su marido debía de tener algunos años más que ella. Chatterjee era uno de esos caballeros de rostro liso, siempre en proceso de quedarse calvo, que llega a los cincuenta y se detiene en esa edad hasta bien entrados los sesenta.

Charlamos en la entrada durante un momento. Dedicaron las alabanzas de

rigor a Victoria y nosotros cumplimentamos a su nieto. Nos mostraron rápidamente la casa antes de hacernos atravesar otra puerta y conducirnos a un gran patio que daba a una calle lateral.

Estaba interesado en su casa. Era la primera ocasión que tenía de saber cómo vivía una familia india de la clase alta. La primera impresión fue de amalgama. Habitaciones amplias, de techos altos, con la pintura de las tiznadas paredes resquebrajada. Un soberbio aparador de nogal cubierto de arañazos sobre el que campeaba una mangosta disecada de polvorientos ojos

de cristal y piel apolillada. Una valiosa alfombra de Cachemira tejida a mano tendida sobre un linóleo agrietado. Una gran cocina, que un día fuera moderna pero que en aquellos momentos estaba prácticamente abarrotada de botellas cubiertas de polvo, cajones viejos, sartenes herrumbrosas y una pequeña chimenea de carbón de leña plantada en el mismo centro de la habitación. El humo había ensuciado el techo que un día fuera blanco.

—Estaremos más cómodos fuera —sugirió Chatterjee, y abrió la puerta para dar paso a Amrita.

Las losas todavía se veían húmedas

a causa del último aguacero, pero los asientos cubiertos de almohadones estaban secos y en una mesa se encontraba preparado el té. Se nos unió la hija de Chatterjee, una joven entrada en carnes y con unos ojos preciosos, el tiempo suficiente para cruzar unas palabras en hindi con Amrita. Luego se despidió y se fue, llevándose a su hijo. Chatterjee parecía asombrado ante las habilidades lingüísticas de Amrita, y le preguntó algo en francés. Amrita le contestó sin la menor vacilación y ambos rieron. Cambió a lo que luego me enteré que era tamil y Amrita respondió correctamente. Empezaron a

intercambiar bromas en ruso común. Yo saboreaba el té y sonreía a la señora Chatterjee. Ella me sonrió a su vez y me ofreció un emparedado de pepino. Seguimos sonriéndonos mutuamente durante unos minutos más de farsa trilingüe y luego Victoria empezó a ponerse nerviosa. Amrita me cogió a la niña de los brazos y Chatterjee se volvió hacia mí.

—¿Le apetece un poco más de té, señor Luczak?

—No, gracias. Ya está bien.

—¿Tal vez algo más fuerte?

—Bueno...

Chatterjee chascó los dedos y al

punto apareció un sirviente. Segundos después volvía con una bandeja llena de botellas y vasos.

—¿Bebe escocés, señor Luczak?

«Es como si me preguntara si el Papa es católico», me dije.

—Sí.

Amrita me había advertido que casi todo el escocés indio era un brebaje atroz, pero un sorbo me reveló que la botella de Chatterjee contenía un whisky realmente superior, seguramente de doce años, seguramente importado.

—Excelente.

—Es The Glenlivet —dijo—. Sin mezcla. Lo encuentro más genuino que

los *blended premiums*.

Durante unos minutos conversamos sobre poesía y poetas. Intenté orientar la conversación hacia M. Das, pero Chatterjee se mostraba reacio a hablar sobre el poeta desaparecido, salvo para mencionar que Gupta se había ocupado de los detalles para la entrega del manuscrito al día siguiente. Empezamos a hablar de lo difícil que le resultaba a un escritor serio ganarse bien la vida en cualquiera de nuestros países. Tuve la impresión de que el dinero de Chatterjee era de origen familiar y que tenía otros intereses, inversiones e ingresos.

Como cabía esperar, la conversación

se orientó hacia la política. Chatterjee se mostró en extremo elocuente refiriéndose a la sensación de alivio que el país había experimentado al haber resultado derrotada la señora Gandhi en las últimas elecciones. El resurgimiento de la democracia en la India revestía un gran interés para mí y de algún modo esperaba poder hablar de ello en mi artículo sobre Das.

—Era una auténtica tirana, señor Luczak. La supuesta «Emergencia» era tan sólo una añagaza para ocultar el feo rostro de su tiranía.

—¿Así que usted opina que nunca volverá a formar parte de la política

nacional?

—¡Jamás! Jamás, señor Luczak.

—Pero yo pensaba que aún seguía disfrutando de un vigoroso soporte político, y que el Partido del Congreso sigue siendo una mayoría potencial para el caso de que llegue a fracasar la actual coalición.

—No, no —aseguró Chatterjee agitando la mano con ademán disuasorio —. Usted no lo entiende. Tanto la señora Gandhi como su hijo están acabados. Dentro de un año estarán en la cárcel. Recuerde lo que le digo. Su hijo es ya objeto de investigación por diversos escándalos y atrocidades. Y cuando se

descubra la verdad tendrá mucha suerte si no le ejecutan.

Asentí con la cabeza.

—He oído que ha enajenado a mucha gente con sus drásticos programas de control de la población.

—Era un cerdo —dijo Chatterjee sin el menor asomo de emoción—. Un cerdo arrogante, ignorante y dictatorial. Sus programas eran poco más que intentos de genocidio. Su presa eran los pobres y los ignorantes, aun cuando él mismo fuera, esencialmente, un analfabeto. Incluso su madre estaba asustada ante ese monstruo. Si hoy día tuviera que encontrarse entre la multitud, le

despedazarían con sus propias manos. Y a mí me complacería tomar parte. ¿Más té, señor Luczak?

Un coche pasó por la tranquila calle lateral más allá de la verja de hierro. Cayeron unas cuantas gotas sobre las anchas hojas de la higuera de Bengala bajo la cual nos encontrábamos.

—¿Sus impresiones sobre Calcuta, señor Luczak?

La repentina pregunta de Chatterjee me pilló desprevenido. Tomé un sorbo de escocés y dejé que su calor me confortara un segundo antes de contestar.

—Calcuta es fascinante, señor Chatterjee. Es una ciudad demasiado

compleja para poder calibrarla tan sólo en dos días. Es una lástima que no dispongamos de más tiempo para explorarla.

—Es usted muy diplomático, señor Luczak. Lo que quiere decir es que encuentra a Calcuta aterradora. Ya ha ofendido su sensibilidad, ¿no es así?

—Aterradora no es la palabra exacta —contesté—. Es verdad que la pobreza me afecta.

—¡Ah, sí! La pobreza —dijo Chatterjee, y sonrió como si la palabra tuviera profundas connotaciones irónicas—. Desde luego aquí hay mucha pobreza. Mucha miseria, según los

parámetros occidentales. Ello debe ofender el espíritu americano, teniendo en cuenta que Estados Unidos se ha esforzado repetida y denodadamente por eliminar la pobreza. ¿Cómo lo expresaba su ex presidente Johnson? ¿Declarar la guerra a la pobreza? Cabría pensar que su guerra de Vietnam le había satisfecho.

—La guerra contra la pobreza es otra de las guerras que hemos perdido —repuse—. Estados Unidos sigue teniendo su cuota de pobreza.

Dejé sobre la mesa el vaso vacío y al punto surgió junto a mí un sirviente para escanciar más escocés.

—Sí, sí, pero estamos hablando de Calcuta. Uno de nuestros mejores poetas se ha referido a Calcuta como una «cucaracha de ciudad medio aplastada». Otro de nuestros escritores ha comparado a nuestra ciudad con una cortesana entrada en años y moribunda, rodeada de tanques de oxígeno y mondas de naranja putrefactas.

—Yo diría, señor Chatterjee, que ésas son unas metáforas excesivamente duras.

—¿Es su marido siempre tan circunspecto, señora Luczak? —preguntó Chatterjee sonriéndonos por encima de su vaso—. No, no. No deben

temer que me sienta ofendido. Estoy acostumbrado a los americanos y a su reacción frente a nuestra ciudad. Reaccionan de una de estas dos maneras: encuentran Calcuta exótica y se concentran tan sólo en sus placeres turísticos o al punto se sienten horrorizados, se retraen y tratan de olvidar lo que han visto y no han comprendido. Sí, sí, la psique americana, cuando se enfrenta a la India, es tan predecible como el estéril y vulnerable sistema digestivo americano.

Miré a la señora Chatterjee, que hacía saltar sobre su falda a Victoria y parecía no escuchar las palabras de su

marido. En el mismo instante Amrita me miró y lo tomé como una advertencia. Sonreí para dejar claro que no iba a entrar en la discusión.

—Es posible que tenga razón —dije—. Aunque yo nunca alardearía de comprender la «psique americana» o la «psique india», si es que existen tales cosas. Las primeras impresiones son, de manera inevitable, superficiales. Me doy cuenta de ello. Hace mucho tiempo que siento admiración por la cultura india, incluso antes de conocer a Amrita, y desde luego ella ha compartido parte de su belleza conmigo. Pero admito que Calcuta es algo intimidante. Parece que

haya algo único... único y perturbador en los problemas urbanos de Calcuta. Tal vez ello sólo resida en el grado. Amigos míos me han dicho que la ciudad de Méjico, pese a su gran belleza, sufre el mismo problema.

Chatterjee asintió, sonrió y dejó el vaso sobre la mesa. Extendió los dedos y me miró como un profesor mira a un alumno con quien no sabe si puede valer o no la pena perder más tiempo.

—No ha viajado demasiado, ¿verdad, señor Luczak?

—En realidad no. Hace algunos años recorrí Europa con la mochila a la espalda. Pasé algún tiempo en Tánger.

—Pero no por Asia.

—No.

Chatterjee dejó caer las manos como si ese extremo hubiera quedado bien claro. Pero la lección no había terminado. Chascó los dedos, dio una orden y un instante después apareció el sirviente con un delgado libro azul del que no pude leer el título.

—Por favor, señor Luczak, dígame si considera justa y razonable esta descripción de Calcuta —dijo Chatterjee. A renglón seguido empezó a leer en voz alta:

... una masa densa de

casas tan viejas

que sólo parece que vayan a caer,

a través de las cuales senderos angostos y tortuosos

trazan curvas y serpentean. Aquí no hay intimidad,

y quienquiera que se aventure por esta región

encuentra las calles, así por cortesía llamadas,

atestadas de haraganes y ve, a través de las

ventanas en parte acristaladas, habitaciones

atestadas hasta la sofocación... los albañales estancados... la porquería ahogando las oscuras cañerías... los muros descoloridos manchados de hollín y las puertas con sus bisagras descolgadas... y los niños bullendo por todas partes, aliviando sus cuerpos a placer.

Calló, cerró el libro y enarcó las cejas con un cortés gesto interrogante.

Por mi parte no había hecho la

menor objeción sobre seguir actuando como el hombre en posesión de la verdad, si tal era el deseo de nuestro anfitrión.

—Tiene sus puntos relevantes —señalé.

—Sí. —Chatterjee sonrió enarbolando el libro—. Esto es una descripción de Londres, señor Luczak, escrita en los años cincuenta del siglo pasado. Hay que tener en cuenta al hecho de que, en la actualidad, India se está embarcando en la aventura de su propia revolución industrial. El desplazamiento y confusión que tanto le escandalizan, no, no lo niegue, son

consecuencias ineludibles de esa revolución. Tiene suerte, señor Luczak, de que su propia cultura haya rebasado ese punto.

Hice un gesto de asentimiento, conteniendo el impulso de contestarle que la descripción que había leído podría muy bien aplicarse al barrio en que yo creciera en Southside de Chicago. Aun así tuve la impresión de que merecía la pena hacer un esfuerzo más para aclarar mis sentimientos.

—Es una gran verdad, señor Chatterjee. Valoro lo que dice. Yo pensaba algo parecido mientras venía hacia aquí y usted ha clarificado el

asunto a la perfección. Pero he de decir que durante el breve período que hemos pasado aquí, he tenido la sensación de algo... de algo diferente con referencia a Calcuta. No estoy seguro de lo que pueda ser. Una extraña sensación de... diría que de violencia. Una sensación de violencia hirviendo bajo la superficie.

—¿O acaso de demencia? —preguntó Chatterjee con tono neutro.

No dije palabra.

—Muchos de los llamados comentaristas en nuestra ciudad, señor Luczak, insisten sobre esa supuesta sensación de intensa violencia. ¿Ve aquella calle? Sí, ésa de allí.

Seguí la dirección del dedo con el que señalaba. Una carreta de bueyes avanzaba lentamente por la calle lateral, por lo demás desierta. Salvo por la paciente carreta y las higueras de Bengala con sus troncos múltiples, el escenario podía ser el de un viejo barrio medio abandonado de cualquier ciudad americana.

—Sí, la veo.

—Hace algunos años me encontraba desayunando aquí —prosiguió— y presencié el asesinato de toda una familia en esa calle. No, asesinato no es la palabra correcta. Carnicería, señor Luczak, carnicería. Allí. Allí mismo.

Por donde ahora pasa la carreta.

—¿Que ocurrió?

—Fue durante las revueltas de los hindúes contra los musulmanes. Había una pobre familia musulmana que vivía con un médico local. Estábamos acostumbrados a su presencia. El hombre era carpintero y mi padre utilizó muchas veces sus servicios. Los niños jugaban con mi hermano pequeño. Y entonces, en 1947, cuando corrían los tiempos más difíciles de las revueltas, se les ocurrió emigrar al Pakistán Oriental.

»Los vi salir a la calle, eran cinco, con el hijo más pequeño, un bebé, en

brazos de su madre. Iban en un carro tirado por un caballo. Yo estaba desayunando cuando oí el ruido. Un numeroso gentío los había interceptado. Los musulmanes protestaron. El hombre cometió el error de utilizar su látigo de cuero entrelazado contra el cabecilla de la turba. Se produjo un gran avance hacia delante. Yo me encontraba sentado donde está usted ahora, señor Luczak. Podía verlo muy bien. La gente utilizaba palos, adoquines del suelo o, sencillamente, las manos. Hubieran sido capaces de utilizar los dientes. Cuando todo hubo acabado, el carpintero musulmán y su familia no eran más que

bultos ensangrentados en mitad de la calle. Incluso habían matado a su caballo.

—¡Cielo Santo! —exclamé, para añadir luego en medio de aquel silencio —: ¿Quiere eso decir que está de acuerdo con quienes afirman que hay una vena de demencia en esta ciudad, señor Chatterjee?

—Todo lo contrario, señor Luczak. Menciono ese incidente porque aquella gente que los atacó eran... y son... mis vecinos.

»El señor Golwalkar, maestro. El señor Sirsik, panadero. El viejo Muhkerjee, que trabaja en la oficina de

correos cerca de su hotel. Eran gente corriente, señor Luczak, que llevaban una vida tranquila antes de aquel lamentable incidente, y que luego volvieron a llevarla. Lo he mencionado porque demuestra la insensatez de quienquiera que señale a Calcuta como manicomio de la demencia bengalí. De cualquier ciudad puede decirse que una violencia semejante hierve bajo su superficie. ¿Ha visto el periódico en lengua inglesa de hoy?

—¿El periódico? No.

Chatterjee desdobló el periódico que había junto al azucarero y me lo alargó.

La historia que lo encabezaba estaba fechada en Nueva York. La noche anterior había habido un corte de electricidad, el peor desde el oscurecimiento total de 1965. Casi como obedeciendo a una consigna empezaron los saqueos desde los guetos a los barrios más pobres de la ciudad. Millares de personas habían participado en actos de vandalismo, al parecer sin sentido, y en robos.

La chusma había acudido a animar mientras familias enteras rompían los cristales de los escaparates y huían con televisores, ropas y cualquier cosa que pudieran acarrear. Habían sido

detenidas centenares de personas, pero tanto en la oficina del alcalde como en la del portavoz de la policía habían admitido que ésta se había visto impotente dado el alcance del problema.

Se publicaban copias de editoriales americanos. Los liberales lo consideraban como un resurgimiento de la protesta social y lo imputaban a la discriminación, la pobreza y el hambre. Los articulistas conservadores subrayaban con acritud que la gente hambrienta no roba en primer lugar aparatos de música, y exigían un endurecimiento en la aplicación de la ley. Todos aquellos sesudos artículos

editoriales parecían frívolos a la luz del perverso desarrollo del hecho. Daba la impresión de que tan sólo un delgado muro de luz eléctrica protegía de la barbarie absoluta a las grandes ciudades del mundo.

Alargué el periódico a Amrita.

—Es algo espantoso, señor Chatterjee. Ha expuesto la cuestión con acierto. No era ciertamente mi intención el mostrarme puritano respecto de los problemas de Calcuta.

Chatterjee sonrió uniendo de nuevo los dedos. Sus lentes reflejaban destellos grises y la sombra oscura de mi cabeza. Asintió levemente.

—Siempre que comprenda que se trata de un problema urbano, señor Luczak. Un problema exacerbado aquí por el grado de pobreza y por la naturaleza de los inmigrantes que han invadido nuestra ciudad. Calcuta ha sido prácticamente invadida por extranjeros incultos. Nuestros problemas son reales, pero no somos los únicos en tenerlos.

Asentí en silencio.

—No estoy de acuerdo —intervino Amrita.

Tanto Chatterjee como yo nos volvimos sorprendidos. Amrita dejó el periódico sobre la mesa con una flexión rápida de muñeca.

—No estoy de acuerdo en absoluto, señor Chatterjee —repitió rotunda—. Tengo la sensación de que es un problema cultural, característico bajo muchos conceptos de la India y no sólo de Calcuta.

—Ah —dijo Chatterjee. Unió las yemas de los dedos. Pese a su sonriente aplomo era evidente que estaba sorprendido e irritado al ser contradicho por una mujer—. ¿A qué se refiere, señora Luczak?

—Bien, como parece ser que estamos en el momento de ilustrar hipótesis recurriendo a las anécdotas —continuó Amrita con suavidad—,

permítame comentar dos incidentes que observé ayer.

—Naturalmente. —La sonrisa de Chatterjee era tensa, casi una mueca.

—Ayer estaba desayunando en el jardín del café del Oberoi. Victoria y yo estábamos solas en una mesa, pero había muchos más clientes en el restaurante. En la mesa contigua se encontraban sentados varios pilotos de Air India. A corta distancia de nosotros una mujer intocable cortaba el césped con unas tijeras de podar...

—Por favor —la interrumpió Chatterjee, y la mueca se había hecho ya visible en los blandos rasgos—.

Preferimos decir una persona de la clase catalogada.

Amrita sonrió.

—Sí, ya lo sé —dijo—. Clase catalogada o *harijan*, «amado de Dios». Crecí con las convenciones. Pero únicamente se trata de eufemismos, como, estoy segura, usted sabe perfectamente, señor Chatterjee. Pertenecía a la clase catalogada porque había nacido fuera de toda casta y así morirá. Casi con toda certeza sus hijos se pasarán la vida haciendo los mismos trabajos domésticos que ella. Es una intocable.

A Chatterjee se le había helado la

sonrisa, pero no volvió a interrumpirla.

—Como quiera que sea estaba en cuclillas cortando la hierba, al parecer casi brizna a brizna, avanzando con una especie de andares de pato que, a mí al menos, me resultarían muy dolorosos. Nadie advertía su presencia. Era tan invisible como el césped que estaba podando.

»Durante la noche había caído un cable del tendido eléctrico del pórtico. Se encontraba sobre el césped del jardín, pero nadie había pensado en repararlo o en cortar la corriente. Los camareros lo evitaban al pasar hacia la piscina. La mujer intocable se lo

encontró mientras podaba y se dispuso a apartarlo de su camino. No estaba aislado.

»Al tocarlo la mujer salió despedida hacia atrás violentamente, pero no podía soltar el cable. El dolor debió ser inmenso pero tan sólo lanzó un terrible grito. Se retorcía literalmente en el suelo, electrocutándose ante nuestros propios ojos.

»He dicho "nuestros", señor Chatterjee. Los camareros permanecían allí plantados, cruzados de brazos y mirando. Unos obreros que se encontraban en una plataforma cerca de la mujer miraron impasibles hacia

abajo. Cerca de mí uno de los pilotos hizo un pequeño chiste y volvió a su café.

»No soy una persona de pensamiento rápido, señor Chatterjee. Toda mi vida he mostrado tendencia a dejar que otros hagan por mí hasta las cosas más sencillas. Solía suplicar a mi hermana que comprara ella nuestros billetes de tren. Incluso ahora, cuando Bobby y yo queremos que nos envíen una pizza, insisto en que sea él quien haga la llamada por teléfono. Pero cuando hubo transcurrido medio minuto y se hizo evidente que los hombres que se encontraban en el jardín, y eran al menos

una docena, no pensaban evitar que aquella pobre mujer muriera electrocutada, tuve que actuar. No necesité pensarlo mucho y tampoco un gran valor. Cerca de la puerta había una escoba. Utilicé el palo para apartar el cable de la mano de la mujer.

Miré a mi mujer. Amrita no me había mencionado nada de aquello. Chatterjee asentía atónito, pero yo fui el primero en hablar.

—¿Sufrió graves quemaduras?

—Por lo visto no —contestó Amrita —. Se habló de enviarla al hospital, pero quince minutos después estaba de nuevo cortando el césped.

—Sí, sí —dijo Chatterjee—. Es muy interesante, pero no debería considerarse fuera...

—El otro incidente ocurrió, más o menos, media hora después —prosiguió Amrita impávida—. Una amiga y yo íbamos en busca de saris cerca del cine Elite. La circulación había quedado interrumpida a lo largo de varias manzanas. Una vaca vieja se encontraba plantada en el centro de la calle. La gente vociferaba y tocaba la bocina, pero nadie intentó moverla. De repente la vaca empezó a orinar, inundando la calle con un abundante chorro. En la acera, junto a nosotras, se encontraba

una muchacha, una adolescente muy bonita, de unos quince años, que vestía una blusa blanca almidonada y un pañuelo rojo. La jovencita se precipitó a la calzada, aplicó la mano al chorro de orina y luego se la llevó a la frente.

En el silencio se escuchaba el susurro de las hojas. Chatterjee miró a su mujer, volviendo luego la vista de nuevo hacia Amrita. Tamborileaba silenciosamente los dedos unos contra otros.

—¿Fue ése el segundo incidente? —preguntó.

—Sí.

—Seguramente, señora Luczak,

aunque haya estado fuera de su país, India, desde su infancia, recordará el respeto que profesamos a las vacas como símbolo de nuestra religión.

—Sí.

—Y también debe saber que en India no toda la gente tiene... ah... ese horror de los occidentales ante la idea de diferencias de clase.

»Y sabrá también que son muchos los que creen que esa orina... especialmente la humana... posee grandes propiedades espirituales y medicinales. ¿Sabía que nuestro actual primer ministro, Moraji Desai, bebe su propia orina todas las mañanas?

—Sí, lo sé.

—Entonces, señora Luczak, no alcanzo a comprender, con toda honradez, qué es lo que revelan sus «incidentes», salvo, tal vez, desconcierto y repugnancia ante sus antiguas tradiciones culturales.

Amrita hizo un movimiento negativo de cabeza.

—No se trata de desconcierto cultural, señor Chatterjee. Como matemática tengo tendencia a enfocar las distintas culturas de forma más bien abstracta, como partidas adyacentes con ciertos elementos comunes. O si lo prefiere como series de experimentos

humanos de cómo vivir, pensar y comportarse unos con otros. Y tal vez, debido a mi propia vida y al hecho de haber viajado tanto de niña, tengo una sensación de cierta objetividad frente a las diferentes culturas que he visitado y en las que he vivido.

—¿Sí?

—Y he encontrado, en el conjunto de las series culturales de India, señor Chatterjee, algunos elementos que muy pocas otras culturas tienen o que, si alguna vez los poseyeron, han preferido no mantenerlos. He encontrado aquí, en mi propio país, un racismo tan arraigado que probablemente escapa a cualquier

comparación actual. He encontrado aquí que la filosofía de la no violencia en la que fui educada, y con la que me siento más a gusto, sigue siendo destrozada mediante actos deliberados e insensibles de salvajismo practicados por sus proponentes. Y el hecho de que su primer ministro beba varios vasos de su propia orina todos los días, señor Chatterjee, no es algo que hable en favor de semejante práctica.

»Y tampoco para la mayoría de la gente. Mi padre me recordaba con frecuencia que cuando el Mahatma iba de aldea en aldea, lo primero que solía predicar no era la hermandad entre los

humanos como tampoco estratagemas antibritánicas o la no violencia, sino las reglas básicas, absolutamente básicas, de la higiene humana.

»No, señor Chatterjee, en mi calidad de india no estoy de acuerdo en que todas las dificultades de Calcuta no son más que un microcosmos de los problemas urbanos de cualquier otra parte.

Chatterjee se la quedó mirando a través de los dedos. La señora Chatterjee se agitó incómoda. Victoria miró a su madre pero no hizo el menor ruido. No sé lo que se podría haber dicho a continuación si los primeros

goterones de lluvia no hubieran elegido ese momento para empezar a desplomarse sobre nosotros como húmedo fuego graneado.

—Creo que estaremos más cómodos dentro —sugirió la señora Chatterjee al explotar con toda su fuerza la tormenta en derredor nuestro.

La presencia del chofer de Chatterjee nos incomodó durante el viaje de regreso al hotel, pero nos comunicamos mediante claves rebuscadas conocidas sólo por las parejas de casados.

—Deberías de haber trabajado para las Naciones Unidas —dije.

—He trabajado para la ONU —contestó Amrita—. Olvidas que trabajé allí como intérprete durante un verano. Dos años antes de que nos conociéramos.

—Humm. ¿Empezaste alguna guerra?

—No, eso se lo dejé a los diplomáticos de profesión.

—No me comentaste que habías visto a una mujer casi electrocutada durante el desayuno.

—No me lo preguntaste.

Hay veces en que incluso un marido sabe cuándo ha de cerrar la boca. A través de una cortina de lluvia vimos los barrios bajos que íbamos dejando atrás.

Algunas de aquellas gentes no hacían siquiera esfuerzos para ponerse a cubierto del aguacero, sino que permanecían embotados, en cuclillas sobre el barro, con la cabeza gacha bajo el agua.

—¿Has visto a los niños? —preguntó Amrita con voz queda.

No los había advertido hasta que ella me los señalara. Chiquillas de siete y ocho años permanecían allí en pie con niños todavía más pequeños sobre la cadera. Y comprendí que aquella había sido una de las imágenes más persistentes durante los dos últimos días... niños llevando en brazos a niños.

Mientras caía el agua permanecían en pie debajo de toldos, pasos elevados y lonas chorreantes. Sus harapientas ropas estaban teñidas con brillantes colores, pero ni siquiera los rojos deslumbrantes o los azules pavo real ocultaban la suciedad y el deterioro. Las niñas llevaban brazaletes y ajorcas de oro en muñecas y tobillos. Sus futuras dotes.

—Hay un montón de niños —dije.

—Y prácticamente ninguno —repuso Amrita en voz tan queda que era casi un susurro.

Me llevó tan sólo unos segundos darme cuenta de que tenía razón. Para la mayoría de los chiquillos que estábamos

viendo la infancia había quedado ya atrás. Se enfrentaban a un futuro de cuidar de los retoños más pequeños, de trabajos duros, de matrimonios prematuros y de criar a sus propios vástagos. Muchos de los niños que podíamos ver corriendo desnudos por el barro no sobrevivirían muchos años. Quienes llegaran a nuestra edad recibirían un nuevo siglo en una nación con mil millones de habitantes afrontando el hambre y el caos social.

—Sé que las escuelas elementales americanas no enseñan muy en serio las matemáticas, Bobby, pero en secundaria tuvisteis geometría euclidiana básica,

¿no es así, Bobby?

—Sí, incluso en las escuelas de secundaria americanas enseñan eso, pequeña.

—Entonces sabrás que hay geometrías no euclidianas, ¿verdad?

—He oído malévolos rumores al respecto.

—Hablo en serio, Bobby. Estoy intentando comprender algo aquí.

—Adelante.

—Bien, empecé a pensar en ello después de mencionarle a Chatterjee lo de las series alternativas y los experimentos.

—Huumm.

—Si la cultura india fuera un experimento, entonces mis prejuicios occidentales me dicen que es un fracaso. Al menos en lo que se refiere a su capacidad para adaptar y proteger a su gente.

—Nada que objetar.

—Si pensamos en términos de serie teórica, entonces estoy convencida de que mis dos tipos de culturas son incompatibles de por vida. Y yo soy el producto de esas dos culturas. En definitiva, el elemento común en dos series sin elementos comunes.

—El este es el este y el oeste es el oeste y nunca se encontrarán, ¿no?

—¿Comprendes mi problema, verdad, Bobby?

—Tal vez un buen consejero matrimonial podría.

—Cállate, por favor. La metáfora me hizo pensar en una analogía todavía más aterradora. ¿Y qué hay si las diferencias ante las que reaccionamos en Calcuta se deben a que la cultura no fuera otra «serie» sino una «geometría» diferente?

—¿Cuál es la diferencia?

—Pensé que conocías a Euclides.

—Nos presentaron, pero nunca llegué a tutearle.

Amrita suspiró, y miró por la ventanilla hacia la pesadilla industrial

que estábamos atravesando. Se me ocurrió que era la viva imagen de la desolación industrial que Fitzgerald describiera en *Gatsby* elevada a la décima potencia. También se me ocurrió que mis propias referencias literarias empezaban a contaminarse de las metáforas matemáticas de Amrita.

Vi a un hombre en cuclillas, a un lado de la calle, dispuesto a defecar. Se levantó la camisa sobre la cabeza y preparó un pequeño bol de bronce con agua para los dedos de la mano izquierda.

—Las teorías de series y números se superponen —continuó Amrita. De

repente me di cuenta, por la tensión en su voz, de que hablaba muy en serio—. Las geometrías no. Las geometrías diferentes se basan en teoremas diferentes, en postulados de axiomas diferentes que dan lugar a realidades diferentes.

—¿Realidades diferentes? —repetí—. ¿Cómo puedes tener realidades diferentes?

—Tal vez tú no puedas —dijo Amrita—. Acaso sólo una sea «real». Tal vez únicamente una geometría sea auténtica. Pero la pregunta es ¿qué me pasará a mí... a todos nosotros... si elegimos la equivocada?

Cuando regresamos al hotel la policía nos estaba esperando.

—Un caballero le espera, señor —dijo el ayudante del gerente al entregarme la llave de la habitación. Volví al vestíbulo esperando encontrar a Krishna, pero el hombre que se levantó del sofá color ciruela era alto, llevaba turbante y tenía barba. Un sij a todas luces.

—¿El señor Luck-zak?

—Luczak. Sí.

—Soy el inspector Singh de la policía metropolitana de Calcuta. —Me mostró una placa y una desvaída foto identificatoria dentro de un plástico

amarillento.

—¿Inspector? —No le ofrecí la mano.

—Me gustaría hablar con usted sobre un caso que nuestro departamento está investigando, señor Luczak.

«Krishna me ha metido en algo turbio.»

—¿De qué se trata, inspector?

—De la desaparición de M. Das.

—¡Ah! —dije al tiempo que daba a Amrita la llave de la habitación. No tenía intención de invitar a subir a aquel policía—. ¿Necesita hablar con mi mujer, inspector? Es hora de dar de cenar a nuestra pequeña.

—No. Sólo será un minuto, señor Luczak. Siento molestarle.

Amrita fue hasta el ascensor con Victoria y yo miré en derredor. El ayudante del gerente y varios mozos nos miraban curiosos.

—¿Qué le parece si vamos al Salón License, inspector?

Era el eufemismo del hotel indio para el bar.

—Muy bien.

El bar estaba oscuro, pero yo pedí un gin tónic y el inspector tan sólo tónica. Entretanto tuve tiempo para observar al alto sij.

El inspector Singh se comportaba

con la autoridad natural de un hombre acostumbrado a ser obedecido. En su voz se advertía el eco de años pasados en Inglaterra, no la enunciación lenta de Oxbridge sino la precisión cortante de Sandhurst o alguna de las otras academias. Vestía un traje de color tostado, bien cortado, que casi daba la impresión de uniforme. El turbante era rojo burdeos.

Su aspecto vino a confirmar lo poco que yo sabía sobre los sijs. Siendo un grupo religioso minoritario, se habían convertido posiblemente en el sector más productivo y agresivo de la sociedad india. Como pueblo parecían

estar especialmente dotados para las máquinas y, si bien la mayoría de los sijs vivían en el Punjab, podía encontrárselos conduciendo taxis u operando con maquinaria pesada por todo el país. El padre de Amrita había dicho que el noventa por cien de sus operadores de excavadora habían sido sijs. También eran ellos quienes escalaban los más altos grados en las fuerzas militares y policiales. Por lo que Amrita me había contado, únicamente sijs habían capitalizado la «Revolución Verde» y la moderna tecnología agrícola para dar impulso a sus extensas granjas en cooperativa al norte de India.

Como también los sijs fueron responsables de muchas de las matanzas de civiles musulmanes durante los disturbios de la partición.

—Salud —dijo el inspector Singh, y tomó un sorbo de su tónica.

Un brazalete de acero tintineó al chocar con la gruesa cadena de su reloj. El brazalete era un signo constante de su fe al igual que la barba y una pequeña daga de ritual que seguramente llevaría consigo. El jueves, en el aeropuerto de Bombay, un guardia de seguridad había preguntado a un sij que estaba en la cola delante de nosotros: «¿Lleva más armas aparte de su sable?» Todos hubimos de

someternos a un registro corporal, pero el sij pasó sin más después de gruñir una negativa.

—¿En qué puedo ayudarle, inspector?

—Puede comunicarme cualquier información que tenga sobre el paradero del poeta M. Das.

—M. Das desapareció hace ya mucho tiempo, inspector. Me sorprende que aún siga interesado en él.

—El expediente de M. Das sigue abierto, señor. La investigación llevada a cabo en 1969 llegó a la conclusión de que, probablemente, había sido víctima de algún acto criminal. ¿Tienen en su

país alguna ley de prescripción del asesinato?

—No, no lo creo —dije—. Pero en Estados Unidos ha de aparecer el cuerpo para que pueda considerarse el asesinato.

—Exactamente. Ése es el motivo de que le agradezcamos que comparta con nosotros cualquier información de la que pueda disponer. M. Das ha dejado muchos amigos influyentes, señor Luczak. Muchas de esas personas ocupan ahora puestos todavía más respetados, ocho años después de la desaparición del poeta. Todos nos sentiríamos muy aliviados de poder

cerrar esta investigación.

—Muy bien —repuse, y procedí a hablarle de mi relación con *Harper's* y el acuerdo con el Sindicato de Escritores Bengalíes. Estuve a punto de hablarle de Krishna y Muktanandaji, pero finalmente llegué a la conclusión de que una historia tan fantástica sólo podría traer complicaciones con la policía.

—¿Así que no tiene más confirmación de que M. Das viva que el poema que no sabe si recibirá o no a través del Sindicato de Escritores? —preguntó Singh.

—Eso y la carta que Michael

Leonard Chatterjee leyó durante la reunión del consejo ejecutivo —contesté.

Singh asintió como si estuviera al corriente de la correspondencia del sindicato.

—¿Y usted piensa recoger el manuscrito mañana? —pregunto.

—Sí.

—¿Dónde ocurrirá eso?

—No lo sé. Aún no me lo han dicho.

—¿A qué hora?

—Tampoco me la han dicho.

—¿Se reunirá en esta ocasión con Das?

—No. Al menos no lo creo. No,

estoy seguro de que no.

—¿Y por qué no?

—Bueno, todas las peticiones de reunirme con el gran hombre y así confirmar definitivamente su existencia, han tropezado con un muro de piedra.

—¿Un muro de piedra?

—Una respuesta negativa. Un rechazo sin contemplaciones.

—¡Ah! ¿Y no tiene usted otros planes para verlo más adelante?

—No. Yo así lo esperaba. No hay duda de que mi artículo necesitaría una entrevista. Pero, a decir verdad, inspector, estoy deseando recoger ese condenado manuscrito y abandonar

Calcuta con mi mujer y mi hija mañana por la mañana, dejando que los expertos literarios diluciden si M. Das escribió el poema o no.

Singh hizo un ademán de asentimiento como si se tratara de una actitud del todo razonable. Luego garrapateó algo en un pequeño cuaderno de notas y apuró su tónica.

—Gracias, señor Luczak. Me ha ayudado usted mucho. Quiero excusarme de nuevo por haber interrumpido su tarde del sábado.

—No tiene importancia.

—¡Ah! —dijo—. Queda otra cosa.

—¿Sí?

—¿Le importaría que mañana, cuando vaya a recoger el supuesto manuscrito de Das, le sigan discretamente agentes de policía de las fuerzas metropolitanas? Tal vez ello podría ayudarnos en nuestra investigación.

—¿Vigilancia? —pregunté. Apuré el resto de mi vaso. Si ponía objeciones tal vez me perjudicara, y era casi seguro que de todas formas los policías me seguirían. Además, tener cerca a un policía contribuiría a calmar en parte la ansiedad que sentía ante aquella cita.

—Sus asociados no tienen por qué enterarse —agregó Singh.

Asentí. Personalmente me importaba un bledo si Chatterjee, Gupta y el sindicato en pleno se veían implicados.

—Muy bien —contesté—. Estoy de acuerdo si ello ha de ayudarle en su investigación. Yo, por mi parte, no tengo la menor idea de si Das está realmente vivo. Será para mí una satisfacción servir de alguna ayuda.

—¡Ah! Excelente. —El inspector Singh se levantó y, finalmente, nos estrechamos las manos—. Que tenga un buen viaje, señor Luczak. Le deseo suerte en su trabajo.

—Gracias, inspector.

La lluvia siguió cayendo durante

todo el resto de la velada. Cualquier idea festiva que Amrita y yo hubiéramos podido tener sobre salir la noche del sábado se disipó a la vista de la miseria encenagada, monzónica e invasora que divisamos al correr las cortinas. El crepúsculo tropical fue una breve transición entre el día gris y lluvioso y la noche negra y lluviosa. Al otro lado de la plaza inundada podían verse algunas linternas encendidas bajo las lonas.

Victoria estaba cansada y un tanto pesada, de manera que muy pronto la acostamos en su cuna. Llamamos al servicio de habitaciones y esperamos

una hora antes de que llegara la cena. Cuando finalmente apareció, constituyó en gran parte una lección para que en la vida volviera a pedir emparedados de rosbif frío en un país hindú. Supliqué a Amrita un poco de su excelente cena china.

A las nueve de la noche, mientras Amrita se duchaba antes de acostarse, llamaron a la puerta. Era un muchacho con las telas de la tienda de saris. El muchacho estaba empapado, pero el material se encontraba a salvo envuelto en una gran bolsa de plástico. Le di diez rupias, pero él insistió en que le cambiara el billete por otros dos de

cinco rupias cada uno. El de diez rupias estaba ligeramente roto y por lo visto la moneda india perdía su valor cuando tenía algún defecto. Aquel intercambio me puso más bien de mal humor, y al aparecer Amrita con su bata de seda y anunciar, después de echar un vistazo al paquete, que se habían equivocado de tela, la gota colmó el vaso. La tienda le había enviado lo comprado por Kamakhya. Entonces pasamos veinte minutos largos intentando encontrar en la guía telefónica a nuestra Bharati, pero el nombre era tan común como el de Jones en Nueva York, y Amrita pensó que, después de todo, era posible que la

familia de Kamakhya no tuviera teléfono.

—Al diablo con todo —exclamé.

—Para ti es fácil. No te pasaste una hora eligiendo las telas.

—Kamakhya te traerá probablemente lo tuyo.

—Bueno, tendrá que hacerlo mañana si nos vamos el lunes a primera hora.

Apagamos la luz en seguida. Victoria se despertó una vez con unos ligeros sollozos, en uno de esos sueños de bebé en los que agitaba desesperada las piernas y los brazos, y la paseé durante un rato por la habitación, hasta que se quedó dormida, babeándome satisfecha

sobre el hombro. Durante el par de horas que siguieron la habitación parecía alternativamente muy calurosa y luego helada. Las paredes resonaban debido a diversos ruidos mecánicos. Parecía como si en aquel lugar hubiera un sinfín de montaplatos subiendo trabajosamente con cadenas y poleas. Dos puertas más allá, en el corredor, un grupo árabe voceaba y reía, sin pensar por un instante en entrar en su habitación y cerrar la puerta.

Hacia las once y media abandoné las húmedas sábanas y me acerqué a la ventana. En la calle oscura seguía cayendo la lluvia. No había circulación.

Abrí mi maleta. Sólo había traído conmigo dos libros. Un ejemplar encuadernado de mi más reciente publicación y un Penguin en rústica de poesía de M. Das que comprara en una librería de Londres. Tomé asiento en una butaca cerca de la puerta y encendí la lámpara de lectura.

Confieso que fue mi libro el primero que abrí. Se abrió por el poema que le daba título, *Winter Spirits*. Intenté evocar sus imágenes, pero la figura, en su día diáfana, de la anciana deambulando por su granja de Vermont y contactando con los fantasmas familiares en unos parajes en los que la nieve se

amontonaba en los campos, no sintonizaba con la sofocante noche de Calcuta y el ruido de la inmisericorde lluvia monzónica golpeando contra los cristales. Cogí el otro libro.

Al punto quedé cautivado por la poesía de Das. Con el trabajo corto que más disfruté al principio del libro fue «Family Picnic», con su festiva, aunque nunca condescendiente, percepción de la necesidad de soportar con paciencia las excentricidades de los familiares de uno. Únicamente una referencia de pasada a «...las aguas azules infestadas de tiburones de la bahía de Bengala / limpias de velamen o humo de lejanos

vapores» y una rápida descripción de un «...templo Mahabalipuram / su piedra arenisca desgastada por los años y los rezos / ahora ya un lugar de juego de esquinas suavizadas / para las rodillas trepadoras de niños y las fotos instantáneas del tío Nani» situaban el escenario en la India oriental.

Llegué al «El canto de la madre Teresa» con un nuevo enfoque. Ahora ya resultaban menos patentes para mí los ecos académicos de la influencia de Tagore sobre el prometedor tema, y en cambio más evidentes las referencias directas, tales como «...muerte en la calle / muerte en la acera / el

desesperanzado desamparo entre el que ella se movía / el lamento de un cálido infante pidiendo ayuda / contra el aliento helado de una ciudad que se ha quedado seca». Me pregunté si el relato épico de Das sobre la joven monja que había oído la llamada mientras viajaba hacia otra misión, que había acudido a Calcuta para ayudar a la multitud sufriente, aunque sólo fuera para facilitarles un lugar en el que morir en paz, sería alguna vez reconocido como el clásico de la compasión que a mi juicio era.

Di vuelta al libro para ver la fotografía de M. Das.

Me tranquilizó. La despejada frente

y los ojos tristes y límpidos me recordaban a las fotos de Jawaharlal Nehru. El rostro de Das tenía la misma elegancia y dignidad patriarcales. Tan sólo la boca, con aquellos labios tal vez demasiado gruesos, de comisuras curvadas hacia arriba, sugerían la sensualidad y el leve egocentrismo tan necesarios en un poeta. Fantaseé diciéndome que ahora entendía de quién había heredado Kamakhya Bharati su sensual belleza.

Cuando apagué la luz y me acosté de nuevo junto a Amrita, me sentía capaz de afrontar mejor el día que se avecinaba. Afuera la lluvia seguía descargándose

furiosa sobre la arrebujada ciudad.



10

Calcuta, señor de nervios,
¿Por qué quieres destruirme
totalmente?
Tengo un caballo y un eterno
permiso de extranjero. Voy a mi
propia ciudad.

PRANABENDU DAS GUPTA

Era una extraña mezcolanza de gentes las que se disponían a acudir a la cita para recoger el manuscrito el domingo por la mañana.

Gupta había telefoneado a las ocho cuarenta y cinco. Hacía ya dos horas que nosotros nos habíamos levantado.

Durante el desayuno en el jardín del café Amrita había anunciado su firme decisión de acompañarme en aquel viaje, y fui incapaz de disuadirla. En realidad me sentí aliviado ante la idea.

Gupta inició la conversación telefónica con el estilo inimitable de todas las comunicaciones telefónicas indias.

—¿Diga?

—¿Oiga? ¿Señor Luczak?

La conexión sonaba como si estuviéramos utilizando dos latas y vanos kilómetros de cordón. Se escuchaban crujidos y chirridos.

—Soy Gupta.

—¿Cómo está usted, señor Gupta?

—Muy bien. Oiga, ¿señor Luczak? ¿Me oye?

—Sí.

—Hola. Ya se han hecho los preparativos... ¿Me oye? ¿Señor Luczak? ¿Está usted ahí?

—Sí. Estoy aquí.

—¡Hola! Se han hecho los

preparativos. Acudirá solo cuando nos reunamos con usted en su hotel a las diez y media de esta mañana.

—Lo siento, señor Gupta. Mi mujer me acompañará. Hemos decidido que...

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué dice?

—Digo que me acompañarán mi mujer y mi hija. ¿A dónde iremos?

—No, no, no. Así ha sido acordado. Tiene que venir solo.

—Sí, sí, sí —dije yo—. Me acompaña mi familia o no voy. A decir verdad, señor Gupta, estoy más bien harto de esta estupidez a lo James Bond. He recorrido veinte mil kilómetros para recoger una obra literaria, no para andar

escondiéndome solo por Calcuta. ¿Dónde será la reunión?

—No, no. Sería mejor que fuera solo, señor Luczak.

—¿Y por qué? Si es algo peligroso necesito saberlo.

—No. Claro que no es peligroso.

—¿Dónde tendrá lugar la reunión, señor Gupta? Le aseguro que no tengo tiempo para estas tonterías. Si vuelvo a casa con las manos vacías escribiré mi artículo como sea, pero probablemente ustedes tendrán noticias de los abogados de mi revista.

Era una amenaza carente de base, pero se hizo un silencio roto tan sólo por

los silbidos, crujidos y ruidos sordos propios de la línea telefónica.

—¿Hola? ¿Señor Luczak?

—Sí.

—De acuerdo. Su mujer será muy bien recibida. Naturalmente. Nos reuniremos con el representante de M. Das en la casa de Tagore...

—¿En la casa de Tagore?

—Sí, sí. Es un museo, ¿sabe?

—Maravilloso —exclamé—. Quería ver la casa de Tagore. Excelente.

—Así pues el señor Chatterjee y yo estaremos en su hotel a las diez y media. ¿Oiga, señor Luczak?

—¿Sí?

—Adiós, señor Luczak.

Gupta y Chatterjee no aparecieron hasta pasadas las once, pero cuando nosotros bajamos Krishna se encontraba en el vestíbulo. Vestía la misma camisa sucia y los mismos pantalones arrugados.

Se mostró inmensamente alborozado al vernos, haciendo una reverencia a Amrita, alborotando el fino pelo de Victoria y estrechándome la mano por dos veces. Explicó que había acudido para informarme que «nuestro mutuo amigo, el señor Muktanandaji» había utilizado mi más que valioso regalo para regresar a su aldea de Anguda.

—Creí que había dicho que no podía volver a su casa.

—¡Aahh! —exclamó Krishna encogiéndose de hombros.

—Bien, supongo que tanto él como Thomas Wolfe estaban equivocados —repuse. Krishna se me quedó mirando un segundo y luego rompió a reír de forma tan estridente que Victoria se puso a llorar.

—¿Ha recibido el poema de Das? —preguntó cuando se calmaron tanto su risa como el llanto de Victoria.

—No, ahora mismo vamos a recogerlo —contestó Amrita.

—Aahh —dijo Krishna sonriendo, y

vi como centelleaban sus ojos.

—¿Le gustaría acompañarnos? Tal vez le guste ver qué clase de manuscrito puede crear el cadáver de un ahogado.

—¡Bobby! —me reprendió Amrita.

Krishna se limitó a asentir, pero su sonrisa era más semejante que nunca a la de un tiburón.

Gupta y Chatterjee no se mostraron ni mucho menos complacidos ante lo nutrido de nuestro grupo. No tuve el valor de decirles que también nos acompañarían un número indeterminado de lo mejorcito de Calcuta.

—Señor Gupta, le presento a Amrita, mi mujer. —Se intercambiaron

cortesías en hindi—. Y éste, caballeros, es nuestro... nuestro guía, el señor M. T. Krishna. También nos acompañará.

Los dos caballeros asintieron envarados, pero Krishna resplandecía.

—¡Ya nos conocemos! ¿No me recuerda, señor Chatterjee?

Michael Leonard Chatterjee frunció el ceño y se ajustó las gafas.

—¡Ah! Ya veo que no. ¿Y usted, señor Gupta? Bien, fue hace varios años, a mi regreso del hermoso país del señor Luczak. Presenté una solicitud de socio al Sindicato de Escritores.

—¡Ah sí! —dijo Chatterjee, aunque era evidente que no lo recordaba en

absoluto.

—Sí, sí —Krishna sonreía—. Se me dijo que mi prosa «carecía de madurez, estilo y comedimiento». Ni qué decir tiene que no fui admitido.

Todo el mundo pareció incómodo salvo Krishna. Por mi parte estaba empezando a disfrutar con aquello. Y comenzaba a sentirme contento de haber invitado a Krishna para que nos acompañara.

El pequeño Premiere con el que enfilamos hacia el este desde el hotel iba realmente atestado. Gupta, Chatterjee y el chófer uniformado de este último iban embutidos en los

asientos delanteros. Hasta donde yo podía ver el conductor llevaba un brazo fuera de la ventanilla, mientras que con la otra mano se ajustaba la gorra y conducía con las rodillas. El efecto no era muy diferente del habitual.

En la parte trasera yo me encontraba encajonado entre Krishna y Amrita yendo Victoria sobre las rodillas de mi mujer.

Todos sudábamos terriblemente, pero Krishna parecía haber empezado mucho antes que todos nosotros. Hacía un calor espantoso. Después de dejar el aire acondicionado del hotel, las lentes de la cámara de Amrita, así como los

cristales de las gafas de Chatterjee, se habían empañado intensamente. La temperatura era de más de cuarenta grados y mi camisa de algodón quedó adherida de inmediato a mi espalda. En la sucia plaza que había frente al hotel se encontraban cuarenta o cincuenta hombres en cuclillas, con las huesudas rodillas más altas que la barbilla y, sobre el pavimento, delante de ellos, paletas, placas de cemento y plomadas. Parecía como si estuvieran nivelándolo. Pregunté a Krishna por qué estaban allí y éste, encogiéndose de hombros, respondió:

—Es domingo por la mañana.

Todo el mundo pareció satisfecho con aquella expresión deifica, así que no dije palabra.

Bajando hacia Chowringhee, giramos a la derecha delante de Raj Bhavan, el antiguo Palacio del Gobierno, y enfilamos hacia el sur de Dharamtala. El viento que entraba por las ventanillas abiertas no nos refrescaba lo más mínimo, sino que, por el contrario, lo sentíamos rascar nuestras epidermis como papel de lija. El enmarañado pelo de Krishna se agitaba como un nido de víboras. Cada vez que teníamos que detenernos ante un semáforo o un policía de tráfico, el

chófer paraba el motor y permanecíamos allí sentados en sudoroso silencio hasta que el coche se ponía de nuevo en marcha.

Viajamos en dirección este hasta la Upper Circular Road y luego torcimos por la calle de Raja Dinendra, una sinuosa carretera que corría paralela a un canal. El agua estancada apestaba a cloaca. Unos chiquillos desnudos chapoteaban en los charcos parduscos.

—Miren allí —dijo Chatterjee con tono perentorio señalando hacia nuestra derecha. Apareció un inmenso templo en glorioso tecnicolor—. El templo jainista. Muy interesante.

—Los sacerdotes jainistas jamás tomarán vida alguna —recitó Amrita—. Cuando abandonan el templo hacen que los sirvientes barran el sendero para no aplastar inadvertidamente algún insecto.

—Llevan mascarillas de cirujano —dijo a su vez Chatterjee—, a fin de no tragarse por descuido alguna cosa viva.

—No se bañan —agregó Krishna—, por respeto a las bacterias que viven en sus cuerpos.

Asentí, preguntándome en mi fuero interno si el propio Krishna no haría honor a ese especial código jainista. Entre los habituales olores callejeros de Calcuta, la peste de las cloacas al

descubierto y Krishna, empezaba a sentirme algo abrumado.

—Su religión les prohíbe comer nada que esté vivo o haya estado vivo —explicó Krishna con satisfacción.

—Un momento —dije—. Según esas reglas queda descartado todo. ¿De qué viven?

—¡Aahhh! —Krishna sonrió—. ¡Buena pregunta!

Seguimos nuestro camino.

La casa de Rabindranath Tagore estaba en Chitpur. Aparcamos en una angosta bocacalle, atravesamos una puerta para entrar en un patio aún más

angosto, y nos quitamos los zapatos en una pequeña antesala, antes de entrar en el edificio de dos pisos.

—Por veneración a Tagore esta casa se considera un templo —comentó Gupta en actitud solemne.

Krishna se sacudió las sandalias.

—En nuestro país todo monumento público tarde o temprano se convierte en templo. —Rió—. En Varanasi el gobierno construyó un edificio para instalar un mapa en relieve de India a fin de enseñar a los ignorantes campesinos la geografía nacional. Ahora es un templo sagrado. He visto a gente orando en él. Tiene, incluso, su propio día

festivo. ¡Un mapa en relieve!

—Silencio —ordenó Chatterjee.

Nos condujo por una escalera oscura. Las habitaciones de Tagore estaban limpias de mobiliario, pero en las paredes abundaban las fotografías y las vitrinas que exhibían todo lo habido y por haber, desde manuscritos originales que debían valer una fortuna hasta latas del rapé favorito del Maestro.

—Parece que estamos solos —observó Amrita.

—¡Ah, sí —asintió Gupta. El escritor se parecía cada vez más a un roedor cuando sonreía—. Por lo general

el museo está cerrado los domingos. Gracias a una concesión especial disfrutamos del privilegio de estar aquí.

—Formidable —dije a nadie en particular. De repente, a través de los altavoces adosados a la pared nos llegaron grabaciones de la voz de Tagore, alta y restallante, leyendo fragmentos de sus poesías y entonando algunas de sus baladas—. Maravilloso.

—El representante de M. Das llegará muy pronto —dijo Chatterjee.

—No hay prisa —le aseguré.

Había grandes lienzos de las pinturas al óleo de Tagore. Su estilo me recordaba el de N. C. Wyeth... la

versión del impresionismo de un ilustrador.

—Fue Premio Nóbel —recordó Chatterjee.

—Ya.

—Compuso nuestro himno nacional —apuntó Gupta.

—Así es. Lo había olvidado —dije.

—Escribió numerosas obras de teatro —añadió Gupta.

—Fundó una gran universidad —aportó Chatterjee.

—Murió exactamente aquí —dijo Krishna.

Todos nos detuvimos y miramos hacia donde Krishna señalaba con el

dedo. El rincón estaba vacío, salvo por algunas pelusas de polvo.

—Corría el año 1941 —continuó Krishna—. El anciano se estaba muriendo, extinguiéndose como un reloj al que no le hubiesen dado cuerda. Algunos de sus discípulos se reunieron aquí. Luego llegaron más. Y más. Muy pronto todas estas habitaciones se encontraban repletas de gente. Algunos de los asistentes ni siquiera conocían al poeta. Pasaron los días. El anciano no acababa de morir. Finalmente comenzó una fiesta. Alguien fue al cuartel general del ejército americano —ya había soldados en la ciudad— y volvieron con

un proyector y varios rollos de películas. Vieron a Laurel y Hardy y dibujos de Mickey Mouse. El anciano yacía en coma, olvidado por todos, en el rincón. De vez en cuando surgía de su sueño letal como un pez que ascendiera a la superficie. ¡Imagínense su confusión! Contemplar entre las espaldas de sus amigos, y por encima de cabezas de extraños, aquellas imágenes revoloteando por la pared.

—Aquí está la pluma que Tagore utilizó para escribir sus famosas obras teatrales —dijo Chatterjee en voz muy alta, intentando apartarnos de Krishna.

—Escribió un poema sobre ello —

prosiguió Krishna—. Sobre lo de morir con Laurel y Hardy. En sus últimos días fechaba todos sus poemas, sabedor de que cada uno de ellos podía ser el último. Y durante los breves períodos lúcidos del coma, apuntó también la hora. Lejos quedaba su optimismo sentimental. Y también la amable campechanería característica de sus populares obras. Porque, verán, entre poema y poema estaba enfrentándose a la sombría cara de la muerte. Era un anciano asustado. Pero los poemas... Ah, señor Luczak, esos poemas finales son hermosos. Y penosos. Como su agonía. Tagore, contemplando las imágenes

cinematográficas sobre la pared, se preguntaba: «¿Somos todos ilusión? ¿Sombras breves proyectadas sobre un muro blanco para la diversión trivial de dioses hastiados? *¿Eso es todo*?» Y luego murió. Ahí mismo. En ese rincón.

—Vengan por aquí —dijo Gupta con tono tajante—. Hay mucho más que ver.

En efecto, así era. Fotografías de los amigos y contemporáneos de Tagore, incluyendo imágenes con el autógrafo de Einstein, G. B. Shaw y un Will Durant muy joven.

—El Maestro ejerció una gran influencia sobre W. B. Yeats —señaló Chatterjee—. ¿Sabía usted que la

«bestia innoble» en «La Segunda Venida», el cuerpo de león con cabeza de hombre, la había sacado Yeats de la descripción que le hiciera Tagore de la quinta encarnación de Vishnu?

—No —respondí—. Al menos no lo recuerdo.

—Sí —dijo Krishna. Pasó la mano sobre la polvorienta tapa de una vitrina y sonrió a Chatterjee—. Y cuando Tagore envió a Yeats un ejemplar de la edición encuadernada de su poesía bengalí, ¿sabe lo qué ocurrió? —Krishna hizo caso omiso del ceño de Gupta y Chatterjee. Agachándose, enarboló un arma invisible con ambas

manos—. ¡Caramba! Yeats se lanzó a la carga a través de su cuarto de estar de Londres y cogiendo una enorme espada de samurai que le habían regalado, destruyó el libro de Tagore, así... ¡Ayehh!

—¿De veras? —preguntó Amrita.

—Sí, de veras, señora Luczak. Y Yeats vociferó: «¡Maldito sea Tagore! ¡Canta a la paz y al amor cuando la respuesta es la sangre!»

Las grabaciones de la música de Tagore callaron de súbito. Todos nos volvimos al tiempo que un muchacho de unos ocho años, pobremente vestido, entró en la habitación. Llevaba una

pequeña bolsa de lona, pero ésta era demasiado reducida e irregular para contener un manuscrito. Su mirada pasó de uno a otro hasta llegar a mí.

—¿Es usted el señor Luczak?

Las palabras parecían memorizadas, como si el chico no hablara inglés.

—Sí.

—Sígame. Le llevo ante M. Das.

En el patio esperaba un *rickshaw*. Había sitio junto al chico para mí, Amrita y Victoria. Gupta y Chatterjee se apresuraron a subir a su coche para seguirnos. Krishna pareció no estar interesado y se quedó en pie junto a la

puerta.

—¿No viene? —le grité.

—Ahora no —dijo Krishna—. Le veré más tarde.

—Nos vamos por la mañana —le voceó Amrita.

Krishna se encogió de hombros. El muchacho dijo algo al *wallah* del *rickshaw* y enfilamos por la calle. El Premiere de Chatterjee nos siguió. También arrancó un sedán pequeño que se encontraba una media manzana más atrás, junto a la acera. Detrás de él avanzó traqueteante una carreta de bueyes con una media docena de personas harapientas. Me divertí para

mis adentros imaginando que el conductor de la carreta era el policía metropolitano designado para seguirnos. El muchacho dijo algo a gritos en bengalí y el *coolie* del *rickshaw* gritó a su vez en respuesta y aceleró el trote.

—¿Qué han dicho? —pregunté a Amrita— ¿A dónde vamos?

—El muchacho ha dicho «date prisa» —dijo Amrita con una sonrisa—. Y el hombre del *rickshaw* ha contestado que los americanos son unos grandes cerdos.

—Mmm.

Atravesamos el puente Howrah entre

un maremágnum de aullante circulación que dejaba en pañales a los anteriores atascos. Había tanto movimiento de peatones como de tráfico rodado, abarrotando completamente los dos niveles del puente. El intrincado rompecabezas de vigas grises y malla de acero se prolongó cerca de medio kilómetro a través de la cenagosa extensión del río Hooghly... Parecía un puente concebido por un niño que lo construyera con un juego de Erector Set, y cogí la Minolta de Amrita para hacerle una foto.

—¿Por qué lo haces?

—Se lo prometí a tu padre.

El muchacho agitó ambos brazos en mi dirección y pronunció algo con un tono que parecía urgente y enfadado.

—¿Qué está diciendo?

Amrita frunció el entrecejo.

—No estoy muy segura por el dialecto, pero algo sobre que está prohibido hacerle fotos al puente.

—Dile que está bien.

Le habló en hindi y el muchacho hizo un gesto hosco contestando en bengalí.

—Dice que no está bien —aseguró Amrita—. Dice que los americanos deberíamos dejar el espionaje a nuestros satélites.

—Jesús.

El *rickshaw* se detuvo delante de un interminable edificio de ladrillos que era la estación de ferrocarril de Howrah. No había rastro del Premiere de Chatterjee ni del sedán gris entre la circulación que desembocaba del puente.

—Y ahora ¿qué? —pregunté.

El muchacho, volviéndose hacia mí, me alargó la bolsa de lona. Quedé sorprendido por el peso. La abrí y miré adentro.

—Santo Cielo —exclamó Amrita—. Son monedas.

—No simples monedas —dije enarbolando una—. Medios dólares de

Kennedy. Aquí debe de haber cincuenta o sesenta.

El muchacho señaló hacia la entrada del edificio y habló rápidamente.

—Dice que tienes que entrar y entregarlas.

—¿Entregarlas? ¿A quién?

—Dice que alguien te las pedirá.

El muchacho asintió como si hubiera quedado satisfecho, y echando mano a la bolsa cogió cuatro monedas y salió disparado del *rickshaw*, perdiéndose entre la multitud.

Victoria alargó la mano hacia las monedas y yo me apresuré a tirar de los cordones de la bolsa de lona. Miré a

Amrita.

—Bien. Creo que ahora todo depende de nosotros.

—Después de usted, señor.

Cuando era niño el edificio más grande que jamás pude imaginar era el Merchandise Mart de Chicago. Luego, a finales de los sesenta tuve oportunidad de ver el interior del Vehicle Assembly Building del Kennedy Space Center. El amigo que me estaba enseñando todo aquello me dijo que algunos días se formaban nubes en el interior.

La estación de ferrocarril de Howrah era más impresionante.

Se trataba de una edificación

construida a escala gigante. Había, a primera vista, una docena de vías, cinco locomotoras aparcadas, otras despidiendo vapor, varios grupos de vendedores ofreciendo cosas inidentificables de unos carros que despedían volutas de humo que irritaban los ojos. Miles de personas sudando y dando empellones, muchos miles más en cuclillas, durmiendo, cocinando... viviendo allí. Y una cacofonía de ruidos tan ensordecedora que uno no podía oírse a sí mismo gritar, y mucho menos pensar. Aquello era la estación de ferrocarril de Howrah.

—¡Madre de Dios! —exclamé.

A escasa distancia de mi cabeza una hélice de avión incrustada en una viga removía lentamente el aire. Docenas de ventiladores similares unían su estruendo a aquel océano de ruidos.

—¿Qué? —gritó Amrita. Victoria se apretó contra el pecho de su madre.

—¡Nada!

Empezamos a caminar sin dirección fija, abriéndonos paso entre una multitud que se movía hacia ninguna parte. Amrita me tiró de la manga y yo me incliné hacía ella para que pudiera hablarme al oído.

—¿No deberíamos esperar a Chatterjee y a Gupta?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Déjales que se ganen su propia cuota de medios dólares de Kennedy.

—¿Qué?

—No importa.

Una mujer pequeña se acercó a nosotros. Sobre la espalda llevaba algo que hubiera podido ser su marido. El hombre tenía el espinazo horriblemente contorsionado, un hombro le sobresalía del centro de su espalda encorvada y las piernas eran tentáculos sin hueso que desaparecían entre los pliegues del sari de la mujer. Alargó hacia nosotros un brazo negro con más huesos que carne,

abierta la palma de la mano.

—¡Baba! ¡Baba!

Vacilé un segundo y luego, echando mano al saco, le di una moneda.

A la mujer se le desorbitaron los ojos y al punto alargó ambas manos hacia nosotros.

—¡Baba!

—¿Debería darle todo? —grité a Amrita, pero antes de que pudiera contestarme una docena de manos se tendían hacia mi cara.

—¡Baba! ¡Baba!

Intenté retroceder, pero mi espalda tropezó con nuevas manos implorantes. Empecé a repartir monedas rápidamente.

Las manos agarraban las monedas de plata, desaparecían en la refriega y luego volvían en busca de más. Vi a Amrita y Victoria a unos tres metros de distancia y me alegré de que estuvieran lo bastante alejadas de mí.

El gentío creció como por arte de magia. Tan pronto había diez o quince personas gritando y alargando las manos, como unos segundos después se habían convertido en treinta y luego en cincuenta. Tenía la sensación de que estábamos en Halloween y yo repartía golosinas a un montón de bromistas, pero esa inofensiva ilusión se esfumó cuando una mano oscura comida por la

lepra surgió de entre la multitud y unos dedos descarnados se agitaron ante mi cara.

—¡Eh! —grité, pero la advertencia sonó muy débil entre el ruido de aquella turba.

Debió de haber más de cien personas empujando hacia el atestado centro de un círculo que me retenía a mí como objetivo. Una mano que buscaba a tientas me desgarró la camisa y dejó unas huellas paralelas sobre mi pecho. Un codo me dio en el lado de la cabeza y me habría caído si la presión de los cuerpos no me hubiese mantenido erguido.

—¡Baba! ¡Baba! ¡Baba!

Toda aquella turba avanzaba hacia el borde de la plataforma. Era una caída de unos dos metros hasta las vías férreas. La mujer con el tullido en la espalda chilló al soltarse éste y caer entre aquella voraz manada. Cerca de mí un hombre empezó a aullar al tiempo que golpeaba repetidamente a otro en la cara con el canto de la mano.

—A la mierda con esto —dije al tiempo que lanzaba al aire el saco de monedas.

La bolsa de lona trazó un perezoso arco e hizo llover monedas sobre la turba y un voceador que vendía arroz.

Los chillidos alcanzaron su punto álgido y la enloquecida masa se apartó frenética del borde de la plataforma, no sin que algo o alguien cayera a las vías. Una mujer chilló a pocos centímetros de mi cara y sentí que su saliva me rociaba el rostro. Alguien tropezó conmigo y por un segundo sentí todo el peso de la turba sobre mi espalda, hundiéndome la cara contra el suelo, aplastándome. Oí a lo lejos los gritos de Amrita por sobre el animal rugido del gentío. Abrí la boca para gritar, pero en aquel instante un sucio pie descalzo me dio en plena cara. Alguien caminó sobre mi pantorrilla y sentí un agudo dolor en el músculo.

Por un instante me encontré perdido en la oscuridad de formas agitadas, y al siguiente pude ver la luz a través de altas claraboyas rotas y a Amrita inclinada sobre mí, sujetando a Victoria con el brazo izquierdo mientras utilizaba el derecho para apartar bruscamente al último de los agresivos mendigos. La muchedumbre se alejó y Amrita me ayudó a sentarme en la sucia plataforma. Era como si una marea hubiese llegado de la nada y, una vez descargada su violencia, retrocediera para replegarse en el confuso mar de gente y lagunas de familias agrupadas. Cerca de nosotros un viejo estaba en cuclillas junto a una

gran marmita de agua hirviendo que milagrosamente había permanecido intacta en medio de toda aquella confusión.

—Lo siento, lo siento —repetía una y otra vez a Amrita, tan pronto como recuperé el aliento. Desaparecido ya el peligro, Amrita empezó a sollozar y a reír, abrazándome y ayudándome a ponerme en pie. Examinamos bien a Victoria en busca de golpes o arañazos, y la niña eligió aquel preciso instante para empezar a llorar tan ruidosamente que los dos hubimos de tranquilizarla con besos y abrazos—. Lo siento —dije de nuevo—. He sido un estúpido.

—Mira —señaló Amrita.

En el suelo, junto a mi pie, había una cartera marrón, de aspecto corriente. La cogí y nos abrimos camino hasta el exterior entre un batallón de *coolies* de *rickshaw* clamando por nuestro viaje. Encontramos un espacio relativamente libre cerca de la calle y descansamos contra un pilar de ladrillo mientras el torrente humano se deshacía a nuestro alrededor. Examiné de nuevo a Victoria. Estaba perfectamente, parpadeando bajo la cruda luz y pensando, evidentemente, si le convenía romper a llorar de nuevo.

Amrita me cogió por el brazo.

—Veamos lo que hay en la cartera y

vayámonos de inmediato —dijo.

—La abriré luego.

—Ábrela ahora, Bobby —insistió —. Pareceremos unos estúpidos si has soportado todo esto para recoger el almuerzo de algún hombre de negocios.

Asentí y abrí los cierres con un chasquido. No era el almuerzo de nadie. El manuscrito consistía en un montón de varios centenares de páginas. Algunas escritas a máquina, otras garrapateadas y al menos media docena eran de tamaños y colores distintos.

Repasé las hojas suficientemente para confirmar que se trataba de poesía y que el manuscrito estaba en inglés.

—Muy bien. Vámonos de aquí.

Cerré la cartera y nos disponíamos a elegir un taxi, cuando el Premier e se detuvo con un chirrido y de él bajaron Chatterjee y Gupta, gritando excitados.

—Los felicito —dije molesto—. ¿Qué los detuvo?



11

Pienso con el cuerpo y con el alma, en las mujeres de Calcuta...

ANANDA BAGCHI

La imagen reflejada en el espejo era un desastre. Tenía el pelo alborotado, la

camisa desgarrada, los pantalones de algodón blanco sucios y huellas de uñas sobre el pecho. Me hice una mueca y tiré al suelo la camisa inservible. Gesticulé de nuevo al limpiarme Amrita los cortes con un algodón empapado en agua oxigenada.

—No dejaste muy contentos a Chatterjee y a Gupta —me dijo.

—No es culpa mía que no hubiera una versión bengalí del manuscrito.

—Les hubiera gustado disponer de más tiempo para estudiar la versión inglesa, Bobby.

—Claro. Bueno, de todas maneras encontrarán fragmentos en *Harper's*. O

pueden esperar a la edición de primavera de *Other Voices*. Claro está que siempre que los expertos de Morrow lleguen a la conclusión de que es realmente un manuscrito de Das. Yo tengo mis dudas.

—¿Y no vas a leerlo hoy?

—Ni hablar. Le echaré un vistazo mañana, durante el vuelo, y lo estudiaré cuando estemos en casa.

Amrita asintió y terminó de limpiarme los cortes del pecho.

—Más vale que el doctor Heinz eche un vistazo a esto cuando volvamos a casa.

—De acuerdo.

Volvimos a la otra habitación y nos sentamos en la cama. La electricidad estaba cortada, el climatizador se había estropeado y la habitación parecía un baño turco. Abriendo las ventanas sólo se lograba que los ruidos y el hedor de la calle invadieran la habitación. Victoria estaba sentada en el suelo, sobre su manta. No llevaba más que los pañales y unos pantaloncitos de goma, y forcejeaba con un gran balón del que colgaban campanillas. El balón estaba encima de ella y al parecer era el que iba ganando la partida.

Incluso yo estaba sorprendido por no haber leído el manuscrito de inmediato.

Nunca tuve reputación de saber dominar mi curiosidad o de aplazar cualquier tipo de actividad gratificante. Pero me sentía cansado y deprimido y con una fuerte aversión, absolutamente ilógica, a mirar siquiera el manuscrito hasta que los tres estuviéramos a salvo fuera del país.

¿Qué había sido de la policía? No había vuelto a ver el sedán gris y ahora ya tenía mis dudas de que siquiera nos hubiesen seguido. Bien, nada parecía funcionar con eficacia en Calcuta. ¿Por qué habrían de ser una excepción las fuerzas de la policía?

—Entonces, ¿qué haremos hoy? —

preguntó Amrita.

Me dejé caer de nuevo sobre la cama con una guía turística.

—Bien, podemos ver el impresionante Fuerte William, o visitar la imponente mezquita de Nakhoda... que, de hecho, fue modelada a semejanza de la tumba de Akbar, quienquiera que sea Akbar... o regresar por el río para ver los jardines botánicos.

—Hace demasiado calor —repuso Amrita. Se había cambiado y lucía unos shorts y una camiseta en la que se leía «EL LUGAR DE LA MUJER ESTÁ EN LA CASA... Y EN EL SENADO». Me

pregunté qué diría Chatterjee si la viera vestida de esa manera.

—Podemos ir al Victoria Memorial.

—Apostaría cualquier cosa a que allí no hay ventiladores —dijo Amrita —. ¿Dónde hará fresco?

—¿En un bar?

—Es domingo.

—Sí. Eso es lo que quería preguntar. Por qué en un país hindú lo cierran todo el...

—¡El parque! —exclamó Amrita—. Podemos ir a pasear por el Maidan, cerca del hipódromo que vimos desde el taxi. Allí tal vez haya brisa.

Suspiré.

—Podemos probar. De cualquier manera será más fresco que este lugar.

Pero no era más fresco. Por todas partes nos seguían pequeños grupos de mendigos, un penoso recuerdo de aquella mañana demencial. Ni siquiera los frecuentes y violentos chaparrones conseguían ahuyentarlos. Hacía mucho que los bolsillos se me habían quedado vacíos de monedas, pero su insistente clamor subía constantemente de tono. Pagamos dos rupias para evadirnos en el jardín zoológico del parque. Allí sólo había unos cuantos animales enjaulados, agitando sin cesar sus escuálidas colas para ahuyentar las nubes de insectos, las

lenguas colgantes por el calor. El olor del zoo se mezclaba con la dulzura pesada de albañal del afluente del río que atravesaba el parque. Mostramos a Victoria un tigre hastiado y algunos monos malhumorados, pero la chiquilla sólo quería descansar sobre mi camisa húmeda y dormir. Cuando de nuevo empezó a llover nos refugiamos en un pequeño pabellón que compartimos con un niño de seis o siete años que vigilaba a un bebé tumbado sobre una piedra agrietada. De vez en cuando el niño agitaba una mano para espantar las moscas de la cara del bebé. Amrita intentó hablar con el chiquillo, pero él

siguió en cuclillas, silencioso, mirándola con sus grandes ojos castaños. Amrita le puso en la mano varias rupias y un bolígrafo. Luego nos fuimos.

En el hotel había vuelto la electricidad, pero el lento climatizador no había refrescado apreciablemente la habitación. Amrita fue a ducharse, y yo acababa de quitarme la camisa empapada cuando llamaron enérgicamente a la puerta.

—¡Ah! Señor Luczak. *Namastey*.

—*Namastey*, señor Krishna.

Me quedé plantado en la puerta, bloqueando el paso.

—¿Ha concluido con éxito su transacción?

—Sí, gracias.

Ascendieron las pobladas cejas.

—¿Pero no ha leído el poema del señor Das?

—No, todavía no.

Me preparé para una petición de que le prestara el manuscrito.

—Sí, sí. No quiero molestarle. Deseo darle este anticipo de nuestra reunión con M. Das.

Krishna me alargó una arrugada bolsa de papel.

—No he planeado reunirme con...

—Sí, sí. —Krishna se encogió de

cintura para arriba—. Pero ¿quién sabe? Adiós, señor Luczak.

Estreché la mano alargada de Krishna. Antes de que pudiera ver lo que había dentro de la bolsa del joven ya se había alejado silbando, corredor abajo, en dirección a los ascensores.

—¿Quién era? —preguntó Amrita desde el cuarto de baño.

Me senté en la cama.

—Krishna —dije al tiempo que abría la bolsa. Había algo envuelto en un montón de trapos.

—¿Qué quería?

Me quedé mirando aquella cosa que tenía en las manos. Era una pistola

automática. De metal, cromada, muy pequeña. Tan pequeña y ligera como las de juguete que había manejado de pequeño. Pero la boca del cañón parecía demasiado real, y cuando investigué el arma con más detalle, el cargador también lo era... En la empuñadura podía leerse en letras diminutas: «GUISSEPPE. CALIBRE 25.»

—Maldita sea —exclamé en voz baja.

—Te he preguntado qué quería —dijo Amrita.

—¡Nada! —grité mirando en derredor. Con cuatro zancadas llegué al armario—. Sólo despedirse.

—¿Que has dicho?

—Nada.

Metí por separado la pistola y el cargador, envueltos en los trapos, dentro de la bolsa, y la coloqué lo más hondo posible en el ancho estante que había sobre las perchas.

—Te oí refunfuñar —dijo Amrita saliendo del cuarto de baño.

—Sólo quería que te dieras prisa —respondí, y tomé del armario una camisa de punto verde y unos pantalones tostados. Luego cerré la puerta.

Arreglamos las cosas para que un taxi nos llevara al aeropuerto a las cuatro cuarenta y cinco de la madrugada

y luego regresamos temprano al hotel. Permanecí tumbado durante horas, viendo materializarse lentamente las siluetas de los muebles a medida que mis ojos se adaptaban a la oscuridad. No sería exacto decir que me sentía poco satisfecho conmigo mismo. Tendido allí en la húmeda noche de Calcuta, me di cuenta de que mis acciones durante todo el tiempo que había pasado en la ciudad habían sido indecisas o sin objetivo fijo. O ambas cosas. La mayor parte del tiempo me había comportado como un turista insensato y el resto había dejado que los nativos me trataran como a tal. ¿Sobre

qué diablos iba a escribir? ¿Cómo podía haber permitido que una ciudad me atemorizara sin motivo real alguno? Miedo... un miedo indefinido, estúpido, había condicionado mis acciones, más que cualquier intento de reflexión lógica.

Krishna. Ese demencial hijo de puta. «¿Para qué es la pistola?» Intenté convencerme de que aquel regalo era otro de los gestos melodramáticos e insensatos de Krishna, pero ¿y si formaba parte de alguna elaborada intriga? ¿Y si se hubiera puesto en contacto con la policía y les hubiera dicho que el americano llevaba

ilegalmente un arma? Me senté en la cama sintiendo la piel pegajosa. No. ¿Cómo diablos podría beneficiar eso a Krishna? ¿Eran ilegales en Calcuta las armas pequeñas? Hasta donde yo sabía Calcuta era la casa central de la Asociación Nacional de Tiro con Rifle.

En algún momento, antes de la medianoche, me levanté y encendí la pequeña lámpara de la mesilla de noche. Amrita se movió, pero sin despertarse.

Victoria estaba dormida con su pequeño trasero levantado debajo de la ligera manta. En el silencio los cierres de la cartera hicieron un ligero clic.

Las hojas estaban amarillentas,

manoseadas y desperdigadas dentro de la cartera, aunque habían sido numeradas con vigorosos trazos de estilográfica y sólo necesité unos minutos para ponerlas en orden. Había más de quinientas hojas y suponían un buen fondo de poesía. Sonreí tristemente al pensar en alguno de los editores de revistas americanos al verse enfrentado a quinientas páginas de poesía.

No había página de cubierta, como tampoco título, ni el nombre del autor en las páginas. Si no hubiera sabido de antemano que aquel cúmulo de trabajo se decía que lo había escrito M. Das, no habría habido forma de saberlo por el

manuscrito.

La primera página parecía una mala copia de papel carbón. Inclinándome más hacia la luz empecé a leer.

Y el demonio Mahishasura
Surgió de su perversa cárcava
Convocando a ella su vasto ejército,
Y Devi, Bhavani, Katyayani;
Parvati con sus muchas túnicas,
Dio sus adiases a Siva y

se alejó
Para la batalla final con
sus enemigos.

Otras estrofas de este tosco poema describían una espantosa imagen del demonio Mahishasura, algo poderoso y perverso que amenazaba incluso a los dioses. Luego, en la página tres, la métrica y la «voz» cambiaban de manera tajante. Traduje una anotación garrapateada al margen: «Kumarambhava 400 A.D. nueva tran.»

Una pavorosa bandada de
aves malignas, prestas

a darse el placer de comerse un ejército de demonios
voló sobre las huestes de los dioses
y ensombreció el sol.

De súbito serpientes monstruosas, tan negras como polvo
de hollín, esparciendo veneno con sus cabezas erguidas,
de forma aterradora,
aparecieron en el sendero de Parvati.

El sol se cubrió con una túnica fantasmal
de grandes y terribles serpientes enroscándose juntas
como mostrando su alegría
por la muerte de dios o demonio.

Bostecé. «Una pavorosa bandada de aves malignas. Que Dios me ayude cuando entregue esto a Chet Morrow, y nada me ayudará si presento esto como la nueva épica de Das a Abe Bronstein.» Me estremecí a lo largo de varias

páginas de semejantes versos pomposos. La única razón de que no abandonara en ese mismo momento fue una vaga curiosidad por saber cómo iba a derrotar Parvati al demonio Mahishasura, al parecer invencible.

Estrofa a estrofa se describía el inicio de la batalla entre dioses y demonios. Era de la cosecha de Hornero pasada por Rod McKuen.

Iluminando el cielo de un extremo al otro
con llamas estallando alrededor,
con un espantoso

estruendo colmando de terror el

corazón, un rayo cayó de un cielo sin nubes.

Las huestes de los adversarios fueron arracimadas

juntas. Los grandes elefantes tropezaron, los caballos

cayeron, y todos los lacayos se apretaron juntos, aterrados,

mientras la tierra temblaba y el océano se

alzaba para sacudir las montañas.

Y ante las huestes de los adversarios de los dioses, los perros
alzaron sus hocicos para contemplar el sol, luego aullando
juntos con gañidos que destrozaban los tímpanos se
escabulleron de forma lamentable.

Con aquello podía orientarme. Aun así seguí leyendo. Las cosas parecían

ponerse feas para la diosa Parvati. Incluso con la ayuda del gran dios Siva, no podía superar al poderoso Mahishasura. Parvati renació como la guerrera Durga, diez manos blandiendo armas de batalla. Transcurrieron milenios mientras la lucha progresaba, pero Mahishasura seguía inconquistable.

Y ante el mismo disco del sol
los chacales aullaron ferozmente juntos,
como terriblemente ansiosos de lamer la sangre
del más poderoso de los

dioses, caído en la batalla.

Los dioses se retiraron del campo de batalla para revisar sus opciones. Los simples mortales les suplicaban que no abandonasen la tierra en las nada tiernas manos de Mahishasura. Se tomó una decisión terrible. Se doblegó la voluntad de todos los dioses con propósitos tenebrosos. De la frente de Durga brotó una diosa más demoníaca que divina. Era la encarnación del poder, la violencia personificada, liberada incluso de las ligazones del tiempo que sujetaban a los otros dioses y a los simples mortales. Recorría los cielos

envuelta en una oscuridad más profunda que la noche, provocando el miedo incluso en las deidades que contribuyeron a su aparición.

Se la convocó a la lucha. Aceptó la llamada. Pero antes de enfrentarse a Mahishasura y sus turbulentas legiones de demonios, exigió su sacrificio. Y fue uno terrible. De todos los pueblos y aldeas de la joven tierra fueron llevados ante la hambrienta diosa hombres y mujeres, niños y ancianos, las vírgenes y los depravados. En la nota marginal de Das, apenas descifrable, se leía: *Bhavabhuti Malatimadhava*.

Ahora despiertan los terrores del lugar,

Acosado por demonios arrolladores y perversos; las llamas

De las piras funerarias apenas prestan su triste luz

Ahogadas con carnosa víctima para disipar

La pavorosa oscuridad que las cerca. Fantasmas pálidos

Alientan con viles trasgos y sus risas disonantes resuenan

por todas partes en

estridentes chillidos resplandecientes.

Todos saludan la Era de Kali,
La Era de Kali ha comenzado.
Todos saludan la Era de Kali.
Se entona el Canto de Kali...

Aquello hubiera sido más que suficiente por una noche, pero el texto siguiente me dejó clavado en el asiento. Parpadeé asombrado a medida que leía.

A: la Oficina Central de Construcción

De: I. A. Topf e hijos, Erfurt.

Objeto: Crematorios 2 y 3

Acusamos recibo de su pedido

de cinco hornos crematorios triples

Incluidos dos elevadores eléctricos

Para alzar los cuerpos

Y un elevador de emergencia.

También se encargó

Una instalación práctica para almacenar carbón

Y otra para transportar cenizas.

Garantizamos la eficacia de

Los hornos y chimeneas mencionados

Así como su duración,

La utilización de los mejores materiales>

Y nuestra perfecta fabricación.

A la espera de sus nuevas noticias,

Quedamos a su

servicio,

I. A. Topf e hijos,

Erfurt.

Y luego, sin transición, el estilo revertía a la *sambhava* del siglo v.

El cielo derramó torrentes de cenizas incandescentes, con

Las que iban mezcladas sangre y huesos humanos,

Hasta que los llameantes extremos del cielo quedaron rebosantes de humo

Y mostraron el color gris

del cuello de un asno.

¡Salve! ¡Salve! Camunda, Kali, Diosa Poderosa, ¡Salve!

Glorificamos tu agilidad cuando en el baile

Que colma la corte de Siva de placer,

Tu pie, descendiendo, maltrata el globo terráqueo.

Con tus pasos, la oscuridad que te oculta y te envuelve

Oscila de un lado a otro; las garras, girando, arrancan el creciente de tu frente;

del orbe desgarrado
Cae goteando el néctar y todos los cráneos
Que adornan tu gargantilla ríen con horrenda vida,
La Era de Kali ha comenzado; ahora puede entonarse tu canto.

Todo ello era sólo un preludio, y el poema iba abriéndose como una flor sombría. Ocasionalmente surgía la profunda vena poética de Das para desaparecer de inmediato siendo sustituida por un veda clásico, una

noticia sacada de los archivos o los tonos banales del periodismo. Pero el canto era el mismo.

Durante eras más allá del tiempo, los dioses conspiraron para contener ese poder negro que ellos mismos habían creado. Quedó limitado, aplacado y oculto en el panteón, pero no podía negarse su naturaleza esencial. Ello solo, ella sola, fue fortaleciéndose, mientras otras divinidades se extinguían de la memoria mortal, ya que sólo ella encarnaba el oscuro envés de un universo esencialmente benigno, un universo cuya realidad se había forjado a través de milenios por la conciencia,

tanto de los dioses como del hombre.

Pero ella no era producto de la conciencia. Era el centro y residuo de todos los instintos y acciones atávicos que diez mil años de esfuerzos habían confiado en dejar atrás.

El poema se desarrollaba a lo largo de incontables relatos cortos y anécdotas populares. Todos ellos tenían el regusto indefinible de la verdad. Cada historia reflejaba un desgarrón en el tejido de la realidad, un jirón a través del cual podía oírse levemente el Canto de Kali. Gentes, lugares y momentos del tiempo se convertían en conductos, agujeros a través de los cuales se

derramaban poderosas energías.

En este siglo el Canto de Kali se había convertido en un coro. El humo de sacrificio se alzaba hasta la morada envuelta en nubes de Kali, «y la diosa se despertó para escuchar su canto».

Una página tras otra. A veces versos enteros eran una especie de jerigonza, como mecanografiados por alguien que tecleara con los puños. En otras ocasiones había páginas enteras garrapateadas en inglés que resultaban indescifrables. Pasajes perfectamente claros aparecían interrumpidos por fragmentos en sánscrito o bengalí y anotaciones en los márgenes.

Permanecían las imágenes sin orden ni concierto.

— *En la calle de Sudder una prostituta mató a su amante y devoró codiciosa su cuerpo en nombre del amor.*

La Era de Kali ha comenzado.

— *Se arrancan alaridos de los vientres muertos de los millones de víctimas masacradas en nuestra era moderna; un coro de ultrajes desde las fosas comunes que fertilizan nuestro siglo.*

Ya se entona el Canto de Kali.

— *Las siluetas de niños jugando se fijaron permanentemente sobre el*

destrozado muro cuando el resplandor de la bomba abrasó el cemento al instante, ennegreciéndolo.

La Era de Kali ha comenzado.

— *El padre esperó pacientemente a que llegara a casa del colegio la última de sus cuatro hijas. Aplicó suavemente el revólver contra la sien de la niña y disparó dos veces. Luego colocó el cuerpo todavía caliente junto a los de su madre y sus hermanas. La policía lo encontró susurrando una dulce canción de cuna a las formas inertes.*

Ya se entona el Canto de Kali.

Lo dejé cuando sólo me quedaban

por leer las últimas cien hojas. Los ojos se me cerraban y por dos veces me desperté con la barbilla sobre el pecho. Metí torpemente el manuscrito en la cartera y comprobé la hora en mi reloj, que estaba sobre el tocador.

Eran las tres cuarenta y cinco de la madrugada. En pocos minutos sonaría el despertador y tendríamos que prepararnos para ir al aeropuerto. El vuelo a casa, incluida la escala en Londres, sería una maratón de veintiocho horas.

Gemí exhausto y como pude me acosté junto a Amrita. Por primera vez la habitación parecía agradablemente

fresca.

Me cubrí con la sábana y cerré los ojos unos minutos. Unos minutos para echar una cabezada antes de que sonara el despertador y tuviéramos que vestirnos. Sólo unos minutos.

Me despierto en alguna otra parte. Alguien me ha traído hasta aquí.

Está oscuro pero no tengo dificultad en saber dónde me encuentro.

Es el templo de Kali.

La diosa se encuentra en pie ante mí. Tiene el pie alzado sobre el vacío. Sus cuatro manos están vacías. No puedo verle la cara porque estoy tumbado en el

suelo, a un lado del ídolo.

Pero no tengo miedo.

Me doy cuenta de que estoy desnudo. No importa. Debajo de mí hay una alfombrilla de juncos y siento frescor en la piel. Unas cuantas velas iluminan la estatua. El aire huele a almizcle e incienso. En alguna parte voces agudas de hombre cantan suavemente. O acaso sea tan sólo el rumor del agua corriendo. No tiene importancia.

El ídolo se mueve.

Kali vuelve la cabeza y me mira.

Únicamente siento admiración. Me maravilla su belleza. Su rostro es ovalado, perfecto y sonrosado. Tiene los

labios llenos y húmedos. Me sonríe.

Me pongo en pie. Siento bajo los pies descalzos la trama paralela de la alfombrilla. Una brisa hace estremecer mi abdomen y vientre desnudos.

Kali también se despereza. Los dedos se mueven. Arquea los brazos y se equilibra. Su pie baja a reposar sobre el pedestal y se mantiene ligera sobre ambas piernas. Sus ojos luminosos jamás se apartan de los míos.

Cierro los párpados pero la visión persiste. Veo la suave luz sobre su carne. Sus senos son altos, llenos y rebosantes de promesas. Los anchos pezones se proyectan erectos desde los

suaves círculos de su aureola. Tiene la cintura alta e increíblemente esbelta, ensanchándose luego hasta formar unas caderas amplias, hechas para acoger la pelvis vigorosa de un hombre. Su bajo vientre es una loma suave y protuberante que protege con su sombra la oscuridad púbica que hay debajo. Los muslos de danzarina no se tocan, aunque se curvan sensualmente hacia adentro en su juntura. Tiene los pies muy pequeños y de empeine alto. Unas ajorcas ciñen sus tobillos. Tintinean cuando se mueve. Sus piernas se separan y puedo ver los pliegues en el triángulo de sombra. La hendidura suave, curvada hacia dentro.

Mi pene se estremece, se endurece y se yergue rígido al aire nocturno. Mi escroto se tensa mientras siento fluir la energía y concentrarse allí.

Kali baja con ligereza de su pedestal. Su gargantilla suena

con suavidad, las ajorcas de sus tobillos tintinean levemente y las plantas de sus pies descalzos producen sonidos blandos y carnosos sobre el suelo de piedra.

Está a cinco pasos de mí. Sus brazos se mueven semejantes a juncos sensuales agitados por una brisa inexistente. Todo su cuerpo se balancea con el ritmo musical del chapoteo del río y su pierna

izquierda se alza, se alza hasta tocar el codo de su brazo doblado. Entonces su perfumada carne despide un aroma de mujer que me envuelve.

Quiero ir hacia ella pero no puedo moverme. Mi palpitante corazón llena mi pecho con el redoble del cántico. Mis caderas empiezan a moverse por impulso propio, empujando de manera involuntaria. Toda mi conciencia está centrada en la base de mi palpitante pene.

Kali hace girar su pierna izquierda y la baja.

Avanza hacia mí. Sus tobillos tintinean.

Unnala-nabhi-pamke-ruha, canta el río, y yo lo entiendo perfectamente.

Sus cuatro brazos ondulan en silenciosa danza. Dedos engarfiados, yemas acariciadoras avanzan gráciles hacia mí. Sus senos se agitan con fuerza.

Victoria al rostro de la Hija de la Montaña.

Da otro paso hacia delante. Sus dedos se agitan, me acarician la mejilla, descansan ligeros sobre mi hombro. Tiene la cabeza echada hacia atrás, los ojos entornados por la pasión. Contemplo la perfección de sus rasgos, las mejillas sonrosadas y la boca trémula...

¿Kamakhya?
Iva yenavabhati Sambhur' api
Jayati purusayitayas tadananam
'Saila-kanyayah

Kali, con el paso siguiente, me rodea con sus brazos. Su largo cabello se desparrama sobre sus hombros, semejante a un riachuelo por una colina suave. Su piel, de un brillo mate, está ligeramente perfumada, y el sudor brilla en el tierno valle entre sus senos. Dos manos me sujetan por la parte superior de los brazos mientras una tercera

acaricia dulcemente mi mejilla. La otra mano se mueve hacia arriba abarcando con delicadeza mis testículos. Sus dedos ahusados se mueven a lo largo de mi rígido pene, curvándose ligeramente alrededor del glande.

> *Soy Sambhu-Siva apareciendo como Visnú*
> *El loto y su tallo surgen de mi ombligo.*

No puedo ahogar un gemido. Mi erección toca la cúspide de su vientre. Mira hacia abajo y entonces sus bellos ojos me contemplan licenciosos entre

las abundantes pestañas. La tensa suavidad de un *mons veneris* se frota contra mí, retrocede, vuelve de nuevo.

Finalmente puedo moverme. Mis brazos la rodean de inmediato mientras ella me cerca. Los suaves senos se aplastan contra mí. Sus manos se deslizan arriba y abajo por mi espalda. Levanta la pierna derecha, la enrolla alrededor de mi cadera, se guía con los dedos y me monta. Sus tobillos se enlazan por debajo de mis nalgas apretadas.

Kali, Kali, balo, bhai.

El cántico inunda el mundo con el ritmo de nuestro movimiento. Su calor

me escalda. Abre la boca húmeda sobre mi cuello, la desliza hasta encontrar mi lengua. La agarro, la alzo. Los senos se mueven contra mi pecho en un mar de sudor. Mis pies se están arqueando, mis pantorrillas hacen un esfuerzo supremo para penetrar más profundamente en Kali.

El universo se centra en un círculo de fuego que crece en mí, aumenta y explota a través de mí.

Yo soy Siva
Kali, Kali balo bhai
Kali bai aré gaté nai
Yo soy un Dios.

—¡Jesús!

Me senté de repente en la cama. Las sábanas estaban empapadas de sudor y el pantalón de mi pijama mojado por la mancha cada vez mayor de una eyaculación.

—¡Oh, Dios mío!

Me cogí la dolorida cabeza entre las manos. Amrita no estaba. La luz del sol penetraba a raudales a través de las cortinas. El despertador de viaje marcaba las diez y cuarenta y ocho.

—Mil veces mierda.

Fui al cuarto de baño, tiré el pijama en una bolsa de ropa sucia y me froté con fuerza bajo una enérgica ducha. Al

cerrar los grifos quince minutos después todavía me temblaban las manos y las piernas. El corazón me latía con tal fuerza que en la periferia de mi visión veía danzar puntos diminutos.

Me vestí rápidamente y tomé cuatro aspirinas. Sobre mis pálidas mejillas apuntaba una oscura barba, pero decidí no afeitarme. Salí del cuarto de baño en el preciso momento en que Amrita volvía con Victoria.

—¿Dónde rayos estabais? —pregunté con voz cortante.

Amrita se detuvo rígida, al tiempo que se desvanecía lentamente su sonrisa de salutación. Victoria me miró como si

fuera un extraño.

—¿Y bien?

Amrita se irguió. Su voz era normal.

—Volví a la tienda de saris para que me dieran la dirección de Kamakhya. Intenté telefonear tres veces pero no había línea. Ya que nos quedamos otro día quise cambiar las telas. ¿No viste mi nota?

—Se suponía que ahora ya tendríamos casi que estar en Londres. ¿Qué diablos ha ocurrido? —Mi voz era áspera, pero el enfado empezaba ya a desvanecerse.

—¿Qué quieres decir, Bobby? ¿Quieres explicármelo?

—Quiero saber qué ha ocurrido con el jodido despertador, el taxi que habíamos avisado y el vuelo de la BOAC. Eso es lo que quiero decir.

Amrita avanzó enérgica para dejar a la niña. Luego dirigiéndose a la ventana corrió de golpe las cortinas y se cruzó de brazos.

—El «jodido despertador» sonó a las cuatro. «Yo» me levanté. «Tú» no quisiste despertarte, incluso después de haberte sacudido. Finalmente, cuando hube logrado que te sentaras, «tú» dijiste: «Quedémonos otro día.» Y todo ello porque «tú» te pasaste toda la noche leyendo.

—¿Dije eso? —Sacudí la cabeza y me senté en el borde de la cama. Todavía sentía los efectos de la más horrible resaca del mundo, que amenazaba con hacerme vomitar. «Resaca ¿de qué?»—. ¿Dije eso?

—*Dijiste eso*. —El tono de Amrita era frío. En todos nuestros años de matrimonio había soltado muy pocos tacos delante de ella.

—Maldición. Lo siento. No estaba despierto. Ese condenado manuscrito...

—Dijiste que esperarías a leerlo en el avión.

—Sí.

Amrita descruzó los brazos y se

acercó al espejo para arreglarse un mechón de pelo suelto. Sus labios volvían a recuperar el color.

—Está bien, Bobby. No me importa quedarme otro día.

Sentí el apremio en mi garganta. Mi voz me pareció extraña.

—Maldición, a mí sí que me importa. Tú y Victoria no seguiréis aquí un día más. ¿A qué hora hay vuelo de Air India para Delhi?

—A las nueve y media de la mañana y a la una de la tarde. ¿Por qué?

—Tomaréis el vuelo de la una y en Delhi el nocturno de Pam Am.

—Bobby, eso significa... ¿Qué

insinúas con «tomaréis»? ¿Por qué no vienes tú? Ya tienes el manuscrito.

—Vosotras dos os vais. Hoy mismo. Tengo algo pendiente de terminar relacionado con este apestoso artículo. Un día más será suficiente.

—Ya sabes, Bobby, que no me gusta viajar sola con Victoria...

—Lo sé, pequeña, pero no hay más remedio. Volvamos a hacer tu equipaje.

—No lo había deshecho.

—Formidable. Prepara a Victoria y reúne las maletas. Yo voy abajo a buscar un taxi y un mozo.

La besé en la mejilla. Habitualmente, cualquier intento por mi

parte de mostrarme dictatorial hubiera provocado una discusión, pero Amrita advirtió algo en el tono de mi voz.

—Muy bien —dijo—. Pero más vale que te des prisa. En India no puedes reservar billetes por teléfono, ¿sabes? Tienes que llegar pronto y ponerte en la cola.

—Sí. Vuelvo en seguida.

—¿El señor Gupta? —El teléfono del vestíbulo funcionaba.

—¿Oiga? Sí. ¿Oiga?

—Soy Robert Luczak, señor Gupta.

—Sí, señor Luczak. ¿Oiga?

—Escuche, señor Gupta, quiero que

me prepare una entrevista con M. Das. Un encuentro privado. Sólo él y yo.

—¿Cómo? ¿Cómo? Eso no es posible. ¿Oiga?

—Más vale que sea posible, señor Gupta. Póngase en contacto con quien sea necesario y dígale a Das que quiero reunirme hoy con él.

—No, señor Luczak, usted no lo entiende. M. Das no ha permitido a nadie que...

—Sí, ya he oído todo eso. Pero estoy seguro de que se reunirá conmigo. Espero que lo comprenda y actúe rápidamente, señor Gupta.

—Lo siento mucho pero...

—Escuche, señor, le voy a explicar la situación. Dentro de unos minutos mi mujer se irá con la pequeña de Calcuta. Yo tomaré el vuelo de mañana. Si he de irme sin ver a Das, sepa que de todos modos escribiré un artículo para *Harper's*. ¿Le gustaría saber lo que se dirá en ese artículo?

—Señor Luczak, tiene que entender que nos es imposible concertar una entrevista entre usted y M. Das. ¿Me oye?

—En mi artículo se dirá que, por alguna razón sólo conocida por ellos, los miembros del Sindicato de Escritores Bengalíes han intentado

perpetrar el mayor fraude literario desde el engaño Clifford Irving. Por algún motivo sólo conocido por ellos ese grupo ha aceptado dinero a cambio de un manuscrito que aseguran que es el trabajo de un hombre que ha estado muerto durante ocho años. Y lo que es más...

—¡Eso es absolutamente falso, señor Luczak! Falso y punible. Presentaremos una querella. No tienen pruebas de esos alegatos.

—Y lo que es más, ese grupo ha utilizado el nombre de un gran poeta para dedicar un canto pornográfico a una demoníaca diosa local. En Calcuta,

fuentes autorizadas sugieren que el Sindicato de Escritores puede haberlo hecho debido a los contactos que mantiene con un grupo llamado los Kapalikas... un culto fuera de la ley involucrado en el mundo del crimen de la ciudad y del que se dice que ofrece sacrificios humanos a su demencial diosa. ¿Qué le parece, señor Gupta? ¡Oiga! ¿Señor Gupta? ¡Oiga!

—¿Sí, señor Luczak?

—¿Qué le parece, señor Gupta? ¿Sigo adelante con ello o entrevisto a M. Das?

—Se organizará. Vuelva a llamar dentro de tres horas.

—¡Ah...! ¿Señor Gupta?

—Sí.

—Ya he enviado una copia de mi... bueno... de mi primer artículo a mi editor en Nueva York con instrucciones de no abrirlo a menos que se demore mi viaje de regreso a casa. Confío en que no será necesario utilizar esa versión. Preferiría con mucho la historia de Das.

—No será necesario, señor Luczak.

Todos los taxis de ida y vuelta al aeropuerto de Dum-Dum eran conducidos por veteranos de la guerra indo-pakistaní del 71. Nuestro chófer tenía una cicatriz a lo largo de toda la mejilla derecha y un gran parche negro

cubriéndole el ojo, lo que me llevó a especular ociosamente sobre la visión monocular y la percepción profunda mientras íbamos sorteando la densa circulación de la carretera VIP.

Llovía de nuevo. Todo tenía el color del barro... las nubes, la carretera, los chamizos arracimados unos contra otros y las lejanas fábricas. Tan sólo las rayas rojas y blancas pintadas alrededor de alguna ocasional higuera de Bengala jumo a la carretera daba colorido a la escena. Cerca de los límites de la ciudad estaban construyendo nuevos edificios de apartamentos.

Podría decirse que eran nuevos por

los andamies de bambú que los rodeaban y las excavadoras aparcadas cerca, entre el barro, pero las construcciones tenían un aspecto tan ruinoso y viejo como las ruinas más viejas del centro de la ciudad. Más allá de las excavadoras podían verse apretujados cobertizos ocupados por formas acurrucadas. ¿Se trataba de las familias de los trabajadores de la construcción o eran los nuevos inquilinos, a la espera de ocupar los edificios? Lo más probable era que las chabolas constituyeran sencillamente el núcleo de un nuevo *chawl*, el creciente reborde de seiscientos kilómetros

cuadrados de sórdidos barrios bajos.

A nuestra izquierda estaba el cartel blanco que yo avistara de noche. Por nuestro lado se leía:

CALCUTA LES DESEA
BUEN VIAJE
BUENA SALUD.

Una mujer provista de sartenes y un gran jarro de bronce sobre la cabeza permanecía en cuclillas, en el barro, junto al letrero.

El aeropuerto estaba atestado, aunque no como la noche en que llegamos. El vuelo a Delhi estaba ya

completo pero acababa de haber una cancelación. Sí, el vuelo de Pan Am partiría de Nueva Delhi a las siete de la tarde. Sería posible obtener billete.

Registramos el equipaje y vagamos por la terminal. No había asientos vacíos, y nos costó un buen rato encontrar un rincón tranquilo para cambiar los pañales de Victoria. Luego fuimos a una pequeña cafetería para tomar un refresco.

Apenas hablamos. Amrita parecía sumida en sus propios pensamientos, y a mí me seguía doliendo la cabeza de una manera terrible. De vez en cuando recordaba fragmentos de mi sueño y

sentía retorcerse los músculos de mi vientre por la tensión y la turbación.

—En el caso que ocurra lo peor y no alcances el enlace nocturno de Pan Am, puedes pasar la noche con tu tía en Nueva Delhi.

—Sí.

—O quedarte en un buen hotel cerca del aeropuerto.

—Sí. Podría hacer eso.

Un grupo belga en gira turística se apretujó en la cafetería. Uno de ellos, una mujer increíblemente fea, que lucía unos pantalones de malla abiertos, llevaba una gran estatua de escayola de Ganesha, el dios con cabeza de elefante.

Todos reían con gran alboroto.

—Cuando llegues a Boston llama a Dan y Barb —le dije.

—Muy bien.

—Yo espero llegar un día después que tú. Oye, ¿telefonearás a tus padres desde Heathrow?

—En realidad no me importaría quedarme otro día, Bobby. Puedes necesitar ayuda... con la traducción. Se trata del manuscrito, ¿verdad?

Hice un gesto negativo.

—Demasiado tarde, pequeña. Ya han cargado tu equipaje. Supongo que podrías pasarte sin los trajes, pero ¿qué me dices de los pañales?

Amrita no sonrió.

—En serio —dije cogiéndole la mano—. Únicamente tengo que hacer un trabajo de seguimiento con Gupta y esos payasos. Maldición, todavía no tengo material suficiente para un artículo. Con un día bastará.

Amrita asintió dando unos golpecitos sobre mi anillo.

—Muy bien, pero ten cuidado. Bebe sólo agua embotellada. Y si aparece Kamakhya para cambiar mi tela, asegúrate de que no te da nada más que el material...

Hice una mueca sonriente.

—Sí.

—¿Por qué no dejaste entrar a la camarera, Bobby?

—¿Qué?

—Para limpiar la habitación. Poco antes de que nos fuéramos le dijiste que esperara a mañana.

—El manuscrito Das —me apresuré a explicar—. No quiero a nadie husmeando por allí.

Amrita hizo un ademán de asentimiento. Apuré mi Fanta caliente, observé a un pequeño geco escurrirse por la pared e intenté no pensar en la automática calibre 25 que había dejado en el armario de la habitación del hotel.

Estaban a punto de subir al avión y ya me había despedido de ellas con un beso cuando Amrita recordó algo.

—Ah, en el caso de que Kamakhya no vaya al hotel, ¿te importaría pasarte por su casa para recoger la tela?

—¿Tan importante es?

—No, pero me gustaría tenerla.

—¿Por qué no cambiaste su tela en la tienda?

—Estaba cortada a medida. Y pensaba que volveríamos a verla. Vaya, estaba segura de que tenía la nota aquí. No importa, recuerdo la dirección. —Amrita sacó una carterita de cerillas que cogiera en el salón del Príncipe y

garrapateó la dirección en la parte interior de la solapa.

—Sólo si dispones de tiempo.

—Muy bien.

No tendría tiempo. Nos abrazamos de nuevo. Victoria se retorcía entre nosotros, confusa por todo aquel ruidoso gentío. Cubrí con la mano la cabeza del bebé, palpando la suavidad infinita de su pelo.

—Buen viaje. Os veré dentro de un par de días.

En el aeropuerto de Dum-Dum no había rampas de embarque. Los pasajeros atravesaron una húmeda extensión de asfalto y subieron por una

escalerilla hasta el reactor de Air India que esperaba. Amrita se volvió y agitó el brazo gordezuelo de Victoria antes de desaparecer en el interior del Air-bus de fabricación francesa. Normalmente habría esperado a que el avión despegara.

Consulté mi reloj y fui rápidamente, atravesando la terminal, hasta una cabina telefónica. Gupta contestó a la quinta llamada.

—Todo está preparado, señor Luczak. Aquí tiene la dirección... —Me hurgué los bolsillos en busca de mi agenda de notas, pero lo único que encontré fue la carterita de cerillas que

Amrita me diera. Garrapateé el número de la calle junto a la dirección de Kamakhya—. ¡Ah...! Señor Luczak...

—¿Sí?

—Esta vez venga solo.

Cuando bajé del taxi la lluvia había cesado. Del pavimento de las calles ascendía el vapor que se escurría entre los viejos edificios. No tenía idea de dónde estaba. La dirección que Gupta me diera era un chaflán de una calle en el sector viejo de la ciudad, pero de camino hacía allí no había visto nada que me fuera familiar.

Después de la tormenta, la calzada y

aceras de las calles empezaban a llenarse de gente. Pasaban bicicletas con campanillas tintineantes. La atmósfera agobiante se hacía todavía más densa con los humos de las motocicletas. Un buey viejo con el lomo cubierto literalmente de costras y úlceras abiertas se encontraba pesadamente tumbado en el centro de la ajetreada calle.

Me quedé allí plantado, esperando. La acera no era en realidad más que una franja de algo más de un metro de ancho de barro lleno de agujeros entre las cloacas de los muros de viejos edificios. Entre estos últimos había unas

separaciones de un metro y después de verme asaltado por un hedor terrible, me adelanté y atisbé a través de uno de los angostos huecos.

Basura y residuos orgánicos se amontonaban alcanzando una altura de entre dos y tres metros a lo largo de aquella larga calleja. Era evidente que los inquilinos habían estado arrojando allí sus basuras durante muchos años, desde las ventanas altas. Unas siluetas oscuras se movían entre los apestosos montones. Me aparté rápidamente del hueco y permanecí en pie junto al arroyo de agua de lluvia y residuos que marcaba la separación entre la calzada y

la acera.

Observé cada rostro de aquella muchedumbre en movimiento. Como en cualquier otra gran ciudad los peatones habían ocultado sus caras tras una máscara de irritabilidad inquieta. Muchos de los hombres llevaban tiesas camisas de poliéster y pantalones acampanados del mismo género. Me asombraba el hecho de que en un país que producía algunos de los mejores y menos costosos tejidos de algodón, el sello de prestigio de la clase media fuera el poliéster, el más caro e insoportable poliéster. Alguna que otra vez un rostro sudoroso bajo un aceitoso

pelo negro miraba en mi dirección, pero nadie se detenía; tan sólo algunos niños, desnudos salvo por los sucios pantalones caqui, durante algunos minutos bailaron alrededor de mí, gritando «¡Baba!, ¡Baba!» y riendo. No les di moneda alguna. Al cabo de unos minutos echaron a correr chapoteando a través de la cloaca.

—¿Es usted Luczak?

Di un respingo. Los dos hombres habían llegado por detrás de mí mientras observaba la circulación. Uno de ellos iba vestido con el poliéster habitual, pero el otro llevaba el manchado caqui de las clases sirvientes. Ninguno de los

dos parecía especialmente inteligente o simpático. El alto y delgado llevaba una camisa estampada y tenía la cara en forma de cuña, con pómulos agudos y una boca fina. El hombre de caqui era más bajo y corpulento que su amigo. Y también parecía más obtuso. Tenía una expresión somnolienta y desdeñosa en la mirada que me recordaba a todos los matones que en mi vida conociera.

—Yo soy Luczak.

—Venga.

Empezaron a caminar entre el gentío con tal rapidez que hube de correr dando empujones para alcanzarlos. Hice algunas preguntas, pero su silencio y el

estruendo de la calle me convencieron de que debía callarme y seguirlos.

Estuvimos andando casi una hora. En un principio me había sentido perdido, pero pronto quedé totalmente desorientado. A causa de las omnipresentes nubes ni siquiera podía recurrir al sol para un posible cálculo. Bajamos por atestadas calles no más anchas que callejuelas y auténticas callejas atiborradas de gente y desperdicios. En ciertos momentos los dos hombres me guiaron a través de cortos túneles hasta jardines de edificios residenciales. Por todas partes se veían niños corriendo, chillando y en

cuclillas. Las mujeres se cubrían parte del rostro con sus saris y observaban con ojos oscuros y suspicaces. Otros túneles conducían a otros patios. Viejos sentados sobre barandillas de hierro con las piernas colgando y mirando hacia abajo con ojos vidriosos. Bebés berreando. Sobre rellanos de cemento ardían fuegos para guisar y el humo flotaba en la atmósfera brumosa.

Otro corto túnel nos condujo hasta otra calleja, con varias manzanas de longitud y más poblada de gente que la mayoría de las calles principales de América. Esta nos llevó a una zona donde habían sido derribados los

edificios, pero entre los montones de escombros se habían alzado tiendas y refugios improvisados. Las lluvias monzónicas y las inmundas conducciones habían invadido un profundo hoyo, acaso un antiguo sótano. Grupos de hombres y muchachos chapoteaban y gritaban en el agua, mientras que otros saltaban desde las ventanas del segundo piso de los edificios que rodeaban la piscina pardusca. Pasamos junto a dos muchachos desnudos que sacudían con palos lo que parecía una hinchada rata ahogada.

Luego dejamos atrás definitivamente

los edificios residenciales y entramos en un chawl de muros de piedra apilada sin argamasa, apartamentos de arpillera y condominios de varios niveles construidos con viejas tablas, láminas de hojalata y madera roída y blancuzca. En una parcela vacía se encontraban veinte o treinta hombres en cuclillas, defecando. Más allá, unas jóvenes sentadas en una terraza de piedra detrás de sus retoños más pequeños les quitaban cuidadosamente los piojos del apelmazado pelo. De vez en cuando un perro escuálido se apartaba a nuestro paso, pero allí nadie parecía tener instintos territoriales. Ojos humanos

vigilaban desde las profundas sombras de las entradas de los chamizos. De vez en cuando aparecía corriendo un chiquillo con la mano extendida, pero un adulto invisible lo llamaba al orden de inmediato.

De repente el incienso invadió el aire e irritó los ojos. Pasamos junto a un destartalado edificio verde que, a juzgar por el tañido de campanas y los cánticos atonales que surgían del patio interior, daba la impresión de ser un templo. En el exterior una vieja y su nieta sacaban boñigos de vaca de un gran cesto y los amasaban hasta formar unas bolas del tamaño de hamburguesas, para ser

utilizadas como combustible en las fogatas nocturnas. Unos diez metros del muro del templo estaban cubiertos con hileras de trozos redondos y secos de boñigos amasados con los dedos. Al otro lado de un sendero cenagoso, con pretensiones de calle, varios hombres trabajaban en la construcción de una choza de bambú no mayor que una tienda grande. A nuestro paso callaron las amistosas voces de los hombres, que nos observaron pasar en silencio. Si aún me quedaba algún vestigio de duda de que mis dos guías era Kapalikas, se disipó ante la estela de silencio que dejábamos al pasar.

—¿Está muy lejos?

Empezaba a llover de nuevo y me había dejado el paraguas en el hotel. Tenía los pantalones blancos embarrados hasta la rodilla. Mis Wallabees marrones jamás volverían a ser los mismos.

Me detuve.

—He preguntado si está muy lejos.

El hombre corpulento vestido de caqui se volvió y sacudió la cabeza. Apuntó con un dedo hacia el muro de unos grises edificios industriales visibles más allá del mar de chamizos. Durante los últimos cien metros tuvimos que ascender por la ladera embarrada de

una colina y por dos veces caí de rodillas. La cima de la colina estaba protegida por una alta cerca de malla con saledizos de alambre de espino. Miré a través de ella y vi entre los edificios barriles de petróleo enmohecidos y vías muertas de ferrocarril.

—Y ahora, ¿qué?

Me volví para admirar el panorama del chawl. Los tejados de hojalata descansaban sobre incontables rocas, negro sobre gris. Aquí y allá era visible el llamear de las fogatas en los oscuros umbrales. A lo lejos, en la dirección de la que proveníamos, se prolongaban las

viviendas hasta perderse de vista entre la densa llovizna. El humo ascendía desde un centenar de puntos y se mezclaba en el cielo gris pardo.

—Venga.

El hombre de la cara de cuña había apartado una sección de la cerca.

Vacilé. El corazón me latía con mucha más fuerza que cuando subía la colina. Sentía esa ligereza estimulante de calambre en el estómago que se experimenta al acercarse al final de un alto trampolín.

Asentí y atravesé la cerca.

La zona de la fábrica estaba en silencio. Advertí hasta qué punto me

había acostumbrado al eco de las conversaciones, del movimiento de la gente de esa desbordada ciudad. En aquellos momentos, mientras pasábamos de una calleja en penumbra a la siguiente, el silencio iba haciéndose tan denso como el aire húmedo. No podía creer que el complejo de la fábrica siguiera aún en activo. Pequeños edificios de ladrillo aparecían casi envueltos por hierbajos y plantas trepadoras. En lo alto de un muro un ventanal que una vez tuviera un centenar de recuadros de cristal tan sólo conservaba intactos diez o doce. El resto eran agujeros negros y cortantes

que de tanto en tanto atravesaban pequeños pájaros. Por todas partes se veían bidones vacíos de petróleo que una vez fueran de un rojo, amarillo o azul brillantes, pero que ya estaban todos herrumbrosos.

Entramos en una callejuela todavía más angosta, un *cul-de-sac*. Me detuve bruscamente. Me llevé la mano derecha al bolsillo inferior derecho de mi sahariana y a la pesada piedra del tamaño de la palma que había cogido en la ladera de la colina. Aunque parezca increíble una vez allí no sentí el menor miedo, únicamente una profunda curiosidad respecto a lo que los dos

hombres harían a renglón seguido. Miré por encima del hombro para asegurarme de que por detrás estaba despejado, tracé mentalmente una retirada a través de aquel laberinto de callejas y volví junto a los dos Kapalikas. «Vigila al corpulento», me advertía una parte de mí.

—Allí.

El de caqui señaló una estrecha escalera exterior. Al final de ella había una puerta. La hiedra cubría el muro de ladrillos. No había ventanas.

No me moví. Mi mano se cerró sobre la piedra. Los dos hombres esperaron un largo momento, se miraron

el uno al otro y, girando sobre los talones, emprendieron el camino de regreso por donde habíamos venido. Me hice a un lado, descansando la espalda contra un muro, y los dejé ir. Estaba seguro de que no esperaban que los siguiera. Sus pisadas sobre la grava fueron audibles durante un corto espacio de tiempo, luego sólo mi entrecortada respiración rompía el silencio.

Miré hacia la empinada escalera. Los altos muros y la estrecha franja de cielo hicieron que por un momento me sintiera mareado. De repente una bandada de palomas salió disparada de alguna oscura cavidad debajo del tejado

y se alejó volando, agitando ruidosamente las alas como disparos de rifle, y trazando círculos en el cargado cielo. Parecía muy oscuro para ser las tres y media de la tarde.

Retrocedí hasta el cruce de callejas y miré en ambas direcciones. Nada visible a menos de cien pasos. La piedra que tenía en la mano estaba fría y pesaba bastante. Un utensilio del hombre de las cavernas. Sobre su suave superficie todavía tenía adherida arcilla roja. Me llevé la piedra a la mejilla y miré de nuevo hacia la puerta, a nueve metros de altura en el muro cubierto de verde. Tenía un panel de cristal, pero tiempo

atrás había sido pintado.

Cerré los ojos un segundo y exhalé el aliento despacio. Luego guardé la piedra en el bolsillo de mi camisa y subí por la desvencijada escalera para encontrarme con lo que me esperara allí.



12

... Tú, Calcuta, zorra,
Orinas lepra amarilla como pis ictérico,
Como un gran fresco artístico...

TUSHAR ROY

La habitación era muy pequeña y en

extremo oscura. En el centro de una mesa cuadrada de madera había una diminuta lámpara de petróleo con la llama chisporroteando sobre un charco de manteca rancia, pero la escasa luz que daba la absorbían las cortinas negras que colgaban a cada lado. La cámara era menos una habitación que una cripta recubierta de negros sudarios.

Sobre el destartalado tablero superior de una mesa había un libro, aunque su título no resultaba legible con aquella luz enfermiza. No tuve que leer la portada para saber de qué libro se trataba.

Era *Winter Spirits*, mi volumen de

poesía.

La puerta se abría sobre un corredor tan angosto y oscuro que casi me hizo sonreír al recordar la casa de los horrores del viejo parque de Riverview.

Mis hombros rozaron la agrietada pintura de ambos lados. La atmósfera estaba cargada de olor a madera podrida y a moho, y me traía el recuerdo de aquellas ocasiones en que de niño me escurría por debajo de la celosía del porche delantero de casa para jugar en el suelo húmedo y la oscuridad que reinaba allí. No habría entrado en el angosto vestíbulo de no haber sido por el leve destello visible de la lámpara de

petróleo.

Al entrar me dio en la cara la cortina de gasa negra que colgaba del interior. La aparté fácilmente, y se arrugó al tacto como una telaraña abandonada.

Si el ejemplar de mi libro estaba destinado a intrigarme lo logró. Si lo que intentaba era que me sintiera cómodo había fracasado plenamente.

Permanecí en pie a cierta distancia de la mesa. De nuevo mi mano aferraba la piedra, pero eso parecía algo lastimoso, la reacción de un niño. Volvió a mi memoria la casa de los horrores del parque de Riverview y esta vez sonreí a pesar mío. Si algo saltara sobre mí en

aquella oscuridad entre cortinas, maldito si no se iba a encontrar con la cara llena de granito.

—¡Eh! —Las negras cortinas absorbieron mi llamada del mismo modo que lo hacían con la luz. La llama danzó con el movimiento del aire—. ¡Un, dos, tres, aunque te escondas te encontraré! ¡El juego ha terminado! ¡Déjate ver! —Una parte de mí estaba a punto de prorrumpir en carcajadas ante lo absurdo de la situación. Pero la otra parte ansiaba gritar.

—¡Muy bien, empecemos con la representación! —Y avanzando cogí la silla y me senté a la mesa. Dejé la

piedra sobre mi libro como un rústico pisapapeles. Luego enlacé las manos y permanecí sentado, quieto y erguido, como un colegial en su primer día de clase. Pasaron varios minutos. No penetró ruido alguno. Hacía tanto calor que el sudor me goteaba de la barbilla formando pequeños círculos en el polvo de la mesa. Esperé.

De repente la llama osciló a causa de un imperceptible movimiento de aire.

Alguien se acercaba a través de las cortinas negras.

Una silueta alta apartó la gasa, se detuvo un instante entre las sombras y luego arrastró vacilante los pies hasta la

luz.

Lo primero que vi fueron los ojos, unos ojos húmedos, inteligentes, templados por el tiempo y un conocimiento excesivo de los sufrimientos humanos. No cabía duda. Eran los ojos de un poeta. Estaba ante M. Das. Se acercó más y yo me aferré al borde de la mesa con un movimiento convulsivo.

Estaba viendo algo salido de la tumba.

Aquella figura llevaba harapos grises que tal vez fueran restos de un sudario. Los dientes brillaban en una involuntaria mueca sonriente, los labios

habían desaparecido salvo por unos andrajosos pólipos de carne pulposa. Casi no tenía nariz, reducida a una membrana húmeda y palpitante de tejido en carne viva que no ocultaba las dos aberturas en la calavera. La frente que un día fuera impresionante se había librado de los estragos de la parte inferior de la cara, pero en el cuero cabelludo podían verse irregulares manchas escamosas y algunos mechones de pelo blanco formando extraños ángulos. La oreja izquierda era una masa informe.

M. Das cogió la otra silla para sentarse y observé que en la mano

derecha le faltaban dos dedos desde el segundo nudillo.

Lo que le quedaba de la mano lo llevaba envuelto en un trapo que no llegaba a ocultar las zonas putrefactas de la muñeca que descubrían claramente músculo y tendones.

Tomó asiento pesadamente. La maciza cabeza osciló como si el delgado cuello no fuera capaz de soportarla, mientras los harapos sobre el pecho hundido subían y bajaban rápidamente. La habitación quedó invadida por el sonido de nuestras entrecortadas respiraciones.

—Lepra. —Musité la palabra pero

tuve la sensación de que la había voceado. La pequeña llama osciló frenéticamente, amenazando con apagarse. Los claros ojos castaños me miraron a través de la lámpara de petróleo y entonces pude ver que tenía corroída parte de los párpados—. ¡Dios mío! —susurré—. ¡Oh, Santo Dios! ¿Qué le han hecho? ¿Lepra?

—Ssssíí.

No puedo explicar de forma adecuada la calidad de su voz. Los destrozados labios emitían algunos sonidos imposibles, y otros los lograba tan sólo con un seseo sibilante al tropezar la lengua con los dientes

descubiertos. Lo que no sé es cómo siquiera lograba hablar. Todo ello resultaba aún más demencial por el hecho de que todavía podía apreciarse el acento de Oxford y una elegante sintaxis en aquellas frases trabajosamente hilvanadas. La saliva humedecía los dientes descubiertos y se estampaba contra la lámpara, pero las palabras eran inteligibles. Yo no podía moverme y tampoco apartar la mirada.

—Sssíí —dijo el poeta M. Das—. Lepra. Pero ahora se la llama la «Enfermedad de Hansen», señor Luczak.
—Ssse la llama, ssseñor Lussak.

—Sí, claro. Lo siento. —Sacudí la

cabeza, parpadeé, pero seguía sin poder apartar la mirada. Me di cuenta de que seguía aferrado con fuerza al borde de la mesa. En cierto modo la madera astillada me mantenía en contacto con la realidad—. ¡Dios mío! ¿Cómo pudo ocurrir? —repetí con voz sorda—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—He leído su libro, señor Luczak —siseó Mr. Das—. Es usted un poeta sentimental.

—¿Cómo obtuvo un ejemplar? —«Domínate, idiota»—. Quiero decir: ¿por qué cree que mi poesía es sentimental?

Das parpadeó lentamente. Los

destrozados párpados bajaban como deshilachados visillos, y en ningún momento llegaban a cubrir el blanco de los ojos. Oculta la mirada inteligente, resultaba mil veces más horrible la aparición que tenía ante mí. Resistí el impulso de echar a correr y contuve el aliento hasta que volvió a mirarme.

Das logró que su voz sonara ilusionada.

—¿Nieva mucho realmente en Vermont, señor Luczak?

—¿Cómo? Ah, quiere decir... sí. Sí. No siempre, pero algunos inviernos... sobre todo en las montañas. Señalan los límites de las carreteras con estacas y

pequeñas banderolas naranjas.

Estaba parloteando, pero hacía eso o tendría que meterme el puño en la boca para ahogar otros sonidos.

—Ahhh —suspiró Das, y el sonido era como el aire que exhalara alguna criatura marina moribunda—. Me hubiera gustado haber visto eso. Ssssíí.

—He leído su poema, señor Das.

—¿Ssssíí?

—Me refiero al poema de Kali. Claro que usted ya lo sabe. Fue quien me lo envió.

—Ssssíí.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué, señor Luczak?

—¿Por qué lo envía fuera del país para su publicación? ¿Por qué me lo ha entregado a mí?

—Tiene que publicarse. —Por primera vez la extraña voz de Das reflejaba emoción—. ¿No le ha gustado?

—No, no me ha gustado —dije—. No me gusta en absoluto. Pero hay algunas partes que son... memorables. Terribles y memorables.

—Ssssíí.

—¿Por qué lo escribió?

M. Das cerró de nuevo los ojos. La espantosa cabeza se inclinó hacia adelante y por un segundo pensé que se había quedado dormido. Las lesiones en

su cuero cabelludo brillaban con un tono gris verdoso a la luz de la lámpara.

—Tiene que publicarse —musitó con voz ronca—. ¿Me ayudará?

Vacilé. No estaba seguro de que la última frase fuese una pregunta.

—Muy bien —dije finalmente—. Dígame por qué lo escribió. Qué está haciendo aquí.

Das me devolvió la mirada y con su eléctrico contacto me comunicó de alguna manera que no estábamos solos. Miré de soslayo pero sólo vi oscuridad. Con aquel terrible calor el sudor me caía por las mejillas.

—¿Cómo llegó...? —Vacilé—.

¿Cómo llegó a...?

—A ser un leproso.

—Sí.

—Lo fui durante muchos años, señor Luczak. Yo desconocía los síntomas. Las manchas escamosas en las manos. El dolor seguido de insensibilidad. Incluso mientras firmaba autógrafos durante las giras y dirigía seminarios en la universidad perdía la sensación en las manos y las mejillas. Sabía la verdad mucho antes de que aparecieran las llagas abiertas, mucho antes de la semana en que viajara al este para el funeral de mi padre.

—¡Pero ahora tienen medicamentos!

—exclamé—. Usted tenía que saberlo, con toda seguridad... ¡Medicinas! Ahora pueden curarse.

—No, señor Luczak. Ahora no puede curarse. Incluso aquellos que creen en tales medicinas aseguran que únicamente pueden controlarse los síntomas, en ocasiones detenerlos. Pero yo era seguidor de la filosofía de la salud de Gandhi. Cuando llegaron las erupciones y los dolores ayuné, seguí dietas, me administré enemas y purifiqué tanto mi cuerpo como mi mente. Durante años lo hice. No sirvió de nada. Y yo sabía que así sería.

Aspiré hondo y me limpié las

palmas de las manos en los pantalones.

—Bien, si sabía eso...

—Escuche, por favor —musitó el poeta.— No disponemos de mucho tiempo. Le contaré una historia: corría el verano de 1969... ahora para mí un siglo distinto, un mundo diferente. Mi padre había sido incinerado en la pequeña aldea en la que yo naciera. Hacía semanas que las úlceras sanguinolentas eran visibles. Dije a mis hermanos que se trataba de una alergia. Busqué la soledad. No sabía qué hacer.

»El largo viaje de regreso a Calcuta me dio tiempo para reflexionar. ¿Ha visto alguna vez un lazareto en su país,

señor Luczak?

—No.

—Más le vale. Ssssííí. Podía irme al extranjero. Tenía dinero. Los médicos en naciones tan ilustradas como la suya rara vez se encuentran con casos avanzados de la enfermedad de Hansen, señor Luczak. En realidad la lepra no existe en la mayoría de las naciones modernas, ¿comprende? Es una enfermedad de suciedad, inmundicias y condiciones antihigiénicas, olvidada por Occidente desde la Edad Media. Pero en India no está olvidada. No está olvidada, ni mucho menos, en mi amada India. ¿Sabía usted, señor Luczak, que

hay medio millón de leprosos tan sólo en Bengala?

—No —contesté.

—No. Yo tampoco lo sabía. Pero eso me han dicho. La mayoría mueren por otras causas antes de que progrese la enfermedad, ¿comprende? Pero ¿por dónde iba mi historia? Ah, sí, llegué al anochecer a la estación de Howrah. Para entonces ya había decidido el camino a tomar. Pensé en ir al extranjero en busca de ayuda médica. Y también consideré soportar años de dolor mientras la enfermedad siguiera su lenta invasión.

»Había pensado en someterme a la humillación y aislamiento que semejante

tratamiento exigiría. Lo pensé, señor Luczak, pero lo rechacé. Y una vez que hube tomado mi decisión se apoderó de mí una gran tranquilidad. Aquella noche me sentí profundamente en paz conmigo mismo y con el universo mientras observaba las luces de la estación de Howrah por la ventanilla de mi vagón de primera clase.

»¿Cree usted en Dios, señor Luczak? Yo no creía. Y tampoco ahora... No creo en ningún dios de luz. Hay otros... Pero ¿por dónde iba? Ya. Bajé del vagón con un estado de ánimo tranquilo. Mi decisión me permitía evitar, no sólo el dolor de ser un inválido, sino también el

dolor de marcharme. O al menos eso creí.

»Allí mismo, en la estación de ferrocarril, di todo mi equipaje a un sorprendido mendigo. Ah, sí, tiene que perdonarme por la forma en que le hice llegar ayer el manuscrito, señor Luczak. La ironía es uno de los pocos placeres que me quedan. Aunque me hubiera gustado verlo. ¿Dónde estábamos? Salí de la estación y caminé por esa maravillosa construcción que llamamos el puente de Howrah. ¿Lo ha visto? Sí, claro que lo ha visto. Soy un estúpido. Siempre me ha parecido una maravillosa pieza de ingeniería abstracta, señor

Luczak, y que muy pocos aprecian en todo su valor la obra de arte que en verdad es. Aquella noche el puente estaba relativamente solitario... únicamente lo atravesaban algunos centenares de personas.

»Me detuve en el centro. No dudé por mucho tiempo, porque no deseaba tener tiempo para pensar. Debo confesar que compuse un breve soneto, podría decirse que un poema de despedida. Yo también fui una vez un poeta sentimental.

»Salté. Desde el mismo centro. Desde una altura de más de treinta metros sobre las oscuras aguas del Hooghly. Parecía como si la caída no

fuera a terminar nunca. Si hubiera estado al corriente de la interminable espera entre la ejecución y la culminación de semejante suicidio, habría planeado algo diferente, se lo aseguro.

»Desde esa altura el agua adquiere exactamente la consistencia del cemento, señor Luczak. Cuando llegué abajo el impacto fue como una flor abriéndose en mi cráneo. Algo crujió en mi espalda y en mi cuello, ruidosamente. Como cuando se rompe una rama gruesa.

»Luego mi cuerpo se hundió. Y digo "mi cuerpo" porque yo entonces morí, señor Luczak. Sobre eso no hay duda alguna. Pero ocurrió un fenómeno

extraño. Nuestro espíritu no desaparece de inmediato después de la muerte, sino que más bien observa el desarrollo de los acontecimientos como pudiera hacerlo un espectador indiferente. ¿De qué otra forma podría describir la sensación de ver el descoyuntado cuerpo de uno hundirse en el cieno del lecho del Hooghly? ¿De ver a los peces hurgando en los ojos y en las partes blandas de uno? ¿De ver todo eso sin sentir preocupación u horror, tan sólo un interés muy ligero? Esa es la experiencia, señor Luczak. Tal es el temido acto de morir, tan banal como todos los demás actos necesarios que

conforman nuestra lastimosa existencia.

»No sé cuánto tiempo permaneció allí mi cuerpo, hundido en el cieno del río, antes de que la marea, o tal vez la estela de un barco, lo arrojara exánime a la orilla. Me encontraron unos niños. Me empujaron con palos y rieron cuando éstos penetraron en mi carne. Luego llegaron los Kapalikas. Me llevaron consigo —tiernamente, aunque tales distinciones significaban poco para mí en aquel entonces— hasta uno de sus muchos templos.

»Me desperté en brazos de Kali. Es la única deidad que desafía tanto a la muerte como al tiempo. Entonces me

hizo resucitar, señor Luczak, pero únicamente para sus propios propósitos. Como puede ver, la Madre Oscura no consideró oportuno suprimir el azote de mi aflicción cuando devolvió el aliento a mi cuerpo.

—¿Cuáles eran esos propósitos, señor Das? —pregunté.

La mueca sin labios del poeta era una imitación cruel de una sonrisa.

—Bien, sin duda es evidente a qué fin he de dedicar mis humildes poderes —dijo Das—. Soy el poeta de la diosa Kali. Pese a lo indigno que soy, le sirvo de poeta, sacerdote y avatar.

Durante toda aquella conversación, una parte de mí experimentó la observación independiente que Das mencionara. Parecía como si una porción de mi conciencia estuviera revoloteando cerca del techo, observando todo aquello con una fría estimación que bordeaba la indiferencia. Otra parte de mí ansiaba romper a reír histéricamente, gritar, volcar la mesa con furiosa incredulidad y salir huyendo de aquella perversa oscuridad.

—Ésta es mi historia —dijo Das—. ¿Qué tiene que decir, señor Luczak?

—Digo que su enfermedad le ha vuelto loco, señor Das.

—¿Sssíí?

—O que está completamente cuerdo y está representando un papel para alguien.

Das no dijo palabra, pero aquellos tristes ojos miraron rápidamente de soslayo.

—Hay otro problema en su historia —proseguí asombrado ante la firmeza de mi voz.

—¿De qué se trata?.

—Si su... si el cuerpo no fue descubierto hasta el año pasado, dudo que quedara mucho por descubrir. No después de casi siete años.

La cabeza de Das se irguió como un

muñeco en una caja de sorpresas de pesadilla. En la oscuridad oí un roce entre las cortinas.

—¡Ah! ¿Quién dijo que el descubrimiento tuvo lugar el año pasado, señor Luczak?

Noté una opresión en la garganta. Empecé a hablar sin pensarlo dos veces.

—Según Muktanandaji fue entonces cuando la resurrección mítica tuvo lugar.

Una brisa caliente agitó la llama y unas sombras danzaron sobre el rostro destruido de Das. Su terrible sonrisa permanecía fija. De nuevo se agitó algo entre las sombras.

—Ahhh —exhaló Das. Su mano

destrozada y vendada arañó la mesa con gesto ausente—. Sssí, sssíí. Hay... de vez en cuando... ciertas reconstrucciones.

Inclinándome hacia delante dejé caer la mano junto a la piedra. Mis ojos intentaron encontrar al ser humano en aquel bulto leproso sentado a la mesa frente a mí. El tono de mi voz era seno, apremiante.

—¿Por qué, Das? Por Dios Santo, ¿por qué? ¿Por qué los Kapalikas? ¿Por qué esa obscenidad épica de que Kali ha vuelto para gobernar el mundo o lo que sea de lo que trate esa mierda? Usted era un gran poeta. Entonaba cantos a la

verdad y a la inocencia.

Mis palabras me sonaban insípidas, pero no encontraba otra forma de expresarlo.

Das se reclinó pesadamente hacia atrás. Su aliento sonaba al ser expulsado por la boca abierta y la nariz. ¿Cuánto tiempo puede vivir alguien en semejantes condiciones? Allí donde la carne no había sido destruida por la enfermedad, la piel parecía casi transparente, frágil como pergamino. ¿Cuánto tiempo hacía que aquel hombre no había visto el sol?

—Existe una gran belleza en la diosa —musitó.

—¿Belleza en la muerte y la corrupción? ¿Belleza en la violencia? ¿Cuándo un discípulo de Tagore entonó un himno a la violencia, Das?

—¡Tagore estaba ciego! —Había una nueva energía en el susurro sibilante —. Tagore no podía ver. Tal vez en el momento de su agonía. Tal vez. Si entonces hubiera sido capaz, se habría vuelto hacia ella, señor Luczak. Todos deberíamos volvernos hacia ella cuando la muerte entra en nuestra cámara nocturna y nos coge de la mano.

—Cobijarse en alguna especie de religión no justifica la violencia —dije —. No justifica la maldad que usted

cantó...

—¡Maldad! ¡Puaf! —Das escupió al suelo una flema amarilla—. Usted no sabe nada. Maldad. No existe la maldad. No existe la violencia. Sólo existe el poder. El poder es lo único, el gran principio organizador del universo, señor Luczak. El poder es la única realidad *a priori*. Toda violencia es un intento por ejercer el poder. Todo cuanto tememos, lo tememos porque alguna fuerza ejerce su poder sobre nosotros. Todos nosotros buscamos librarnos de semejante miedo. Todas las religiones son intentos por obtener poder sobre fuerzas que pueden controlarnos. Pero

Ella es nuestro único refugio. Únicamente la Devoradora de Almas puede garantizarnos el *abhaya madras* y despojarnos de todo miedo, porque sólo Ella detenta el poder supremo. Ella es la encarnación del poder, una fuerza más allá del tiempo o de la comprensión.

—Eso es obsceno —dije—. Es una excusa de pacotilla para la crueldad.

—¿Crueldad? —Das se echó a reír. Era como si sacudieran piedras dentro de una urna vacía—. ¿Crueldad? Incluso un poeta sentimental que parlotea sobre verdades eternas debe saber seguramente que lo que usted llama crueldad es la única realidad que el

universo reconoce. La vida subsiste a base de violencia.

—Yo no acepto tal cosa.

—¿Oh? —Das parpadeó dos veces. Lentamente—. ¿No ha saboreado jamás el vino del poder? Jamás ha intentado practicar la violencia?

Vacilé. No podía decirle que la mayor parte de mi vida había sido un largo ejercicio de control de mi temperamento. ¿De qué estábamos hablando, Dios mío? ¿Qué estaba haciendo yo allí?

—No.

—Tonterías.

—Pero es la verdad, Das. Bueno, he

participado en algunas peleas, pero siempre he intentado evitar la violencia.

Yo tenía nueve o diez años, Sarah siete u ocho. Estábamos en el bosque cercano a la linde de la reserva. «Quítate los shorts. ¡Ahora!»

—No es verdad. Todo el mundo ha probado el vino sangriento de Kali.

—No, se equivoca.

Abofeteándola. Una vez. Dos veces. El llanto y la lenta obediencia. Mis dedos dejando marcas rojas en su brazo delgado.

—Sólo pequeños incidentes sin importancia. Cosas de chicos.

—No hay crueldades sin

importancia —repuso Das.

—Eso es absurdo.

La terrible y absoluta excitación de todo aquello. No únicamente la visión de su desnudez pálida y la intensidad sexual y extraña de todo aquello. No, no sólo eso. Era la total indefensión de Sarah. Su sumisión. Yo podía hacer todo cuanto quisiera.

—Lo veremos.

Cuanto quisiera.

Das se levantó trabajosamente. Yo aparté también mi silla.

—¿Publicará el poema?

Su voz crepitaba y silbaba como las

brasas de una fogata al apagarse.

—Tal vez no —dije—. ¿Por qué no viene conmigo, Das? No tiene que quedarse aquí. Venga conmigo. Publíquelo usted mismo.

En cierta ocasión, cuando tenía diecisiete años, un idiota primo mío me desafío a que jugara a la ruleta rusa con el revólver de su padre. Mi primo introdujo una sola bala. Luego hizo girar el tambor. En un segundo de bravata absolutamente insensata, recuerdo haber levantado el arma y, aplicando el cañón a mi sien, apretado el gatillo. Entonces tuve suerte, pero desde aquel día me he negado a acercarme siquiera a las

armas. Ahora, en la oscuridad de Calcuta tuve la sensación de haberme apuntado de nuevo a la cabeza sin una buena razón. El silencio se prolongaba.

—No. Tiene que publicarlo. Esss importante.

—¿Por qué? ¿No puede irse de aquí? ¿Qué pueden hacerle que no le hayan hecho ya? Venga conmigo, Das.

Das cerró parcialmente los ojos y la cosa que tenía ante mí dejó de parecer humana. Sus harapos despedían un hedor a suelo de sepultura. Detrás de mí, en la oscuridad, hubo ruidos sin lugar a dudas.

—Elijo quedarme aquí. Pero es

importante que lleve a su país el Canto de Kali.

—¿Por qué?

La lengua de Das era como un animal pequeño y sonrosado, paseándose por los resbaladizos dientes para luego ocultarse de nuevo.

—Es algo más que mi obra final. Considérelo un anuncio. El anuncio de un nacimiento. ¿Publicará el poema?

Permití que diez latidos de silencio me llevaran hasta el borde de algún pozo oscuro que no comprendía. Luego incliné ligeramente la cabeza.

—Sí —contesté—. Se publicará. Tal vez no todo. Pero será impreso.

—Bien —dijo el poeta, y se volvió dispuesto a retirarse. Luego, vacilando, se giró hacia mí casi con timidez. Por primera vez distinguí una nota de anhelo humano en su voz—. Hay... hay algo másss, señor Luczak.

—¿Sí?

—Desearía que volviera por aquí.

La idea de entrar de nuevo en aquella cripta, una vez que hubiera escapado de ella, casi hizo que me temblaran las rodillas.

—¿Con qué fin?

Hizo un ademán vago en dirección al *Winter Spirits* que todavía estaba sobre la mesa.

—Tengo poca cosa que leer. Ellos... los que se ocupan de mis necesidades... pueden traerme libros de vez en cuando, siempre que dé los títulos. Pero a menudo traen libros equivocados. Y sé tan poco de los nuevos poetas... ¿Querría, traerme... algunosss librosss de su elección?

El anciano avanzó vacilante tres pasos y por un espantoso momento pensé que iba a cogerme la mano con las suyas putrefactas.

Detuvo a medio camino el ademán, pero las vendadas manos alzadas parecían incluso más conmovedoras en su implorante desamparo.

—Sí, buscaré algunos libros para usted.

«Pero no los traeré aquí —me dije —. Le entregaré algunos libros a sus amigos Kapalikas, pero maldito si pienso volver por aquí.»

Sin embargo, antes de que pudiera expresar en voz alta mis pensamientos, Das habló de nuevo.

—Tendría un placer especial en leer el trabajo de ese nuevo poeta americano, Edwin Arlington Robinson —dijo presuroso—. No he leído más que uno de sus nuevos poemas, *Richard Cory*, pero el final es tan hermoso, se ajusta tan perfectamente a mi propia situación,

a mis propias ambiciones, que sueño constantemente con él. ¿Podría traerme esa obra?

Me quedé mirándolo con la boca abierta. ¿Ese nuevo poeta americano? Finalmente, no sabiendo qué contestar, aterrado ante la idea de decir algo equivocado, me limité a hacer un ademán de asentimiento.

—Sí —logré finalmente articular—. Lo intentaré.

Aquella triste y contorsionada forma dio media vuelta y abandonó la habitación. Lo mismo hice yo un segundo después. Las cortinas negras se ciñeron a mí como sujetándome, como

negándose a dejarme escapar. Pero finalmente quedé libre. ¡Libre!

Calcuta me pareció hermosa. La pálida luz del sol filtrándose por entre las nubes, el gentío, el desenfreno de la circulación vespertina... Todo lo contemplaba con una gozosa sensación de alivio que añadía brillo a la escena. Luego, recordando el comentario final de Das, me asaltaron las dudas. No, ya pensaría en ello más tarde. Por el momento estaba libre.

Los dos Kapalikas habían estado esperando al pie de la escalera. Sólo requerí sus servicios como guías por

unos minutos, el tiempo necesario para guiarme a través del chawl hasta una de las calles principales, donde logré encontrar un taxi. Antes de dejarme, uno de ellos me alargó una sucia tarjeta en la que aparecía garrapateado: «Enfrente del Kalighat - 9.00.»

—¿Allí es adonde he de llevar los libros? —pregunté al hombre más flaco. Éste inclinó la cabeza hacia delante, tanto a modo de asentimiento como de despedida.

Luego el taxi negro y amarillo se abrió camino pesadamente entre la circulación casi estática y pasé diez minutos sencillamente gozando del fin

de la tensión. ¡Menuda experiencia! Morrow jamás se lo creería. A mí ya me estaba resultando difícil de creer. Sentado allí, probablemente rodeado de demenciales matones callejeros de Calcuta, hablando con lo que había quedado de uno de los poetas más grandes del mundo. ¡Menuda experiencia!

Este tipo de historia jamás encajaría en *Harper's*. Tal vez en el *National Enquirer*, pero no en *Harper's*. Reí en voz alta y el pequeño y sudoroso taxista se volvió en su asiento para mirar al extravagante americano. Sonreí y pasé varios minutos escribiendo en mi

imaginación posibles titulares, y sopesando el relato de manera que presentara la actitud concisa y cínica adecuada para Morrow. Me di cuenta demasiado tarde de que debía haber anotado la localización, pero para entonces ya estábamos a muchos kilómetros del punto donde tomé el taxi.

Finalmente reconocí los grandes edificios que señalaban que estábamos cerca del centro de la ciudad. Hice que el taxista me dejara a unas dos manzanas del hotel, delante de una destartalada tienda con un gran letrero anunciando «LIBRERÍA DE MANNY». El interior era un laberinto de estanterías metálicas

y grandes montones de libros, viejos, nuevos, algunos con dos dedos de polvo, y en su mayoría de editoriales inglesas.

Necesité unos treinta minutos para reunir ocho libros de buena poesía reciente. No tenían obras de Robinson, aunque en una edición de bolsillo de poesía moderna figuraba *Richard Cory* junto con *The Dark Hills* y *Walt Whitman*. Di vueltas a aquel libro entre las manos mientras reflexionaba. ¿Era posible que hubiera interpretado mal el mensaje de Das? Pensé que no.

Sin tomar entonces ninguna decisión pasé varios minutos eligiendo los dos últimos libros, basándome meramente en

el tamaño. Mientras el librero contaba mi cambio en monedas de extraña forma, le pregunté dónde podría encontrar una droguería. Frunció el entrecejo al tiempo que sacudía la cabeza, pero después de varios intentos logré hacerle comprender lo que quería.

—Ah, sí, sí —exclamó—. Una farmacia.

Me dio la dirección de una entre la librería y el hotel.

Eran casi las seis de la tarde cuando regresé al Oberoi. Los piquetes comunistas estaban en cuclillas a lo largo de la acera, preparando té en pequeños fuegos. Los saludé con la

mano, casi con alegría, y entré de nuevo en la seguridad climatizada de otro mundo.

Permanecí tumbado, medio dormido, mientras Calcuta se disponía a pasar la noche. Se había desvanecido la boyante excitación y el alivio, dando paso a una carga de cansancio y excitación. Seguía reviviendo el encuentro de aquella tarde, intentando en vano aminorar el inverosímil horror del deterioro de Das. Cuanto más rechazaba las imágenes que se agitaban bajo mis párpados cerrados, más terrible resultaba su realidad.

«...Tan hermoso, se ajusta tan

perfectamente a mi propia situación, a mis propias ambiciones, que sueño constantemente con él.»

No era necesario que abriera el ejemplar en rústica recién comprado para saber el poema al que Das se había referido.

> *Y Richard Cory, una tranquila noche de verano, se fue a casa y se metió una bala en la cabeza.*

Simón y Garfunkel habían puesto al alcance de cualquiera esa particular imagen con su canción la década

anterior.

«Sueño con él constantemente.»

Eran casi las siete de la tarde. Me cambié de pantalones, me lavé y bajé al comedor para una ligera cena de arroz con curry y aquella pasta frita que Amrita llamaba siempre *poori*, pero que en el menú figuraba como *loochi*. Me bebí dos botellines de cerveza de Bombay y cuando una hora después regresé a mi habitación me sentía menos deprimido. Al llegar al vestíbulo me pareció oír el timbre del teléfono de mi habitación, pero en cuanto empecé a hurgarme los bolsillos buscando mi llave el sonido cesó.

La bolsa marrón estaba en el mismo lugar del armario en el que yo la pusiera. La automática calibre 25 era más pequeña de lo que yo recordaba. Tal vez su mismo aspecto de juguete fue lo que me impulsó a dar el siguiente paso.

Saqué de la bolsa de la farmacia el paquete de hojas de afeitar y la botella de pegamento. Luego calibré el tamaño de los tres libros más grandes, pero sólo el ejemplar en rústica de poesía de Lawrence Durrell parecía responder a mis propósitos. Vacilé antes de comenzar. Durante toda mi vida había aborrecido la idea de estropear un libro.

Me costó cuarenta minutos vaciarlo, siempre preocupado de no llevarme un dedo por delante antes de haber terminado. La papelera estaba llena hasta la mitad de trozos de papel. Daba la impresión de que las ratas hubieran estado royendo el interior del libro durante años, pero la pequeña automática se ajustaba perfectamente al hueco que yo había practicado.

El mero hecho de verlo hacía que el pulso se me acelerara. Seguí diciéndome que siempre podría cambiar de idea y tirar aquella cosa en un callejón cualquiera. A fin de cuentas, el libro resultaría una forma muy conveniente de

sacar el arma del hotel para poder arrojarla. O al menos eso me dije.

Pero saqué la pistola de su hueco y con tiento metí el cargador lleno, hasta que hizo clic y encajó. Busqué el seguro pero no pude encontrarlo. Luego volví a introducir la pistola en el libro y encolé cuidadosamente las hojas en vanos puntos.

«Sueño con ello constantemente.»

Sacudí la cabeza y guardé los libros en la bolsa marrón en la que campeaba el rótulo «LIBRERÍA DE MANNY». El de Durrell era el tercero empezando por abajo.

Eran las ocho cincuenta de la noche.

Cerré la habitación y atravesé velozmente el vestíbulo. Fue entonces cuando se abrieron las puertas del ascensor y salió de él Amrita llevando a Victoria en sus brazos.



13

Y medianoche, gritos
bestiales...
¿Quién es enemigo de quién,
quién...
En la ferocidad de esta falsa
ciudad?

SIDDHESWAR SEN

—Ha sido espantoso, Bobby. El vuelo de la una se retrasó hasta las tres. Permanecimos allí sentadas tiempo y tiempo y durante la mayor parte de éste no funcionó el aire acondicionado. La azafata aseguró que se trataba de un problema técnico, pero un hombre de negocios de Bombay, sentado junto a mí, me comentó que existían disensiones entre el piloto y el ingeniero de vuelo. Afirmó que ya había pasado varias veces durante las últimas semanas. Luego hicieron volver al aparato a la terminal y todos tuvimos que bajarnos. Victoria me había llenado de babas y no tuve tiempo de ponerme la otra blusa

que llevaba en el maletín. Te aseguro que fue espantoso, Bobby.

—Mmm —dije consultando mi reloj. Eran exactamente las nueve.

Amrita estaba sentada en la cama, pero yo seguía plantado junto a la puerta abierta. No podía creer que ella estuviera realmente allí con Victoria. Mil veces mierda. Sentía deseos de agarrarla y sacudirla furiosamente. Me sentía mareado por la fatiga y la confusión.

—Luego nos propusieron que tomáramos otro vuelo a Delhi con escalas en Benarés y Khajuraho. Habría tenido el tiempo justo de enlazar con la

Pan Am si hubiera despegado a su hora.

—Pero no lo hizo —dije con voz neutra.

—Claro que no. Y no trasladaron nuestro equipaje. Aun así pensé en tomar el vuelo de las siete treinta para Bombay y volar con la British Airways a Londres, pero el primer vuelo desde Bombay hubo de cambiar de rumbo hasta Madras a causa de un problema con las luces de aterrizaje en el aeropuerto de Calcuta. Volvieron a programar el vuelo para las once, pero estaba agotada, y además Victoria se había pasado horas llorando...

—Comprendo —dije.

—Telefoneé una y otra vez pero tú no estabas, Bobby. El gerente prometió darte mi mensaje.

—Pues no lo hizo. Lo vi cuando llegué y no me dijo palabra.

—Ese *matyeryebyets* —farfulló Amrita—. Me lo prometió.

Amrita nunca juraba a menos que lo hiciera protegida por el anonimato de otro idioma. Sabía que yo no hablaba ruso. Lo que no sabía era que precisamente esa palabrota había sido la favorita de mi abuelo polaco para referirse a todos los rusos.

—No importa —aseguré. «Esto lo cambia todo.»

—Lo siento, pero no podía pensar en otra cosa que en darme una ducha fría, dar de comer a Victoria e irme de aquí mañana contigo.

—Está bien. —Me acerqué a ella y la besé en la frente. No recordaba haber visto nunca antes a Amrita tan trastornada—. Todo va bien. Nos iremos mañana por la mañana. —Consulté de nuevo mi reloj. Eran las nueve y ocho minutos—. Volveré en seguida.

—¿Tienes que irte?

—Sí, durante unos minutos. Tengo que entregar estos libros a cierta persona. No tardaré nada, pequeña. —Me detuve en la puerta—. Escucha:

asegúrate de que quede bien cerrada y echa la cadena, ¿de acuerdo? No abras la puerta a nadie, sólo a mí. Si suena el teléfono déjalo sonar. No contestes. ¿Me has entendido bien?

—Pero ¿por qué? ¿Qué...?

—Haz lo que te digo, maldición. Estaré de regreso dentro de treinta minutos más o menos. Por favor, Amrita, haz lo que te digo. Te lo explicaré después.

Di media vuelta para salir, pero me detuve al ver a Victoria agitando los brazos y las piernas sobre la manta en la que la había colocado Amrita para cambiarla. Atravesé la habitación y

levanté en el aire a la niña, soplándole ruidosamente sobre el estómago. Estaba desnuda, suave, retorciéndose de alegría. Me dedicó una gran sonrisa e intentó cogerme la nariz con sus dos manitas gordezuelas. Olía a champú para niños de Johnson & Johnson, y su piel estaba increíblemente suave. La volví a dejar, haciendo rodar sus piernas con mis manos como si fuera en bicicleta.

—Cuida de mamá hasta que yo vuelva, ¿de acuerdo, enanita?

Victoria dejó de agitarse y me miró con expresión solemne.

La besé otra vez en el estómago,

acaricié la mejilla de Amrita y salí presuroso.

Nunca llegué al Kalighat. Acababa de salir del hotel y estaba pensando en cómo librarme del libro de Durrell cuando el Premiere negro se detuvo frente a mí. Conducía el hombre corpulento vestido de caqui. Un desconocido abrió la puerta de atrás.

—Suba, por favor, señor Luczak.

Retrocedí sujetando con fuerza la bolsa de los libros.

—Yo... había acordado que iría... a reunirme con alguien en el Kalighat —dije estúpidamente.

—Por favor, suba.

Permanecí inmóvil durante varios segundos. Luego miré a un lado y a otro de la calle. La entrada del hotel se encontraba a unos pocos pasos. Una joven pareja india de aspecto acaudalado reía bajo la marquesina mientras los mozos sacaban su equipaje de un Mercedes negro.

—Mire —dije—. Esto es lo que le había prometido.

Alargué la bolsa al hombre sentado en el asiento de atrás. No hizo el menor ademán para coger los libros.

—Haga el favor de entrar, señor Luczak.

—¿Por qué?

El hombre suspiró y se frotó la nariz.

—El poeta desea verle. Será breve. Dice que usted estuvo de acuerdo.

El conductor corpulento frunció el ceño y se giró en su asiento como para decir algo. El hombre del asiento trasero le puso ligeramente la mano en la muñeca y fue él quien habló.

—El poeta tiene algo que desea darle. Suba, por favor, señor Luczak.

Me asombré de mí mismo al encontrarme inclinándome para entrar en el vehículo. La portezuela se cerró de golpe y nos sumergimos en el tráfico. En la noche de Calcuta.

Lluvia y llamas. Carreteras, bocacalles, callejas y encenagados surcos dejando atrás grandes ruinas. El centelleo de las linternas y las luces reflejadas de la ciudad. Y durante todo aquel tiempo yo esperaba que el Kapalika se volviera hacia mí, me exigiera inspeccionar los libros. Supuse que a eso seguirían los gritos y los golpes.

Viajábamos en silencio. Yo mantenía la bolsa de libros sobre las rodillas y el rostro vuelto hacia la ventanilla, aun cuando recuerdo que no vi muchos detalles salvo mi pálido reflejo mirándome a su vez. Finalmente nos

detuvimos ante una gran verja de hierro. Cerca, en alguna parte, dos altas chimeneas de ladrillo arrojaban sus llamas a la noche. Aquél no era el camino que recorriera antes. Un hombre de negro apareció bajo la llovizna y abrió la puerta para que pasáramos.

Los faros iluminaron edificios de ladrillo vacíos, vías muertas de ferrocarril y una pequeña montaña de tierra sobre la que se encontraba un camión abandonado, medio enterrado por la maleza. Cuando finalmente nos detuvimos lo hicimos ante una gran puerta iluminada por una bombilla amarilla. Los insectos se precipitaban

sobre aquella luz.

—Salga, por favor.

Había puertas y corredores. Dos hombres de negro portando linternas se unieron a nosotros. Desde alguna parte llegaban en sordina el rasgueo de sitares y el golpear de tambores. Al final de una angosta escalera nos detuvimos y los hombres de negro se dirigieron en tono enérgico al conductor. Entonces comenzó el registro.

Uno de los hombres cogió la bolsa de libros. Yo permanecí impasible mientras unas manos rudas me palpaban los costados, hurgaban por la parte interior de los muslos y recorrían

rápidamente mis piernas de arriba abajo. El conductor abrió el paquete y sacó los tres primeros ejemplares en rústica. Los hojeó casi con furia y arrojándolos a un lado sacó un libro más grande encuadernado. No era la antología de Durrell. El hombre de caqui volvió a guardarlos en la bolsa, la dobló y me la alargó sin decir palabras.

Yo permanecí allí plantado y empecé a respirar de nuevo.

El Kapalika de negro me hizo un ademán con la linterna para que lo siguiera por otra corta escalera y luego a la derecha por un angosto vestíbulo. Mantuvo la puerta abierta y entré.

La habitación no era más grande que la primera en la que me había encontrado con Das, pero en ésta no había cortinas. Sobre una estantería de madera había una lámpara de queroseno junto con una taza de porcelana, algunos boles de madera, unos cuantos libros y una minúscula estatua en bronce de Buda. Era extraño que el avatar de Kali conservara cerca de sí una imagen de Buda.

Das se encontraba sentado en el suelo, cruzado de piernas, junto a una mesa baja. Estaba examinando un libro delgado, pero al entrar yo levantó la vista. Aquella luz más fuerte hacía

mucho más evidente su aflicción.

—¡Ah, señor Luczak!

—Señor Das.

—Ha sido muy amable al volver.

Paseé la vista por la pequeña habitación. Al fondo, una puerta abierta conducía a la oscuridad. De alguna parte llegaba el olor a incienso. Podía escuchar levemente el rasgueo discordante de una sitar.

—¿Son ésos los libros? —preguntó Das, señalando desmañadamente con las manos fuertemente vendadas.

—Sí.

Me arrodillé en el suelo de madera y dejé el paquete sobre la mesa baja. Una

ofrenda. La linterna siseaba. La luz de un amarillo verdoso iluminaba círculos de escamosa putrefacción en la mejilla derecha del poeta. Unas profundas grietas en su cuero cabelludo destacaban blanquecinas sobre la piel más oscura. Los agujeros donde Das tuviera la nariz estaban medio obstruidos por mucosidades y al respirar el pecho le silbaba de forma audible por encima del siseo de la linterna.

—¡Aaahh! —suspiró Das. Apoyó la mano casi con reverencia sobre el papel arrugado—. La Librería de Manny. Sí, lo conocía bien, señor Luczak. Una vez, durante la guerra, vendí a Manny mi

colección de poetas románticos, pues escaseaba el dinero para el alquiler. La conservó apartada hasta que pude comprársela de nuevo años más tarde. —Los ojos grandes y húmedos de Das se volvieron para mirarme. Una vez más me sentí más que abrumado por la conciencia del dolor perceptible en ellos—. ¿Trajo el Edwin Arlington Robinson?

—Sí —contesté. Me tembló la voz y carraspeé con fuerza para aclararme la garganta—. No estoy seguro de que me merezca la misma opinión que a usted. Tal vez deba analizarlo mejor, su *Richard Cory* no es, en realidad, digno

de un poeta. No alienta esperanza alguna.

—A veces no hay esperanza —musitó Das.

—Siempre queda algo de esperanza, señor Das.

—No, señor Luczak, no la hay. A veces no hay más que dolor. Y aceptación del dolor. Y, acaso, desafío al mundo que exige tal dolor.

—El desafío es una forma de esperanza, ¿no cree, señor?

Das me miró durante un largo momento. Luego, tras una rápida ojeada a la oscura habitación que se abría al fondo, cogió el volumen que había

estado leyendo.

—Este es para usted, señor Luczak.

Lo dejó sobre la mesa para que yo no tuviese que cogerlo de sus manos.

Era un libro viejo, delgado, bellamente encuadernado, con páginas de grueso y resistente pergamino. Pasé suavemente la mano sobre el material repujado de la portada y lo abrí. Las gruesas páginas no habían amarilleado y tampoco se habían vuelto quebradizas con la edad. Tampoco se había endurecido el lomo. Todo en aquel delgado volumen revelaba un exquisito trabajo de artesanía hecho con minucioso cuidado.

Algunos de los poemas estaban en bengalí, otros en inglés. Reconocí estos últimos de inmediato. En la guarda aparecía una larga inscripción en bengalí, pero la misma mano había escrito una nota final en inglés: «Para el joven Das, el más prometedor de mis "Ocho Elegidos". Con todo afecto.» La firma hubiera resultado indescifrable de no haberla visto en fecha muy reciente, detrás de cristal, apresuradamente garrapateada al final del discurso de aceptación del Premio Nóbel. «Rabindranath Tagore, marzo de 1939.»

—No puedo aceptarlo, señor.

Das se limitó a mirarme. Sus ojos

eran más viejos que el tiempo, tristes y sin embargo iluminados por un designio que yo no había visto antes. Se me quedó mirando y no dije nada más.

Un temblor sacudió el cuerpo del poeta y comprendí el esfuerzo que debía de representar para él el hablar, el concentrarse. Me levanté para despedirme.

—No —musitó Das—. Más cerca.

Hinqué una rodilla. Había un olor que manaba de la carne putrefacta del pobre hombre. Se me puso la carne de gallina al inclinarme hacia él para oír mejor...

—Hoy hablé de poder —dijo con

voz rasposa—. Toda violencia es poder. Ella es ese poder. No conoce límites. El tiempo nada significa para Ella. Ésta es Su era. Su canto no tiene final. Su era ha llegado una vez más, ¿comprende?

Luego empezó a hablar en bengalí, seguidamente farfulló en francés para terminar con un torrente de hindi. Desvariaba. Tenía la mirada perdida y el dolorido y sibilante cúmulo de palabras no tenía sentido alguno.

—Sí —asentí tristemente.

—Violencia es poder. Dolor es poder. Es la era de Ella. ¿No lo ve? —Su voz subió de tono hasta convertirse en un grito. Quise hacerle bajar la voz

antes de que los Kapalikas entraran precipitadamente, pero fue incapaz de hacer otra cosa que permanecer allí, con una rodilla en el suelo, escuchando. La luz de la lámpara osciló al ritmo de su agitado siseo—. El equilibrio no puede mantenerse. ¡Por el mundo se extiende la anarquía pura y simple! El canto acaba de empezar...

El anciano se inclinó hacia delante, exhalando el reseco hálito de sus pulmones enfermos. Parecía que recuperara el dominio de sí mismo. En sus ojos se extinguió la mirada extraviada y demencial, siendo sustituida por una terrible lasitud. La

mano leprosa acariciaba el montón de libros sobre la mesa como si se tratase de un gato. Cuando finalmente habló su voz era tranquila, casi la de un conversador.

—Sepa esto, señor Luczak. Esta es la era de lo indecible. Pero hay actos más allá de lo indecible.

Clavé los ojos en él, pero Das no me miraba a mí. No miraba a nada en la habitación.

—Siempre hemos sido capaces de perpetrar lo indecible —musitó—. Ella puede perpetrar lo increíble. Ahora somos libres de seguir.

Das calló. Tenía la barbilla

empapada de saliva. En ese momento supe que su mente había quedado dañada. El silencio se prolongó durante varios minutos. Finalmente, con un gran esfuerzo, recuperó el dominio de sí mismo y fijó en mí su mirada. Una mano que era un muñón carcomido envuelto en sucios y apestosos harapos se alzó en cálida bendición.

—Váyase. Ahora váyase. Váyase.

Salí vacilante al corredor, temblando violentamente. Unas linternas rompían la oscuridad delante de mí. Una mano áspera me quitó el volumen de Tagore y después de examinarlo me lo devolvió. Lo agarré con ambas manos y

seguí el círculo de luz a través del laberinto de vestíbulos y escaleras.

Estábamos ya ante la puerta abierta. Podía ver el coche y oler la lluvia cuando, de repente, sonaron dos disparos. Dos disparos como dos trallazos, casi simultáneos, sonando categóricos y definitivos en la oscuridad.

Los cuatro hombres se detuvieron y empezaron a gritarse unos a otros en bengalí, y luego subieron corriendo de nuevo las escaleras. Durante varios segundos quedé solo ante la puerta abierta. Contemplé con la mirada vacía la oscuridad y la lluvia. Estaba como

embotado, incrédulo, temeroso de actuar, apenas capaz de pensar. Y entonces el hombre corpulento vestido de caqui corrió otra vez escaleras abajo y me agarró por la pechera de la camisa, arrastrándome al piso superior junto a los demás hombres.

La lámpara seguía encendida con su fría luz blanca. Focos de linternas oscilaron y finalmente convergieron. Me empujaron hacia delante entre un montón de hombres, más allá del círculo de ruidos, hasta el centro silencioso.

Das parecía descansar con la cabeza sobre la mesa. La pequeña pistola cromada, que sujetaba firmemente con la

mano izquierda, la tenía obscenamente introducida en la carcomida boca. Tenía uno de los ojos casi cerrado, mientras que el otro mostraba tan sólo su blanco y parecía salírsele como si dentro del destrozado cráneo hubiera todavía una gran presión. Se había formado un charco de sangre oscura que brotaba incesante de la boca, los oídos y las cuencas de la nariz. El ambiente estaba cargado con olor a incienso y cordita.

Hubo gritos. En la habitación se encontraban al menos ocho o nueve hombres, y había más en el oscuro vestíbulo. Un hombre chillaba. Otro me golpeó accidentalmente en el pecho al

agitar los brazos en alto. El hombre de caqui, alargando la mano, apartó la pistola de las mandíbulas apretadas de Das, rompiéndole un incisivo. Agitó el arma ensangrentada y lanzó un agudo y largo gemido que lo mismo podía ser una plegaria que una maldición. Más hombres entraron a empujones en la habitación.

«Esto no es real.» No sentía casi nada. En mis oídos había un fuerte zumbido. La agitación que me rodeaba era algo lejano, sin relación alguna conmigo.

Entró otro hombre. Era más viejo, calvo y vestía un sencillo *dhoti* de

campesino. Sin embargo la sencillez de su apariencia quedaba contradicha por la deferencia con la que la gente le abría paso. Se quedó mirando por un momento el cuerpo de Das y luego tocó suavemente, casi con reverencia, la cabeza del leproso, de la misma forma en que el poeta tocara mi presente de libros. Luego el hombre volvió unos ojos negros en mi dirección y dijo algo en voz queda a todo aquel gentío.

Infinidad de manos me agarraron por la camisa y los hombros y me llevaron hacia la oscuridad.

Permanecí sentado en una habitación

vacía durante un tiempo indeterminado. Llegaban sonidos de detrás de la puerta. Una pequeña lámpara de aceite me daba luz. Seguí sentado en el suelo e intenté pensar en Amrita y Victoria, pero me resultó imposible. No podía concentrarme en nada. Me dolía la cabeza. Al cabo de un tiempo cogí el libro que me habían dejado y leí algunos de los poemas en inglés de Tagore.

Algún tiempo después entraron tres hombres. Uno de ellos llevaba en la mano una taza pequeña con su correspondiente platillo y me la alargó. Vi el humo que ascendía del oscuro té.

—No, gracias —dije, y volví a mi

lectura.

—Bebe —ordenó el más corpulento.

—No.

El hombre de caqui me agarró la mano izquierda y me rompió el dedo meñique con un rápido movimiento de muñeca. Grité. El libro cayó al suelo. Me apreté la mano maltratada e intenté calmar el terrible dolor. Me ofrecieron de nuevo el té.

—Bebe.

Tomé la taza y bebí. Me escaldé la lengua con aquel té amargo. Tosí y escupí una parte, pero los tres hombres se mantuvieron vigilantes hasta que lo apuré. Mi meñique tenía una posición

casi cómica, y sentí como un nervio de fuego que iba desde la muñeca y el brazo hasta un punto determinado en la base del cuello.

Alguien recogió la taza vacía y dos de ellos salieron. El hombre corpulento sonrió estúpidamente y me dio unos golpecitos en el hombro, como hubiera podido hacerse con un niño. Luego me dejaron solo con el amargo regusto del té y de la cobardía en la boca.

Intenté enderezar el dedo, pero el más mínimo roce me hacía gritar, y casi estuve a punto de perder el conocimiento. Empecé a sudar copiosamente, y sentía la piel fría y

pegajosa. Cogí el libro con la mano derecha, di vuelta a la página que había estado leyendo e intenté concentrarme en un poema sobre un encuentro fortuito en un tren. Seguí meciéndome ligeramente y murmurando suaves exclamaciones de dolor.

La garganta me ardía a causa de lo que tuviera aquel té. Unos minutos después las palabras de la página se deslizaron demencialmente hacia la izquierda y huyeron juntas.

Intenté entonces ponerme en pie, pero en ese mismo momento la lámpara de aceite lanzó una cegadora llamarada para sumergirme a continuación en la

negrura.

Negrura. Dolor y negrura.

El dolor me sacó de mi propia y reconfortante oscuridad, para sumirme en una ausencia de luz no menos absoluta aunque sí menos benigna. Me encontraba tumbado en lo que al parecer era un frío suelo de piedra. No se veía ni una chispa de luz. Me senté y lancé un grito a causa del dolor que me recorrió el brazo izquierdo. El dolor se hacía más fuerte con cada movimiento.

Tanteé a mi alrededor con la mano derecha. Nada. Piedra fría y aire húmedo y caliente. La última vez que me

encontré en una oscuridad tan absoluta ocurrió en Missouri, yendo con unos amigos en una excursión de espeleología, al apagarse nuestras lámparas de carburo. Era una oscuridad claustrofóbica, que lo empujaba a uno hacia su propio interior. Gemí al venirme a la cabeza una idea: ¿y si me hubieran dejado ciego?

Pero al tocarme presuroso los párpados no encontré nada anormal. La cara no me dolía, sólo sentía el angustioso vértigo producido por el té. «No, gracias», les había dicho. Reí entre dientes, aunque intentando ahogar los entrecortados sonidos lo mejor que

pude.

Empecé a arrastrarme, apretando la mano palpitante contra el pecho. Mis dedos tropezaron con una pared; cemento resbaladizo o piedra. ¿Me encontraba en algún lugar subterráneo?

El vértigo se acentuó al ponerme en pie. Me apoyé en el muro apretando el rostro contra la fría superficie. Comprobé rápidamente que seguía vistiendo mi propia ropa. Pensé en registrarme los bolsillos. En los de la camisa seguía teniendo el recibo de las líneas aéreas, mi bloc de notas más reducido, un rotulador y restos de arcilla de la piedra que había cogido en la otra

ocasión. En los bolsillos del pantalón estaban la llave de la habitación, la cartera, unas monedas, una tira de papel y la carterita de cerillas que Amrita me diera.

¡Cerillas!

Me obligué a sostener en la maltratada mano izquierda la cajetilla mientras encendía una y, protegiéndola, la levantaba.

La habitación era de hecho una alcoba, tres paredes sólidas y una cortina negra. Una sensación de *deja vu* me vino a la boca. Antes de que la cerilla me quemara los dedos tuve tiempo de apartar un poco la cortina

para recibir la impresión de una mayor oscuridad tras ella.

Esperé, aguzando el oído. Sentí corrientes de aire sobre la cara. No me atrevía a encender otra cerilla por si alguien aguardaba en la otra habitación. Por encima del sonido entrecortado de mi respiración podía oír un tono susurrante y callado. La respiración de un gigante. O de un río.

Tanteando con el pie me deslicé por detrás del grueso tejido entrando en un inmenso espacio abierto. No podía ver nada pero lo «sentí» inmenso. El aire parecía ligeramente más fresco y lo agitaban corrientes causales, trayendo

hasta mí el aroma del incienso y algo más pesado, tan denso y agobiante como la basura después de una semana.

Di unos cuantos pasos agitando cautelosamente la mano derecha delante de mí e intentando no recordar las imágenes, filtradas entre los recuerdos de salmodias inglesas, que a pesar de todo surgían en mi mente. Veinticinco escalones me pusieron en contacto con la nada. Los Kapalikas podían volver en cualquier momento. Podían estar allí. Eché a correr. Corrí sin rumbo fijo, con la boca abierta, apretando contra mí la mano izquierda.

Algo me golpeó en la cabeza. Vi

puntitos de todos los colores y caí, golpeándome contra la piedra y volviendo a caer. Aterricé sobre la mano izquierda y grité por el dolor y el sobresalto. La carterita de cerillas se escurrió de entre mis dedos. Arrodillándome palpé el suelo, buscándolas como un loco, haciendo caso omiso del dolor, esperando recibir en cualquier momento un segundo golpe.

Mi mano derecha encontró el cuadradito de cartulina. Temblaba tanto que sólo al tercer intento logré encender la primera cerilla. Mi mirada siguió la luz hacia arriba. Me encontraba arrodillado en la base del ídolo de Kali.

Mi cabeza había golpeado contra su mano, bajada y extendida. Parpadeé al sentir la sangre caerme sobre el ojo derecho desde la ceja.

Me puse en pie a pesar del terrible vértigo que sentía. Jamás me arrodillaría ante aquella cosa.

—¿Lo oyes bien, puta? —espeté en voz alta a la oscura cara de piedra que se alzaba a poco más de un metro sobre mí—. No me arrodillaré ante ti. ¿Lo oyes?

Los ojos vacíos ni siquiera me miraban. Los dientes y la lengua eran como las de un tebeo infantil de terror.

—Puta —dije, y la cerilla se

extinguió.

Me alejé vacilante del bajo estrado, apartándome del ídolo y sumiéndome en el negro vacío. Diez escalones y me detuve. Ahora ya no había motivo para ir tanteando en la oscuridad. Quedaba poco tiempo. Encendí una cerilla y la sostuve hasta que prendió en el recibo de las líneas aéreas. Al levantarla, mi diminuta antorcha proyectó un círculo de luz de unos cuatro metros. Miré en derredor buscando una puerta o una ventana. Me quedé inmóvil hasta que el papel encendido me quemó la mano.

El ídolo había desaparecido.

El pedestal y el estrado donde

estuviera un segundo antes aparecía vacío.

Fuera del círculo de luz agonizante algo rascó y arañó. Hubo un movimiento a mi izquierda y luego tuve que soltar el papel encendido y retornó la oscuridad.

Encendí otra cerilla. Su leve llama apenas me iluminaba a mí. Saqué el otro bloc de notas del bolsillo de mi sahariana, arranqué algunas páginas con los dientes y cambié de mano. La cerilla se apagó. Oí un ruido a menos de tres metros, en la oscuridad.

Otra cerilla. Escupí las arrugadas hojas que tenía entre los dientes y arrodillándome les acerqué la llama

antes de que muriera el centelleo azulado. Brotó la luz de la diminuta pira.

Aquella cosa se detuvo a medio camino. Se arrastraba sobre seis extremidades, como una inmensa araña lampiña, pero unos dedos se agitaban en las puntas de algunos de sus miembros. El cuello se arqueó alzando hacia mí el delgado rostro. Los senos colgaban como huevos del vientre de un insecto.

«No eres real.»

Kali abrió la boca y silbó en mi dirección. Su mandíbula se descolgó. La lengua carmesí se deslizó hacia afuera diez centímetros, veinte. Se extendió como blanda cera carmesí hasta tocar el

suelo, donde enrolló la punta como una serpiente rastreadora, y avanzó con rapidez hacia mí, a través de la fría piedra.

Entonces grité. Volví a gritar y acerqué a la llama el resto de mi bloc de notas. Luego cogí la cartulina ardiendo y me dirigí hacia la sibilante pesadilla.

La lengua golpeó de costado, casi alcanzándome el pie, y la aparición se arrastró hacia atrás sobre seis extremidades combadas hasta desaparecer en la oscuridad, más allá de mi vacilante círculo de luz. El bloc de notas empezaba ya a quemarme los dedos. Arrojé lo que quedaba en

dirección a aquellos ruidos rasposos y eché a correr en dirección contraria.

Corrí velozmente, sin ver nada, sin sentir nada, con los brazos extendidos y, de no haber encendido otra cerilla mientras corría, hubiera dado de cabeza en la pared que había enfrente. Aun así me golpeé contra ella y grité al tiempo que la llama se apagaba. Giré en redondo al tiempo que encendía otra cerilla. A mi derecha brillaban fríos unos ojos. Se oyó un ruido semejante al de un gato vomitando.

Retrocedí y tropecé contra la pared de madera. Si hubiera habido una cortina de cualquier tipo, cualquier cosa

combustible, le habría prendido fuego. Era preferible morir entre las brillantes llamas de un edificio ardiendo que quedarme solo en la oscuridad con aquello.

Me deslicé siguiendo la pared hacia mi izquierda, encendiendo una cerilla tras otra hasta que sólo quedaron unas cuantas. Ya no eran visibles los ojos. Con la mano herida pude encontrar tablas, astillas y clavos, pero no una puerta. Y tampoco ventanas. Los arañazos sonaban por doquier, cartílago escarbando sobre piedra y madera. El vértigo había empeorado y amenazaba con hacerme caer al suelo.

Tenía que haber una salida.

Me detuve, levanté la cerilla que amenazaba ya con apagarse, tomé aliento y prendí fuego al resto de mi bloc. A la luz de la breve y brillante llama se hizo visible la silueta de una ventana en la pared, a un metro por encima de mi cabeza. Los cristales estaban intactos aunque habían sido pintados de negro. La luz se apagó cuando ya me rozaba los dedos.

Solté el bloc quemado, me agaché y salté. El marco de la ventana sobresalía de la pared y mis dedos encontraron un agarradero. Agité las piernas sobre el liso muro intentando encontrar un apoyo.

Finalmente logré izarme sobre un codo en el estrecho alféizar y tocar con la mejilla los cristales ennegrecido. Mantuve el equilibrio, mientras los brazos me temblaban de manera incontrolable, disponiéndome a romper con el antebrazo los cristales pintados.

Algo me agarró por las piernas. Mi antebrazo descargó todo su peso sobre el dedo roto y de forma instintiva me eché hacia atrás, perdí el precario equilibrio y, deslizándome por la pared, caí sobre el duro suelo.

La oscuridad era absoluta. Me había incorporado sobre mis rodillas cuando sentí la presencia cerca de mí.

Cuatro manos se cerraron sobre mí.

Cuatro manos me levantaron con brusquedad y me llevaron.

«El alma no marcha inmediatamente después de la muerte sino que más bien observa el desarrollo de los acontecimientos a semejanza de un espectador imparcial.»

Sonaron voces lejanas. Una luz brilló a través de mis párpados, desapareciendo luego. Una lluvia fría cayó sobre mi cara y mis brazos.

«¿Lluvia?»

Se escucharon más voces, esta vez discutiendo. En alguna parte un pequeño

motor de coche se puso en marcha, su tubo de escape escupió sonoramente. La grava crujía bajo los neumáticos. La frente me dolía, sentía latirme la mano izquierda de forma insoportable y la nariz me picaba.

«Esto no puede ser la muerte.»

El ruido de un motor de cuatro cilindros sonaba con fuerza. Intenté mirar en derredor y descubrí que no podía abrir el ojo derecho. Lo mantenía cerrado la sangre seca que brotara de mi ceja.

«La mano del ídolo.»

A través de la rendija del ojo izquierdo vi que me sostenían, o mejor

diría me arrastraban, el hombre de caqui y otro Kapalika. Más hombres, entre ellos el calvo de blanco, hablaban acaloradamente bajo la lluvia.

«Puedes volver a dormirte.» ¡No!

La lluvia, el dolor de la mano y un picor intolerable impedían que me deslizara de nuevo por el tenebroso conducto hacia la inconsciencia. Uno de los hombres que me sujetaban volvió la cara hacia mí, por lo que cerré rápidamente el ojo, no sin avistar antes una gran camioneta verde, sin ventanas en la parte trasera y con la puerta del conductor abollada. La reconocí angustiado.

Los hombres seguían discutiendo, alzando las voces de un modo estridente. Yo escuchaba, y fue como si de repente conociese a fondo el bengalí. Supe sin el menor género de duda que estaban discutiendo sobre qué hacer con mi cuerpo una vez que hubieran cumplido las órdenes que el hombre calvo les había dado respecto a mí.

Finalmente, el hombre de caqui gruñó, y junto con el otro Kapalika me condujeron al fondo de la camioneta. Los empeines de mis pies se arrastraron sobre la grava. Me dejaron caer de bruces en aquel interior sin ventilación. Mi cabeza golpeó contra una de las

paredes y luego contra el suelo metálico. Me arriesgué a abrir el ojo lo suficiente para ver que el hombre corpulento y el otro Kapalika subían a la parte trasera del vehículo conmigo, mientras que otro más se instalaba en el asiento junto al conductor. El chófer se volvió y preguntó algo. El hombre corpulento me atizó un fuerte puntapié en el costado. Me quedé sin respiración, pero no hice el menor movimiento. El Kapalika rió y dijo algo que empezaba con «Nay».

«Con éste son dos los que te debo gordinflón hijo de puta.»

La ira sirvió de catalizador. Estaba al rojo vivo y contribuyó a despejarme

la mente y disipar la niebla de terror que me embargaba. Aun así no se me ocurrió en absoluto qué hacer cuando la camioneta empezó a moverse y llegó hasta mi oído, crujiendo, el sonido de la grava a través de las planchas metálicas del suelo. Aquélla era la situación que había visto en miles de películas en las que el protagonista dominaba a sus secuestradores al cabo de una feroz lucha.

Yo no podía luchar contra ellos.

Dudaba incluso de poder sentarme sin ayuda. Y no toda mi debilidad procedía de la droga que habían puesto en el té. Ya me habían lastimado. No

quería que me hicieran sufrir más. Mi única arma posible era seguir fingiendo que estaba inconsciente y lograr con ello disponer de unos cuantos minutos antes de que me atacaran de nuevo.

«Me rompió el dedo.» Nunca antes había tenido un hueso roto. Ni siquiera de niño. Era algo de lo que me sentía vagamente orgulloso, algo sí como un historial sin tacha de asistencia a la escuela. Y ahora ese sudoroso hijo de puta me había roto el dedo con la misma indiferencia con que yo hubiera podido hacer girar el interruptor del televisor. Esa misma insensible indiferencia fue la que me convenció de que aquellos

hombres no iban a arrojarme en cualquier parte y dejar que me las arreglara por mi cuenta para volver al hotel.

«Toda violencia es un ejercicio de poder, señor Luczak.»

Les hubiera suplicado que me dejaran ir de no haberme contenido un miedo mucho más intenso. Me sentía paralizado por la sombría incertidumbre de lo que se proponían hacer a continuación. Pero en alguna parte, subyacente en la vorágine aterrada de mis pensamientos, estaba la certeza de que mientras centraran su furia en mí dejarían tranquilas a Amrita y Victoria.

De manera que no hice nada y tampoco dije nada. Nada salvo permanecer tumbado en la sofocante oscuridad, oliendo el hedor de orines y vómito del interior del vehículo, escuchando la cháchara y los ruidos nasales de los cuatro Kapalikas y bendiciendo cada precioso segundo que pasaba sin que me maltrataran.

La camioneta cambió de marcha y corrió veloz por una zona asfaltada. A veces se escuchaba el eco del fuerte ruido del tubo de escape, como si circuláramos entre edificios. De vez en cuando se oían bocinazos de camiones, y en una ocasión me arriesgué a echar una

mirada y pude ver los reflejos rectangulares de faros sobre las paredes interiores del vehículo. Un segundo después el Kapalika de caqui me dijo algo en bengalí con voz queda y tono burlón. El corazón empezó a latirme con fuerza.

Entonces nos detuvimos. Los frenos chirriaron y el otro Kapalika que viajaba en el interior con nosotros gritó algo furioso al tiempo que salía impulsado hacia delante. Nuestro conductor lanzó un juramento a la vez que daba frenéticos bocinazos. Pude oír voces que desde fuera le contestaban a gritos. Se oyó el chasquido de un látigo

seguido del mugido furioso de un buey. Nuestro conductor lanzó una retahíla de obscenidades sin dejar de tocar la bocina.

Un instante después oí abrirse las portezuelas de la parte delantera de la camioneta y los Kapalikas allí sentados saltaron al suelo para seguir gritando a lo que al parecer era un obstáculo en nuestro camino. Continuaron los juramentos. El tercer Kapalika, deslizándose hacia delante, bajó a su vez y se unió al grupo. Así que en el interior del vehículo sólo quedaba conmigo el hombre de caqui.

«Ésta es mi oportunidad.»

El convencimiento de que tenía que actuar no fue suficiente para que lo hiciera. Sabía que tenía que correr hacia las portezuelas abiertas y apartar de un golpe al hombre de caqui que se encontraba en cuclillas junto a mí. «Haz algo.» Pero pese al convencimiento de que ésa era mi última oportunidad de actuar por sorpresa, mi última oportunidad de huida, era incapaz de entrar en acción. Únicamente el permanecer allí tumbado me parecía garantía suficiente de unos cuantos minutos más sin enfrentamientos. Sin volver a sentir dolor. Sin que me mataran. De repente la portezuela

trasera se abrió de golpe. El hombre corpulento, impulsado violentamente de costado, cayó desmañado al suelo del vehículo. Una mano me agarró por el brazo y quedé sentado. Mis piernas colgaban fuera y el dolor me hizo parpadear mientras intentaba abrir el ojo derecho bajo la sangre reseca.

—¡Vamos! ¡En pie! ¡Deprisa! —Era la voz de Krishna. Era la cara de Krishna inclinada sobre mí, con el pelo agitado, mostrando los agudos dientes en una sonrisa demencial y jubilosa. Fue el delgado brazo derecho de Krishna el que me hizo ponerme en pie y me sostuvo con firmeza cuando estuve a

punto de caer de bruces.

—*¡Nakin!* —vociferó el Kapalika saltando desde el fondo de la camioneta. Era dos veces más grande que Krishna y tenía el rostro contraído por la furia—. *¡Muté!*

Se disparó la mano izquierda de Krishna con el característico ademán para detener la circulación. El canto de la palma, rígido como un ladrillo, se dirigió hacia la cara del hombre que avanzaba. La nariz del Kapalika quedó aplastada como una fruta madura. Con un chillido saltó hacia atrás, golpeándose la cabeza contra la portezuela trasera del vehículo, y cayó

de rodillas inclinado hacia delante. Sin dejar de mantenerme en pie con el brazo derecho Krishna proyectó su pierna izquierda rápidamente hacia arriba, en un arco rígido que se interrumpió al entrar en contacto la espinilla con la garganta del hombre corpulento, justamente en el ángulo formado con la mandíbula.

Hubo un ruido como si se rompiera un plástico fino y bruscamente se alzó el alarido del Kapalika.

—¡Vamos! ¡Deprisa! —Krishna tiró de mí enderezándome , al balancearme de costado. Corrí lo más rápido que pude, intentando mantenerme en

equilibrio sobre unas piernas que parecían estar saturadas de novocaína. Miré por encima del hombro al individuo caído, a la camioneta, con todas sus portezuelas abiertas como alas rotas, y al carro de bueyes que se encontraba delante, bloqueando el cruce y la angosta calle. Los tres Kapalikas se quedaron de una pieza junto a la carreta. Durante varios segundos nos contemplaron estupefactos y luego echaron a correr hacia nosotros gritando y agitando los brazos. Un hombre esgrimía ya en la mano lo que parecía un largo cuchillo. La carreta de bueyes se alejó traqueteando en la oscuridad.

—¡Corra! —gritó Krishna.

Tiró de mí, rasgándome la camisa. Estuve a punto de caer, y alcé los brazos al inclinarme hacia delante, pero Krishna, agarrándome por la espalda de la camisa rota, tiró de mí.

Corrimos hacia la izquierda y entramos en un callejón oscuro como boca de lobo, y torciendo de nuevo a la izquierda llegamos a un patio iluminado por un farol. Una vieja levantó la cabeza sorprendida cuando cruzamos la puerta abierta. Krishna apartó con presteza una cortina de abalorios y, saltando por entre los bultos que dormían en el suelo de una estancia a oscuras, salimos a la

parte de atrás.

Se oyeron detrás de nosotros voces y gritos mientras cruzábamos un nuevo patio. Los tres Kapalikas aparecieron en el oscuro umbral en el preciso momento en que nos metíamos por otra brecha más angosta entre dos edificios. Allí la basura nos llegaba a los tobillos y fuimos brincando y chapoteando. Incluso allí había figuras silenciosas, envueltas en sábanas, en cuclillas, acurrucadas lejos del agua que todavía caía de los aleros, formando charcos en el suelo. De hecho Krishna saltó por encima de las huesudas rodillas de una forma en cuclillas que parecía más un cadáver

que un hombre.

Yo no podía mantener su ritmo y, después de subir corriendo dos tramos de una escalera de madera, caí finalmente de rodillas en un oscuro descansillo, boqueante y sin aliento. Abajo, en el patio, los Kapalikas hablaban a gritos.

Krishna me empujó a través de una puerta abierta. En la habitación había una docena de personas en cuclillas alrededor de una fogata o acurrucados contra las agrietadas paredes. En el centro de la habitación se había hundido parte del techo, y la escayola y el cemento desprendidos habían formado

una pequeña pila sobre la que habían encendido su hoguera. Las paredes y el derruido techo estaban manchados de humo.

Krishna siseó una frase rápida en la que me pareció oír la palabra «Kali». Nadie nos miró. Los ojos mortecinos siguieron contemplando las llamas bajas.

Se oyeron pisadas en las escaleras. Un hombre gritó. Krishna me agarró fuertemente por el codo y me condujo a una pequeñísima habitación, vacía salvo por varias vasijas de bronce y una pequeña estatua de Ganesha. Una ventana abierta daba a un angosto

callejón entre unos edificios.

Krishna subió a la ventana y saltó. Yo salí al alféizar y vacilé. La calleja no tendría más de metro y medio de ancho. Y había al menos seis metros de caída a la nada, a la oscuridad. Hasta mí llegó un ruido ahogado desde donde aterrizara Krishna, pero nada más. Estaba convencido de que me resultaría imposible lanzarme a aquel pozo oscuro.

De repente pude oír a los Kapalikas gritando en la entrada de la otra habitación. Una mujer chilló. Me protegí la mano izquierda y salté.

La basura debía de tener más de dos metros de profundidad. Me hundí en ella

hasta los muslos y caí de costado sobre algo blando y repugnante. Chillaron las ratas, escurriéndose a lo largo de los muros. No veía nada. Mis piernas producían sonidos suaves y susurrantes mientras intentaba avanzar por aquel estrecho espacio. Empecé a agitarme, dominado por el pánico, a medida que me sumergía hasta la cintura en aquella masa envolvente y putrefacta.

—¡Chist!

Krishna me agarró por los hombros y me obligó a permanecer quieto. Sobre nuestras cabezas, el débil rectángulo de luz se oscureció al asomarse un hombre. Este volvió a desaparecer en la

habitación.

—¡Rápido!

Krishna me cogió por el brazo y empezamos a vadear la apestosa zanja. Me aparté del muro e intenté avanzar entre aquella viscosa basura. Agitábamos los brazos para mantener el equilibrio, pero era como vadear hundidos en el barro hasta la cintura.

De repente, detrás de nosotros alguien sacó un tablón ardiendo por la ventana de la que habíamos saltado. El hombre lo dejó caer deliberadamente sobre la basura del callejón. Rebotó una vez y prendió fuego a algunos trapos grasientos antes de apagarse. Krishna y

yo nos quedamos inmóviles. Apenas si seríamos unas sombras entre todos los montones de basura que nos rodeaban, pero uno de los Kapalikas señaló en nuestra dirección y gritó algo a los otros dos.

No sé si aquel hombre del cuchillo saltó o lo empujaron, pero gritó al caer al callejón con nosotros. La antorcha empezaba a apagarse en medio de la humedad y los desechos humanos, pero, a pesar de todo, los trapos ardiendo daban luz suficiente para mostrar centenares de peludas formas que se deslizaban, algunas tan grandes como gatos, encorvadas hacia nosotros a

través de toda aquella porquería, huyendo del humo...

Sentí que se me erizaba la piel por la repugnancia. Jamás había pensado que tal reacción fuera físicamente posible. Krishna retrocedió de un salto por donde habíamos llegado. El Kapalika se alzó como un buceador emergiendo a la superficie de una piscina. Sus brazos se agitaron y en la mano derecha centelleó el acero. Ya casi se había apagado completamente el fuego y Krishna era apenas una sombra cuando se acercó al otro hombre. Sus gruñidos eran casi inaudibles ante el creciente chillido de las ratas que huían.

Unos cuerpos gordos y húmedos me rozaron el brazo desnudo, y entonces vomité, de forma incontenible, sobre montones de hedionda oscuridad.

Arriba los dos Kapalikas se inclinaban tratando de ver, pero de nuevo en el callejón reinaba la oscuridad más absoluta. Creí ver a Krishna y al otro hombre girando con desmañado esfuerzo, dos torpes danzarines a cámara lenta. Saltaron chispas al golpear repetidamente la mano del Kapalika que sostenía el cuchillo contra el muro de mampostería. Entonces creí ver a Krishna detrás del otro hombre, tirándole del negro pelo,

obligándolo a meter la cara en la gelatinosa masa. Intenté penetrar la oscuridad y me pareció vislumbrar la rodilla de Krishna contra la espalda arqueada del Kapalika, empujándolo cada vez más y más hondo... pero de repente Krishna apareció junto a mí, y tirando de mí me alejó de la ventana.

Los dos Kapalikas desaparecieron del rectángulo iluminado sobre nuestras cabezas. Nuestros propios movimientos tenían una lentitud de pesadilla. De vez en cuando uno de nosotros quedaba inmovilizado y tenía que recurrir al cuerpo del otro como palanca para liberarse.

Había recorrido la mayor parte de la callejuela cuando una repentina idea me hizo sentir de nuevo ansias de vomitar. Delante de nosotros no se veían luces. ¿Qué pasaría si estuviéramos siguiendo un camino equivocado, hacia un muro de ladrillo o un callejón sin salida?

Pero no fue así. Otras cinco brazadas más y el callejón torció bruscamente hacia la derecha, y el nivel de inmundicias bajó. Otros quince pasos más y llegamos afuera. Salimos tambaleantes a una calle húmeda y desierta. Las ratas nos rozaban los tobillos saltando por el pánico, desaparecían chapoteando por las

alcantarillas llenas de agua de lluvia. Miré a izquierda y derecha pero no pude descubrir ni rastro de los dos Kapalikas restantes.

—Deprisa, señor Luczak —siseó Krishna. Atravesamos corriendo la calle, y moviéndonos rápidamente sobre las torcidas losas de las aceras nos hundimos en las oscuras sombras bajo las marquesinas metálicas. Fuimos pasando de una tienda a otra. De vez en cuando había bultos dormidos en los húmedos portales, pero nadie gritaba, nadie intentaba detenernos.

Doblamos una esquina y luego acortamos por otro callejón hasta una

calle bastante más ancha, donde un camión desaparecía en ese momento de la vista. En aquel lugar había farolas, y de numerosas ventanas salía un resplandor de luz eléctrica. Sobre nuestras cabezas ondeaba una bandera roja a impulso de la brisa. Podía oír el ruido de la circulación que llegaba de las calles cercanas.

Nos detuvimos un minuto en la oscura entrada de una tienda que tenía echados cierres y persiana. Ambos estábamos jadeando, encogidos por el dolor del esfuerzo, pero el afilado rostro de Krishna tenía la máscara de gozo jubiloso y sanguinario que ya había

advertido aquella primera noche en el autocar. Empezó a hablar, volvió a tomar aliento y se enderezó.

—Ahora le dejaré, señor Luczak —dijo.

Me quedé mirándolo. Tenía unidas las yemas de los dedos y, tras una ligera inclinación, dio media vuelta para alelarse. Sus sandalias chapoteaban suavemente en los charcos.

—¡Espere! —grité. No se detuvo—. Sólo un minuto. ¡Eh! —Prácticamente había desaparecido ya entre las sombras.

Di un paso hacia delante bajo el pálido círculo de la luz de la farola.

—¡Deténgase! ¡Deténgase, Sanjay!

Se detuvo. Luego, volviéndose, avanzó dos pasos lentos en mi dirección. Sus largos dedos parecieron crisparse.

—¿Qué ha dicho, señor Luczak?

—Sanjay —repetí, pero esta vez en un susurro—. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

Permaneció allí plantado, un basilisco con una demencial corona de pelo oscuro enmarcando su terrible mirada. Entonces apareció la sonrisa y se amplió hasta algo mucho peor que la mueca de un tiburón. Era la expresión de un vampiro hambriento.

—Estoy en lo cierto, ¿verdad,

Sanjay? —Callé para recobrar el aliento. No tenía ni idea de lo que debería decir a continuación. Pero tenía que decir algo, cualquier cosa, para mantenerle a raya—. ¿Cuál es su juego, Sanjay? ¿Qué coño está pasando?

Permaneció inmóvil durante varios segundos, y yo casi esperé un ataque silencioso, sus largos dedos buscando mi garganta. En lugar de ello echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír.

—Sí, sí, sí —dijo—. Hay muchos juegos, señor Luczak. Éste todavía no ha terminado. Adiós, señor Luczak.

Y dando media vuelta desapareció en la oscuridad.



14

Calcuta es una terrible losa
en mi corazón.

SUNIL GANGOPADHYAY

Si hubiera encontrado antes un taxi...

Si hubiese ido directamente al hotel...

Me costó casi una hora regresar al hotel. Al principio deambulé de calle en calle, ocultándome entre las sombras, quedándome inmóvil cuando veía a alguien caminando hacia mí. En una ocasión corrí a través de un patio desierto para alcanzar una calle más ancha de la que me llegaban los ruidos de la circulación.

Un hombre surgió de un portal en sombras ante mí. Di un grito, un salto hacia atrás y levanté los puños con un ademán instintivo. Volví a chillar cuando mi meñique intentó doblarse con el resto de la mano izquierda. El hombre, un viejo harapiento con un pañuelo rojo

alrededor de la frente, retrocedió vacilante mientras balbuceaba «Baba», y lanzó su propio alarido de miedo. Ambos abandonamos el patio en distintas direcciones.

Salí a una avenida por la que circulaban camiones y coches particulares sorteando a los ciclistas, y la mayor bendición de todas, un autobús del servicio público avanzando lentamente calle abajo. En mi anhelo por abordarlo golpeé el flanco del vehículo. El conductor se me quedó mirando mientras yo le soltaba un montón de monedas. Con las *paisas* necesarias y el dinero americano que dejé allí cubriría

con toda seguridad su salario de varios días.

El autobús iba atestado y yo me escurrí entre los pasajeros que iban de pie para hacerme con el lugar menos visible desde la calle. No había agarraderas. Me aferré a una barra de metal y seguí colgado de ella mientras el traqueteante autobús cambiaba de marchas y avanzaba como un caracol de parada en parada. Durante un rato caí en un estado de sopor. La sobrecarga de las últimas horas me había dejado bloqueado a toda sensación, salvo al deseo de permanecer allí plantado y encontrarme a salvo... Habíamos dejado

atrás muchas manzanas antes de que me diera cuenta de que a mi alrededor se había abierto un gran espacio y que todo el mundo me miraba.

«¿No habéis visto nunca antes a un americano?», me dije, mirándolos a mi vez. Luego eché un vistazo a mi aspecto. Mi ropa estaba empapada y apestaba a la innombrable porquería en la que había estado zambullido. Tenía al menos dos desgarrones en la camisa y nadie hubiera sido capaz de pensar que alguna vez había sido blanca. Llevaba heces adheridas a los brazos desnudos y el antebrazo derecho todavía hedía a mi propio vómito. El meñique de la mano

izquierda presentaba un ángulo inverosímil. Por la forma en que me dolían la frente y las sienes debía de tener una enorme herida, y las cejas, párpados y mejillas aparecían también adornadas con sangre seca. No cabía la menor duda de que mi pelo y expresión tenían un aspecto más demencial que el de Krishna en sus peores momentos.

—Hey —dije con un desmayado gesto de la mano.

Las mujeres se cubrieron la cara con el san y todo aquel gentío siguió retrocediendo hasta que el conductor les gritó que no le acorralaran.

Entonces tuve una idea. ¿Dónde

diablos estaba? Por lo que yo sabía aquél podía ser muy bien el expreso nocturno a Nueva Delhi. En todo caso existían grandes posibilidades de que estuviera yendo en dirección equivocada.

—¿Habla alguien inglés? —pregunté.

Los asustados pasajeros seguían apretujándose lejos de mí. Inclinándome, miré a través de las ventanillas enrejadas. Al cabo de algunas manzanas vi la fachada iluminada con neón de una especie de hotel o café. Delante de él había aparcados taxis negros y amarillos.

—¡Pare! —grité—. ¡Bajaré aquí! —Me abrí paso entre el gentío, que se apartaba de buena gana. El conductor se detuvo en mitad de la calle con un chirrido de frenos. No había puerta que abrir. La muchedumbre se apartó para dejarme pasar.

Discutí con los taxistas durante varios minutos antes de recordar que todavía tenía mi cartera. Los tres taxistas, después de echarme un vistazo, decidieron que no valía la pena perder su tiempo. Entonces decidí sacar la cartera y enarbolar un billete de veinte dólares. De súbito los tres se pusieron a

sonreír, a hacer reverencias y a abrir las portezuelas de sus taxis para mí. Me instalé en el primero, dije «Gran Hotel Oberoi» y cerré los ojos. Nos lanzamos con gran estruendo por las calles relucientes a causa de la lluvia.

Minutos después me di cuenta de que todavía llevaba mi reloj de pulsera. Resultaba difícil leer la esfera pero lo logré cuando pasamos por un cruce bien iluminado. Marcaba las once y veintiocho minutos... ¿Sería posible? ¿Sólo habían transcurrido dos horas desde que el coche me llevara junto a Das? Desde ese momento había transcurrido toda una vida. Di unos

golpecitos sobre el cristal, pero la otra mano seguía latiendo sin cesar.

—¡Deprisa! —dije al taxista.

—¡*Atcha*!—repuso feliz.

Ninguno de los dos había entendido al otro.

El ayudante del director se me quedó mirando horrorizado cuando entré en el vestíbulo. Levantó la mano.

—¡Señor Luczak!

Le hice un ademán de salutación y entré en el ascensor. Empezaban a desvanecerse la adrenalina y la insensata euforia, siendo sustituidas por náuseas, fatiga y dolor. Me recosté en la

pared del ascensor, sujetándome la mano izquierda. ¿Qué le diría a Amrita? Mis ideas discurrían perezosas y decidí contarle sencillamente que me habían atracado. Algún día le contaría el resto de la historia. Tal vez.

Era medianoche, pero en el vestíbulo superior había gente. Nuestra puerta estaba abierta y parecía como si se estuviera celebrando una reunión. Entonces vi el correaje Sam Browne de dos policías y la barba y el turbante familiares del inspector Singh. «Amrita había llamado a la policía. Le dije que estaría de vuelta en treinta minutos.»

Varias personas se volvieron y el

inspector Singh se acercó a mí. Empecé a inventar detalles sobre el atraco, nada serio, para evitar que tuviéramos que quedarnos en Calcuta un solo día más, y saludé casi con cordialidad al policía.

—¡Inspector! ¿Quién ha dicho que nunca hay un policía cerca cuando se le necesita?

Singh no dijo palabra. Y entonces mi mente exhausta captó la escena. Otros huéspedes del hotel pululaban por allí, mirando hacia la puerta abierta de nuestra habitación. «La puerta abierta.» Olvidándome del inspector corrí a la habitación. No sé lo qué esperaba encontrar pero los latidos de mi corazón

se calmaron cuando vi a Arnrita sentada en la cama hablando con un agente que tomaba notas.

El alivio hizo que me desplomara contra la puerta. Todo estaba en orden. Luego Amrita me miró; y ante la pálida y controlada calma de su rostro absolutamente inexpresivo pude darme cuenta de que no todo estaba en orden ni mucho menos. Acaso jamás volviera a estarlo.

—Se han llevado a Victoria —dijo Amrita—. Han secuestrado a nuestra niña.

—¿Por qué la dejaste entrar? Te

advertí que no dejaras entrar a nadie. ¿Por qué la dejaste entrar?

Había realizado ya por tres veces la misma pregunta. Y Amrita había contestado las tres. Me había deslizado hasta el suelo, donde me encontraba sentado con la espalda contra la pared. Tenía los antebrazos apoyados sobre las rodillas alzadas, y el dedo roto se destacaba blanquecino. Amrita se encontraba sentada, erguida en la cama con una mano sobre la otra. El inspector Singh había tomado asiento en una silla cercana de recto respaldo y nos observaba a ambos. La puerta que daba al vestíbulo estaba cerrada.

—Me dijo que venía a devolverme la tela —contestó Amrita—. Quería que las cambiásemos. Tú y yo nos íbamos por la mañana.

—Pero... Dios Santo, pequeña... —Callé y bajé el rostro.

—Tú no me dijiste que no hablara con ella, Bobby. Conocía a Kamakhya.

El inspector Singh se aclaró la garganta.

—Sin embargo, era muy tarde, señora Luczak. ¿No sintió cierta inquietud?

—Sí —contestó Amrita, volviéndose hacia el inspector—. Abrí con la cadena y le pregunté por qué

venía tan tarde. Ella me explicó... parecía incómoda, inspector... que no le había sido posible salir de su casa hasta que su padre se hubo dormido. Dijo que antes había telefoneado dos veces.

—¿Y lo había hecho, señora Luczak?

—El teléfono sonó dos veces, inspector. Bobby me había ordenado que no contestara y así lo hice.

Los dos se me quedaron mirando. Sostuve la mirada de Singh. La de Amrita me fue imposible.

—¿Está seguro de que no necesita asistencia médica, señor Luczak? Hay un médico de guardia en este hotel...

—No, estoy seguro.

Pasados los primeros minutos, cuando Singh me preguntó qué me había pasado, desembuché toda la historia. Mi relato no debió de ser muy coherente, pero no omití nada salvo el hecho de que había sido yo quien entregara la pistola. El inspector Singh asentía mientras tomaba notas como si todas las noches escuchara historias semejantes.

No importaba.

Se volvió hacia Amrita.

—Siento tener que volver sobre lo mismo, señora Luczak, pero ¿puede calcular el tiempo que estuvo fuera de la habitación?

Amrita tembló levemente bajo su

control glacial y pude darme cuenta de que en su interior era presa de la histeria y el dolor. Ansiaba ir junto a ella y abrazarla. No hice nada.

—Un minuto, inspector. Tal vez ni siquiera tanto. Estaba hablando con Kamakhya cuando, de repente, me sentí muy mareada. Excusándome fui al cuarto de baño para mojarme la cara con agua fría y en seguida volví. Quizá unos cuarenta y cinco segundos.

—¿Y la niña?

—Victoria... Victoria estaba dormida ahí. En la cama cerca de las ventanas... Utilizamos... utilizamos las almohadas y el almohadón para una

especie de... le gusta dormir bien arropada, inspector. Le gusta tener la cabeza apoyada en algo. Y con el almohadón ahí no podía escurrirse.

—Ya.

Me puse en pie y caminé hasta el pie de la cama de Amrita. A cualquier parte, con tal de no ver la otra cama con su círculo de almohadas vacío y la manta blanca y azul de Victoria, todavía arrugada y húmeda allí donde se la había llevado a la cara mientras dormía.

—Ya ha oído antes todo esto, inspector —intervine—. ¿Cuándo va a dejar de hacer preguntas y empezar a buscar al... a la persona que se ha

llevado a nuestra hija?

Singh me dirigió una mirada sombría. Recordé el dolor en los ojos de Das y entonces comprendí mucho mejor que acaso no haya límite para el dolor.

—Ya estamos buscando, señor Luczak. Han sido notificadas todas las fuerzas de la policía metropolitana. En el hotel nadie vio marchar esa mujer. En la calle las gentes no recuerdan haber visto a semejante persona llevando en brazos a una criatura o un bulto. He enviado un coche a la dirección que la señora Luczak recuerda que le dieron en la tienda de saris. Y como puede ver

hemos instalado líneas telefónicas extra en las habitaciones contiguas para que podamos recibir comunicaciones a fin de que su teléfono quede libre.

—¿Que quede libre? ¿Para qué?

Singh bajó la vista, recorrió con el pulgar la línea perfecta de sus pantalones y luego la alzó de nuevo.

—Por si hubiera una petición de rescate, señor Luczak. Hemos de presumir que haya un elemento de rescate.

—¡Ah! —musité dejándome caer pesadamente sobre la cama. Aquellas palabras cayeron sobre mí como cuchillas aceradas que hubiera de

tragarme—. Comprendo. Muy bien. —Cogí la mano de Amrita. La tenía helada y sin vida—. Pero ¿qué hay de los Kapalikas? —pregunté.— ¿Y si estuvieran implicados?

Singh asintió.

—También estamos comprobando eso, señor Luczak. Tenga en cuenta que es muy tarde.

—Pero ya le he dado la descripción de la zona industrial donde me reuní con Das.

—Sí, y ello ha sido de una gran ayuda. Pero debería comprender que cerca del Hooghly, en la vieja Calcuta, hay infinidad de lugares semejantes. Y

todos ellos son de propiedad privada. Muchos pertenecen a extranjeros. ¿Está seguro de que ese lugar está cerca del río, señor Luczak?

—No. No del todo.

—¿Y no recuerda detalle alguno? ¿Ningún nombre de calle? ¿Alguna referencia fácilmente identificable?

—No, tan sólo las dos chimeneas. Era un barrio bajo...

—¿Advirtió alguna señal de que se tratara del domicilio permanente de aquellos hombres? ¿Algún indicio de que vivieran allí habitualmente ?

Fruncí el entrecejo. Aparte de la mísera estantería que contenía las

pertenencias de Das no había visto en ningún momento semejante indicio.

—Estaba el ídolo —dije finalmente—. Utilizaban aquel lugar como templo. El ídolo no debe de ser muy fácil de transportar.

—¿El ídolo que andaba? —preguntó Singh. Si hubiera notado el más leve rastro de sarcasmo me hubiera lanzado sobre él a pesar del dedo roto, oí.

—Y no sabemos si están implicados, ¿no es así, señor Luczak?

Me sujeté con cuidado la mano y lo miré furioso.

—Ella es sobrina de M. Das, inspector. Tiene que estar implicada de

algún modo.

—No.

—¿Qué quiere decir «no»?

Singh sacó una pitillera de oro. Era la primera vez que veía a alguien en la vida real dar unos golpecitos con el cigarrillo antes de encenderlo.

—Quiero decir que no, que no es la sobrina de M. Das —respondió.

Amrita lanzó una exclamación entrecortada, como si alguien la hubiera abofeteado. Yo me quedé mirando al inspector.

—Usted dijo, señora Luczak, que la señorita Kamakhya Bharati era la sobrina del poeta M. Das. La hija de la

hermana pequeña de M. Das, según ella misma le había dicho. ¿Es correcto?

—Sí.

—Das no tenía hermanas, señora Luczak. Al menos ninguna que sobreviviera a la infancia. Tenía cuatro hermanos con vida, todos ellos granjeros, todos ellos ciudadanos de la misma aldea en Bangladesh. Verá, yo fui uno de los agentes encargados del caso cuando la desaparición del señor Das durante ocho años. Conozco bien su historial. Si cuando hablamos, señor Luczak, me hubiera mencionado que esa mujer se había puesto en contacto con ustedes, le hubiera informado sobre ello.

Singh lanzó una bocanada de humo y se quitó de la lengua una brizna de tabaco. Sonó el teléfono.

Todos nos quedamos mirándolo. Era uno de los teléfonos extra.

Contestó Singh.

—¿*Ha*? —Hubo un largo silencio—. Shukriya —dijo finalmente, para añadir luego—: Muy bien, sargento.

—¿De qué se trata? —pregunté.

El inspector Singh aplastó su cigarrillo y se puso en pie.

—Me temo que poco podemos hacer esta noche. Volveré por la mañana. Mis hombres se quedarán en las habitaciones contiguas. Cualquier llamada a la

habitación de ustedes será registrada por un agente destacado abajo, en la centralita. El que ha llamado era mi sargento. La dirección que Kamakhya Bahrati diera en la tienda era, naturalmente, falsa. Volvió a la tienda para recoger en persona la tela. Mis hombres necesitaron algún tiempo para localizar el número de la calle que ella había dado en la tienda, ya que la dirección corresponde a un lugar donde hay pocos edificios. —Vaciló y luego me miró—. La dirección que dio es un lavadero —dijo—. Un lavadero y un lugar de cremación.

Durante las horas y días que

siguieron Amrita fue, sin duda alguna, la más valiente y activa de los dos. Después de que Singh se fuera me habría quedado sentado en la cama durante horas de no haberse hecho cargo Amrita de la situación, obligándome a despojarme de mis apestosas ropas y entablillándome el dedo roto lo mejor que pudo mediante el mango de un cepillo de dientes pequeño. Volví a vomitar cuando me encajó el dedo, pero en el estómago ya no me quedaba nada y las arcadas secas se habrían transformado pronto en sollozos de furia y frustración de no haberme empujado Amrita a la ducha. El agua estaba tibia y

no tenía presión, pero fue algo maravilloso. Permanecí allí durante media hora, y de hecho me quedé de vez en cuando dormido, dejando que el flujo del agua arrastrara recuerdos y terrores. Sólo un ardiente rescoldo de tristeza y confusión seguía ardiendo en el fondo de mi fatiga, mientras me ponía ropa de algodón limpia y me reunía con Amrita para una vigilia silenciosa.

El amanecer del martes nos encontró sentados uno junto al otro contemplando cómo el sol de Calcuta proyectaba una luz gris y débil a través de las cortinas abiertas. Con la primera claridad llegaron hasta nosotros las campanas de

los templos, las de los tranvías, los gritos de los vendedores y los diversos sonidos callejeros.

—Estará bien —decía yo a intervalos—. Sé que lo estará, pequeña. Estará muy bien.

Amrita permanecía muda.

El teléfono sonó exactamente a las cinco treinta y cinco de la mañana. Era el de nuestra habitación. Atravesando la habitación me precipité sobre él.

—¿Hola? —Me pareció sentir en la línea una extraña profundidad. Era como si estuviera hablando dentro de una cueva en la tierra.

—¿Hola? ¿Hola? Señor Luczak, ¿me

oye?

—Sí. ¿Con quién hablo?

—¿Hola? Soy Michael Leonard Chatterjee, señor Luczak.

—¿Y bien?

«¿Eres el intermediario? ¿Estás implicado, hijo de puta?»

—La policía vino a mi casa durante la noche, señor Luczak. Me hablaron de la desaparición de su hija.

—¿Y?

Si se hubiese tratado de una llamada de condolencia le habría colgado. Pero no lo era en modo alguno.

—La policía me despertó, señor Luczak. Despertaron a mi familia.

Vinieron a mi casa. Parece que creen que estoy en cierto modo involucrado en el suceso. Me interrogaron en plena noche, señor Luczak.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Estoy llamando para protestar enérgicamente por semejante desprestigio de mi persona e invasión de mi intimidad —dijo Chatterjee—. No debió haberles dado mi nombre, señor Luczak. Soy una persona de cierta importancia en esta comunidad. No permitiré semejantes difamaciones de mi persona, señor. No tiene usted derecho.

—¿Cómo? —Fue la única palabra que logré articular.

—No tiene derecho, señor. Y se lo advierto, cualquier acusación que pueda usted formular, cualquier mención de mi nombre, cualquier implicación del Sindicato de Escritores en sus problemas personales, serán causa de acciones legales por parte de mi abogado, señor Luczak. Se lo advierto, señor.

Hubo un ruido sordo al colgar Chatterjee. La línea siguió silbando y haciendo ruidos durante varios segundos, y luego se oyó un segundo golpe al colgar el policía de la centralita. Amrita estaba de pie junto a mí, pero durante un segundo me fue

imposible hablar. Permanecí allí plantado apretando el auricular como si fuera el cuello de Chatterjee. Mi furia alcanzando ese punto en que estallan las venas o se rompen los tendones.

—¿Qué pasa? —preguntó Amrita sacudiéndome el brazo. Se lo conté.

Amrita hizo un ademán de asentimiento. Como quiera que fuese aquella llamada telefónica pareció revitalizarla, impulsándola a la acción. En primer lugar, y utilizando los teléfonos extra, llamó a su tía de Nueva Delhi. Su tía no conocía a nadie en Bengala, pero tenía amigos que a su vez los tenían en el *Lok Sabha*, una de las

casas del gobierno. Amrita se limitó a comunicarle el secuestro y a pedirle ayuda. Yo no podía imaginar siquiera en qué consistiría la ayuda, pero el mero hecho de que Amrita actuara hizo que me sintiera mejor.

A continuación telefoneó al hermano de su padre en Bombay. Su tío era también propietario de una empresa constructora y hombre con cierta influencia en la costa oeste del subcontinente. Aun cuando una sobrina que no había visto desde hacía una década le hubiera despertado de un profundo sueño afirmó que cogería el primer avión a Calcuta. Amrita le dijo

que no lo hiciera, al menos por el momento, pero le pidió que se pusiera en contacto con toda autoridad bengalí que pudiera ser de alguna ayuda. Su tío prometió hacerlo y mantenerse en contacto.

Yo permanecía sentado, escuchando las elegantes frases en hindi y mirando a mi mujer como si fuera una extraña. Cuando después Amrita me comunicó el resultado de sus llamadas me sentí tranquilizado, como un niño al oír a los adultos conversar con otros adultos sobre cuestiones importantes.

Antes de la llegada del inspector Singh, a las ocho y media de aquella

mañana, Amrita había llamado a los tres hospitales más importantes de Calcuta. No, no, durante la noche no había ingresado ninguna niña americana o de tez clara que se ajustara a su descripción.

Entonces telefoneó al depósito de cadáveres.

Yo hubiera sido incapaz de hacer aquella llamada. No habría podido permanecer allí, de pie, como ella, con la espalda erecta, la voz firme y preguntando a algún extraño somnoliento si durante la tenebrosa noche de Calcuta había llegado allí el cuerpo de mi hija.

La respuesta fue negativa.

Sólo después de que hubo dado las gracias y colgado el teléfono, vi iniciarse el temblor en las piernas de Amrita y subirle por el cuerpo hasta que sus manos se agitaron hasta tal punto que hubo de cubrirse la cara con ellas. Me acerqué a ella y la abracé. No disminuyó su tenso control, aún no, pero dejó caer la cabeza en el hueco de mi cuello, y nos mecimos juntos sin decir palabra, nos mecimos juntos con la pena y el dolor compartidos.

El inspector Singh no traía noticias.

Se sentó a la pequeña mesa redonda de la habitación y tomó café con

nosotros. Hombres tocados con cascos entraban y salían, entregando papeles, recibiendo instrucciones.

Singh nos dijo que se había dado aviso a los agentes de seguridad del aeropuerto y la estación ferroviaria. ¿Teníamos una fotografía de la niña? Yo la tenía. Era de hacía dos meses. Por entonces Victoria tenía mucho menos pelo. Y sus rasgos estaban menos marcados. Debajo de sus piernas con hoyuelos podía ver la manta naranja, una pieza olvidada de aquella lejana y despreocupada excursión del Memorial Day. Me deprimía tener que entregar la foto.

Singh hizo más preguntas, nos dio esperanzas y se fue. Un flaco sargento de policía asomó la cabeza para recordarnos en un inglés tartajoso que estaría en la habitación contigua. Asentimos.

Fue transcurriendo el día. Amrita hizo que nos llevaran el almuerzo. Ninguno de los dos comió. Tomé dos largas duchas, dejando abierta la puerta para poder oír a Amrita o el teléfono. Mi cuerpo apestaba todavía a la porquería de la noche anterior. Estaba tan agotado que me sentía desconectado de mi cuerpo. Mis pensamientos giraban sin cesar como una cinta interminable.

«Si no me hubiera ido.»

«Si no hubiera subido al coche.»

«Si hubiera regresado más pronto.»

Cerré el grifo y golpeé con el puño los azulejos.

Singh regresó a las tres de la tarde con otros dos agentes de la policía metropolitana. Uno de ellos no hablaba inglés. El otro, en alguna parte, había adquirido un acento *cockney*. Su informe no aportó ayuda alguna.

En la Universidad no había ningún profesor llamado M. T. Krishna. Durante la última década cinco maestros habían dado clases en ella. Dos estaban

jubilados. Los otros dos estaban en la cincuentena. Uno de ellos era mujer.

No figuraba ningún Krishna afiliado a la Fundación Educativa de los Estados Unidos en India. En realidad no había oficina de tal fundación en Calcuta. La rama más próxima se encontraba en Madras. Se había consultado telefónicamente, pero en Madras nadie tenía información alguna sobre un tal Krishna o Sanjay. No se había enviado a nadie a recibirnos al aeropuerto de Calcuta. La fundación no tenía la menor idea de que yo me encontrara en el país.

En la Universidad de Calcuta había muchos estudiantes llamados Sanjay.

Hasta el momento ninguno de los que habían sido interrogados por la policía respondían a la descripción que yo les había facilitado. Los agentes seguían intentándolo, pero podían pasar varías semanas antes de que se hubieran puesto en contacto con todos los Sanjay matriculados. Había que tener en cuenta que estaban disfrutando de las vacaciones de mitad de curso.

Se había confirmado que un tal Jayaprakesh Muktanandaji había estudiado en la Universidad, pero durante el curso anterior no se había matriculado. Sin embargo, un camarero del café de la Universidad había visto a

Muktanandaji hacía sólo dos días.

—Eso ha sido después de que lo encontrara allí —dije.

Así parecía. Muktanandaji había enseñado a su amigo el camarero un billete de tren que había comprado. Había comentado que se iba a casa, a su aldea de Anguda. Desde entonces el camarero no había vuelto a ver al joven. Singh había telefoneado al Comisario de Jamshedpur, quien a su vez telegrafió al jefe provincial de policía de Durgalapur. Este último iba a desplazarse a Anguda para buscar a Muktanandaji y llevarlo consigo a Durgalapur para interrogarle.

Tendríamos noticias suyas hacia la última hora del miércoles.

—¿Mañana?

—Sí, señor Luczak. Es una aldea remota.

En la guía telefónica de Calcuta figuraban muchas familias Barahti. Ninguna de las que habían sido visitadas tenía una hija en la veintena llamada Kamakhya. Después de todo el nombre era muy poco corriente.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Luego se lo explicaré —dijo Singh.

Se había entrado en contacto con confidentes de los bajos fondos

goondas. Hasta el momento no se había recibido información útil alguna, pero seguían los contactos. Al parecer la policía estaba interrogando a miembros del Sindicato de Mendigos.

Al oír aquello el estómago se me contrajo.

—¿Y qué pasa con los Kapalikas? —pregunté.

—¿Qué dice? —preguntó el otro inspector. Singh murmuró algo en bengalí y luego se volvió de nuevo hacia mí.

—Tiene que comprender, señor Luczak, que la Sociedad Kapalika sigue siendo, al menos técnicamente, un mito.

—Tonterías —repliqué—. No es mito el que alguien intentara matarme anoche. Y no es mito el que nuestra pequeña haya desaparecido.

—No —convino Singh—. Pero aún no tenemos pruebas evidentes de que los *thugees, goondas* o los llamados Kapalikas estén involucrados. Y la cuestión se complica todavía más con el hecho de que elementos criminales diversos recurran a menudo a una forma corrupta de misticismo tántrico, invocando con frecuencia a deidades locales, en este caso Kali, a fin de impresionar a sus iniciados o aterrar al pueblo llano.

—Hum —dije.

Amrita se cruzó de brazos y contempló a los tres hombres.

—¿De manera que no pueden darnos ninguna noticia alentadora? —preguntó.

Singh lanzó una mirada a los otros dos.

—No, no hemos progresado.

Amrita asintió con la cabeza y cogió el teléfono.

—Sí. Hola. Les hablo desde la habitación seiscientos doce. ¿Haría el favor de ponerme en comunicación con la embajada americana en Nueva Delhi? Sí, es muy importante. Gracias.

Los tres hombres parpadearon. Los

acompañé a la puerta mientras Amrita esperaba al teléfono. En el vestíbulo los otros dos policías se alejaron mientras yo retenía un momento a Singh.

—¿Por qué es tan poco corriente el nombre de Kamakhya Bahrati?

Singh se alisó el bigote.

—Kamakhya no es... un nombre corriente en Bengala.

—¿Y por qué?

—Es un nombre religioso. Un aspecto de... de Parvati.

—Quiere decir de Kali.

—Sí.

—¿Y por qué es tan poco común, inspector? Hay muchos Ramas y

Krishnas.

—Sí —repuso Singh sacudiéndose la ceniza del puño de su camisa. Centelleó el brazalete de acero que llevaba en la muñeca—. Sí, pero el nombre de Kamakhya, o su variante Kamaksi, está asociado con un aspecto escasamente atractivo de Kali adorado en un tiempo en el gran templo de Assam. Algunas de sus ceremonias eran en extremo malsanas. Hace algunos años que el culto fue declarado ilegal. El templo está abandonado.

Asentí. Aquellas noticias distaban mucho de sorprenderme. Volví a la habitación y esperé con calma a que

Amrita terminara su llamada. Y durante todo ese tiempo iba creciendo en mi interior una risa demencial, mientras bramidos de furia se agolpaban en espera de que les diera salida.

Alrededor de las cinco de la tarde de aquel día interminable bajé al vestíbulo. Se había ido apoderando de mí una sensación de claustrofobia que me hacía difícil respirar. Pero en el vestíbulo la cosa no fue mejor. Compré un cigarro en la tienda de regalos, pero el empleado no apartaba los ojos de mí y la mirada compasiva del ayudante del director me parecía casi de

resentimiento. Imaginé que una pareja musulmana que se encontraba en el vestíbulo hablaba en voz baja de mí, y luego varios camareros salieron del Café del Jardín para señalarme y mirar en mi dirección.

Me retiré presuroso al sexto piso, subiendo a toda marcha las escaleras para quemar energías. La costumbre inglesa de llamar primer piso al segundo me dio un tramo suplementario de ejercicio. Cuando llegué al vestíbulo de nuestro piso jadeaba y sudaba intensamente. Amrita corrió hacia mí.

—¿Alguna noticia? —pregunté.

—Acabo de recordar algo

importante —dijo intentando recobrar el aliento.

—¿Y qué es?

—¡Abe Bronstein! Krishna nos mencionó a Abe Bronstein cuando aquella primera noche salíamos del aeropuerto. Krishna debe de tener alguna relación con la fundación o con alguien.

Amrita fue a hablar con el sargento de policía que se encontraba en la 614 mientras que yo hacía una llamada telefónica a Estados Unidos. Aun cuando el policía en la centralita hizo todo lo posible por aligerar las cosas, pasaron treinta minutos antes de que nos dieran

línea transatlántica. Algo en mí estuvo a punto de derrumbarse al escuchar el familiar gruñido desde Nueva York.

—¡Buenos días, Bobby! ¿Desde dónde diablos llamas? Parece como si lo estuvieras haciendo desde la luna con una emisora de radioaficionado.

—Escucha, Abe. Por favor, escucha.

Le conté lo más rápido que pude la desaparición de Victoria.

—Uf, mierda —gimió Abe—. Mierda, mierda, mierda.

Incluso a través de los quince mil kilómetros de mala conexión pude sentir el dolor en su voz.

—Escucha, Abe, ¿puedes oírme?

Uno de los sospechosos en todo este asunto es un tipo llamado Krishna... M. T. Krishna... pero creemos que su verdadero nombre es Sanjay, no sabemos qué más. El jueves pasado fue a recibirnos al aeropuerto. ¿Puedes oírme? Bien, ese Krishna dijo que trabajaba para la Fundación Educativa de Estados Unidos y acudió a recibirnos como un favor a su jefe. Ni Amrita ni yo podemos recordar cuál dijo que era el nombre de su jefe. Pero también mencionó tu nombre, Abe. Mencionó específicamente tu nombre. ¿Me oyes?

—Shah —dijo Abe entre ecos sordos.

—¿Cómo?

—Shah. A. B. Shah. Le envié un cable cuando salisteis y le pedí que os echara una mano si lo necesitabais.

—Shah —repetí, anotándolo rápidamente—. Formidable. ¿Dónde podemos ponernos en contacto con él, Abe? ¿Figura en la guía de Calcuta?

—No, Bobby, no vive en Calcuta. Shah es un editor del *Times of India*, pero también trabaja como asesor cultural para la fundación en Nueva Delhi. Lo conocí hace varios años, cuando enseñaba en Columbia. Pero jamás oí hablar de ese Krishna hijo de puta.

—Gracias, Abe, has sido de una gran ayuda.

—Maldición, Bobby, lo siento muchísimo. ¿Cómo lo soporta Amrita?

—Fantásticamente. Es una roca, Abe.

—Aaahh. Todo saldrá bien, Bobby. Tienes que creerlo. Rescatarán a Victoria. Estará perfectamente.

—Sí.

—Manténme informado de la marcha de las cosas. Estaré en casa de mi madre. Tienes el número, ¿verdad? Dime si puedo ayudar en algo. Maldición. Todo irá bien, Bobby.

—Adiós, Abe. Y gracias.

Amrita no sólo había informado a Singh, sino que se había puesto en contacto telefónico con los tres periódicos más importantes de Calcuta. Dio instrucciones en un hindi perentorio.

—Deberíamos haber hecho esto antes —dijo cuando dejó el teléfono—. Ahora no aparecerá hasta la edición de mañana. —Amrita había reservado media página en cada uno de los periódicos. Unos mensajeros recogerían copias de la fotografía que habíamos facilitado a la policía. Había una recompensa de diez mil dólares por cualquier información que pudiera ayudar a resolver el caso. Y una

recompensa de cincuenta mil dólares por la devolución de Victoria sana y salva. No se harían preguntas.

—¡Dios mío! —exclamé alelado—. ¿De dónde sacaremos cincuenta mil dólares?

Amrita miró por la ventana el caos nocturno de la calle.

—Hubiera ofrecido el doble —dijo—. Pero entonces sería casi un millón de rupias. Esta cantidad resulta en cierto modo más creíble, más incitante para los codiciosos.

Sacudí la cabeza. No me sentía capaz de pensar en nada. Llamé rápidamente a Singh y le di la

información sobre Shah. Prometió ocuparse de ello inmediatamente.

Dormité durante una hora más o menos. No tenía intención de hacerlo, pero en un instante me encontraba sentado en la silla junto a la ventana, viendo desvanecerse la pálida luz del crepúsculo, y un minuto después alcé violentamente la cabeza y era de noche y una fuerte lluvia martilleaba los cristales. Uno de los teléfonos que había instalado la policía estaba sonando. Amrita acudió corriendo desde el vestíbulo, pero yo llegué antes.

—¿Señor Luczak? —Era el inspector Singh—. Pude ponerme en

contacto con el señor Shah en su casa de Nueva Delhi.

—¿Y?

—En efecto, recibió un cable de su señor Bronstein. El señor Shah siente un gran respeto por su amigo y de inmediato envió a uno de sus subordinados de la fundación, un joven llamado R.L. Dhavan, para que viajara hasta aquí con el fin de ofrecerle sus servicios como guía e intérprete.

—¿Que lo envió? ¿Quiere decir desde Delhi a Calcuta?

—Exactamente.

—Entonces, ¿dónde está?

—Eso es lo que el señor Shah

empezaba a preguntarse. Lo que todos nos preguntábamos. Pedimos una descripción minuciosa del aspecto de ese caballero y de cómo iba vestido la última vez que fue visto.

—¿Y?

—Y al parecer, señor Luczak, el señor Dhavan ha estado todo el tiempo entre nosotros. Su cuerpo se encontró metido en un baúl en la estación de Howrah el jueves pasado por la tarde.

Poco después de las diez de la noche hubo un corte de electricidad. En el exterior, la tormenta monzónica había adquirido un grado de ferocidad que yo

jamás había conocido. A breves intervalos los relámpagos cortaban la noche e iluminaban mejor la habitación que las dos velas que un mozo nos trajera. Las calles quedaron anegadas a los pocos minutos de iniciarse el diluvio y el aterrador aguacero empeoraba a cada hora que pasaba. No se veían luces más arriba, en Chowringhee. Me preguntaba cómo sobrevivirían en noches como aquéllas los millones de personas agazapadas en sus chozas de arpillera y todas las gentes sin chozas que pernoctaban en las calles.

«Victoria está allí fuera, en alguna parte.»

Gemí en voz alta recorriendo la habitación. Descolgué un teléfono y luego otro para llamar a Singh. No había línea.

El ayudante del director subió para explicárselo al somnoliento policía que se encontraba en la habitación contigua y para presentarnos sus excusas. Miles de teléfonos de la zona se encontraban en la misma situación. Había enviado a un mensajero a la compañía telefónica, pero las oficinas estaban cerradas. Nadie sabía cuándo se reanudaría el servicio. A veces tardaba días.

Una vez que el empleado se hubo ido saqué toda nuestra ropa del armario

y la colgué en la barra de la ducha, en el cuarto de baño.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Amrita. Su voz era confusa. Llevaba más de cuarenta horas sin dormir. Tenía los ojos sombríos y tristes.

No dije palabra, pero saqué la pesada barra de madera que sirviera para colgar las perchas. Medía más de un metro de largo y la sentía entre las manos agradablemente sólida. La coloqué en vertical, detrás de un silla y cerca de la puerta. Fuera estalló un relámpago y por un segundo captó la anegada escena con claridad meridiana.

A las once menos diez llamaron con fuerza a la puerta.

Amrita despertó sobresaltada en su asiento mientras que yo me puse en pie agarrando la barra.

—¿Quién es?

—El inspector Singh.

El sij llevaba casco y un chorreante impermeable negro. En el vestíbulo había otros dos policías empapados.

—Nos gustaría que nos acompañara para algo muy importante, señor Luczak.

—¿Que les acompañe adonde, inspector?

Singh sacudió el agua de su casco.

—Al depósito de cadáveres de

Sassoon. —Ante la involuntaria exclamación de Amrita añadió presuroso—: Ha habido un asesinato. Un hombre.

—¿Un hombre? ¿Tiene alguna relación con ese...? ¿Cómo se llama...? ¿Dhavan?

Singh se encogió de hombros. Cayó agua sobre la alfombra.

—No lo sabemos. El... estilo del asesinato parece relacionado con los *goondas*. Con los Kapalikas, si lo prefiere. Quisiera que nos ayudara a identificar el cuerpo.

—¿Quién cree que puede ser?

De nuevo el encogimiento de

hombros.

—¿Vendrá con nosotros, señor Luczak? Mi coche está esperando.

—No —dije—. Definitivamente no. No voy a dejar a Amrita. Olvídelo.

—Pero para poder identificarlo...

—Hágale una fotografía, inspector. Su departamento dispondrá de una cámara, ¿no? De no ser así esperaré a ver mañana las fotos en la primera plana de los periódicos. Parece que los de Calcuta disfrutan tanto viendo fotos de cadáveres como nosotros en Estados Unidos con las viñetas cómicas.

—¡Bobby! —exclamó Amrita. Su voz era sorda. Ambos estábamos

agotados—. El inspector sólo intenta ayudar.

—Bah —repuse—. Mala suerte. No voy a dejarte otra vez.

Amrita cogió el bolso y el paraguas.

—Yo iré también.

Tanto Singh como yo nos quedamos mirándola fijamente.

—Los teléfonos no funcionan —dijo Amrita—. Nadie puede llamarnos. Han pasado veinticuatro horas y nadie ha pedido un rescate. No ha habido contacto de ningún tipo. Si eso ha de servir de ayuda hagámoslo ahora.

Los relámpagos iluminaron las

ventanas cegadas con tablones y los dos leones de piedra, empapados por la lluvia, residuos de una época anterior, más inocente. Un camino trasero, que se prolongaba sinuoso entre oscuros y mojados edificios y montones de basuras que se deshacían con el aguacero, conducía a la entrada del depósito. Un alero en pésimas condiciones protegía las anchas puertas que llevaban hasta el depósito de Sassoon.

En la oficina exterior nos recibió un hombre con un traje completamente arrugado. Incluso allí se percibía el denso olor a formol que recordaba de

mis clases de biología en el colegio. Unas lámparas de queroseno proyectaban sombras por detrás de los archivadores y de los grandes 'montones de expedientes que había sobre todos los escritorios. El hombre unió las yemas de los dedos ante mí, hizo la reverencia obligada y soltó una auténtica retahíla en bengalí al chorreante inspector.

—Dice que la señora Luczak puede quedarse aquí —tradujo Singh—. Nosotros estaremos en la habitación contigua.

Amrita asintió.

—También ha dicho que el depósito

necesita un generador para las emergencias, inspector —tradujo Amrita a su vez—. E invitó a los políticos del Ayuntamiento a que levanten los traseros de sus asientos y vengan a olfatear las rosas. ¿Es así? Era más bien jerga.

—Es correcto —asintió Singh con una torva sonrisa.

Dijo algo al funcionario del depósito que hizo enrojecer al hombrecillo. Seguidamente, éste nos condujo a Singh y a mí a través de unas puertas batientes y por un corto corredor revestido de azulejos.

Una lámpara colgante iluminaba una zona que muy bien podía responder a la

idea que Jack el Destripador tuviera de una sala de operaciones. Por doquier remaba la suciedad. Papeles, tazas y diversos detritus. Podían verse sobre bandejas y mesas manchadas cuchillos, escalpelos y sierras de cortar huesos. Un inmenso disco de luz, inoperante en esos momentos, y la brillante mesa de acero con desagües abiertos confirmaban el uso de la habitación. Todo ello y el cuerpo que había sobre la mesa.

—¡Ah! —exclamó el inspector acercándose más. Me hizo un ademán impaciente para que me reuniera con él. El funcionario del depósito sacó la lámpara de su gancho en la pared y la

colgó de la barra de la luz curva de la sala de operaciones. La luz oscilante proyectó intrincados dibujos sobre el reluciente metal.

Cuando era pequeño mis padres compraron la Enciclopedia Ilustrada Compton. Mi sección favorita era el capítulo sobre el cuerpo humano. Tenía transparencias superpuestas. Se empezaba con el cuerpo completo, incluida la epidermis y, a medida que se pasaban las delicadas páginas, se iba profundizando en los misterios del interior repleto del cuerpo. Todo estaba muy claro. Codificado con colores y provisto de las oportunas referencias.

El cuerpo que tenía ante mí en ese momento aparecía en la segunda página, MÚSCULOS Y TENDONES. Habían sajado la piel del cuello hacia abajo, desollándolo a continuación. La piel aparecía arrebujada debajo del cuerpo, semejante a una capa húmeda y arrugada. Pero allí no había referencia clara alguna de los músculos, tan sólo un ser humano con el aspecto de carne cruda, con unos fluidos grasientos que captaban la luz. Gruesas y blancas fibras desaparecían entre rosadas estrías de carne viva. Y tendones amarillentos se prolongaban como sangrientas correas.

Singh y el otro hombre se quedaron

mirándome. Si esperaban exclamaciones de horror o tal vez que vomitara, quedaron decepcionados. Me aclaré la garganta.

—¿Han empezado ya la autopsia?

Singh tradujo la breve respuesta del otro.

—No, señor Luczak. Hace dos horas que llegó en este mismo estado.

Fue entonces cuando reaccioné.

—¡Dios mío! ¿Por qué alguien habría de matar a un ser humano y luego desollarlo?

Singh hizo un ademán negativo con la cabeza.

—Cuando lo encontraron no estaba

muerto. Estaba en la calle de Sudder. Según los testigos, corriendo y lanzando alaridos. Cayó. Poco después cesaron los chillidos. Finalmente alguien llamó a un furgón de la policía.

Retrocedí dos pasos de manera involuntaria. Podía oír el eco de la voz de mi madre desde el rellano del tercer piso en la calle de Pulaski. «Ven aquí ahora mismo, Robert Luczak, antes de que te desuelle vivo.» Era posible.

—¿Lo conoce? —preguntó Singh con tono impaciente.

Hizo una seña para que alumbraran mejor. El cadáver tenía la cabeza echada hacia atrás, congelado en su agonía final

por un *rigor mortis* prematuro.

—No —siseé con las mandíbulas apretadas—. Espere. —Me obligué a adentrarme en el reducido círculo de luz. El rostro estaba incólume, salvo por los rasgos contraídos. El reconocimiento fue como un golpe brutal.

—Sí que lo conoce —dijo Singh.

—Sí.

Había mencionado su nombre. Santo Dios, había mencionado su nombre mientras hablaba con Das.

—¿Es Krishna?

—No —dije alejándome de la mesa iluminada. Había mencionado su nombre —. Es que le faltan las gafas. Llevaba

gafas. Su nombre es Jayaprakesh Muktanandaji.

Amrita y yo dormimos hasta las nueve de la mañana. Sin sueños. El estruendo de la lluvia a través de la ventana abierta los ahuyentaba. La electricidad y el aire acondicionado debieron de volver al amanecer, pero ni siquiera nos enteramos.

A las once Singh envió un coche para que nos trasladara al cuartel general de la policía. Allí nos pasarían cualquier llamada que pudiera recibirse en el hotel. La oficina de la policía era otra habitación oscura y cavernosa en

otro edificio oscuro y laberíntico. Las, mesas desaparecían bajo grandes montañas de expedientes y documentos amarillentos que casi ocultaban por completo a hombres sin rostros encorvados sobre unas máquinas de escribir que parecían proceder de la época de la reina Victoria. Amrita y yo pasamos varias horas repasando inmensos álbumes de fotografías. Después de centenares de rostros femeninos empecé a preguntarme si sería capaz de reconocer a Kamakhya Bahrati, si es que llegaba a verla. Sí lo haría.

No hubo más que un descubrimiento.

Tras escudriñar atentamente una fotografía oscura y borrosa de un hombre corpulento con la gris indumentaria de preso, lo identifiqué con reservas como el Kapalika vestido de caqui que me rompiera el dedo meñique.

—Pero no está seguro —dijo Singh.

—No. Era más viejo, más corpulento, con el pelo más largo.

Singh gruñó y entregó a alguien la fotografía y le dio instrucciones. No me dijo cómo se llamaba el hombre o por qué había estado en la cárcel. «El sonido de plástico quebradizo al romperse.»

A primera hora de la tarde volvimos al hotel y quedamos asombrados al enterarnos de que había habido un centenar de llamadas al número de teléfono de la policía que figuraba en los anuncios que hicimos publicar. Ninguna de aquellas llamadas había facilitado información veraz o digna de consideración. Las pocas que aseguraban haber visto a la niña estaban siendo comprobadas, pero el sargento se mostraba pesimista. La mayoría de las llamadas eran de personas dispuestas a vendernos una criatura por la recompensa.

Las últimas horas de aquel miércoles me han sido borradas de la memoria. Recuerdo imágenes con toda claridad, pero no siento que exista relación entre unas y otras. Algunas no me resulta posible distinguirlas de los sueños que me han atormentado desde aquellos días.

Alrededor de las ocho de la tarde me levanté, di un beso a Amrita que dormitaba y salí del hotel. De repente había visto con claridad la solución a todo aquello. Me adentraría en la ciudad, buscaría a los Kapalikas, les diría que lo sentía, que haría cuanto quisieran, y entonces me devolverían a

mi niña. Así de sencillo.

Si eso fallaba, buscaría a la diosa Kali y mataría a aquella zorra.

Recuerdo haber caminado a lo largo de muchas manzanas, pero en un momento dado viajaba en taxi observando las caras que desfilaban por las aceras, seguro de que la siguiente sería la de Kamakhya, o la de Krishna, tal vez la de Das.

Luego el taxi aparcó bajo una palmera, y esperó; esperó mientras yo trepaba por una puntiaguda verja de hierro y saltaba, medio agazapado, a un sendero bordeado de flores. La casa estaba a oscuras. Zarandeé las

persianas. Golpee las puertas.

—¡Chatterjee! —vociferé.

La casa estaba a oscuras.

En otro momento caminaba por la orilla de un río. Con las últimas luces crepusculares veía sobre mí el puente de Howrah antes de que llegara la oscuridad absoluta. Las calles adoquinadas daban paso a senderos embarrados y barrios bajos. A mi alrededor danzaban unos niños. Les arrojé toda la calderilla que llevaba. Recuerdo que una vez miré hacia atrás y ya no fueron aquellos niños lo que vi, sino varios hombres que me seguían. Sus bocas se movían pero yo no oía nada.

Formaron un semicírculo y empezaron a acercarse a mí con cautela, con los brazos.

—¿Kapalikas? —pregunté esperanzado. Creo que lo dije—. ¿Son ustedes Kapalikas? ¿Kali? ¿Kapalikas?

Los hombres vacilaron y se miraron los unos a los otros intentando darse valor. Miré sus harapos y sus cuerpos enflaquecidos por el hambre, los músculos tensos para el ataque, y supe que no se trataba de Kapalikas. Eran *thugees*. O *goondas*. Tan sólo hombres míseros y hambrientos dispuestos a matar por el dinero del extranjero.

—¡Muy bien! —grité entonces.

Sonreía. No podía dejar de sonreír, aunque sentía que algo cortante se hundía en mí mientras sonreía. Los últimos días, la noche, Victoria... todo se estaba comprimiendo en un apretado nudo de puro gozo ante aquello.

—¡Muy bien! —vociferé—. ¡Venid! ¡Venid! Por favor.

Abrí ampliamente los brazos. Los habría abrazado. Los habría sujetado en un abrazo sudoroso y férreo mientras gozoso desgarraba con mis dientes sus tensas gargantas.

Creo que lo habría hecho. No lo sé. Los hombres se miraron unos a otros y retrocedieron, perdiéndose entre las

tinieblas de los senderos.

Casi rompí a llorar cuando desaparecieron.

No sé si fue antes o después de mi encuentro con aquellos hombres cuando me encontré en un templo pequeño, en los muelles. Había una chapucera estatua de una vaca negra, arrodillada, con una corbata de lazo blanca. Unos viejos se encontraban en cuclillas y escupían a la brumosa penumbra y me miraban horrorizados.

Un vetusto espantajo señalaba insistentemente mis pies, farfullando de un modo ininteligible. Creo que quería que me quitara los zapatos.

—A la mierda con todo —dije en un tono razonable—. No tiene importancia. Díganles tan sólo que han ganado, ¿de acuerdo? Díganles que haré lo que quieran. ¿Vale? Lo prometo. De veras que lo prometo. Lo juro por Dios. Palabra de explorador.

Creo que entonces empecé a llorar. Al menos observé a través de un prisma de lágrimas que un viejo al que le faltaban la mayoría de los dientes delanteros me dirigía una vacua sonrisa, dándome palmaditas en el hombro mientras se balanceaba adelante y atrás sobre sus flacas piernas.

Aparecí en un gran descampado,

poblado de chozas y neumáticos viejos, bajo la lluvia, y durante kilómetros vadeé el barrizal hacia las altas chimeneas y las llamas que a cielo abierto proyectaban sobre todo aquello una tonalidad roja, mientras se alejaban de mí por mucho que me esforzara en acortar la distancia. Creo que aquél era un lugar auténtico. No lo sé. Hace ya mucho tiempo que ése ha venido siendo el paisaje de mis sueños.

Encontré a la chiquilla con los primeros albores del amanecer. Estaba tumbada en la calle, en el sendero embarrado que allí hacía las veces de

calle. No tendría más de cinco años. Tenía enmarañado el largo pelo negro y se acurrucaba bajo una fina colcha todavía empapada por el aguacero nocturno. Algo en su sueño tranquilo me atrajo hacia ella. Hinqué una rodilla en el suelo enlodado. Las gentes y las bicicletas empezaban ya a moverse, dando un rodeo para sortearnos en el angosto sendero.

La niña tenía los ojos fuertemente cerrados, como en estado de concentración, y la boca ligeramente abierta. Apretaba el pequeño puño contra la mejilla. Pronto tendría que despertarse, ocuparse de la fogata,

servir a los hombres, cuidar de los niños más pequeños y afrontar el fin de una infancia que apenas había conocido. Pronto se convertiría en propiedad de otro hombre que no fuera su padre y ese día recibiría la tradicional bendición hindú: «Esperamos que tengas ocho hijos.» Pero por el momento sólo tenía que dormir, con el puñito apretado, la mejilla morena contra el suelo, los ojos fuertemente cerrados contra la luz matinal.

Sacudí la cabeza y miré en derredor. Estaba a punto de amanecer. La lluvia había limpiado en parte la atmósfera y se aspiraba el aroma dolorosamente

perfecto a flores frescas y tierra húmeda. Recuerdo claramente el recorrido en rickshaw de vuelta al hotel. Los sonidos y los colores eran tan nítidos que prácticamente asaltaban mis sentidos. También tenía la mente clara. Si hubiera ocurrido algo mientras yo había estado fuera... Si Amrita me hubiera necesitado...

No era más que el alba, pero Amrita se reunió conmigo en el vestíbulo. Se retorcía las manos de alegría y tenía los ojos llenos de lágrimas, por vez primera desde que empezara todo aquello.

—¡Bobby! ¡Ah, Bobby! —exclamó—. Acaba de telefonear el inspector

Singh. Viene a recogernos. Estará aquí dentro de un minuto. Nos llevarán al aeropuerto. La han encontrado, Bobby, la han encontrado.

Circulamos velozmente por la carretera VIP prácticamente desierta. Abundantes raudales de luz horizontal lo hacían resaltar todo en vigoroso relieve, y la sombra del coche mantenía nuestro paso proyectado sobre los campos húmedos.

—¿Está seguro de que se encuentra bien? —pregunté.

—Sí, sí —dijo Singh sin volverse, instalado en el asiento delantero—. Sólo

hace veinticinco minutos que recibimos la llamada.

—¿Está seguro de que se trata de Victoria? —preguntó a su vez Amrita.

Los dos nos encontrábamos inclinados hacia delante apoyando los brazos en el respaldo de los asientos delanteros. Amrita doblaba una y otra vez de forma inconsciente el kleenex que tenía en las manos.

—El agente de seguridad así lo cree —dijo Singh—. Por ese motivo detuvo a la pareja que trataba de pasar con el bebé. No sabían por qué se los detenía. El jefe de seguridad les comunicó que existía una pequeña irregularidad en su

visado de viaje. Creen que están esperando la llegada de un agente que les sellará sus visados.

—¿Y por qué no detenerlos, sencillamente? —pregunté.

—¿Por qué motivo? —preguntó Singh—. Hasta que la niña sea positivamente identificada no son culpables de otra cosa que de intentar volar a Londres.

—¿Quién descubrió a Victoria? —pregunto Amrita.

—El policía de seguridad del que les he hablado —dijo Singh bostezando—. Había visto su anuncio en el periódico.

Había un levísimo tono de desaprobación en la voz profunda de Singh.

Cogí la mano de Amrita y contemplamos el desfilar del paisaje ya familiar. Ambos intentábamos mentalmente hacer que el pequeño coche fuera más deprisa. Cuando un pastor bloqueó con sus ovejas el pavimento húmedo durante un largo momento, ambos le gritamos al conductor que tocara la bocina, que pasara entre ellas. Finalmente logramos cruzar, dejando atrás una destartalada carreta cargada de caña, hasta quedar solos de nuevo en el lado izquierdo del camino. Por la

derecha circulaban veloces y llamativos camiones que se dirigían a la ciudad llevando a unos hombres de camisa blanca que nos saludaban agitando unos brazos morenos.

Me obligué a recostarme en mi asiento y aspiré hondo vanas veces. En cualquier otro momento aquella fascinante salida del sol hubiera sido maravillosa. Incluso los desiertos y ruinosos cobertizos de los campos encenagados parecían purificados por la bendición del sol. Mujeres provistas de altas jarras de bronce proyectaban sombras de tres metros sobre las verdes zanjas.

—¿Está seguro de que se encuentra bien? —pregunté de nuevo.

—Ya casi hemos llegado —dijo Singh.

Enfilamos por el camino, más allá de los taxis negros y amarillos, con su techos perlados de gotas de lluvia y sus conductores durmiendo atravesados en los asientos. Todavía no se había detenido del todo nuestro coche cuando ya abríamos las portezuelas.

—¿Por dónde?

Singh rodeó el coche y señaló. Nos dirigimos rápidamente a la terminal. Siguiendo nuestro avance precipitado e impaciente, Singh tuvo que saltar por

encima de aquellos seres que envueltos en sábanas dormían sobre el sucio suelo de mosaico.

—Aquí —dijo abriendo una puerta sobre la que campeaba el rótulo «ÚNICAMENTE PARA PERSONAL AUTORIZADO», tanto en inglés como en bengalí. Una mujer intocable, acuclillada en el corredor, limpiaba el polvo y los papeles con un pequeño recogedor. Quince pasos nos condujeron hasta una gran sala dividida con mamparas y mostradores. Pude oír el repiquetear de teletipos y máquinas de escribir.

Vi de inmediato a la pareja india,

acurrucada en el rincón más alejado. La joven apretaba contra su pecho al bebé. Eran forasteros, casi unos niños ellos mismos. El hombre era bajo y de mirada huidiza. Levantaba continuamente la mano derecha para atusarse lo que pensaba que era un bigote. La muchacha era todavía más joven que el hombre, y su aspecto era corriente hasta el punto de resultar vulgar. El turbante que llevaba no conseguía ocultar el pelo ralo y tampoco el borroso lunar carmesí en el centro de su frente.

Pero al detenernos a unos seis metros de ellos Amrita y yo sólo tuvimos ojos para el bulto fuertemente

envuelto que la mujer mecía agitadamente. La cara de la niña no era visible. Sólo podíamos captar un pálido atisbo de mejilla.

Nos acercamos más. Sentí un fuerte dolor en el diafragma que me subía hasta el pecho. No hice caso. El inspector Singh hizo una seña al agente de policía uniformado, que se cuadró. Luego el policía dijo bruscamente algo al joven, que al punto se levantó del banco y se dirigió nervioso al mostrador. Al ponerse en pie, la muchacha se apartó para dejarle pasar y pudimos ver la cara del bebé entre los numerosos pliegues del chal.

Era Victoria. Dormida, pálida hasta el punto de que su piel parecía traslúcida, pero sin duda alguna era Victoria.

Entonces Amrita lanzó un grito y todos se pusieron en movimiento a la vez. Al parecer el joven había intentado huir, porque el guardia de seguridad y otro hombre que se encontraba detrás del mostrador lo sujetaban por los brazos. La muchacha se deslizó por el banco hasta el mismo rincón apretando al bebé contra su pecho mientras empezaba a acunarlo rápidamente y a farfullar algo que parecía una canción de cuna. Amrita, el inspector y yo nos

adelantamos rápidamente para cortarle toda salida, pero ella se limitó a volverse de cara a la verde pared y empezó a gimotear con fuerza.

Entonces Singh intentó detener a Amrita, pero ella dio tres rápidos pasos, tiró con fuerza del pelo de la mujer, haciéndola apartar la cabeza, y le arrebató del regazo a Victoria con un solo movimiento del brazo izquierdo.

Todo el mundo gritaba. Sin saber por qué retrocedí varios pasos mientras Amrita, levantando en alto a nuestra hija, empezó a quitarle el sucio chal púrpura.

El primer grito de Amrita se escuchó

sobre todo aquel ruido y se hizo el silencio en la sala. Yo seguí retrocediendo hasta tropezar con un mostrador. Al empezar los alaridos de Amrita, giré como a cámara lenta dejando caer la cabeza y los puños cerrados sobre el frío mostrador.

—Auuu —clamé. Era un lamento suave que me remontaba a mi primera infancia—. Auuu —repetí—. Auuu, no, por favor.

Apreté con fuerza la mejilla contra el mostrador y me tapé los oídos con los puños, pero pude percibir con toda claridad los gritos de Amrita cuando éstos se convirtieron en sollozos.

Todavía guardo en alguna parte el informe, copia del que Singh enviara a Delhi. Al igual que todo en India el papel es barato y basto. La tipografía es débil, hasta parece casi transparente, como una boba idea infantil de un mensaje secreto. No importa. No necesito ver el informe para recordarlo palabra por palabra.

22.7.77
C.M.P.D./D.D.A.S.S.
2671067
EL AGENTE DE SEGURIDAD JAGMOAN (YASHPAL, D.D.A. SEC.

SERV. 1113) ENCAUSÓ A LA PAREJA IDENTIFICADA CON DOCUMENTOS COMO CHOWDURY, SUGATA Y DEVI EN VIAJE DE PLACER CON INFANTE A LONDRES, G.B., A LAS 4H28M DEL 21.7.77. AGENTE SEGURIDAD JAGMOAN DETUVO A LA PAREJA EN SECCIÓN B-11 ADUANAS ANTE POSIBLE RECONOCIMIENTO DICHO INFANTE COMO

EL INFANTE NORTEAMERICANO LUCZAK, DESAPARECIDO Y DADO POR SECUESTRADO EL 18.7.77 [RE: C.M.P.D., CASO NO. 117, DT, 18.7.77 (S.R. 507) SINGH.] ACUDIERON EL INSPECTOR YASHWAN SINGH (C.M.P.D. 26774) Y LOS LUCZAK (ROBERT C. Y AMRITA D.) A CONFIRMAR IDENTIDAD INFANTE A

LAS 0.5:41/ 21.7.77. INFANTE IDENTIFICADO SIN LUGAR A DUDAS COMO VICTORIA CAROLYN LUCZAK NACIDA EL 22.1.77. SEGÚN POSTERIOR EXAMEN REALIZADO POR LA MADRE DE LA NIÑA SE DESCUBRIÓ QUE LA CRIATURA VICTORIA C. LUCZAK HABÍA MUERTO HACÍA VARIAS HORAS. EN CONSECUENCIA SE DETUVO A LA PAREJA

IDENTIFICADA COMO SUGATA Y DEVI CHOWDURY SIENDO TRASLADADOS A A.C.M.P.D.H.Q. CHOWRINGHEE COMO SOSPECHOSOS DE ASESINATO E INTENTO DE SACAR BIENES ROBADOS A TRAVÉS DE FRONTERAS INTERNACIONALES. EL INFORME DE LA AUTOPSIA (RE: LUCZAK-C.M.P.D./ M.E. 2671067/21.7.77)

CONFIRMABA LA MUERTE DEL INFANTE LUCZAK DENTRO DE UN LAPSO NO SUPERIOR A CINCO (5) HORAS Y NO INFERIOR A (2) HORAS Y QUE EL CUERPO DEL SUSODICHO INFANTE HABÍA SIDO UTILIZADO DE RECIPIENTE PARA TRANSPORTE MERCANCÍA ROBADA. SE ADJUNTA LISTA Y VALORES CALCULADOS:

RUBÍES (6) R.S. 1.115.000

ZAFIROS (4) R.S. 762.000

ÓPALOS (4) R.S. 136.000

AMATISTAS (2) R.S. 742.000

TURMALINAS (5) R.S. 380.000

PARA MÁS DETALLES DIRIGIRSE A SINGH (YASHWAN C.M.P.D. 26774). FIN DEL INFORME.



15

Calcuta me ha asesinado.

KABITA SINHA

Calcuta no quería dejarnos ir. Durante dos días más la ciudad nos retuvo en sus fétidas garras.

Amrita y yo no queríamos dejar sola

a Victoria con ellos.

Incluso durante la autopsia policial y los preparativos de la funeraria, permanecimos en habitaciones contiguas.

Singh nos informó que tendríamos que quedarnos en Calcuta durante algunas semanas, al menos hasta el término de la vista judicial. Le dije que no nos quedaríamos. Cada uno de nosotros prestó declaración ante un hastiado funcionario.

Llegó el representante de la embajada americana en Nueva Delhi. Era una especie de pequeño conejo oficioso llamado Don Warden. Su idea

de cómo tratar con los mal predispuestos burócratas indios consistía en presentarles excusas y explicarnos a nosotros hasta qué punto habíamos complicado las cosas al insistir en llevarnos a casa el cuerpo de nuestra hija tan precipitadamente.

El sábado nos dirigimos al aeropuerto por última vez. Warden, Amrita y yo nos apretujamos en el asiento trasero de un viejo Chevrolet alquilado. Llovía con fuerza y en el interior del vehículo cerrado hacía calor y una gran humedad. Yo ni me daba cuenta. Sólo tenía ojos para la pequeña ambulancia blanca que íbamos

siguiendo. Pese a la densa circulación no utilizaba las luces de emergencia. No había prisa.

En el aeropuerto se produjo una última demora. Warden apareció acompañado de un funcionario del aeropuerto. Estaban estrechándose las manos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

El funcionario indio se sacudió la manchada camisa blanca y nos espetó varias frases en indostaní en un tono irritado.

—¿Qué?

Amrita tradujo. Estaba tan exhausta que no levantó la cabeza y su voz apenas

era audible.

—Dice que el ataúd que hemos comprado no puede ser embarcado en el avión —dijo tristemente—. El ataúd metálico de la compañía aérea está aquí, pero la documentación necesaria para el traslado no ha sido firmada por las correspondientes autoridades. Dice que el lunes podemos ir al Ayuntamiento a retirar los documentos necesarios.

Me puse en pie.

—¿Warden?

El representante de la embajada se encogió de hombros.

—Tenemos que respetar sus leyes y valores culturales —repuso—. No me

canso de insistir en que todo sería mucho más fácil si ustedes aceptaran realizar la cremación del cuerpo aquí, en India.

«Kali es la diosa de todos los lugares de cremación.»

—Vengan —dije.

Conduje de nuevo a los dos hombres hasta la oficina contigua a la habitación donde yacía Victoria. El funcionario indio parecía aburrido e impaciente. Cogí a Warden por el brazo y lo llevé hasta un rincón de la habitación.

—Voy a ir a la habitación contigua y trasladaré el cuerpo de mi hija al ataúd reglamentario, señor Warden —afirmé

con calma—. Si entra usted en la habitación o me pone cualquier tipo de impedimento le mataré. ¿Lo ha comprendido bien?

Warden parpadeó repetidamente y asintió. Luego, acercándome al funcionario, le expliqué la situación. Lo hice con la más absoluta tranquilidad, puntuando mis palabras con suaves golpecitos de los dedos sobre su pecho. Me miró a los ojos y vio algo que le indujo a permanecer callado e inmóvil mientras yo acababa de hablar y atravesaba la puerta batiente hacia la habitación en penumbra en la que Victoria esperaba.

La habitación era alargada y estaba prácticamente vacía, salvo por algunos montones de cajas y equipajes sin reclamar. En un extremo de la sala se encontraba el ataúd de acero de la compañía aérea, abierto ya sobre un mostrador contiguo a una cinta transportadora de equipajes. Y en el otro extremo de la sala, sobre un banco junto a la plataforma de embarque, estaba el ataúd gris que habíamos comprado en Calcuta. Me acerqué a él y, sin vacilar, rompí los sellos.

La noche en que Victoria nació, cierta parte del ritual organizado hizo que me sintiera nervioso durante

semanas. Se me había dicho que en el hospital de Exeter alentaban a los nuevos padres a que llevaran a los recién nacidos desde la sala de partos hasta la habitación contigua para proceder a la medición y pesaje obligatorios antes de devolver el bebé a su madre en la sala de recuperación. Durante algún tiempo me había sentido preocupado por aquello. Temía que pudiera dejarla caer. Era una reacción absurda, pero incluso después de la excitación y el júbilo del nacimiento, sentí mi corazón latir nervioso cuando el médico retiró a Victoria del estómago de Amrita y me preguntó si quería llevar a

mi pequeña hasta la otra sala. Recuerdo haber asentido sonriente pero con una sensación de terror. Recuerdo haber sostenido con confianza y gozo crecientes su cabecita en el hueco de mi mano, levantando aquel pequeño bulto todavía húmedo por el parto y, sujetándolo sobre el pecho y el hombro, recorrer los treinta pasos desde la sala de partos a la habitación contigua. Era como si Victoria me estuviera ayudando. Recuerdo haber sonreído estúpidamente al tener de súbito plena conciencia de que llevaba en brazos a mi hija. Sigue siendo el recuerdo más feliz de mi vida.

Esta vez no sentí nerviosismo

alguno. Levanté cuidadosamente a mi niña, sosteniendo la cabecita en el hueco de la mano y la mantuve sobre mi pecho y mi hombro, como tantas veces hiciera antes, y caminé los treinta pasos que me separaban del ataúd de acero de la compañía aérea, con su pequeño lecho de seda blanca.

El avión sufrió vanos retrasos antes de despegar. Amrita y yo permanecimos sentados, cogidos de la mano durante la espera de noventa minutos, y cuando, finalmente, el inmenso 747 inició su despegue, no miramos por las ventanillas. Nuestros pensamientos se centraban en el pequeño ataúd que

habíamos visto embarcar horas antes. No cruzamos palabra mientras el avión ascendía hasta la altitud de navegación. No miramos las nubes que ensombrecían el último panorama de Calcuta. Habíamos recuperado a nuestro bebé y volvíamos a casa.



16

Sin duda está cercana
alguna revelación.

WILLIAM BUTLER YEATS

El funeral de Victoria tuvo lugar el martes 26 de julio de 1977. Fue enterrada en un pequeño cementerio

católico en la colina que domina Exeter.

El pequeño ataúd blanco se veía radiante bajo la brillante luz del sol. No lo miré. Durante el breve servicio religioso mantuve la vista clavada en un trecho de cielo azul exactamente sobre la cabeza del padre Darcy. A través de un hueco entre los árboles podía ver una torre de ladrillo de uno de los viejos edificios de la Academia. Hubo un momento en que una bandada de palomas voló en círculos, surcando el cielo estival.

Poco antes de que el servicio llegara a su fin se oyó un coro de gritos y risas juveniles que de súbito quedó

enmudecido al ver a nuestro grupo. Amrita y yo nos volvimos al unísono para encontrarnos con una pandilla de chiquillos que pedaleaban furiosamente en dirección a la larga y cómoda pendiente que bajaba a la ciudad.

Amrita planeó volver a enseñar en la universidad cuando llegase el otoño. Yo no hice nada en absoluto. A los tres días de nuestro regreso, limpió la habitación de Victoria, transformándola finalmente en un cuarto de costura. Amrita jamás trabajó en él y yo ni siquiera atravesé el umbral. Cuando al final tiré algunas de las ropas que trajera conmigo de

Calcuta, se me ocurrió registrar los bolsillos de la destrozada y manchada sahariana que llevaba la noche en que llevara el libro a Das. En ninguno de los bolsillos encontré la cartera de cerillas. Asentí satisfecho, pero un segundo después encontré mi bloc de notas pequeño en otro bolsillo. Tal vez aquella noche llevaba conmigo ambos blocs.

A finales de octubre, Abe Bronstein vino a pasar el día. Había estado presente en el funeral, pero sólo cambiamos las frases rituales de condolencia. En otra ocasión hablé con

él... una incoherente llamada telefónica a altas horas de la noche después de haber estado bebiendo. Abe me estuvo escuchando durante casi una hora.

—Vete a la cama, Bobby. Vete a dormir —me aconsejó finalmente en tono cariñoso.

Aquel sábado de octubre nos encontrábamos en la sala de estar, bebiendo vino blanco y discutiendo sobre los problemas del mantenimiento de *Other Voices* y las posibilidades del nuevo programa energético de Cárter encaminado a resolver la escasez de petróleo. Amrita asentía amablemente, sonreía de vez en cuando y durante todo

el tiempo se encontraba a miles de kilómetros de distancia. Abe sugirió que fuéramos a dar un paseo por el bosque que había detrás de la casa. Lo miré asombrado. Abe aborrecía todo tipo de ejercicio. En aquel hermoso día otoñal vestía el mismo traje gris y arrugado, la estrecha corbata y los zapatos negros de punta que siempre calzaba.

—De acuerdo —dije sin el menor entusiasmo, y ambos nos encaminamos por el sendero que conducía al estanque.

El bosque estaba gloriosamente espléndido, el sendero aparecía alfombrado con hojas de olmo amarillo cromo y cada vez que doblábamos una

curva nos encontrábamos con los llameantes rojos del arce y el zumaque. Una hilera de espinos nos ofrecía sus espinas junto con pequeñas acerolas de otoño. Un abedul se erguía blanco hacia el inmaculado cielo azul. Abe se sacó un cigarro a medio fumar del bolsillo de su abrigo y siguió caminando pesadamente con la cabeza baja, masticando el puro con gesto ausente.

Habíamos recorrido las dos terceras partes del circuito de dos kilómetros, y nos acercábamos a la cima de una pequeña colina que dominaba la carretera, cuando Abe se sentó sobre un abedul caído y empezó a vaciar sus

zapatos de tierra y ramitas con minuciosidad. Me senté cerca de él y volví la mirada hacia el estanque que habíamos rodeado, cerca de la ensenada.

—¿Conservas todavía el manuscrito Das? —me preguntó de repente.

—Sí.

Si me hubiera pedido que se publicara en Other Voices, mediante un acuerdo o sin él, nuestra amistad habría terminado.

—Humm. —Abe se aclaró la garganta y escupió—. ¿Te ha jorobado *Harper's* de alguna manera por no hacer el artículo?

—No. —Escuché a un pájaro carpintero picoteando en alguna parte del otro lado de la carretera—. Les devolví el anticipo. Insistieron en hacerse cargo de los gastos del viaje. Ya sabrás que Morrow no sigue con ellos.

—Sí. —Abe encendió el cigarro. El olor encajaba perfectamente con los tonos tostados del otoño—. ¿Decidiste ya lo que vas a hacer con el jodido poema?

—No.

—No lo publiques, Bobby. En ninguna parte. Nunca.

Arrojó la cerilla todavía humeante sobre un montón de hojas. La retiré,

apretándola entre los dedos.

—No —dije.

Permanecimos callados un rato. Se levantó una brisa fresca que agitó las quebradizas hojas. Lejos, hacia el norte, una ardilla reprendía sonoramente a algún intruso.

—¿Sabías que perdí a casi toda mi familia en el Holocausto, Bobby? —preguntó de repente Abe sin mirarme.

—No, no lo sabía.

—Sí. Mamá se libró porque ella y Jan estaban en Londres, de camino para visitarme. Jan regresó para intentar sacar a Moshe, Mutti y el resto. Jamás volvimos a verlos.

No dije palabra. Abe lanzó hacia el cielo el humo de su cigarro.

—Verás, Bobby. Menciono esto porque, luego, todo parece absolutamente inevitable. ¿Sabes lo que quiero decir? Sigues pensando que podrías haberlo cambiado pero que no lo hiciste... como si te hubieras olvidado de algo, y luego todo ocurrió con la puntualidad de un reloj. ¿Sabes lo qué quiero decir?

—Sí.

—Pues bien, no es inevitable. Es tan sólo una jodida mala suerte, eso es todo. No es culpa de uno. No es culpa de nadie, salvo de esos puñeteros bastardos

que se solazan en esa mierda.

Seguí allí sentado, sin hablar, durante mucho tiempo. Alrededor de nosotros caían las hojas formando remolinos, incorporando su triste belleza a la alfombra ya formada.

—No lo sé, Abe —dije al fin. Me dolía la garganta casi demasiado para seguir hablando—. Todo lo hice mal. Llevarlas allí. No habernos ido cuando vi lo demencial que se volvía la situación. No asegurarme de que su avión salía a su debido tiempo. Y no entiendo nada de aquello. ¿Quién fue responsable? ¿Quiénes fueron? ¿Krishna? ¿Qué ganaba con todo ello la

mujer, Kamakhya...? ¿Cómo encajaba ella en todo el jeroglífico? Y sobre todo, ¿cómo pude cometer la equivocación condenadamente estúpida de llevarle aquella pistola a Das cuando...?

—Dos disparos —dijo Abe.

—¿Qué?

—Aquella noche que llamaste me dijiste que habías oído dos disparos.

—Sí, bueno. Se trataba de una automática.

—¿Y qué? ¿Acaso crees que cuando te vuelas la tapa de los sesos puedes volver a disparar para asegurarte? ¿Eh?

—¿Qué quieres decir, Abe?

—No fuiste tú quien mató a Das,

Bobby. Tampoco Das mató a Das. Tal vez alguno de esos encantadores Kapalikas tenía un motivo para arreglar las cosas de esa manera, ¿eh? Tu camarada Krishna... Sanjay... cualquiera que fuera su jodido nombre... acaso quisiera ser el «Poeta Laureado» por algún tiempo.

—¿Por qué...? —Callé y observé a una gaviota planear a un centenar de metros sobre nuestras cabezas—. Pero ¿qué tenía que ver Victoria con todo aquello? ¡Dios mío! ¿Qué podían sacar de hacerle daño a ella? No comprendo nada.

Abe se puso en pie y escupió de

nuevo. Llevaba briznas de corteza adheridas al traje.

—Dejémoslo estar, ¿eh, Bobby? Tengo que coger el autobús de regreso a Boston y subir a ese condenado tren.

Inicié el descenso de la colina, pero Abe me agarró del brazo. Me miraba fijamente.

—Tienes que saber algo, Bobby. No tienes que comprender. No vas a comprender. Y tampoco olvidarás. No creas poder hacerlo... No lo harás. Pero tienes que seguir adelante, ¿me oyes? Tal vez día a día, pero tienes que seguir adelante. De lo contrario, los cabrones ganarán. No puedes permitir que lo

hagan, Bobby. ¿Me comprendes?

Asentí y me volví para seguir por el sendero medio borrado.

El 2 de noviembre recibí una breve carta del inspector Singh. Me informaba que el sospechoso, Sugata Chowdury, no sería sometido a juicio. Durante su detención en la prisión de Hooghly, Chowdury «había sido víctima de una mala pasada». Hablando con claridad, alguien le había metido una toalla en la garganta mientras dormía. Se esperaba que la mujer identificada como Devi Chowdury fuera llevada a juicio en el curso de ese mes. Singh prometió

tenerme informado. Jamás he vuelto a saber de él.

A mediados de noviembre, poco después de la primera nevada intensa de aquel duro invierno, leí de nuevo el manuscrito de Das, incluidas las cien últimas páginas que no llegué a leer en Calcuta. Das había sido correcto en su sucinto sumario. Era el anuncio de un nacimiento. Para comprender el verdadero meollo, yo recomendaría *La segunda venida* de Yeats. Era mejor poeta.

Entonces se me ocurrió que el problema que se me presentaba sobre

qué hacer con el manuscrito de Das era extrañamente similar al problema que tienen los parsis con sus muertos. Los parsis, una reducida minoría india, consideran la tierra, el aire, el fuego y el agua sagrados, y no quieren contaminarlos con los cuerpos de sus muertos. Su solución es ingeniosa.

Hace años Amrita me describió la Torre del Silencio en un parque de Bombay, sobre la cual giran los buitres en pacientes espirales.

Me negaba a quemar el manuscrito porque no quería que el humo se alzara como la ofrenda de un sacrificio a aquella cosa oscura que yo sentía

aguardaba más allá de los frágiles muros de mi cordura.

Al final mi solución fue más prosaica que la Torre del Silencio. Rasgué con mis propias manos los varios centenares de páginas, oliendo el hedor a Calcuta que despedía el papel, y luego lo metí todo en una bolsa de basura junto con verduras podridas para desanimar a los husmeadores. Conduje durante varios kilómetros hasta un gran vertedero y observé cómo la bolsa negra bajaba rebotando por un barranco de desperdicios hasta perderse de vista en un charco de repugnante estiércol.

Durante el viaje de regreso supe que

el haberme librado del manuscrito no había acallado el eco en mi mente del Canto de Kali.

Amrita y yo seguimos viviendo en la misma casa. Soportábamos los consejos y la constante simpatía de nuestros amigos, pero cada vez veíamos a menos gente a medida que avanzaba aquel duro invierno. Y también nos veíamos cada vez menos.

Amrita había decidido terminar su doctorado, estableciendo para ello un rígido programa. Madrugaba, daba clase, trabajaba en la biblioteca, clasificación de documentos al

atardecer, más investigación, y a la cama temprano. Yo me levantaba muy tarde, y con frecuencia cenaba fuera y seguía fuera la mayor parte de la velada. Cuando Amrita dejaba el estudio, alrededor de las diez de la noche, yo tomaba posesión del lugar y leía hasta las primeras horas de la mañana. Spengler, Ross McDonald, Malcolm Lowry, Hegel, Stanley Elkin, Bruce Catton, lan Fleming y Sinclair Lewis. Leía clásicos que habían permanecido durante décadas en mis estanterías sin ser leídos, y llevaba a casa los best-sellers de Safeway. Lo leía todo.

En febrero un amigo me ofreció un

puesto de profesor eventual en un pequeño colegio al norte de Boston y acepté. Al principio hacia trasbordo todos los días pero pronto alquilé un pequeño apartamento amueblado cerca del campus y volvía a Exeter sólo los fines de semana. Y a menudo ni siquiera entonces.

Amrita y yo jamás hablábamos de Calcuta. Ni mencionábamos el nombre de Victoria. Amrita se estaba refugiando en un mundo de teoría de los números y álgebra de Boole. Parecía sentirse cómoda en ese mundo, un mundo en el que las reglas se cumplían y en el que la tabla económica podía determinarse con

lógica. Yo quedaba fuera, sin otra cosa que las inflexibles herramientas del lenguaje y la impredecible y desatinada máquina de la realidad.

Permanecí en el colegio durante cuatro meses, y posiblemente no habría vuelto a Exeter si no hubiera llamado un amigo para decirme que Amrita había sido hospitalizada. Los médicos habían diagnosticado neumonía grave agravada por el agotamiento. Estuvo hospitalizada durante ocho días y, una vez en casa, se encontró demasiado débil para levantarse de la cama durante una semana. Durante todo ese tiempo permanecí en casa, y en los pequeños

cuidados que hube de dedicarle empecé a percibir ecos de nuestra anterior ternura. Pero entonces Amrita declaró que ya se sentía mejor y que a mediados de junio volvía a su ordenador. Yo regresé a mi apartamento. Me sentía irresoluto y perdido como si en mi interior se estuviera abriendo un agujero inmenso y oscuro que me absorbía.

Ese junio compré la Luger.

Roy Bennet, un pequeño y taciturno profesor de biología a quien conociera en el colegio, me invitó en abril a su club de tiro. Durante años yo me había mostrado favorable a las leyes sobre control de armas y aborrecía la idea de

manejarlas, pero hacia finales de aquel curso en el colegio pasaba la mayoría de los sábados en la sala de tiro con Bennet. Allí incluso los niños parecían expertos en adoptar la postura clásica de los brazos extendidos y las piernas separadas, que yo sólo había visto en las películas. Cuando alguien tenía que retirar un blanco, todos desmontaban cortésmente sus armas y se apartaban de la línea de tiro con una sonrisa. Muchos de los blancos tenían la forma de cuerpos humanos.

Cuando sugerí que me gustaría comprar mi propia arma, Roy sonrió con el tranquilo gozo de un misionero que ha

logrado el éxito, y me sugirió que, para empezar, estaría bien una pistola del calibre veintidós. Mostré mi asentimiento y al día siguiente me gasté una pequeña fortuna en una clásica Luger de 7,65 mm. La mujer que me la vendió dijo que aquella arma había sido el orgullo y la alegría de su difunto marido. En el precio incluyó un hermoso estuche.

Nunca llegué a dominar la posición con las dos manos pero llegué a demostrar una habilidad razonable en agujerear el blanco a veinte metros. No tenía la menor idea de lo que los otros pensaban o sentían mientras se

entrenaban durante aquellas largas veladas, pero yo, cada vez que alzaba aquel engrasado y equilibrado instrumento, sentía todo el poder de su vibrante energía recorrerme como un trago de whisky fuerte. La lenta y cuidadosa presión sobre el gatillo, la ensordecedora explosión y el golpe del retroceso a lo largo de mi brazo rígido me producían algo semejante al éxtasis.

Llevé conmigo la Luger a Exeter un fin de semana, después de la recuperación de Amrita. Cierta noche bajó a una hora tardía y me encontró dando vueltas entre las manos el arma recién engrasada y cargada. No dijo

palabra pero se me quedó mirando durante un largo momento antes de volver a subir. A la mañana siguiente ninguno de nosotros lo mencionó.

—En India ha salido un libro nuevo. Hace furor. Creo que se trata de un poema épico. Trata sobre Kali, una de sus diosas tulelares —dijo el vendedor de la librería.

Había ido a Nueva York para asistir a una fiesta en Doubleday, atraído más por la oferta de unas cuantas copas que por cualquiera otra cosa. Me encontraba en la terraza, pensando en si debería tomar mi cuarto escocés, cuando oí al

vendedor hablando con dos distribuidores. Me acerqué a él y cogiéndole por el brazo le conduje al rincón más alejado de la terraza. El hombre acababa de volver de una feria comercial en Nueva Delhi. No sabía quién era yo. Le expliqué que era un poeta interesado en la literatura india contemporánea.

—Sí, bueno, me temo que no puedo decirle mucho sobre ese libro —dijo—. Lo mencioné porque maldito si no resulta extraño que se venda tan bien allí. En realidad no es más que un largo poema. Supongo que ha tomado por sorpresa a los intelectuales indios. Por

descontado nosotros no estaríamos interesados. La poesía nunca se vende bien y mucho menos si se trata...

—¿Qué título tiene? —pregunté.

—Es curioso, pero eso sí que lo recuerdo —dijo—. *Kalisambvha* o *Kalisavha*, o algo parecido. Lo recordé porque había trabajado con una joven que se llamaba Kelly Summers y me di cuenta de que...

—¿Quién es el autor?

—¿El autor? Lo siento, no lo recuerdo. Sólo recuerdo el libro por la gran presentación que organizó el editor, pero en mi memoria todo es muy vago, ¿sabe? No se veía más que aquella

cubierta azul en todas las librerías de los hoteles de Delhi. ¿Ha estado en la India?

—¿Das?

—¿Qué?

—¿El nombre del autor era Das? —insistí.

—No, no era Das —contestó—. Al menos no lo creo. Me parece que era algo indio y difícil de pronunciar.

—¿Sería Sanjay su patronímico? —pregunté una vez más.

—Lo siento pero no tengo ni idea —di]o el vendedor. Empezaba a mostrarse irritado—. Oiga, ¿importa mucho?

—No. No importa nada.

Lo dejé y me acerqué a la baranda de la terraza. Dos horas después aún seguía allí al alzarse la luna sobre los dientes de sierra de la ciudad.

Mediado julio recibí la fotografía.

Antes siquiera de ver el matasellos supe que la carta era de India. El endeble sobre despedía el olor de aquella tierra. Llevaba matasellos de Calcuta. Me detuve al final de nuestro camino, bajo las hojas del inmenso abedul, y abrí el sobre.

Lo primero que vi fue la nota al dorso de la foto. Decía: *«Das está vivo»*, nada más. La foto era en blanco y

negro, con grano. Apenas podía distinguir a las personas que se encontraban en primer plano debido a la mala calidad del flash, y las que se encontraban al fondo no eran más que siluetas. Sin embargo, a Das se lo reconocía de inmediato. Tenía la cara cubierta de costras y la nariz deformada, pero la lepra no era ni mucho menos tan evidente como cuando lo conocí. Llevaba una camisa blanca y tenía la mano extendida como explicando algo a los estudiantes.

Los ocho hombres de la foto se encontraban todos sentados sobre cojines alrededor de una mesa baja. La

pintura de la pared que había detrás de Das estaba desconchada, y sobre la mesa se veían algunas tazas sucias. Las caras de otros dos hombres aparecían claramente iluminadas, pero no los conocía. Dirigí la mirada a la silueta de un hombre sentado a la derecha de Das. Estaba demasiado oscura para distinguir los rasgos, pero mostraba el perfil suficiente para poder apreciar el pico de rapaz que tenía como nariz y el tieso pelo semejante a un nimbo negro.

El sobre sólo contenía la fotografía.

«Das está vivo.» ¿Qué se suponía que debía deducir de ello? ¿Que la zorra de su diosa había resucitado una vez

más a Das? Miré de nuevo la foto y me puse en pie tamborileando con los dedos sobre ella. No había forma de saber cuándo se había tomado aquella fotografía. ¿Era Krishna aquella figura entre las sombras? Algo en la agresividad de la cabeza encorvada hacia delante y también del cuerpo me inducían a afirmarlo.

«Das está vivo.»

Salí del camino y entré en el bosque. La maleza me rozaba los tobillos. En mi interior había un vacío en continuo movimiento que amenazaba con convertirse en un negro abismo. Sabía que una vez que la oscuridad se abriera

ya no tendría esperanzas de escapar a ella.

A cosa de medio kilómetro de la casa, cerca de donde el arroyo se ensanchaba formando una especie de laguna, me arrodillé y rompí la fotografía en pedacitos muy menudos. Luego, apartando una gran roca, los dejé caer en el fondo enmarañado y marchito, colocando luego la roca en su sitio.

Mientras caminaba de vuelta a casa, conservaba la imagen de unas cosas húmedas y blancas escondiéndose frenéticas para eludir la luz.

Aquella noche, mientras hacía el

equipaje, Amrita entró en la habitación.

—Tenemos que hablar —dijo.

—Cuando vuelva —contesté.

—¿Adonde vas, Bobby?

—A Nueva York —respondí—. Sólo un par de días.

Puse otra camisa sobre el sitio en el que ya había guardado la Luger y sesenta y cuatro proyectiles.

—Es importante que hablemos —insistió Amrita. Puso la mano sobre mi brazo.

Me aparté y cerré la cremallera de mi maleta negra.

—Cuando vuelva —repetí.

Dejé mi coche en casa, cogí un tren

para Boston, allí un taxi que me condujo al aeropuerto internacional de Logan y subí a bordo del vuelo de las diez de la noche de TWA con destino a Frankfurt y enlace para Calcuta.



17

¿Y qué bestia brutal, llegada
al fin su hora,
se arrastra hacia Belén para
nacer?

WILLIAM BUTLER YEATS

Apareció el sol cuando

alcanzábamos la costa inglesa, pero a pesar de sus rayos de luz cayendo sobre mis piernas me sentía atrapado en una noche infinita. Temblaba violentamente, perfectamente consciente de que me encontraba atrapado en un tubo frágil, comprimido, suspendido a miles de metros sobre el mar... Y aún peor resultaba una creciente presión interna que en un principio atribuí a reacción claustrofóbica, pero que luego comprendí que era algo completamente diferente. En mi interior sentía una agitación vertiginosa, como el primer despertar de algunos poderosos homúnculos. Me aferré a los brazos del

asiento y contemplé el silencioso diálogo de los personajes en la pantalla, mientras Europa desfilaba por debajo de nosotros. Pensé en los últimos momentos de Tagore. Llegaron las comidas, que fueron devoradas de manera puntual. A última hora del día intenté dormir. Y durante todo ese tiempo se iba haciendo más profundo el vacío y el vértigo y sentía en los oídos el incesante aletear de insectos. Varias veces estuve a punto de quedarme dormido, sólo para espabilarme rápidamente al escuchar el sonido de una risa burlona y distante. Finalmente renuncié a dormir.

Durante la escala en Teherán para

repostar me forcé a reunirme con los demás pasajeros. El piloto había anunciado que en el exterior la temperatura era de treinta y tres grados; únicamente al recibir el impacto de aquella humedad y calor terrible comprendí que la había dado en grados Celsius.

Era tarde, alrededor de la medianoche, pero el aire ardiente rezumaba violencia soterrada. Había fotografías del Sha por todos los rincones de aquel retumbante granero brillantemente iluminado que servía de terminal, y por doquier circulaban agentes de seguridad y soldados con las

armas preparadas sin motivo aparente. Mujeres musulmanas envueltas en *chadors* negros se deslizaban como fantasmas a través del vacío verde fluorescente. Había viejos durmiendo en el suelo o arrodillados sobre sus oscuras alfombrillas de oración, entre colillas de cigarrillos y envoltorios de celofán, mientras que allí cerca un chiquillo americano de unos seis años, pelo rubio y camisa a rayas rojas, incongruente entre todo aquel oscuro clamor, se agazapaba detrás de una silla y acribillaba el mostrador de aduanas con el fuego automático de su M-16 de juguete.

Por el sistema de megafonía anunciaron que en quince minutos habríamos de subir a bordo. Pasé vacilante junto a un viejo con un turbante rojo y me encontré en los aseos públicos. Allí estaba muy oscuro, y sólo llegaba la luz de una única bombilla suspendida en la parte exterior del umbral. En la penumbra se agitaban siluetas oscuras. Por un instante me pregunté si no habría entrado equivocadamente en el aseo de las mujeres y estaba viendo *chadors* en la oscuridad, pero entonces escuché unas voces profundas hablando con sílabas guturales. También podía oírse un gotear

de agua. En aquel instante el vértigo se apoderó de mí con más fuerza. Me incliné sobre una de las tazas y vomité, y seguí dando arcadas hasta mucho después de que me hubiera deshecho de la última comida del avión.

Me desplomé de costado y permanecí tumbado sobre el fresco suelo. En mi interior el vacío era ya casi completo. Temblaba mientras sudaba profusamente y el sudor se mezclaba con mis lágrimas salobres. El incesante ruido de insectos había subido a tal punto que podía distinguir voces. El Canto de Kali sonaba muy fuerte. Me di cuenta que ya había atravesado las

fronteras de su nuevo territorio.

Al cabo de unos minutos me levanté en la oscuridad. Me lavé lo mejor que pude en el único lavabo y caminé presurosamente hasta la luz verde para reunirme con los demás pasajeros dispuestos a abordar el vuelo con destino a Calcuta.

Salimos de entre las nubes, trazamos un círculo y aterrizamos en el Aeropuerto de Dum-Dum, en Calcuta, a las tres y diez de la mañana. La ciudad parecía estar ardiendo. Las bajas nubes monzónicas devolvían la luz naranja, las rojas balizas se reflejaban en los incontables charcos y el centelleo de

reflectores más allá de la terminal contribuía a la ilusión. No podía oír sonido alguno salvo el coro de voces estridentes al encaminarme junto con los demás al cobertizo de aduanas.

Un año antes, Amrita, Victoria y yo tuvimos que pasar más de una hora en las aduanas de Bombay. Esta vez terminé en menos de cinco minutos. No me preocupaba lo más mínimo que pudieran abrir mi equipaje. El hombrecillo con el sucio uniforme caqui trazó una X con su tiza en mi maleta, exactamente sobre el compartimiento exterior en el que había ocultado la Luger y las municiones, y en seguida me

encontré en la terminal principal, caminando hacia las puertas de salida.

«Alguien estará aquí para recibirme. Probablemente Krishna-Sanjay. Antes de morir me dirá dónde encontrar a esa zorra de Kamakhya.»

Eran casi las tres y media de la madrugada, pero el gentío no era menos numeroso que las otras veces en que había estado en el aeropuerto. Las gentes gritaban y se empujaban bajo la blanca luz de los chisporroteantes tubos fluorescentes, pero apenas si me daba cuenta del ruido mientras pasaba por encima de los «muertos ensabanados» de Kipling sin hacer el mínimo esfuerzo

para no tropezar con aquellos bultos dormidos. Me dejé arrastrar por la muchedumbre. Sentía insensibles los brazos y las piernas, y avanzaba con bruscos movimientos como si me hubiera convertido en una marioneta torpemente manejada. Cerré los ojos para escuchar el Canto y sentir la energía del arma a escasos centímetros de mi mano derecha.

«Chatterjee y Gupta también tienen que morir. Por pequeña que haya sido su complicidad tienen que morir.»

Avancé vacilante junto con la multitud, como un hombre sorprendido por un terrible huracán. El ruido, el olor

y la presión de la agitada turba se aunaban perfectamente con el creciente vacío de mi interior para formar una flor oscura que se abría en mi mente. Las risas eran ya muy fuertes. A través de los párpados cerrados podía ver el rostro de Ella alzándose sobre las torres grises de la ciudad agonizante, la voz de Ella dirigiendo el canto ascendente, los brazos de Ella moviéndose al compás de la terrible danza.

«Cuando abras los *ojos* verás a alguien que conoces. No tienes que esperar. Empecemos aquí.»

Me forcé a mantener los ojos cerrados, pero agarrando la maleta con

ambas manos me la subí hasta el pecho. Podía sentir a la muchedumbre obligándome a avanzar con ella hacia las puertas abiertas. Ya me llegaban con toda claridad los chillidos de los mozos y los olores dulzones de los albañales de Calcuta. Sentí cómo mi mano derecha empezaba a abrir la cremallera del compartimento exterior de la maleta donde había guardado el arma cargada.

«Empecemos aquí.»

Con los ojos aún cerrados vi abrirse ante mí, como si se tratara de puertas al acecho, los siguientes minutos, como las fauces de la gran bestia que era la ciudad, y podía sentir la flor oscura

desplegarse en mi interior con toda su fuerza, y a continuación el peso de la engrasada perfección de la Luger, y por fin empezaría el sacramento, y entonces el poder fluiría por mi brazo hacia mi interior, a través de mí y fuera de mí, escupiendo llamas en la noche, y las formas huidizas caerían y yo cargaría de nuevo con el placentero «che» del nuevo cartucho al encajar en su sitio y el dolor y el poder fluirían y las formas huidizas caerían y la carne se separaría de la carne por el impacto y las llamas de las chimeneas iluminarían el cielo y guiado por su rojo resplandor encontraría mi camino a través de las calles, senderos y

callejones, y encontraría a Victoria, esta vez a tiempo, encontraría a Victoria a tiempo y mataría a quien se interpusiera en mi camino y mataría a todo el que...

«Empecemos ahora.»

—¡No! —grité y abrí los ojos. Mi grito ahogó el Canto por no más de uno o dos segundos, pero fue tiempo suficiente para retirar la mano del compartimiento abierto de mi maleta y girar violentamente hacia mi izquierda. Las puertas se encontraban tan sólo a diez pasos de mí y la muchedumbre empujaba sin cesar hacia ellas, siendo ya su avance más rápido y concentrado. A través de las puertas pude ver por un

instante a un hombre con una camisa blanca, de pie junto a un pequeño autocar azul y blanco. El hombre tenía el pelo erizado en púas de oscura electricidad.

—¡No!

Utilicé mi maleta como ariete para abrirme camino hasta la pared. Un hombre alto me empujó y yo lo golpeé en el pecho hasta que me dejó pasar. Me encontraba solamente a tres pasos de las puertas abiertas, y el movimiento de la muchedumbre me impulsaba hacia fuera con la fuerza de una explosión de aire en el vacío.

«Empecemos ahora.»

—¡No!

Ignoro si lo grité en voz alta. Me abalancé hacia delante, empujando en dirección contraria al gentío como si vadeara un río con el agua hasta el pecho, y con la mano izquierda me aferré a la tranca de una puerta sin letrero alguno que conducía a la sección privada de la terminal. Como quiera que fuese logré retener la maleta, mientras formas humanas forcejeaban contra mí, dedos y brazos golpeándome accidentalmente la cara en la refriega.

Empujé la puerta y corrí, con la maleta golpeándome la pierna derecha, mientras los empleados del aeropuerto

se apartaban sorprendidos a mi paso. El Canto rugía con más fuerza que nunca, produciéndome tanto dolor que me obligaba a cerrar los ojos con fuerza.

«Empecemos aquí. Empecemos ahora.»

Me detuve de repente, choqué contra el muro y retrocedí tambaleándome por la fuerza del impacto. Mis brazos y piernas se agitaron y temblaron como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico. Di dos pasos en dirección a la terminal.

—¡Jódete! —chillé, o eso creo, y logré avanzar de lado, vacilante, arrastrándome contra una pared que resultó ser una puerta, y de repente me

encontré a gatas en una habitación alargada y oscura.

La puerta se cerró y se hizo el silencio. Auténtico silencio. Estaba solo. La habitación era larga y apenas estaba iluminada, vacía salvo por algunos montones de equipajes sin reclamar, cajas y baúles. Me senté en el suelo de cemento y miré en derredor con creciente sensación de sorprendido reconocimiento. Miré a la derecha y vi el vetusto mostrador donde había aguardado el ataúd de la compañía aérea.

El Canto había callado.

Durante varios minutos seguí

sentado en el suelo, jadeando. Ahora el vacío en mi interior era algo casi agradable... una ausencia de algo negro y ponzoñoso.

Cerré los ojos. Recordé haber tenido en mis brazos a Victoria la noche de su nacimiento, las demás veces, su olor a leche y a bebé y el recorrido de treinta pasos desde la sala de partos a la de cuidados.

Sin abrir siquiera los ojos agarré el asa de mi maleta e, incorporándome, la arrojé tan lejos como me fue posible por la larga habitación. Rebotó sobre una polvorienta estantería y se hundió, desapareciendo de la vista entre un

montón de cajas.

Abandoné la habitación, bajé veinte pasos por un corredor desierto, salí a la terminal cerca del único mostrador de billetes en activo y compré uno para el vuelo siguiente.

No hubo retrasos. El vuelo de Lufthansa a Munich llevaba tan sólo a diez pasajeros cuando despegó de la pista veinte minutos después. No se me ocurrió siquiera echar un último vistazo a Calcuta. Me quedé dormido antes de que hubieran izado el tren de aterrizaje.

Llegué a Nueva York al día siguiente por la tarde, y cogí un Delta 727 con

destino al aeropuerto internacional de Logan, en Boston. Allí me abandonó lo que restaba de mi nerviosa energía y no pude impedir que la voz se me quebrara cuando llamé a Amrita para pedirle que fuera a buscarme.

Para cuando Amrita llegó en el Pinto rojo, yo temblaba de manera incontrolable y no era del todo consciente de dónde me encontraba.

Quiso llevarme a un hospital, pero yo me derrumbé en el asiento de vinilo negro.

—Conduce. Por favor, conduce.

Enfilamos hacia el norte por la 1-95 mientras el sol del crepúsculo

proyectaba largas sombras a través de la valla protectora. Los campos estaban húmedos a causa de un reciente aguacero. Los dientes me castañeteaban de manera casi incontrolable, pero yo insistía en hablar. Amrita conducía en silencio, mirándome de vez en cuando con aquellos ojos profundos y tristes. No me interrumpió ni siquiera cuando empecé a balbucear.

—Me di cuenta de que eso era exactamente lo que ellos querían que hiciera. Lo que Ella quería que yo hiciera —dije mientras nos acercábamos a la línea fronteriza—. Ignoro el motivo. Acaso Ella quería que ocupara el puesto

de él, como él ocupó el de Das. O tal vez Krishna me salvara porque sabía que algún día me harían volver para alguna otra locura. No lo sé. Y no me importa. ¿Te das cuenta de lo que es realmente importante?

Amrita me miró pero no pronunció palabra. Las luces nocturnas daban un tono dorado a su tez canela.

—He estado culpándome día a día, consciente de que seguiré haciéndolo hasta que muera. Pensaba que era culpa mía. Fue culpa mía. Ahora sé que tú también te has estado culpando.

—Si no la hubiera dejado en... —empezó a decir Amrita.

—¡Sí! —exclamé y fue casi un grito —. Lo sé. Pero hemos de acabar con ello. Si no lo superamos sólo lograremos destruirnos mutuamente y a nosotros mismos, destruiremos lo que nosotros tres significamos. Formaremos parte de la oscuridad.

Amrita aparcó en la cuneta, cerca de la salida de Salisbury Plains. Retiró las manos del volante. Permanecimos allí, sentados en silencio, durante varios minutos.

—Echo de menos a Victoria —dije. Era la primera vez que pronunciaba el nombre de nuestra hija desde Calcuta—. Echo de menos a nuestra niña. Echo de

menos a Victoria.

Amrita dejó caer la cabeza sobre mi pecho. Apenas lograba entenderla, pues sus palabras quedaron ahogadas contra mi camisa cuando empezó a llorar. Luego la oí con claridad.

—Yo también, Bobby —musitó—. Yo también echo de menos a Victoria.

Permanecimos fuertemente abrazados mientras los camiones pasaban veloces dejando una estela de viento y ruido, y los últimos coches de la hora punta llenaban los caminos de colores quemados por el sol y chirridos de neumáticos sobre el asfalto.



18

Considerando que,
desterrado todo odio,
El alma recupera la inocencia
primigenia
Y aprende al fin que por sí
misma puede deleitarse,
Apaciguarse, atemorizarse,
Y que su propia voluntad

bondadosa es la vol untad de Dios;
Ella aún puede ser feliz
Aunque todos los rostros frunzan el ceño,
Y aúllen los vientos de todas las regiones
O estallen todos los rugidos.

WILLIAM BUTLER YEATS, *Plegaria por mi hija*

Ahora vivimos en Colorado. En la primavera de 1982 me invitaron a realizar aquí un pequeño taller en un college de la montaña y regresé al este

justo el tiempo necesario para recoger a Amrita. Nuestra siguiente visita devino en residencia más bien permanente. Hemos alquilado la casa de Exeter, con muebles y todo, pero las ocho pinturas cuelgan aquí, sobre la rústica madera de la cabaña, y el pequeño boceto en óleo de Jamie Wyeth que compramos en 1973 está muy cerca de captar el maravilloso juego de luces que vemos desde la ventana. Durante los primeros meses de nuestra estancia aquí nos obsesionó la calidad de la luz, y tanto Amrita como yo intentamos, con timidez al principio, pintar al óleo.

En comparación con Boston los

recursos de este colegio son primitivos y nuestros sueldos bajos. Pero la casa en la que vivimos fue un día la cabaña de un guardabosque y desde nuestro inmenso ventanal podemos ver cumbres nevadas más allá de ciento cincuenta kilómetros al norte. La luz es tan brillante y clara que casi llega a parecer hiriente.

Vamos en vaqueros la mayor parte del tiempo, y Amrita ha aprendido a manejar el Bronco de cuatro ruedas en el barro y la nieve. Echamos de menos el océano. Y todavía más a algunos de nuestros amigos y las ventajas de la civilización costera. Aquí el pueblo más

cercano está a doce kilómetros del campus, montaña abajo, y en lo álgido del verano apenas alcanza los siete mil habitantes. Su restaurante más elegante es La Cocina [2], que podemos alternar con Pizza Hut, Nora's Breakfast Nook, Gary's Grill y el restaurante de carretera, abierto las veinticuatro horas, de la autopista interestatal. En verano Amrita y yo frecuentamos el Tastee Freez. La librería del pueblo está instalada en un remolque Air Stream, esperando a que se construya el nuevo Centro Cívico. Denver está a casi tres horas de distancia, y en invierno los dos puertos de montaña permanecen

cerrados durante días.

Pero aquí el aire parece especialmente limpio, y por las mañanas nos sentimos más ligeros, como si la altitud nos despojara de parte de la gravedad que afecta, imperativa, al resto del mundo. Y aquí la calidad de la luz del día es algo más que un fenómeno agradable, para nosotros es una forma de claridad. Una claridad que sana.

Abe Bronstein murió el otoño pasado. Acababa de terminar el ejemplar de invierno, en el que se incluía un trabajo corto de Ann Beattie, cuando sufrió una grave trombosis

coronaria camino del metro.

Amrita y yo volamos a Exeter para su funeral. Más tarde, mientras tomábamos café con otros asistentes al duelo en la pequeña casa de la ciudad que compartiera con su madre, la anciana nos hizo señas a Amrita y a mí para que nos reuniéramos con ella en la habitación de Abe.

El pequeño dormitorio parecía aún más pequeño por causa de las estanterías de libros, que de suelo a techo cubrían la mayor parte de tres de las paredes. La señora Bronstein tenía ochenta y seis años y parecía demasiado

frágil para mantenerse erguida cuando se sentó en el borde de la cama. La habitación olía a la marca de cigarros de Abe y a las encuadernaciones en piel.

—Toma esto, por favor —dijo la anciana. Su mano se mostró asombrosamente firme al alargarme el pequeño sobre—. Abraham de)ó instrucciones para que lo recibieras, Robert. —Su voz sorda debió de haber sido en su día maravillosamente excitante. En aquellos momentos, mientras medía las palabras con la dicción precisa de un lenguaje adquirido, era sencillamente hermosa—. Abraham dijo que tenía que entregártelo

personalmente. Incluso, y eso fue lo que dijo, aunque tuviera que ir andando a Colorado para encontrarte.

En cualquier otro momento la imagen de aquella frágil anciana marchando a pie por montes y praderas me hubiera hecho sonreír. En aquel instante me limité a asentir al tiempo que abría la carta.

9 de abril de 1983

Bobby:

Si estás leyendo esta carta, entonces ninguno de nosotros se

sentirá demasiado conmovido por los recientes acontecimientos. Acabo de dejar a mi médico. Aunque no me ha dicho que no compre discos de larga duración, tampoco ha intentado venderme un certificado a largo plazo.

Espero que tú (¿y Amrita?) no hayáis tenido que posponer algo importante. Siempre en el caso, claro está, de que pueda haber algo tan importante en esa selva olvidada de Dios que llamáis hogar como este escrito. Recientemente revisé mi

testamento. Precisamente ahora estoy sentado en el parque cerca de mi viejo amigo el Sombrerero Loco, saboreando una panatela y observando a algunas jóvenes en camiseta y shorts intentando convencerse de que realmente es primavera. Es un día caluroso, pero no lo bastante para que puedan disimular la carne de gallina.

Si mamá todavía no te lo ha dicho, en mi nuevo testamento se lo dejo todo a ella. Todo salvo, naturalmente, las ediciones originales de Proust y los

expedientes que contienen la correspondencia con autores, y que se encuentran depositados en mi caja fuerte del banco, así como los derechos, títulos, modesta cuenta corriente y la dirección ejecutiva de *Other Voices*. Todo ello es para ti, Bobby. Pero atiende un minuto. No quiero que se me acuse de poner una soga alrededor de tu libre cuello polaco. Puedes disponer con toda libertad de la revista como juzgues más conveniente. Si prefieres que un tercero se haga responsable,

estupendo. Te he dejado plenos poderes legales para cualquier decisión que tomes.

Sólo te pido que recuerdes, Bobby, lo que queríamos que fuera la revista. No se la entregues a algún jodido grupo editorial que la quiera para evadir impuestos y que contrate a un schmuck que confunda la buena prosa con la basura de un día. Si quieres que la revista duerma el sueño de los justos antes que rebajar su nivel, por mí no hay inconveniente.

Si por el contrario te decides

a seguir con ella... formidable. Te sorprenderá lo manejable que puede llegar a ser una revista como *Voices*. Llévatela adonde diablos quiera que estés viviendo (de todas maneras Miller nos iba a subir el alquiler). En el caso de que sigas adelante no pierdas el tiempo preocupándote por continuar la «vieja política editorial de Abe». ¡Abe nunca tuvo política editorial alguna! Sigue tus instintos. Pero una cosa más. No todos los mejores escritos tienen que revolverte el estómago.

Mucho del material que recibas te deprimirá hasta la náusea. Si es bueno merece que se imprima, pero aún hay cabida para escritos que conservan cierta esperanza para la humanidad. Al menos yo creo que la hay. Tú lo sabes mejor que yo, Bobby. Estuviste muy cerca de las llamas pero lograste regresar.

He de irme. Hay un poli que no me pierde de vista y que me ha catalogado con acierto como viejo verde.

Puedes leerle esta carta a mamá, no parará hasta que lo

hagas, pero pasa por alto lo de la «basura de un día» y lo de «jodido» delante de grupo editorial. ¿De acuerdo? Tu primera tarea como editor.

Un abrazo para Amrita.

Abe

Abe tenía razón. La revista era absolutamente manejable. En el colegio estaban emocionados sólo de pensar que el apartado de correos de *Other Voices* era el suyo, y su amabilidad llegó al punto de reducir a la mitad mi horario de enseñanza sin que ello repercutiera

en el sueldo. Sospecho que me hubieran pagado incluso sin dar clases si mi mera presencia lograba mantener a Amrita en su departamento de matemáticas. Por su parte Amrita se muestra complacida ante el fácil acceso a la terminal del ordenador del colegio que comparte el tiempo con algún monstruoso ordenador Cray en Denver.

—Este lugar se mantiene al día —me dijo recientemente.

Claro que, de camino hacia el edificio donde enseña matemáticas, es evidente que no se ha fijado en los anticuados dormitorios, los edificios cenicientos y la minúscula biblioteca.

Me resulta razonablemente fácil editar una revista literaria de la costa este en la cumbre de una montaña de Colorado, aun cuando haya de hacer cinco o seis viajes al año para tratar con los impresores y visitar a algunos de los escritores y patrocinadores. Amrita ha llegado a comprometerse con la publicación y ha resultado tener una energía sorprendente como lectora. Dice que su experiencia en lenguaje y matemáticas le ha proporcionado un sentido del equilibrio simbólico, aunque me pregunto qué diablos querrá decir eso. Pero fue Amrita quien me incitó a contar con más escritores del oeste,

incluidos Joanne Greenberg y el «Poeta vaquero» de Creed.

Los resultados han sido alentadores. Recientemente han aumentado las suscripciones, hemos establecido puntos de «sírvase usted mismo» y, al parecer, nuestros antiguos lectores siguen manteniéndose leales. Ya veremos.

No he vuelto a escribir poesía. No desde Calcuta.

El Canto de Kali jamás se extingue por completo. Para mí es un sonido de fondo similar a la música discordante que llega a través de una emisora de radio mal sintonizada. Todavía sigo

soñando con que atravieso residuos embarrados tropezando con cuerpos envueltos en cosas grisáceas mientras unas lejanas chimeneas escupen llamas que lamen las nubes bajas. Algunas noches sopla el viento y me levanto, voy hasta el ventanal delantero de la cabaña y miró a través de la oscuridad, y escucho el hurgar de seis extremidades, fuera, sobre las rocas. Y entonces espero, pero el flaco rostro de boca hambrienta y ojos sedientos permanece en la oscuridad, retenida por... ¿por qué? No lo sé.

Pero aún sigue entonándose el Canto de Kali.

Recientemente, no lejos de nosotros, una mujer mayor y su hija ya crecida, considerándose ambas unas «buenas cristianas» asaron a su nieto en el horno para sacarle los demonios que lo hacían llorar durante la noche.

Uno de mis estudiantes de aquí tiene un parentesco lejano con el estudiante de secundaria de California que recientemente violó y asesinó a su amiga y luego, durante tres días, llevó a catorce de sus amigos a que contemplaran el cuerpo. Uno de los chicos dejó caer un ladrillo sobre el cuerpo para asegurarse de que estaba muerta. Ninguno de ellos pensó en

denunciarlo a las autoridades.

Uno de los nuevos impresores que conocí en Adamsons, en Nueva York, era Siem Ry, un refugiado de Phnom Penh de cuarenta y dos años. Allí había tenido su propia imprenta, y hacía algunos años que a base de sobornos había logrado pasar a Tailandia y finalmente a Estados Unidos. Logró llegar a Adamsons después de haber empezado de nuevo como aprendiz de impresor. Después de unas cuantas copas, Ry me habló de la evacuación forzosa de la ciudad y de la obligada marcha durante ochenta días que acabó con sus padres. Me habló con voz queda

del campo de trabajo que había reclamado a su mujer, y de aquella mañana en que se despertó para encontrarse con que se habían llevado a sus tres hijos a «un campamento de trabajo educacional» en un remoto lugar del país. Ry me describió un campo que tuvo que atravesar en su huida. Me contó que una zona de unos dos mil metros cuadrados de extensión estaba cubierta de cráneos humanos apilados hasta una altura de un metro.

«La Era de Kali ha empezado.»

La semana pasada me acerqué al remolque-biblioteca y leí sobre el

llamado «Agujero Negro de Calcuta». Hasta entonces sólo había sido una frase para mí. Los detalles históricos tampoco eran, en verdad, de gran relevancia. En pocas palabras, el Agujero Negro no era otra cosa que una habitación sin ventilación atestada de gente hasta rebosar durante una de las rebeliones esporádicas del siglo pasado.

Pero la frase todavía me atormenta. He desarrollado una teoría sobre Calcuta, aunque lo de teoría resulte demasiado pomposo para una opinión intuitiva.

Creo que, en realidad, hay agujeros negros. Agujeros negros en el espíritu

humano. Y lugares reales en los que, a causa de la densidad o la miseria, o la pura perversidad humana, el tejido de las cosas llega a desgarrarse y ese núcleo negro que hay en nosotros engulle al resto.

Leo los periódicos, paseo la vista en derredor y tengo la abrumadora sensación de que esos agujeros negros se van haciendo más grandes, más corrientes, alimentando su propio apetito perverso. No están limitados a ciudades desconocidas de países lejanos.

Sin referir a Amrita nada de esto le pregunté recientemente sobre los

agujeros negros astronómicos. Me dio una larga explicación basada en su mayor parte en el trabajo de un hombre llamado Stephen Hawking, en gran parte técnica y en su mayoría indescifrable para mí. Pero sentí interés por un par de cosas que había mencionado. En primer lugar dijo que parecía como si la luz y otras energías capturadas fueran capaces, después de todo, de escapar de los agujeros negros astronómicos. He olvidado los detalles de su explicación, pero la impresión que obtuve fue que aunque era imposible salir trepando de un agujero negro, la energía podía «canalizarse» hacia otro lugar y tiempo.

Y en segundo lugar dijo que aunque toda la materia y energía del universo fueran engullidas por agujeros negros eso sólo serviría para asegurar que la masa aparecería entera en otro Big Bang que iniciaría lo que ella llamó un «Nuevo Universo Libre» con nuevas leyes, nuevas estructuras y nuevas galaxias de centelleante luz.

Tal vez. Estoy sentado en la cumbre de una montaña, urdiendo débiles metáforas mientras recuerdo sin cesar una pálida mejilla sobre un chal sucio. A veces me toco la palma de la mano en un intento por recordar la sensación de la última vez que tuve la cabeza de

Victoria en su hueco. «Cuida de mamá hasta que vuelva. ¿De acuerdo, enanita?»

Y el viento se levanta fuera y las estrellas titilan con el frío de la noche.

Amrita está encinta. Todavía no me lo ha dicho, pero sé que su médico se lo confirmó hace dos días. Creo que está preocupada por mi posible reacción. No necesita estarlo.

Hace un mes, poco antes de que empezara el nuevo curso en septiembre, Amrita y yo fuimos en el Bronco hasta el final de un viejo camino minero, y luego caminamos con la mochila cinco

kilómetros sierra arriba. No se escuchaba más sonido que la brisa a través de los pinos, debajo de nosotros. Los valles o nunca estuvieron habitados o quedaron abandonados al agotarse las minas. Exploramos algunos de los viejos yacimientos y luego cruzamos a otra loma, desde donde pudimos ver cumbres nevadas proyectándose en todas direcciones, hasta la curva del planeta y más allá. Nos detuvimos para observar a un halcón volando en círculos silenciosos a unos mil metros sobre nuestras cabezas.

Aquella noche acampamos cerca de un lago, un círculo perfecto y pequeño

de agua de nieve dolorosamente fría. Hacia medianoche apareció la luna en cuarto creciente y proyectó un brillo pálido sobre las cumbres que nos rodeaban. Cerca de nosotros, sobre la vertiente rocosa, retazos de nieve captaban la luz de la luna. Aquella noche Amrita y yo hicimos el amor. No era la primera vez desde Calcuta, pero era la primera vez que fuimos capaces de olvidarnos de todo, salvo de nosotros mismos. Más tarde Amrita se quedó dormida con la cabeza sobre mi pecho mientras yo seguía allí tumbado contemplando los meteoros Perseidas en su ruta a través del cielo nocturno de

agosto. Conté hasta veintiocho antes de quedarme dormido.

Amrita tiene treinta y ocho años, casi treinta y nueve. Estoy seguro de que su médico le recomendará la amniocéntesis. Le insistiré para que no la acepte. La amniocéntesis es sobre todo recomendable cuando los padres están dispuestos a abortar el feto en el caso de que éste presente problemas genéticos. No creo que nosotros lo estemos. Y también creo, con fe muy arraigada, que no habrá problemas.

Sería preferible que esta vez tuviéramos un niño, pero será maravilloso de una u otra forma. Un

bebé en la casa nos traerá tristes recuerdos, aunque no más tristes que el dolor que hemos compartido durante tanto tiempo.

Aún sigo creyendo que existen lugares perversos para ser soportados. De vez en cuando sueño con nubes de hongos nucleares alzándose sobre una ciudad y figuras humanas danzando en la pira llameante que una vez fuera Calcuta.

En alguna parte hay tétricos coros dispuestos a proclamar la Era de Kali. Estoy seguro de ello. Estoy tan seguro como de que siempre habrá servidores

para realizar su mandato.

«Toda violencia es poder, señor Luczak.»

Nuestro hijo nacerá en primavera. Quiero que él o ella conozca todos los placeres que encierran las laderas de las colmas bajo cielos límpidos, un chocolate caliente en una mañana de invierno, las risas en una tarde de sábado estival en unas praderas cubiertas de hierba. Quiero que nuestro hijo escuche las voces amigas de buenos libros y los silencios aún más cordiales en compañía de buenas gentes.

Hace años que no he escrito poesía,

pero recientemente compré un libro grande, bien encuadernado, con las páginas en blanco y en él he escrito cada día. Se trata de una historia, en realidad de una serie de historias, sobre las aventuras de un grupo de amigos increíbles. Hay un gato que habla, un ratón intrépido y precoz, un centauro galante aunque solitario y una jactanciosa águila que tiene miedo de volar. Es una historia sobre el valor y la amistad, con pequeñas incursiones en lugares interesantes. Es un libro de cuentos para la hora de irse a dormir.

El Canto de Kali está con nosotros. Ha estado con nosotros durante mucho

tiempo. Su coro crece sin cesar. Pero pueden oírse otras voces. Pueden entonarse otros cantos.

[1] Juego de palabras con la pronunciación inglesa. La M se pronuncia en solitario «em» y la T, también en solitario, «ti», pronunciaciones que unidas suenan como empty, «vacío» en español.*(N. de la T.)*

[2] En español en el original. (N. de la T.)